

*A Edith y Julián,  
porque su amor y sabiduría son mi raíz.*

*A quienes me enseñaron a amar nuestra  
centuria heroica, a la ciudad, sus letras y  
sus caprichos, en orden cronológico:  
Arturo Noyola, Miguel Ángel Castro,  
Vicente Quirarte, Marina Martínez y  
Rocío Antúnez.*

*A mi familia: a nuestra raíz en Luis  
Noyola Vázquez, a Francisco, Ana  
Cecilia, Rafael y Arturo, por la sangre  
devota que nos une.*

*A mis amigos, contertulios y cómplices  
en el amor a la palabra escrita o tras el  
velo de un oído equivocado: Cecilia  
Colón, Guillermo Zapata, José de Jesús  
Arenas y Fredderick Sheppard.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

DOCTORADO EN HUMANIDADES

(LÍNEA DE TEORÍA LITERARIA)

ECOS DE LA GRAN CIUDAD. CONFIGURACIÓN DEL ESPACIO URBANO DEL  
VALLE DE MÉXICO A PARTIR DE LAS CRÓNICAS DE LUIS G. ORTIZ (1867-68,  
1872 y 1891)

TESIS

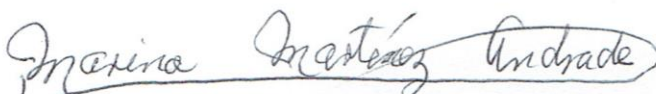
QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

DOCTOR EN HUMANIDADES

(TEORÍA LITERARIA)

PRESENTA

FRANCISCO RODOLFO MERCADO NOYOLA

  
ASESORA: DRA. MARINA MARTÍNEZ ANDRADE

CIUDAD DE MÉXICO

JULIO DE 2017

## 1. Introducción

La prensa mexicana del siglo XIX fue el gran medio de formación de opinión pública y de difusión de ideas, sobre las cuestiones más notables en el acontecer de nuestro país en sus primeras décadas de vida independiente. Fueron numerosas y conspicuas las plumas que cultivaron el género cronístico dentro de las publicaciones periódicas, y que plasmaron en sus textos una cosmovisión particular, una tendencia política, un estilo de narrar, una forma *sui generis* de opinar sobre infinidad de temas, todos éstos rasgos tan invaluable como sus perfiles humanísticos, de los que nos valemos para aproximarnos a una conformación más o menos fiel de todo un horizonte cultural. El poeta Luis Gonzaga Ortiz Enciso, autor cuya obra cronística es materia del presente estudio, dejó a su muerte en 1894 —entre las páginas de muchos de los periódicos y revistas más importantes de su tiempo— uno de estos legados fundamentales para nuestra historia literaria. Se ha considerado para el desarrollo óptimo de esta tesis la elección de tres publicaciones y épocas de su producción en particular, en atención a su importancia para el devenir histórico de nuestro país en esta centuria: *El Siglo Diez y Nueve* de 1867 a 1868 (República restaurada), *El Imparcial* de 1872 (año de la muerte de Benito Juárez) y *El Nacional* de 1891 (mediados del Porfiriato).

La probable importancia de esta investigación se encuentra en el rescate y la revisión de una obra actualmente poco apreciada. Es relevante para el estudio de las letras mexicanas decimonónicas el hecho de que Ignacio Manuel Altamirano consideró a Luis G. Ortiz el introductor del género cronístico de la era moderna en México. Asimismo, ponderó su estilo ameno y flexible, facultades proteicas que se fueron perfilando como cualidades *sine qua non* para el ejercicio de la crónica literaria en aquella época. Es relevante afirmar que Ortiz formó parte del conciliábulo de la cultura en tiempo de la República restaurada, al haber sido miembro fundador y colaborador de las más señaladas asociaciones literarias de su tiempo, como es el caso de las célebres *Veladas literarias* de 1867 y 1868, habiéndose llevado a cabo algunas de las sesiones de esta sociedad en el propio domicilio del escritor. En este orden de ideas, podría sostenerse que durante el desarrollo de su obra cronística en la vida literaria de la Ciudad de México, Luis G. Ortiz sentó un importante precedente en el ejercicio de este género. De igual forma, dio fundamento a un estilo y a un arquetipo de texto en el que se ponían de relieve, en forma sumaria, los principales acontecimientos sociales y

culturales que tenían lugar en el espacio urbano de nuestra capital. De ahí que sus crónicas representen una oportuna coyuntura para trazar los mapas y las relaciones del campo intelectual de su tiempo; así como para reconstruir los modos de existencia, tanto de la élite social y cultural del Anáhuac, como de su masa popular, durante el último tercio del siglo. Es también importante establecer criterios objetivos para medir la magnitud del impacto de su obra en el público receptor de la prensa de la época, y de este modo proponer un boceto del inconsciente cultural que produjo. Debido a que se trata de una figura importante entre los *happy few* que en su tiempo fueron los detentadores del monopolio de la cultura en México, es de hacer notar la impronta que dejó para que posteriores generaciones tuviesen oportunidad de hacer una reconstrucción de este horizonte cultural y de sus interrelaciones socioliterarias. Rescatar a este autor, con base en una muestra paradigmática de su obra y de sus implicaciones socioculturales, aportará nuevos elementos a las investigaciones que se han venido realizando sobre la crónica durante el siglo XIX en México —desde hace tiempo y por varios estudiosos— y enriquecerá el acervo de conocimientos con que contamos para valorar este género fundamental para la configuración de una época crucial en el sendero de nuestras letras.

Durante la República restaurada hubo dos prioridades culturales: la formación de la identidad nacional y la modernización del país. Para estos fines resultó tan útil la crónica como el cuadro de costumbres, ambos fueron medios difusores de los modelos colectivos de conducta tradicionales y modernos en Occidente. Surgió entonces en Europa la *causerie française*, caracterizada como una suerte de cotilleo literario, subgénero que Justo Sierra importó a nuestras latitudes y que cultivó por varios años en *El Monitor Republicano*, en su columna titulada “Conversaciones del Domingo”, y que en ese momento histórico se comenzó a considerar una herramienta útil en la tarea civilizadora del régimen liberal. Ignacio Manuel Altamirano afirmó entonces que la *causerie* era francesa pero podía naturalizarse, y que su singularidad en tierras americanas consistiría en ser descarada, plena de “sal ática” e insidia. La crónica moderna en México tomó de esta charla afrancesada sobre todo, su volatilidad, su revoloteo superficial sobre la materia proteica e insustancial del espacio urbano. No obstante, las reglas del género imponían cierta coerción retórica. Era necesario, por ejemplo, indicar el motivo del desplazamiento del cronista por la ciudad para negociar con las convenciones de esta práctica discursiva europea. Su utilidad primordial era la

de sofisticar al lector, así como la de alardear sobre la riqueza en su estilo de escritura, ocupando así un lugar indiscutible en el templo de las letras modernas. Su misión era civilizadora, insertándose en la literatura ancilar de modo contundente. El propio Sierra admitía una división categórica entre las columnas donde discutían los hombres serios de la República y las del folletín, donde imperaba la conversación trivial y amena entre contertulios. Exiliada de las grandes cuestiones del periodismo político y del debate sobre la cosa pública, la crónica era rociada por la poesía con sus imágenes etéreas. Esta fue la tendencia que siguió Luis G. Ortiz; para nuestro cronista —poeta erótico reconocido por sus coetáneos— la mujer fue adoración platónica pero también agente de creación, musa que podía transportar hacia la experiencia estética y así sublimar el gusto. Su crónica se erigió en una forma literaria idónea para el bello sexo, ya que su formato de cotilleo invitaba a coexistir en ella a una variedad miscelánea de discursos, tan ingeniosos como casuales. Fueron notables los esfuerzos, en esta época, por convertir a la crónica en literatura, toda vez que el espacio público se hallaba tan cercano al prosaísmo cotidiano. Así, la negación de la *literaturidad* —*avant la lettre*— del texto cronístico se convirtió en un recurso frecuente de *captatio benevolentia*, priorizando en el texto la descripción inventariada de los sitios urbanos y de los rituales de la cultura visitados, y dejando en aquél la impronta autobiográfica de quien había visto, sentido y vivido. La atmósfera que respiraba el cronista *flâneur* era vernácula y exótica a la vez, y éste la vertía en el folletín en un tono lúdico; constituía una práctica discursiva del testimonio ante la fe del lector. Por supuesto, eran ostensibles las variaciones entre el *topos* urbano imaginado y construido textualmente y la apariencia real del espacio. La crónica oscilaba inevitablemente entre la utopía retórica y la distopía visible y tangible, asimismo entre la tradición católica conservadora y los principios liberales de secularización de la sociedad mexicana. Estaba pergeñada por discursos inestables y ambiguos en incesante negociación. Su anhelo era transfigurar lo real en lo anhelado, sin soslayar el reconocimiento de la lejanía entre estos dos polos. Se empeñaba en trazar una cartografía humana y cultural, un manual positivo de demografía urbana y un ensayo de taxonomía, expresado de manera más idónea por el cuadro de costumbres, como género inherente a esta etapa histórica. La crónica proyectaba la construcción simbólica de una gran urbe latinoamericana aún balbuciente, que para imaginarse dependía de los modelos europeos y norteamericanos, que buscaba definir —entre sus tensiones sociales e ideológicas— el *incipit* del Estado nacional. El cronista encarnó un héroe depositario de la civilización occidental, ante quien se

revelaba el *vortex* seductor de la urbe, oscilante entre lo público y lo privado, entre el principio activo masculino (autores y lectores) y el pasivo femenino (lectoras y musas), según los postulados de Augusto Comte. La *flânerie* resultó entonces utilitaria, instructiva, informativa y testimonial, ya que lograba fusionar lo útil con lo bello y consolidar la función civilizadora de la escritura en sus imágenes plásticas y en su fortalecimiento del *deber ser*. El folletín del periódico —que en muchas ocasiones contenía crónicas— hizo alternar distintos géneros en sus columnas, y constituyó el espacio literario del consumo masivo. Para mantener vivo el interés, sobre todo de las lectoras, fue necesario superar el conflicto entre la función literaria y la informativa de la crónica; la primera favoreció la invención poética de los palacios de las musas, la segunda le impuso su verdad de lodazal y andrajos. La crónica capitalina del siglo XIX —tomando la de Ortiz como muestra paradigmática— fue eclecticismo y tensión permanente, medio catalizador de una realidad conflictiva, voluntad de autonomía retórica, alarde estilístico, naturaleza proteica, tradición francesa y estética moderna que trascendió el nacionalismo literario.

En los dos primeros apartados del presente estudio se procura trazar un indispensable perfil *bio, biblio y hemerográfico* de Luis G. Ortiz —en atención al hecho de que no resultará un autor señero para el lector de este trabajo—, así como disertar sobre el sitio que sus ejercicios cronísticos le granjearon entre sus coetáneos. Asimismo, se propone un perfil vinculante entre crónica y modernidad urbana en Latinoamérica, en el que —con apoyo en los trabajos de algunos estudiosos del género— se ensaya una línea genealógica para definir la pertenencia de la obra de Ortiz a determinado momento histórico de la prensa mexicana del siglo.

Más adelante, del tercer al quinto capítulo se desarrollan, respectivamente, los estudios sobre las series cronísticas correspondientes a los cortes históricos de 1867-68, 1872 y 1891. Para el primer periodo se decidió aplicar al caso concreto la sociología literaria del teórico francés Pierre Bourdieu, por considerarla más apropiada para el análisis del gregarismo literario de *Las Veladas* en las que Ortiz tuvo un lugar preponderante. Para el análisis de las crónicas de *El Imparcial* en 1872, a causa de su notable diferenciación entre el espacio cultural elitista republicano y el caótico de la masa iletrada, se decidió emplear el enfoque crítico contenido en el libro *La ciudad letrada*, del autor uruguayo Ángel Rama. Finalmente, para el quinto capítulo —que versa sobre las crónicas de sociales que Ortiz publicó en *El Nacional* en 1891— se

estudia éstas bajo la luz de autores fundamentales sobre la literatura y el espacio urbano, como Gaston Bachelard, Michel Foucault, Roland Barthes y Walter Benjamin, con el objeto de que estos grandes teóricos den a este apartado el cierre epistemológico que le es indispensable. De modo que lo descrito en este párrafo constituye el corpus principal de este trabajo. Entremos en materia realizando una exposición más detallada del contenido de cada uno de estos tres capítulos centrales.

El tercer apartado se titula “República de las letras restaurada. Su campo intelectual a la luz de algunos conceptos teóricos de Pierre Bourdieu. Las Veladas literarias (1867-1868)”. Para su elaboración se emplea el enfoque teórico-crítico de la sociología literaria, mediante el que la obra cronística en cuestión puede ser analizada bajo la luz de su historicidad. En el campo intelectual de la República de las letras no existe discrepancia entre proyecto creador y posición del artista literario. Es decir, que se percibe casi una ausencia absoluta de autonomía creadora durante este horizonte y en este campo cultural, debido a que la definición social como literato existe —en proporción directa— en función de los alcances de la prensa como medio masivo de comunicación de la época. Por el hecho de que la crónica representa una experiencia urbana compartida existe un sentido público tanto de la obra como del autor. Las Veladas literarias, como espacio ritualizado del arte y de la civilización, dieron legitimidad a sus miembros, como los forjadores del gusto que construirían la ortodoxia cultural. El capital simbólico heredado de los maestros nacionalistas, liberales y reformistas a las nuevas generaciones de escritores cumple con su función de conservación cultural, y esto es lo que ocurre entre Ignacio Manuel Altamirano y Luis G. Ortiz. Entre preceptores y pupilos se conformaría un inconsciente cultural que se asociaría a la experiencia de la urbe, incidiendo en sus formas de razonamiento y percepción.

El 18 de noviembre de 1867 tiene lugar en casa de Ortiz la lectura crítica de un drama del español Enrique de Olavarría y Ferrari, y es esta íntima y sencilla ocasión la que marca el inicio de las Veladas, que paulatinamente van cayendo en una suerte de lucha de clases entre patricios y plebeyos de las letras nacionales. En estos días Ortiz, que no formaba parte de las más altas esferas del poder o del dinero, publica en el folletín de *El Siglo Diez y Nueve* su “Revista de la semana”, ejercicio cronístico que se posiciona en función de su entorno social y de su relación con otros autores. José Tomás de Cuéllar identifica en las primeras Veladas a Ortiz como el poeta erótico por

excelencia entre sus coetáneos. Siguiendo el pensamiento de Pierre Bourdieu, son los patricios —miembros encumbrados del ejército, la política y los negocios— quienes poseen el capital social y económico, y los plebeyos —individuos menos prominentes de la clase media— quienes poseen el capital simbólico por el ejercicio espontáneo y desinteresado de las letras; y sin embargo, son éstos quienes son relegados a una posición ambigua como exiliados del poder fáctico de la nueva burguesía liberal. En la obra de Ortiz el capital financiero de la prensa opera en función del capital simbólico que su poesía y su crónica generan, asignándole un peso específico dentro de su campo cultural, determinado también por su pertenencia a las asociaciones literarias más importantes de su tiempo. Ha sido de tal manera fecundo este análisis, bajo los postulados de la sociología literaria de Pierre Bourdieu (cuya beligerancia contra el Estado totalitario y contra el *establishment* intelectual son tan notables), que —paradójicamente— se ha podido examinar con éxito la obra de uno de los más entusiastas luchadores a favor de la instauración de las políticas culturales del Estado mecenas en el México de su tiempo.

El cuarto capítulo lleva por título “*Ciudad real y ciudad letrada según las crónicas de Luis Gonzaga Ortiz. En el año de la muerte de Juárez*”, y se centra en los textos publicados por nuestro autor en el periódico *El Imparcial* en 1872. La capital de la República se erige como el núcleo histórico de la cultura, irradiadora de los objetos suntuarios y de los bienes simbólicos hacia la provincia. En este sentido, posee la misión de iniciar y consolidar el archivo de la literatura nacional, cuya conformación sería un triunfo de la *ciudad letrada*. Acaso la crónica, debido a su naturaleza disímil y heterogénea —como la propia realidad poscolonial— se sustrajera en cierta medida al molde de la literatura mexicana, que deseaba aportar su peso cultural a la complicada operación de delimitar la identidad nacional. El concepto de *ciudad letrada* implica erigir a la capital como la sede de los rituales de la cultura; como las sesiones de las sociedades literarias, los recitales *petit comité* de la Sociedad Filarmónica, las sesiones de la Sociedad de Geografía y Estadística —institución precursora de los esfuerzos positivistas por erigir un gobierno inteligente, que supiera administrar con sabiduría los recursos humanos y naturales de la nación—, de las escasas funciones de compañías teatrales y operísticas que abarrotaban los pocos teatros de la ciudad, sólo en su debut. El acertado concepto de *ciudad real*, desarrollado por Ángel Rama, deja al desnudo una política liberal incluyente sólo en la retórica y una *ciudad letrada* como enclave



asediado y fortificado en prevención de su alteridad impredecible y caótica. El 18 de julio de 1872 muere el presidente Juárez, cuyo proyecto liberal de nación había contribuido —en evidente aporía— a consolidar la sociedad estamentaria cuasi virreinal que pretendió combatir durante toda su vida. En este año los paseos de Plateros, Bucareli y San Cosme constituyen enclaves, así del *glamour* como de la desigualdad escandalosa. En el extremo opuesto, una buena parte de la *ciudad real* es nutrida por los plagiarios de la Plazuela de San Lucas, los criminales de la Italia Roja y de la Sociedad Terrible, la ingente mendicidad infantil y sus explotadores. No obstante sus métodos rudimentarios, existe un eficaz aparato estatal de invisibilización de la diferencia, que oculta oportunamente la desigualdad que la *ciudad letrada* genera. Al mismo tiempo, el dinero y el consumo —irónicamente— devienen un factor de democratización, un derecho colectivo de soñar frente a los escaparates. Los pasajes urbanos y los paseos campestres materializan nuestras desbocadas pretensiones de progreso y sofisticación, así como nuestra vergüenza de lo vernáculo. La nueva arquitectura de Haussman en París y la demolición reformista en las capitales latinoamericanas provocan un sentimiento de desarraigo, desasosiego y pérdida, el trauma indeleble de la secularización y la modernidad. El proyecto liberal en la capital sueña con la destrucción de la ciudad barroca, para afirmar la identidad republicana. La ciudad liberal juarista se sueña a sí misma como redentora de las clases desposeídas en una perfecta retórica de la oquedad, erigiendo más bien una Babel de signo lingüístico vacío, y desprovista de cohesión para la comunidad de masas, mestiza e indígena. La pérdida del espacio comunitario implica el desmembramiento de la grey —apenas ayer fervientemente nacionalista contra el invasor extranjero— al día siguiente guadalupana y mejor entendedora de su *axis mundi* en la parroquia que en el ágora. Aparece la necesidad impostergable de dar apariencia de unidad a la realidad fragmentaria de esta historia de dos ciudades. El propio cronista Ortiz, aunque miembro de la élite liberal, metaforiza en el humo de los fuegos de artificio las promesas de su falacia populista, demostrando la autonomía de sus ideas como escritor y su libre expresión en la prensa.

El crisol de la principal urbe mexicana se sitúa entre la tradición y la vanguardia, entre el arraigo a la fe de los ancestros y la necesidad ineludible de una revuelta que sea capaz de vengar el agravio social de más de tres siglos. La hipócrita *ciudad letrada* y su crónica encarnan la tutela paternalista del Partido Liberal, que el pueblo jamás solicitó y con la que el Estado nacionalista buscó legitimarse. Nuestro cronista Luis G. Ortiz,

quien embotelló su brebaje elitista y popular con la fragancia ecléctica de la urbe, quiso vaciarla en las columnas de la prensa, añorante del pasado identificador y volcado hacia un futuro acaso hostil. Con un Seminario Conciliar transformado en teatro de marionetas en la Ciudad de México en 1867, con el París de Víctor Hugo sepultado bajo el de Haussman desde 1859 y con el modelo de poética baudelaireana, se fermenta una atmósfera espiritual de destierro, una profusión de personajes marginales desahuciados, con un París fantasmático que cimienta la sensación de pérdida en las metrópolis de Occidente —y aún en las de su periferia—, aquella que perciben los espíritus reaccionarios de fin de siglo, y que es registrada por la crónica de nuestro autor.

Finalmente, en el quinto capítulo, “Catrina que oculta a la servidumbre, la ciudad porfiriana de Ortiz”, se analiza la crónica en América a partir del modelo hegemónico europeo. Se establece una sinécdoque entre Remedios Vena, la protagonista de *La Rumba*, de Ángel de Campo *Micrós*, y la población marginal de la ciudad, a quien estaba vedado soñar con la permeabilidad social. En la crónica de sociales que Ortiz publica en *El Nacional* en 1891 está presente la retroalimentación entre la realidad urbana, el público lector y la crónica como punto de encuentro entre ambos. El cronista elige para sus recorridos una secuencia aleatoria pero limitada de itinerarios y *rendez-vous*, de actos, hechos y objetos de lo humano dentro de la urbe. Ortiz procede de esta forma, al tener acceso al espacio de la élite porfiriana y la consigna de retratarlo en su columna “Paréntesis de la política”, título significativo que alude directamente a su formato de *causerie*, que —como se comentó líneas arriba— se sustrae al frío discurso de la “virilidad virtuosa” de la República. En estas páginas, entidades aparentemente banales de la vida en ese horizonte, como la moda femenina, operan en el discurso como el insoslayable signo de civilización que contribuirá a la formación de una imagen nacional de laboriosidad y progreso. Mientras que en Europa algunos pensadores voltean hacia los escaparates con desconfianza —temiendo que sean la trivialidad femenina y la frivolidad burguesa las que corrompan a la sociedad—, en Latinoamérica el lujo y el amaneramiento en las formas bosquejan apenas un viso imprescindible de civilización. En ausencia de una industrialización propia y de fondo no es posible hablar de una auténtica modernidad; por tanto, en una modernización superficial no existe pugna entre la belleza y la razón instrumental, sino que ambas son de mampostería. Es visible tan poco de éstas en el paisaje urbano que es preciso exaltarlas sin confrontación. En el subdesarrollo el proceso de modernización es más

descarnado debido a su violento contraste con una barbarie que salta a la vista, de modo que se hace imperioso que la palabra se fetichice en la crónica, y por este proceso lo superfluo devenga indispensable.

En el caso particular del Porfiriato en México, lo que opera ostensiblemente es la mano de hierro de un dictador por encima de las libertades cívicas, para dar una apariencia de paz y orden a un descontento soterrado. Es entonces que la prensa exalta la figura de la primera dama, Carmen Romero Rubio de Díaz, como rostro amable y risueño del régimen. La crónica de sociales —el espacio luciente y femenino del salón— derrama su oro líquido bruñido sobre las armazones de acero de la industria extranjera y sobre las bayonetas de la represión. El derecho natural a la belleza y al decoro, abrogado por un régimen injusto, se transforma en privilegio estético al alcance de las clases alfabetizadas y con cierto poder adquisitivo. Luis G. Ortiz, como empleado de una redacción, no puede sustraerse a la consigna de exaltar el fasto de la oligarquía, materializado en la sofisticación de sus damas. No obstante, son de gran interés algunas de sus posturas revolucionarias con respecto al papel femenino en la sociedad decimonónica. Constituye una novedad, por ejemplo, que se manifieste en sus crónicas a favor de la salud y el vigor en la mujer —condenada a la postración y a la dependencia a lo largo de casi todo este siglo—, o que en su crítica de un drama acerca del uxoricidio en el Teatro Principal, haga escarnio del texto y de las actuaciones, en vez de teorizar sesudamente sobre la legitimidad del crimen pasional perpetrado por el varón, como era frecuente en la prensa de la época. Por otra parte, además de la atenuante femenina sobre los crímenes de Estado —forma de exoneración de los dirigentes mediante la exaltación de las virtudes de sus esposas e hijas en las páginas de sociales—, también era necesario el constructo cultural de una élite viril cuyos medios amorales justificaran como su fin la anhelada estabilidad y el progreso económico. Así, en una conmemoración del 5 de mayo se hace evidente —ante la gran influencia cultural de Francia— una retórica de la reconciliación con el país galo y con sus antiguos aliados reaccionarios. Dos de los principales modelos de la virilidad republicana que Ortiz exalta en estas crónicas son —por supuesto— Porfirio Díaz como militar y estadista, y Rafael Martínez de la Torre como jurista y empresario. Este último participa activamente en el debate político ejerciendo la actividad legislativa, como es también un esteta que cultiva las letras, la historia y las artes, y que igualmente contribuye a rehabilitar la economía, desamortizando bienes y secularizando el pasado señorial del

virreinato al restaurar el Palacio de los Azulejos. En este orden de ideas, es posible concluir que la axiomática de lo bello y lo valioso no había cambiado sustancialmente, sino sólo sus dueños, de los conservadores europeizantes a los liberales afrancesados.

Nuestro cronista *flâneur*, por mandato de *El Nacional*, traza el perfil aristocrático de la ciudad, obliterando el espacio popular y describiendo minuciosamente, con una delectación que parece bastante auténtica, los oropeles de la plutocracia. En este sentido, es posible analizar la crónica de este tiempo a la luz de las ideas de Roland Barthes, quien escribe sobre el “efecto de lo real” en el procedimiento retórico de la *descriptio*; debido a la consigna del periódico de transportar al lector hasta el lugar donde todo ocurre, Ortiz y sus colegas se esmeran en el comentario exhaustivo de los detalles en los escenarios urbanos y sus personajes. Se trata de una invitación al lector para situarse ahí, para ser llevado de la mano por el cronista en su recorrido y visión personalísimos. La crónica de sociales —elitista por naturaleza— desea privatizar el espacio público e interiorizarlo para que sea la oligarquía su protagonista. Michel Foucault, en su visión de filósofo del espacio, escribe sobre las *heterotopías* como los lugares *otros* que se contraponen —mediante un efecto especular— a los emplazamientos de “lo real”. Bajo la luz de esta teoría, la crónica, en un sentido análogo al del teatro y al de los antecesores del cinematógrafo, proyecta en sus columnas una urbe ideal que el autor invita a sus lectores a recorrer, escribiéndola con el cuerpo y compartiéndola en un gozo empático con sus lectores, cómplices en la invención cultural de un México sofisticado y cosmopolita que distaba mucho de la realidad.

A mediados del Porfiriato, en una suerte de diagrama de flujo evolutivo e involutivo, las incipientes clases proletarias invaden la ciudad y van creando formas gregarias de apropiación, posesión y dominio sobre ésta; mientras que la oligarquía —ya rancia o advenediza— además de ejercer su señorío en el núcleo de la *ciudad letrada*, asimismo lo detenta al fugarse de este enclave para habitar sus fincas campestres, usufructuando así los privilegios de su posición social y poder adquisitivo. Roland Barthes, al vincular teóricamente la semiología con el urbanismo, escribe sobre el curso acuático de las ciudades y su legibilidad. Toda forma de dominación del hombre implica una carga de violencia contra la naturaleza; de modo que la manera principal de ejercer el poder en el Valle de México —durante cuatro siglos hasta entonces— fue la desecación de su gran laguna. Si en 1891 sobrevivían en el Anáhuac cuerpos acuáticos como la red de canales de Xochimilco, el Paseo de la Viga y Santa

Anita, así como numerosas acequias que se internaban en las zonas céntricas de la ciudad, entre otros, lo hacían —sobre todo— como formas ancestrales de la supervivencia y del alma festiva popular, como emplazamientos rurales de la *ciudad real*. Por otra parte, cuando Ortiz da cuenta en sus crónicas de las *regattas* del *Lakeside Club* a las orillas de Chalco, en las que toman parte los hijos de los inversionistas extranjeros y los de la plutocracia mexicana, la experiencia del curso acuático del valle toma un cariz enteramente distinto. Mientras que el pueblo gana su sustento diario en los paseos y acequias con la venta de sus hortalizas (fruto de las ancestrales chinampas), la juventud dorada de la *belle époque* escinde las aguas con remos con el fin de ejercitar sus cuerpos y de gozar su supremacía sobre el espacio campestre que circunda la capital.

Juntando nuestros pasos, de vuelta en el sendero de la crónica decimonónica en la Ciudad de México, es posible afirmar que nuestro autor, el poeta y cronista Luis G. Ortiz, fue un exponente notable en el cultivo de este género híbrido —y tan eminentemente literario para nuestra incipiente sociedad— hacia el final de la centuria. Su actuar y su obra escrita en las Veladas de 1867 y 68, así como en *El Siglo Diez y Nueve*, se analizan a la luz de Bourdieu y arrojan un panorama colectivo de ansiedad por la forja de los moldes culturales y políticos de nuestra fundación nacional. Sus textos en *El Imparcial* de 1872 dan cuenta del relato disímil de dos ciudades que se contraponen incesantemente, evidenciando el fracaso del proyecto liberal de nación en sus dos extremos inmiscibles, la arrogancia estéril de la élite letrada y el atavismo cíclico de la masa originaria. Las crónicas de Ortiz en *El Nacional* en 1891 dan cuenta de un espacio oligárquico, expuesto en la prensa con el fin de legitimar la dictadura ante las clases alfabetizadas que podían sostener un perfil aspiracional. Avancemos pues, hacia el corpus de esta tesis y pongamos a prueba todos estos prolegómenos.

### **1.1 Esbozo bibliohemerográfico de la figura de Luis G. Ortiz**

Luis Gonzaga Ortiz Enciso nació en la Ciudad de México el 14 de junio de 1832 y murió en San Pedro de los Pinos el 28 de mayo de 1894. Fecundo poeta romántico, formó parte de las asociaciones literarias más importantes de su tiempo y fue señalado por Ignacio Manuel Altamirano como el precursor de la crónica moderna en México. Tradujo a Lord Byron y a los poetas latinos Tibulo y Virgilio. El presidente Juárez lo designó director del *Diario Oficial de la Federación* a la Restauración de la República.

Colaboró en numerosas publicaciones periódicas del siglo XIX, como *El Renacimiento* (1869), *El Domingo*, *El Federalista*, *El Nacional*, etcétera. Publicó los volúmenes *Poesía* (1856), *Angélica* (1871), *El Visconde de Muhldorf* (1871), *Ayes del alma* (1872), *Detrás de la nube un ángel* (1887), etcétera. Algunos de los seudónimos utilizados durante su carrera periodístico-literaria fueron: *D. Simón García*, autor de una sátira publicada en *El Mensajero* en enero de 1871 y respondida por Manuel Payno. Justo Sierra descubrió la identidad del crítico días más tarde, y éste volvió a utilizar el seudónimo en un artículo titulado “Protección al teatro” en *El Siglo Diez y Nueve*, en el que se oponía al reglamento de espectáculos entonces vigente. Utilizó en numerosas publicaciones el seudónimo de *Heberto*. Altamirano lo reconoció con este último, señalando en su “Revista de la semana” del 7 de enero de 1868 que ya era bien conocido en la República por sus bellísimas composiciones. Ortiz también firmó así en el *Ómnibus* (1855), en *El Monitor Republicano* (24 oct. 1856, p. 3), como cronista de teatros en *El Siglo Diez y Nueve* (1869), en *El Renacimiento* y en *El Nacional* (1891). Firmó con las siglas de su nombre (L. G. O.) en *El Álbum Mexicano* (1849), en *El Monitor Republicano* (1849-51), en diversas épocas de *El Siglo Diez y Nueve*, “Decano de la prensa mexicana”, en otras de *El Renacimiento*, en su edición de las *Obras completas de Florencio M. del Castillo* de 1872, en *El Semanario Ilustrado* (1875-76), en *El Diario del Hogar* (1882) y en *La Juventud Literaria* (1888). Firmó como *Lis* en el editorial “Ecos de la semana” de *El Imparcial*, de septiembre a noviembre de 1872; como “Luis Gonzaga” en un poema publicado en *El Renacimiento*, y en sus romances de tipos nacionales, publicados en *El Diario del Hogar* en 1883. Andrés Henestrosa develó el seudónimo *Zuli Torgis* —anagrama de su nombre— que Ortiz utilizó en la revista *Anáhuac: ciencia, arte y literatura* en 1887.<sup>1</sup> Alicia Perales Ojeda da noticia de nuestro autor, poniendo de relieve su participación entusiasta como forjador del espacio de creación, recepción y consumo literarios durante los primeros años posteriores al fallido imperio de Maximiliano de Habsburgo. De este modo, es posible reconocer a nuestro cronista como un personaje muy relevante para el ejercicio de la cultura y las letras de nuestro país en aquella época. De la siguiente forma, Ortiz dio génesis a las célebres Veladas literarias de 1867:

El poeta Luis G. Ortiz, que se había distinguido por sus poesías eróticas firmadas algunas veces con el seudónimo de Heberto, tuvo la idea de agrupar a sus amigos para

---

<sup>1</sup> Véase María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas y otros alias*, pp. 586-587.

que escucharan y juzgaran una comedia escrita por el joven español Enrique de Olavarría y Ferrari, quien deseaba conocer a los autores y críticos mexicanos para poder así hablar de ellos en España. Ésta fue la primera de una serie de aproximadamente doce reuniones de las personalidades literarias más destacadas en la época en que se efectuaron con gran entusiasmo.<sup>2</sup>

Alicia Perales Ojeda, en su obra sobre las asociaciones literarias de México, sitúa la primera Velada Literaria en casa de Luis G. Ortiz, en alguna fecha entre el 20 y el 30 de noviembre de 1867. La segunda se celebró el 4 o el 6 de diciembre en la residencia de Altamirano; la tercera en el domicilio de Agustín Lozano, afamado joven *dandy* de aquel tiempo; para la cuarta, que se llevó a cabo el 30 de diciembre, los contertulios volvieron a casa de Ortiz. De enero a abril de 1868, los anfitriones se sucedieron en el orden siguiente: Manuel Payno, Joaquín Alcalde, Vicente Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre, Alfredo Chavero y Juan A. Mateos, Ignacio Ramírez y Agustín Siliceo, Domingo Schiaffino y Riva Palacio de nuevo.<sup>3</sup> En enero de 1868 Altamirano escribió en su “Revista de la Semana”, que aparecía en *El Siglo Diez y Nueve*, sobre la velada que tuvo lugar el 30 de diciembre en la residencia de nuestro autor. El tixtlense probablemente la haya tomado por tercera no considerando la primera, en la que Ortiz y Olavarría habían convocado al grupo por primera ocasión y de manera informal:

...hablaremos de la tercera velada, que tuvo lugar en la casa de Luis Gonzaga Ortiz el lunes 30 del pasado diciembre, y que ha dejado en la memoria de los que concurrieron a ella los más gratos recuerdos. Ortiz... se quejaba amargamente [con respecto a la velada ofrecida por Agustín Lozano] de aquella competencia en el lujo de los obsequios (que se prohibió en el acta) y alabando el buen gusto del joven *dandy*, se mostró severo con él. Pero como Luis Gonzaga iba a tener en su casa la velada siguiente, cualquiera al leer su Revista habría creído que iba a alojarnos en la buhardilla de Camoens o en el granero en que se hallaba también Béranger a los veinte años. [...] El granero era un salón elegante con muelle alfombra, sofás, sillones y sillas carmesí, dos elegantes espejos sobre dos consolas en las que se ostentaban hermosísimos ramilletes de amapolas rojas y blancas en jarrones de alabastro. [...] Una hermosa lámpara sobre la mesa tortuga y candelabros con esferas iluminaban aquel salón, dejando contemplar en todos sus detalles los hermosos grabados que adornaban las paredes. Un piano que el poeta pulsa con la misma destreza que su lira, completaba aquel cuadro encantador. Gonzaga había colocado en la mesa con delicado gusto una bellísima colección de *aquarellas* que trajo de Italia y que admiramos como un esfuerzo del arte, porque a decir verdad no habíamos visto nunca, nosotros pobres reclusos en este país, miniaturas más bellas y más deliciosas.<sup>4</sup>

<sup>2</sup> Alicia Perales Ojeda, *Las asociaciones literarias mexicanas*, p. 103.

<sup>3</sup> Véase *Ibid.*, p. 107.

<sup>4</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 177 (7 de enero de 1868), p. 2. Altamirano hace referencia a la vida bohemia, disipada y menesterosa del poeta portugués Luis de Camoens, autor de la epopeya *Los lusíadas*. Camoens trashumó durante su vida desde Lisboa y Coímbra en su país hasta India y Mozambique. Su pobreza tocaba tal extremo al final de su vida, que un amigo debió pagar por su sepultura. (Véase BORGES, Jorge Luis, *Destino y obra de Camoens*, Buenos Aires: Embajada de Portugal en Buenos Aires, 2001, pp. 25-36).

En diciembre de 1867, Ortiz publica en el periódico *La Iberia* las siguientes líneas en torno a las Veladas literarias:

Los asientos se veían todos ocupados por *locos*, es decir, por poetas, de manera que aquello era una jaula de pajarillos. Al presentarnos, tímidos, y creemos que ruborizados, ante aquella numerosa concurrencia, fuimos viendo con placer que eran brazos fraternales y no manos frías las que nos recibían [...]. / La reunión no sólo la formaban los copleros; allí los laureles con la espada se entrelazaban con las coronas alcanzadas por los acentos del laúd, o los rayos del talento. / Las armas, la literatura y la prensa periodística se veían allí reunidas; pero la política y la discordia huyeron luego al aspecto agradable de la fraternidad; y la patria, sin duda, sobre su trono de nubes y apoyada la mejilla sobre su diestra, sonreía complacida al aspecto de aquella agradable asamblea. [...] Eran las voces íntimas de su alma que depositaba en el seno de sus hermanos.<sup>5</sup>

Aunque los literatos habían ocupado altos escaños en la contienda bélica y en la administración pública, y su voz era fundacional, prevalecía la concepción de los poetas como individuos insensatos, no aptos para los negocios pragmáticos del Estado. Los jóvenes escritores dispuestos a tratar sobre lo mexicano eran bienvenidos en la era del nacionalismo literario. En la República de las letras la “figura presidencial” era ejercida por Ignacio Manuel Altamirano, quien a la manera de un monarca, daba el espaldarazo a todo nuevo miembro que deseara hacer nuevos aportes al cultivo de la literatura nacional. En esta etapa de nuestras letras, la política, las armas, la jurisprudencia, la industria y toda actividad inherente al desarrollo nacional podía vincularse con la creación literaria y aún representar un bien equivalente al desarrollo material del país, siendo su contribución igualmente importante a los cimientos de una nación independiente. En enero de 1868, ya encargándose Altamirano de la “Revista de la semana” en *El Siglo Diez y Nueve*, el tixtlense escribe sobre la importancia que Las Veladas habían tenido para la evolución de la literatura nacional:

Se convino además en no dar a esta sociedad de amigos íntimos el carácter grave y seco de una academia, ni hacer reglamentos, ni imponer obligaciones, ni penas, circunstancias que acaban en este país con todo; sino que se dejó a la reunión su carácter familiar y anárquico, lo cual ha hecho precisamente que reine siempre el orden y una cordialidad que no hemos visto hasta aquí en sociedad ninguna, y por la primera vez quizás, la sinceridad y el afecto han sido los únicos vínculos que han hecho estrecharse corazones que de otro modo se habrían separado al día siguiente. Esto sea dicho en

---

Con respecto a Béranger, se trata de uno de los poetas y compositores de música popular más célebres de la historia de Francia. Vivió durante la época napoleónica y corrió su infancia y juventud en un notable grado de pobreza. Luciano Bonaparte, hermano del emperador, le ofreció su protección, sin embargo, su carrera se vio obstaculizada debido a sus denuncias de los abusos del régimen. (Véase BÉRANGER, Pierre-Jean, *The Songs of Béranger in English with a Sketch of the Author's Life*, R. W. G. (“Life of Béranger”), Philadelphia: Carey and Hart, C. Sherman (Printer), 1844, pp. VII-XII).

<sup>5</sup> Luis G. Ortiz, “Variedades. Veladas Literarias”, en *La Iberia*, t. II, núm. 228 (17 de diciembre de 1867), p. 2.



honor del carácter mexicano. / Tal es la historia de esas *Veladas literarias* que están siendo cada vez más interesantes, que están llamadas a influir poderosamente en el progreso de la literatura nacional, por tanto tiempo decaída y olvidada, y que renuevan para nuestra generación los días dorados de la Academia de Letrán y del Ateneo.<sup>6</sup>

El espíritu de libre asociación, en concordancia con el liberalismo político imperante en una capital apenas recientemente liberada del yugo conservador hacía crecer el ánimo libertario, que tendía a rechazar las formas rígidas de la organización social; lo cual seguramente influyó sobre la dinámica anárquica de las Veladas literarias. Sus integrantes, en muchos casos militares provenientes de la campaña bélica triunfante, de las filas jóvenes del bando liberal, miembros de todas aquellas fuerzas políticas que deseaban dar por fin un cauce estético nacionalista a la literatura mexicana, se asociaron libre y espontáneamente y sin afanes lucrativos o proselitistas, con el desinteresado fin de fundar las letras de México, con un pie en el *humus* legado por los poetas de la Independencia y de los primeros recintos de la construcción literaria nacional, verbigracia la Academia de Letrán y el Liceo Hidalgo. En su última “Revista de la semana” en *El Siglo Diez y Nueve*, el 13 de enero de 1868, un número antes de que Altamirano comenzara a hacerse cargo de esta sección, Ortiz vio propicio el bosquejar algunos trazos del retrato literario del autor de *Clemencia*:

Altamirano tiende la mano al amigo con la verdad de niño, y habla como se lo dictan la franqueza y la lealtad de su corazón libre absolutamente de ciertas pasiones, de que desgraciadamente suelen adolecer los hombres de letras, se complace en alentar a la juventud y en hacer justicia a la inteligencia. Altamirano ve a los literatos o a los aficionados como hermanos, porque el hombre de verdadero talento no teme a sus rivales; porque en ellos ama la inteligencia y el genio. El envidioso, el que trata de rebajar a los demás, ni tiene el talento ni tiene el alma de poeta, porque siente su nulidad y le irrita la gloria de los que le ofuscan.<sup>7</sup>

El liderazgo intelectual de Altamirano durante la segunda mitad del siglo XIX fue indiscutible. Su elevación jerárquica dentro del campo intelectual de la llamada

---

<sup>6</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *op. cit.*, p. 2. La idea de que sólo el “afecto” debía regir esas reuniones se reforzó mediante breves notas insertas en las gacetillas de algunos periódicos, donde se celebró que las Veladas no hayan tomado la organización escalafonaria de las academias, siempre orientadas hacia “la disolución y a los golpes de Estado”, sino la forma de “lecturas sin orden, sin ceremonial, sin otra regla que pedir o arrebatarse la palabra para deleitar a los oyentes, [que] son una perfectibilidad republicana que honra mucho a sus iniciadores. Allí no hay ni puede haber oposición ni ministerialismo”. (Sin firma, “Gacetilla, Veladas literarias”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 19, 18 de diciembre de 1867, p. 2).

<sup>7</sup> L. G. O., [Luis G. Ortiz], “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 183 (13 de enero de 1868), pp. 2-3. En otros periódicos se mostraría, precisamente, este movimiento entre los agentes del campo literario; en la Gacetilla de *El Ferrocarril*, verbigracia, se apunta que en casa de Rafael Martínez de la Torre: “...se leyeron muchísimas composiciones de autores ya conocidos y de neófitos; entre los que descuellan algunos tan dignos de aplausos y laureles como los que ya han merecido estas valiosas recompensas”. (Sin firma, “Gacetilla. Velada literaria”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 43, 13 de febrero de 1868, p. 2).

República de las letras lo llevó a ejercer una suerte de función rectora entre sus coetáneos, así como un paternalismo autárquico sobre los escritores jóvenes, sin atender a su filiación política, que deseaban integrar las filas de la reconstrucción cultural de México. Es fundamental señalar la importancia de sus esfuerzos por fundar en 1869 la revista literaria *El Renacimiento*, la cual pretendía agrupar en un solo bloque de creadores literarios a los autores liberales y conservadores de la época. Éste representa uno de los esfuerzos conciliatorios más notables de aquella época. De alguna manera, Ignacio Manuel se erigió en la regia figura que se adjudicó, por propio derecho y quizá también por unanimidad, la responsabilidad de sancionar lo que era válido en todas las propuestas literarias, ya fuesen individuales o colectivas, de su tiempo. Sus procedimientos y tendencias críticas apuntaban hacia la aprobación de todo proyecto creador que involucrara como compromiso ineludible el tratamiento de los temas y el color nacionales. En este sentido, la crítica de Altamirano soslayó durante mucho tiempo la objetividad al evaluar la calidad de las obras a condición de que los autores se ocupasen de temas nacionales, percibidos desde la idiosincrasia mexicana. De igual forma, todo esfuerzo colectivo de aportación a las letras nacionales, se vio obligado a atraerse las simpatías del prócer liberal. En el caso de Las Veladas y de Luis G. Ortiz, el autor de *La Navidad en las montañas* dio de muy buen grado su espaldarazo, tratándose de una asociación literaria formada por sus cofrades, y siendo nuestro cronista uno de ellos.

La razón por la que concluyeron las Veladas literarias fue el hecho de que degeneraron en ostentaciones de lujo y dispendio por parte de algunos de sus anfitriones, lo cual no se avenía de manera alguna con la austeridad republicana pregonada por los “Inmaculados de El Paso”. Asimismo, los miembros más humildes se sintieron ofendidos en su estrechez económica frente a la opulencia de los otros; de igual forma, el estado ruinoso de las arcas de la nación imponía la morigeración en los asuntos pecuniarios. Una situación que queda evidenciada es quizá la buena situación económica de la que gozaba la familia de Ortiz, ya que a diferencia de la gran mayoría de los miembros del Partido Liberal, a él le fue posible ejercer —durante el imperio de Maximiliano— el autoexilio en un país europeo. Acaso dé otro indicio la amena descripción que Altamirano hace de su domicilio, poniendo énfasis en el hecho de que poseía en éste un piano que sabía tocar, símbolo indudable de estatus y distinción entre las clases media y alta de la época, y que queda plasmado también en una célebre

novela coetánea, *Clemencia* de Altamirano. Este último también hallaba en los mexicanos de la centuria poca afición por los viajes y la escritura derivada de ellos. De modo que, quien viajaba, escribía sobre su periplo y se allegaba durante éste de objetos de arte, no sólo ostentaba un estatus socioeconómico, sino también cultural. Hilarión Frías y Soto, también figura relevante de la República de las letras, quien adoptó el seudónimo de “El Portero del Liceo Hidalgo”, publicó hacia finales del siglo XIX en el periódico homónimo, un homenaje póstumo a Ortiz, donde escribió:

En el teatro, en la novela, en el periódico, donde quiera que haya un campo para el pensamiento, y una tribuna para la idea, dejaba sus ideas más bellas y sus pensamientos más esplendentes; y por todas partes vertía el polen de su alma, fecundando versos, dramas y magníficas concepciones. *El Siglo XIX* lo cuenta entre sus redactores más ilustres, y **aquí traje, el primero, las revistas que fueron el selecto patrón que siguen hasta hoy sus sucesores.**<sup>8</sup>

Uno de los rasgos que Luis Gonzaga compartió con los miembros de su campo intelectual fue el de cultivar varios géneros literarios, erigiéndose en uno de los más importantes polígrafos de su tiempo. Siendo uno de sus coetáneos, Frías y Soto, de la misma forma que Altamirano, lo consideró el introductor del género de la crónica moderna en México. Quizá esta impresión por parte de sus cofrades se deba a que era uno de los pocos que habían viajado a Europa, teniendo así oportunidad de conocer estos textos, su poética, formato e impacto en el público lector del viejo mundo. Además de llevar a cabo la reseña de la cuarta Velada Literaria en el domicilio de Ortiz, Altamirano, en su “Revista de la semana” del 7 de enero de 1868, realizó un breve retrato de la personalidad de Luis Gonzaga, en el que escribió:

Ortiz, bien conocido hace años en la República por sus bellísimas composiciones, firmadas ya con su nombre propio, ya con el seudónimo “Heberto” que usó algunas veces, es un poeta erótico por excelencia y por carácter, según creemos. Es el cantor de las rosas y de las mujeres bellas, de las dulces entrevistas y de los adioses tristes, de los deseos voluptuosos y de los goces tranquilos. Es el sibarita de la literatura. El amor es su especialidad; pero no el amor tempestuoso, terrible, que va hasta el crimen y hasta la depravación; no es la pasión que tiene gritos destemplados, maldiciones sombrías, carcajadas de incredulidad y miradas de demonio. No: Luis Gonzaga es antes que todo poeta dulce, bueno y melancólico, pero no desesperado; sensual, pero no libertino; ha tenido engaños como todos los hombres de su corazón; pero no le carcome la duda, y en su alma como en los campos que tanto quiere, el amor florece cada año y no se extingue con el invierno la savia de la vegetación. Él ama, olvida y vuelve a amar, y sus amores, como su poesía, son una cadena de flores a cual más fragante.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> El Portero del Liceo Hidalgo, [Hilarión Frías y Soto], “Los que se van... Luis Gonzaga Ortiz”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 9ª época, año 53, t. 105, núm. 16,929 (2 de junio de 1894), p. 1. Las negritas son mías.

<sup>9</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *op. cit.*, p. 3.

El anterior párrafo de la pluma del guerrerense es quizá prueba irrefutable de que Ortiz fue célebre en su tiempo como poeta erótico. Llevó consigo a cuestras, a través de los cotilleos de los salones de la época, la fama o el estigma de ser un hombre de continuos devaneos enamoradizos. Su poesía rezuma erotismo, deseo y voluptuosidad, así como una acendrada devoción por la bella mitad de la humanidad y por los goces sensuales a que podía conducir el trato honesto entre ambos sexos, en acuerdo con la moral de la época. Adorador etéreo del amor y de la mujer, se erigió en una suerte de erotómano platónico, en un sibarita que se deleitaba con la contemplación extática de sus *belles dames sans merci*. Quizá Altamirano, en el espacio que dedicó a Luis Gonzaga en su “Revista de la Semana”, haya confraternizado con Ortiz, debido a la decepción amorosa —secreto a voces de la época sobre su amor desdeñado por la joven hija de un diplomático español— y que dio pábulo a la novela *Clemencia*. En la última entrega cronística que hizo Ortiz al periódico *El Imparcial* en 1872, publicó también un poema narrativo titulado “La danza habanera”, en el que expuso denodadamente su sibaritismo sensitivo en la contemplación de la *femme romantique* y en su apoteosis erótica, el ritual íntimo y colectivo que constituía el baile:

¡Hermoso estaba el salón!/ Mujeres, luces y flores/ y cual música de amores/ suspiros del corazón./ Aquí una dulce mirada,/ allá el goce del placer/ o entre el aura perfumada/ un suspiro de mujer./ Y un bardo que delirante/ de tierno afán se moría,/ oye, como suspirando/ a su adorada decía:/ Ven niña, ven a mis brazos,/ ya preludian la habanera,/ deja que en tan lindos lazos/ bebiendo tu aliento muera.<sup>10</sup>

El baile decimonónico constituía en México y en todo Occidente el espacio de interacción de los sexos por antonomasia. Pollos, lagartijos, pisaverdes, petimetres y currutacos asistían a los bailes, en salones distinguidos tanto como en aposentos más modestos y aún en jacalones, con el fin de hacerse atractivos al objeto de su adoración o sicalipsis. Envíos de flores, insistentes miradas y trogloditas pisotones en los delicados botines de seda de las damas constituían el repertorio de los galanteos de los jóvenes. El baile, así como otros espacios de roce social, eran los bastiones del imperio femenino, donde damas y señoritas hacían exhibición de su belleza, afeites, vestidos y joyas. El vino se vertía sobre la juventud apasionada, motivando brindis, promesas y aún besos furtivos. Esta atmósfera festiva y concupiscente dio ingente pábulo a la obra poética y cronística de nuestro autor, tanto como el conocido binomio *Eros-Tanathos* del Romanticismo. Otra perspectiva interesante de estos avatares la ofreció el gran

---

<sup>10</sup> Luis Gonzaga Ortiz, “La danza habanera”, en *El Imparcial*, 1ª época, t. I, núm. 29 (10 de noviembre de 1872), p. 2.

observador social José Tomás de Cuellar, censurando la “habanera”, ritmo arraigado en el gusto popular de la segunda mitad del siglo, en sus relatos *Ensalada de pollos y Baile y cochino*. Algunas de las más celebradas de estas cadenciosas piezas en aquel tiempo fueron una proveniente del Caribe, “La paloma”; otra, producto del imaginario francés sobre el mundo hispánico, la deleitosa “Habanera” de la ópera *Carmen*, de Georges Bizet. Las danzas habaneras ofrecían a la concurrencia de los bailes ocasión de intenso erotismo, debido a la cercanía de cuerpos que implicaba.

En 1883, como una de sus colaboraciones en el importante periódico *El Diario del Hogar*, Luis Gonzaga publicó uno de sus romances de tipos nacionales, “La florera”, género en el cual se confesaba epígono y profundo admirador de Guillermo Prieto:

*Oigasté, güera graciosa,/ dice con voz argentina,/ ¿no llevasté clavellina,/ rosa, jazmín, azahar?/ Veasté, niña, que son frescas/ cual los primeros amores./ Y así encarece sus flores/ la florera del Canal. [...] Hasta que allá en lontananza,/ como acuática paloma,/ se mira al pie de una loma/ la navecilla atracar;/ y que juntos y abrazados/ al ir cruzando entre flores,/ se dicen cosas de amores/ los floreros del Canal.*<sup>11</sup>

Son ostensibles en estas estrofas los giros coloquiales del habla popular, tan característicos del romance nacional. Se trata de una suerte de cuadro de costumbres versificado, pletórico del folclorismo y nacionalismo que fueron culturalmente transpuestos de los románticos alemanes. Es de hacer notar la referencia recurrente, por parte de Ortiz en sus versos, al amor idílico, sugerentemente platónico, incorpóreo. Este daguerrotipo de un personaje de la vida social del México del siglo antepasado constituye una estampa epocal, a su vez, de uno de los paseos más populares del Valle de Anáhuac, el del Canal de la Viga. Con apenas unos días de diferencia, apareció en *El Diario del Hogar* el romance de tipo nacional “La chiera”, en el que Ortiz bosquejaba de esta forma a una de las populares *chinas*, mujeres trabajadoras de la clase humilde que despertaban el ánimo del imaginario colectivo de la época:

Bajo la fresca enramada/ del *puesto* lleno de flores;/ entre vasos de colores/ y entre trébol y laurel,/ grita la *china*, terciando/ el *rebozo* y gesto lindo:/ chía, horchata, tamarindo,/ mi vida, ¿qué *tomasté*? [...] Y con el *jorongo* alzado/ hasta los pícaros ojos,/ el *leperito*, hecho antojos,/ parado está ver y ver/ a la *china*, que fingiendo/ que no le importa la cosa,/ “pase pues”, canta graciosa,/ mi vida, ¿qué *tomasté*? [...] ¡Virgen santa! Quién creyera/ que en medio a tanta frescura,/ diera tanta calentura/ aquella *china*

<sup>11</sup> *Idem.*, “La florera”, en *El Diario del Hogar*, año II, núm. 139 (11 de marzo de 1883), p. 5.

crüel,/ que con los rasgados ojos/ abrasa a todo el que guiña,/ mientras dice “¿Agua de piña?/ mi vida, ¿qué tomasté?”<sup>12</sup>

Fundamentales obras costumbristas aparecieron durante aquel periodo de nuestras letras; algunas de las más conspicuas: *La musa callejera* y el *Romancero nacional* de Guillermo Prieto, *Los mexicanos pintados por sí mismos*, debido a numerosas y egregias plumas de mexicanos, o el *Álbum fotográfico* de Hilarión Frías y Soto. Todos ellos son textos imprescindibles de la tradición del cuadro de costumbres, inaugurado en la década de los treinta en España por el periodista Ramón Mesonero Romanos, y que se convirtió en Hispanoamérica en una tradición literaria que conformó parte señalada de nuestro Romanticismo. Ortiz manifestó en muchas ocasiones su profunda admiración por Prieto, en las que se ostentaba casi como su émulo, al ejecutar la descripción de un tipo popular, con un guiño de sutil erotismo.

Otra de las facetas de la personalidad literaria que Altamirano expuso sobre Ortiz en su citada “Revista de la semana” fue la del poeta inspirado en sus debacles amorosas:

A veces, sin embargo, sus cantos tienen acentos más profundamente tristes y que revelan amargos dolores, que naturalmente procuran exhalarse con quejas más hondas y más punzantes. A veces le creemos impulsado hacia su lira, como en busca de desahogo, y nos parece percibir en sus elegías algo, como un suspiro de alivio, lo cual no es raro. *Perche cantando il duol si disacerba*, como dijo el Petrarca. Por lo demás, y poniéndonos a examinar el carácter de las composiciones de los poetas eróticos y sin necesidad de lanzar una mirada indiscreta en sus dolores íntimos, siempre encontramos que son presa de amargas decepciones, de esperanzas frustradas, de alguna pasión desventurada y terrible que ha decidido de la felicidad y desgracia de su existencia, y creemos justo aquel pensamiento de Byron que dice que el amor es *A faith whose martyrs are the broken heart*.<sup>13</sup>

De nuevo los signos apuntan hacia la confraternidad viril, por parte de Altamirano hacia Ortiz, en el desengaño amoroso que presumiblemente dio origen a *Clemencia*. He aquí unos versos de Luis Gonzaga, inspirados precisamente en el desencanto amoroso y el baile: Y yo, de pie y cruzados los brazos sobre el seno,/ matar en vano quise del triste corazón/ los férvidos latidos que de emociones lleno/ mi pecho lastimaban en cada vibración./ Y ella pasaba, acaso, sin recordar que un día/ en un infierno hermoso de amor y de placer/ pasamos una vida que rápida corría/ y en cuya horrible llama aún hoy me siento arder.<sup>14</sup> Es posible quizá recrear, a partir de la intertextualidad establecida por

<sup>12</sup> *Idem.*, “La chiera”, en *El Diario del Hogar*, año II, núm. 140 (18 de marzo de 1883), p. 3.

<sup>13</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *op. cit.*, p. 3.

<sup>14</sup> Heberto, [Luis G. Ortiz], “Lidia. En el baile de \*\*\*”, en *El Renacimiento. Periódico literario*, t. II (1869), p. 245.

Altamirano en su párrafo y de los versos de Ortiz, el espíritu intelectual y la atmósfera lírica que compartían ambos hombres de su tiempo. El verso en italiano pertenece al *Canzoniere* de Francesco Petrarca y el segundo, en lengua inglesa, forma parte del *Childe Harold* de Byron. Ambos ofrecen una muestra muy representativa de las lecturas que realizaban y proponían los nacionalistas mexicanos a los epígonos que deseasen iniciarse en el conocimiento literario universal. La lírica sentimental del Renacimiento italiano y el gran Romanticismo inglés constituyeron hitos de la tradición occidental que casi todos los maestros del nacionalismo deseaban inculcar en las mentalidades de sus pupilos, como estudios imprescindibles para cimentar la naciente literatura mexicana. A principios de 1871 Luis Gonzaga publicó en *El Mensajero* un estudio crítico<sup>15</sup> en el que ofrecía un panorama general de las letras nacionales y de los trabajos que sus principales representantes realizaban en aquel tiempo. Algunos de los escritores más importantes de la escena nacional, quienes participaban en la agrupación de la Bohemia Literaria, consideraron los asertos de Ortiz como ofensivos e injustos. Debido a esto, aún embozado bajo el seudónimo de un rústico personaje llamado *Simón D. García*, nuestro cronista respondió:

¿Qué quedaría de él entre las terribles plumas de la Bohemia?” Esto decíamos casi al comenzar nuestro malhadado artículo anterior, temiendo por su suerte. Y no porque pudiésemos creer que ofendiese a esa sociedad, no, sino porque conociendo nuestra patente nulidad y lo ignorado de nuestro oscuro nombre, temíamos justamente ser el sabroso pasto del talento y del saber, por nuestro estilo chabacano y nuestra absoluta falta de conocimientos. [...] Hemos dicho que nuestros literatos se ocupan de asuntos fútiles, es verdad, y parece que esto le escuece al **señor Facundo**... Los últimos estudios del Sr. Altamirano sobre la educación y la moralización de las clases pobres y otros asuntos de alta importancia no nos atreveremos a calificarlos, así como ninguna de las obras del genio y del talento... [...] Le parece a usted, señor Facundo, que el objeto de mi *broma* es desaprobando las últimas censuras teatrales de los Sres. Altamirano y Gostkowski y defender a los actores; perdone usted: lo primero no, lo segundo sí. No me he referido a dichos señores precisamente, sino a algunos diarios en lo general... [Altamirano]... este señor [ha] escrito buenos artículos críticos sobre teatro, llenos de erudición, con su estilo fácil, florido y ameno, y atreviéndonos solamente a decir, que se notaba en ellos su carácter fogoso e impresionable, así como que creíamos estaba llamado, con justicia y dignamente, a ocupar el lugar vacante por la muerte de Zarco. [...] [A Guillermo Prieto]. Le conocemos como el cantor de las glorias nacionales contemporáneas; como el poeta de los héroes y de los mártires de nuestra independencia, y sobre todo, como el bardo del pueblo, como el cantor nacional, y en ese sentido hemos dicho, y lo repetimos, que sus versos huelen a mole de guajolote. Si el guajolote le disgusta al Sr. Facundo, diremos pavo, que es más bonito, menos nacional, pero a la francesa. Cuánto apostamos, que si mis malquerientes no hubiesen preparado mal el ánimo del Sr. Prieto, él se habría reído de esto? Porque él, ante todo, es mexicano, y habría visto en ello o una sandez, o el deseo de teñir la frase con uno de

<sup>15</sup> Ha sido imposible rastrear el artículo, debido a que aparece como faltante en la colección del periódico *El Mensajero* que forma parte del acervo del Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional de México.

esos matices que sólo él sabe dar a los asuntos nacionales. [...] Nos preguntáis qué nos han hecho Olavarría, Peredo, el barón y **Luis G. Ortiz**, y Prieto, y Altamirano, y todos, y nosotros a nuestra vez preguntamos, ¿qué hemos hecho a todos ellos? ¿Ha sido una gravísima ofensa decir que Justo Sierra vaga como un torbellino ruidoso y sonoro? **¿Poner a Luis Gonzaga llorón y melancólico?** [...] ¿Ha sido una ofensa decir que Cuéllar sueña con *El Pecado del siglo* y las cromo-litografías? Del *Pecado* ya hablamos, pero será un insulto decir que **Cuéllar** trabaja por perfeccionar un ramo del arte? ¿Tomará Santiago Sierra como una pulla maligna, que le pongamos luchando con la negra teología? [...] Respecto de la lectura de libros extranjeros, no sólo deseáramos que se leyesen, sino que se conociesen por muchos, (¡ojalá!) pero no para imitarlos, sino como estudio, porque aún cuando contengan grandes bellezas, para nosotros, para nuestro país, para nuestra literatura, preferimos al lépero pintado por Prieto, con su jorongo y su jarana; en este género es donde vemos a Prieto como el primero de nuestros poetas *nacionales*.<sup>16</sup>

Concluidas las Veladas literarias, aún en 1867, sus integrantes continuaron reuniéndose en casa de Altamirano y formaron La Bohemia Literaria. Los escritores leían sus composiciones en aquellas reuniones privadas y asistían juntos a los teatros de la ciudad. Justo Sierra, José Rosas Moreno, Antonio García Cubas, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio M. Altamirano, Gustavo Gostkowski, Manuel Peredo, Manuel de Olaguíbel, Luis G. Ortiz y Manuel Acuña fueron los autores que las formaron. Se unieron también los caricaturistas José María Villasana, Alejandro Casarín y Jesús Alamilla. Sus sesiones tuvieron lugar en el Conservatorio de Música y en el Tívoli de San Cosme.<sup>17</sup> Por principio, lo que Ortiz señala en su artículo acerca de Altamirano es exacto. El autor de *El Zarco* veía en la novela y en el periodismo los mejores medios para contribuir al progreso moral e intelectual del pueblo, para instruirlo en forma agradable y atractiva —*utile e dulci*, como lo propusiera en la Antigüedad, la *Poética* de Horacio—. Consideraba también el líder intelectual que la libertad de enseñanza y la industria serían los instrumentos de la nivelación social. Las funciones cívicas y civilizadoras de la literatura se valdrían, como vehículo principal, de la novela como medio pedagógico para el progreso de las clases populares y para cimentar en ellas los principios de regeneración moral y política. Ortiz expresó en numerosas ocasiones su admiración por la figura magisterial de Altamirano, así como por la virtud de imprimir color local y amor por lo mexicano enarbolada por Prieto. De modo que resulta muy probable que sus palabras hayan sido malinterpretadas por *Facundo*, cuya identidad Ortiz ignoraba, y de igual forma, fingía desconocer la suya propia, escribiendo sobre sí mismo en tercera persona. Ya se ha mencionado la

<sup>16</sup> Simón D. García, [Luis G. Ortiz], “D. Simón y sus vapuleadores. (Fárrago joco-serio)”, en *El Mensajero*, vol. I, núm. 30 (4 de febrero de 1871), pp. 1-3. Las negritas son mías.

<sup>17</sup> Véase Alicia Perales Ojeda, *op. cit.*, pp. 111-112.



necesidad ineludible de leer y estudiar los modelos extranjeros —impuesta por los maestros fundadores de las letras nacionales— para lograr la emancipación cultural de México, asunto sobre el cual Luis manifiesta congruencia. Con “la negra teología” se habrá referido acaso solamente al color asignado en el siglo a la clerecía, siguiendo a *Stendhal*, desde la primera mitad del siglo; toda vez que Santiago Sierra fue uno de los principales difusores e impulsores del espiritismo en México, doctrina que deseaba asignar un carácter científico al cristianismo. Es ostensible que el recurso de los seudónimos para publicar en la prensa capitalina surtía los efectos deseados, ya que los textos, tanto de Ortiz como de los que tomaron la postura de adversarios suyos, traslucen el desconocimiento de sus autorías. Como ya se señaló, Luis ignoraba que *Facundo* era nada menos que José Tomás de Cuéllar, y los miembros de la Bohemia Literaria ignoraban que *Simón D. García* se trataba de su cofrade el poeta erótico. El siguiente fragmento de una gacetilla publicada en *El Siglo Diez y Nueve* por Manuel Payno da indicios de ello:

...no fue justo al hablar de los Sres. Peredo, Gostkowski, Cuéllar, Olavarría, **Ortiz**, los Sierra... Entre tanto, es cuerdo guardar y no preocupar el ánimo del público contra una publicación, que ha costado a su autor “afanes, sacrificios y gastos que el crítico no puede desconocer.” Ya los Sres. Gostkowski, Cuéllar y Justo Sierra han contestado en razonados artículos a las observaciones del articulista del *Mensajero*. Yo también procuraré extenderme sobre algunas ideas, que él ha puesto a discusión en mi artículo del lunes próximo, intitulado: “La literatura en 1870”.<sup>18</sup>

Por su parte, Justo Sierra responde a *Simón D. García* resumiendo sus ideas en el siguiente párrafo:

Todo lo que hemos dicho puede resumirse en estas palabras: ¿El teatro tiene público suficiente? No. ¿La corta cantidad de personas que a él asiste gusta de las producciones nacionales? ¿Las alienta siquiera? No, sino al contrario, bosteza con las comedias, se indigna con los dramas, y... ¡Oh, patria, atranca tus oídos... se ríe de los dramas tozudos de nuestra grandiosa epopeya nacional! Agréguese la incuria irremediable del gobierno, cuya intervención nos repugna en casi todo, pero que en materia de artes irrecensables en México tiene la obligación de hacerlo; y se tendrá este ralo estímulo, ninguno. Y preguntad ahora por qué no existe una literatura dramática nacional.<sup>19</sup>

Ya señalaba Altamirano en 1868 el exiguo número de capitalinos que asistían al teatro, y la preferencia de la población por otros espectáculos menos demandantes para la inteligencia y el peculio. El desprecio por lo nacional —nuestro ancestral

<sup>18</sup> Manuel Payno, “Gacetilla. El Sr. D. Manuel Payno”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXX, t. 52, núm. 9,520 (31 de enero de 1871), p. 3.

<sup>19</sup> Justo Sierra, “Variedades. La literatura en México y otras cosas”, en *El Siglo Diez y nueve*, 7ª época, año XXX, t. 52, núm. 9,520 (31 de enero de 1871), p. 3.

malinchismo— da en estas palabras de Sierra la muestra de un rasgo ya moderno de nuestra sociedad. El gusto popular se encontraba depositado en el Circo Chiarini. Los teatros, después del estreno de una obra y unos cuatro o cinco llenos, permanecían en soledosa tristeza. Los cenáculos culturales denunciaban la insuficiencia de compañías, actores, repertorio y de obras europeas (no españolas), así como el “gran público” desdeñaba la producción nacional. El arraigado gusto por la zarzuela no podía ser usurpado por la ópera culta y muchos autores deploraban la deficiencia de las actuaciones en distintos géneros. El citado barón de Gostkowski, por ejemplo, criticaba la declamación monótona o exagerada de los actores, así como sus gestos automáticos y la inverosimilitud de los argumentos, motivando que saliera Ortiz a la defensa de los histriones, aduciendo el estado neonato de este arte en aquel tiempo. No obstante los sañudos embates de los “bohemos” sobre nuestro autor, una prueba fehaciente del respeto y consideración de los que gozaba Ortiz dentro del cenáculo, llamado más adelante República de las letras, nos la da Justo Sierra en la gacetilla publicada en *El Siglo Diez y Nueve* el 5 de febrero de 1871:

Señores redactores del *Mensajero*.—Muy señores míos.—Aunque habíamos determinado seguir con la persona que firma en ese apreciable periódico *Simón D. García*, y en cuanto nuestras pobres fuerzas lo permitieran, una discusión razonada sobre los injustos asertos estampados en su primer escrito, proveyendo esta determinación de que apenas abrigábamos sospechas respecto del nombre real del articulista en cuestión. Pero desde el momento en que nos hemos convencido plenamente de que *Simón D. García* no es otro que nuestro amigo el Sr. D. Luis Gonzaga Ortiz, la lealtad nos aconsejaba dar punto a tales cuestiones, como lo hacemos. Sin otro particular me repito de ustedes amigo y servidor.<sup>20</sup>

Por otra parte, Ortiz denunciaba también, en su artículo “Protección al teatro” que apareció en la sección de “Gacetillas” de *El Siglo Diez y Nueve* en 1871, el freno que el gobierno imponía al buen desarrollo de las artes escénicas:

El ayuntamiento de México imposibilita a algunos teatros de funcionar con precios bajos y grava a la compañía o empresa que trabaja, por ejemplo, en el Nacional, con algo así como cosa de \$200 mensuales, en vez de dárselos para ayudar a mantener constantemente abierto el edificio, primero de su clase en la nación.— Los artistas saben muy bien que el público mexicano es incapaz de lanzarles insulto alguno, y no han menester por tanto sino protección de otra clase para sostenerse, que en particular el mismo público dispensa a aquellos que se respetan a sí propios. Decir lo contrario es no juzgar bien al público y poner en igual línea al teatro con la farsa. Cuide el buen señor de reglamentar el aseo, las bombas para incendios, los depósitos de agua, que las puertas de los teatros se abran siempre hacia afuera, que el alumbrado sea digno de una gran capital, que los arquitectos de ciudad reconozcan a menudo los locales destinados a

<sup>20</sup> *Idem.*, “Gacetilla”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXX, t. 52, núm. 9,525 (5 de febrero de 1871), p. 3.

contener público, y no de meterse en casa ajena a ejercer autoridad que ningún poder le ha conferido ni atañe al bien general.<sup>21</sup>

Numerosos hombres de letras de la época abogaban constantemente en sus artículos, discursos y ensayos por la protección que, ellos consideraban necesario, el Estado debía brindar al desarrollo de las artes, principalmente de la literatura y el teatro, para controvertir la opinión que privaba en el mundo civilizado sobre la barbarie que imperaba en México. Podría afirmarse que el perfil aspiracional de nuestro país y su capital se encontraba situado a la altura de las naciones de más rancia tradición artística, así como de la vida cultural de las ciudades más sofisticadas y cosmopolitas del orbe. Ejemplo de ello, por supuesto, la “ciudad eterna”, donde Luis Gonzaga se refugió de la persecución conservadora y monarquista, ejercida sobre todos los miembros del partido liberal y sus allegados.

Hilarión Frías y Soto recuerda, a la muerte del poeta en 1894, su período de exilio en la capital de una Italia aún en proceso de unificación:

Allá en Roma, adonde se había refugiado Luis Gonzaga Ortiz en 1866, cuando su patria hollada por el extranjero sacudía en convulsiones de muerte el trono imperial que la Francia le había echado sobre la espalda, el poeta cantaba... ¡Ay! Entonces, yo errante/ bardo que huyendo la maldita argolla/ del infame traidor, lloro en la margen/ de tu sagrado Tíber de mi Anáhuac/ la cruda suerte, pues lo miro hollado/ por el vándalo atroz, secaré el lloro;/ y de pie sobre el Monte Palatino/ haciendo estremecer el arpa de oro/ de tu Marón divino/ me ceñiré la rama de tu encino,/ ¡Salud! Tres veces gritaré iracundo,/ ¡Oh, fuerte y sacra Roma!/ y mi voz volará de mundo a mundo!<sup>22</sup>

El Monte Palatino, la cumbre más importante de las siete colinas que rodean Roma, quizá simbólicamente haya representado para Luis Gonzaga una cúspide del Republicanismo. El escritor, con voz grandilocuente, ejerce entonces su conciencia de poeta en el exilio, ostentando una concepción de sí mismo como *vate* en toda la amplitud de la acepción. Como profeta, como voz del futuro, como émulo romántico de un Byron luchando por la libertad en Grecia, Ortiz también pertenece a un tiempo bélico y heroico al que los liberales mexicanos contemplaron como la Segunda Independencia, lucha por nuestra autonomía que sí fue ganada combatiendo a un tirano extranjero. Recordemos que la Independencia de 1827 fue conseguida con la connivencia de peninsulares, criollos e insurgentes, merced al talento diplomático y la ambición de Agustín de Iturbide, primer emperador de México. Por tanto, la perspectiva histórica de

<sup>21</sup> Simón D. García (hijo), [Luis G. Ortiz], “Protección al teatro”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXX, t. 52, núm. 9,546 (26 de febrero de 1871), p. 3.

<sup>22</sup> El Portero del Liceo Hidalgo, *op.cit.*, p. 1.

los liberales carecía acaso de rasgos hiperbólicos. Conspicua es, sin duda, la siguiente impresión que plasma Luis Gonzaga en una de sus crónicas romanas publicadas en *El Renacimiento* sobre su visión de la emperatriz Carlota, en camino de la decadencia y la insania:

Ya casi entre la sombra, al retirarnos a nuestra habitación y al cruzar por la *Piazza Navona*, un carruaje paró cerca de la hermosísima fuente que decora esta plaza, y una de las obras notables del Bernini. De aquel carruaje sencillo y modesto bajó una mujer de alta y esbelta figura, en cuyo aire y continente se veían aún el orgullo y la mirada altiva de los hijos de los reyes, de los creyentes del derecho divino. Su rostro, si no de una notable hermosura, no carecía de belleza; pero una palidez siniestra cubría su frente y en sus ojos cercados por una sombra oscura brillaba una mirada inquieta y vaga... La mujer se acercó a la fuente de la cual tomó un poco del *acqua vergine*, retirándose luego lenta y silenciosa. Aquella mujer era la princesa Carlota; la infortunada archiduquesa de Austria que, habiendo llegado al Vaticano en busca de los consuelos de la caridad y de la religión, salió de él triste, desolada y perdida la luz divina de la razón, que tal vez no recobrará ya nunca...<sup>23</sup>

No se equivocaba, en absoluto, Luis Gonzaga, con respecto al rancio linaje de la emperatriz Carlota. La noble belga fue prima de la reina Victoria de Inglaterra, Gran Maestre de la Cruz de San Carlos y Virreina de las provincias del Lombardovéneto, hija de Leopoldo el Príncipe de Sajonia-Coburgo y Rey de Bélgica, hija de Luisa María de Orleans, nieta de Luis Felipe, Rey de Francia, sobrina del Príncipe Joinville, prima del Conde de París, hermana del Duque de Brabante que fue Rey de Bélgica y conquistador del Congo, hermana del Conde de Flandes, esposa de Fernando Maximiliano José, Archiduque de Austria, Príncipe de Hungría y de Bohemia, Conde de Habsburgo, Príncipe de Lorena y Emperador de México.<sup>24</sup> La crónica de Ortiz, que impresiona profundamente, acaso también remita a la conocida entrevista entre Carlota y el Papa Pío IX, en la que la emperatriz, profundamente desconfiada de su séquito y presentando signos evidentes de alienación, temerosa de ser envenenada por sus allegados, se precipita —famélica— sobre la taza de chocolate y la pieza de pan que estaban destinadas a ser la cena de Su Santidad. No sería la demencia, pero sí el olvido y el aislamiento de sus últimos días, los que guiaron los pasos de nuestro autor en su descenso al sepulcro. Hilarión Frías y Soto, en una remembranza póstuma de Luis Gonzaga, traza probablemente uno de los pocos retratos áulicos de la fisonomía y

<sup>23</sup> L. G. O., [Luis G. Ortiz], “El Monte Pincio. En Roma”, en *El Renacimiento. Periódico literario*, t. II (1869), p. 110. De antiguo trazo romano, la Plaza Navona adquirió su silueta y función modernas en el siglo XV. Posee obras escultóricas y arquitectónicas como las fuentes diseñadas por Gian Lorenzo Bernini. Una de ellas es la *Fuente de los cuatro ríos* de 1651; muy probablemente sea la que refiere Ortiz en su crónica.

<sup>24</sup> Véase Fernando del Paso, *Noticias del imperio*, p. 13.

personalidad literaria de nuestro poeta y cronista en el año de su muerte, en *El Siglo Diez y Nueve*:

Luis Gonzaga, como el cantor de las *Blasfemias* [Teodoro de Banville], tenía, en efecto, el toisón negro y el rostro color de ámbar, como un príncipe indio, y, como éste, podía derramar a su paso, puñados de perlas, de rubíes, de zafiros y *chysólidos*. Eran sus versos. Y sus cejas rectas casi se tocaban, y sus ojos de pupilas estriadas de gris y negro parecían adormidos y soñolientos; pero lo más saliente en su rostro era la boca, finamente voluptuosa, entreabierta como si aspirara el beso, que todavía hacía tremolar el labio y crepitaba en la caricia o en la estrofa de la noche pasada. Es que Luis Gonzaga Ortiz, y todos sus admiradores lo han escrito ya, era **el poeta erótico por excelencia**: aquella alma recta, azotada por las tempestades de la vida, conservaba candores de novicio y creía en el amor. Manuel Flores, el gran poeta, su émulo, más anacreóntico, también padecía esa neurosis genésica...<sup>25</sup>

Como añadidura a la información sumaria, arriba en este texto, es posible apuntar que Luis G. Ortiz formó parte de la primera etapa del Liceo Hidalgo (de 1850 a 1851) y fue también colaborador de su órgano de publicación *La Ilustración Mexicana*. En 1861 participó en el periódico *El Artista*, suplemento dominical de *La Independencia*. De 1862 a 1867 tomó parte en la publicación de tendencia reaccionaria *El Cronista de México. Periódico de política, de noticias religiosas, nacionales y extranjeras, de ciencias, de literatura, variedades y avisos*. De 1867 a 1868 contribuyó a formar la colección de cuadernos mensuales, correspondientes a las doce reuniones de las Veladas literarias. Durante el año de 1867 la asociación La Bohemia Literaria se reunió en la residencia de Ignacio Manuel Altamirano, formando parte de ella Luis Gonzaga. Nuestro autor fue miembro, en 1870, de la Sociedad Artístico Industrial, y publicó artículos en su periódico difusor *Lecturas para el pueblo*. En el mismo año formó parte de la Sociedad de Libres Pensadores, y publicó en su periódico *El Libre Pensador* su novela *Dos rosas y una querida. Recuerdos de un viaje a Italia*. De 1872 a 1873 publicó la novela *Angélica* y el poemario *Ayes del alma* en *El Imparcial. Periódico de política, literatura, industria, artes, comercio, mejoras materiales, teatros y avisos*. De 1872 a 1877 se publicó la edición literaria dominical de *El Federalista*, y ahí colaboró Ortiz. Finalmente, hacia el ocaso de su vida, el poeta erótico tuvo

---

<sup>25</sup> El Portero del Liceo Hidalgo, *op. cit.*, p. 1. El poeta que refiere Frías y Soto, Teodoro de Banville, es uno de los precursores del Parnasianismo, posterior apóstata del Simbolismo y previo impulsor de la breve y precoz carrera literaria de Arthur Rimbaud. Las negritas son mías.

participación en la última etapa de El Liceo Hidalgo, que se reunía en los salones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.<sup>26</sup>

## 1.2 Luis G. Ortiz y el indianismo decimonónico<sup>27</sup>

Una faceta importante de Luis G. Ortiz como exponente de nuestra poesía decimonónica es la de pertenecer a una etapa histórico-literaria en la que México se hallaba en busca de su identidad nacional. Este fenómeno se repetía a lo largo de todo el subcontinente hispanoamericano. El teórico peruano Antonio Cornejo Polar desarrolla en 1982 el concepto de *totalidad contradictoria*<sup>28</sup>, aplicado al caso de la literatura andina, donde señala la coexistencia de varias tradiciones en conflicto. La fundación de las literaturas nacionales en Latinoamérica consiste en un proceso de traducción que reduce el carácter antagónico de la historia común a una sola visión, impuesta por la selección deliberada de un archivo hegemónico literario que establece —de manera arbitraria— un origen compartido. El gran problema de la fundación de una tradición literaria nacional consiste en consolidar la ilusión del paradigma cultural legítimo y representativo de un pueblo en sus textos “canónicos”. El configurar una literatura nacional es una operación traductora para expresar y dar voz a muy disímiles fenómenos, grupos sociales y regiones de la realidad nacional. Se trata, precisamente, de inscribir en la tradición nacional la dimensión de un *holon* popular con apariencia de homogeneidad, la cual en cualquier país latinoamericano —en su primer siglo de vida independiente— resulta una quimera, forzada para aparentar concreción. Beatriz González Stephan expone con objetividad y lucidez el callejón sin salida y la arbitrariedad cultural presentes en los procesos de fundación de las tradiciones literarias nacionales en América Latina:

La exaltación de lo particular y local como banderas de lo nacional se hacía evidente. Esto revelaba una problemática identitaria que escudaba más bien la sensibilidad extranjerizante de las élites, volcadas a gustos europeos noratlánticos y que descansaba en la modernidad tecnológica de las ciudades y en el lujo suntuario de sus vidas privadas. En la práctica estos sectores poco tenían que ver con la imaginería que aparecía en esa “literatura nacional”. Todo el conjunto revelaba su contradicción. Esta

<sup>26</sup> Véase Alicia Perales Ojeda, *op. cit.*, pp. 89-95, 103-111, 111-112, 120-121 y 169-179. Véase *Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX: 1856-1876 (Parte I)*, pp. 226-232, 299-303, 335-341, 342-345 y 361-363.

<sup>27</sup> Las estrofas de los poemas citados en este apartado son consignadas en la obra CABRERA QUINTERO, Conrado Gilberto, *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*, Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2005, pp. 210-213.

<sup>28</sup> Véase Antonio Cornejo Polar, “Literatura peruana: totalidad contradictoria”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 9, núm. 18 (1983), pp. 37-50.

era, al fin y al cabo, un artefacto más para el consumo de un supuesto público internacional, o para una comunidad con una identidad esquizofrénica, donde la literatura podía servir como un espacio de representaciones compensatorias de un “hinterland” y de un “pueblo” ausente para llenar los requisitos de lo que en ese momento se necesitaba para ser nación.<sup>29</sup>

La crónica, la poesía y la novela de Luis G. Ortiz revelan su pertenencia a una élite cultural, que tanto hacía ostentación de su repertorio cosmopolita como se veía obligada moral e intelectualmente a exaltar sus baños de pueblo y de color local. Se trata de criollos y mestizos cuya alfabetización, aculturación europeizante y participación en las esferas del poder obligan a reconocer —a una vez— el peso histórico de España, las aspiraciones puestas en el Occidente moderno y la terca insistencia de lo popular y lo indígena como única vía de autenticidad. Hacia mediados de siglo (1856), y bajo los dictados del nacionalismo liberal, nuestro autor publica en la Imprenta de Ignacio Cumplido, en la Ciudad de México, su libro titulado *Poesías de D. Luis G. Ortiz*. Durante el siglo XIX se busca la profundidad histórica en los procesos culturales. El historicismo de la época deja al desnudo el carácter voluntarista y prospectivo de la literatura nacional. Lo más característico en este estadio cultural es la obturación política por antonomasia: la negación del pasado virreinal, de la huella hispánica. Las discusiones en el seno del Liceo Hidalgo se enfocan en otorgar a Netzahualcóyotl o a Sor Juana la carta de identidad fundacional de las letras mexicanas. Los entusiastas de ambos bandos debaten acaloradamente y fallan a favor de uno u otro alternativamente. Muchos de ellos coinciden en exiliar los tres siglos coloniales de la mexicanidad y en situar el origen de ésta en un mundo indígena desdibujado e idealizado. Mas si negábamos a España, ¿entonces de qué tradición real y conocida echábamos mano? La respuesta se hizo plausible: de un pasado prehispánico que era sólo susceptible de una reivindicación ideológica, carente de documentos, de conocimiento real. Surge entonces la tendencia dominante del siglo en el discurso político y literario: el *indianismo*, la pintura idílica del México antiguo, pero desde una visión hispánica, desde las formas culturales europeas, occidentales. Al igual que el costumbrismo, el indianismo —al valerse de especulaciones e imaginería en lugar de documentos y estudios rigurosos— carece de espesor histórico. Se trata de un retrato edulcorado, basado en arquetipos étnicos y sociales, entelequias de un imaginario poscolonial. Dentro del volumen de poesía publicado por Ortiz en 1856 se encuentra el

---

<sup>29</sup> Beatriz González Stephan, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano*, pp. 194-195.

poema “Horas de calma”; dos de sus estrofas exaltan el valor del pueblo tlaxcalteca en el trance histórico de la Conquista: “Y de la patria mía/ no la vergüenza y corrupción presente,/ sino la libertad que gozó un día/ cuando de gloria coronó su frente. / Cuando con fuerte mano/ y fiera audacia el *Tlaxcalteca* fuerte/ gritando libertad, entre el hispano/ desafiaba feroz la cruda muerte.” Es muy válido comprender la “corrupción presente” que menciona, ¿mas qué pasado heroico *tlaxcalteca* es ése que exalta el poeta? ¿El de las contadas ocasiones en que esta etnia hizo frente bélicamente a Cortés, o la —siempre malinterpretada como traición— alianza con éste en contra del poderío *mexica*? Es evidente que el conocimiento histórico de Ortiz —al igual que el de muchos de sus coetáneos— al respecto era, cuando menos, inexacto.

En 1855 hace su arribo a tierras mexicanas el poeta español José Zorrilla, tornándose su estancia en uno de los hitos en la historia de nuestras letras decimonónicas, fenómeno seguramente atribuible a la condición de extranjero del vate y a su indudable relevancia como figura señera del Romanticismo en lengua española. En la antología de nuestro poeta y cronista arriba mencionada se encuentran unos versos dedicados “A Zorrilla en un convite”: “Salud, vate, salud, pájaro errante/ que cuando tiendes tus potentes alas,/ ora cruzas el cielo centelleante,/ ora el vergel de primorosas galas;/ corta, corta tu vuelo un solo instante,/ deja un momento las etéreas alas,/ y canta si la gloria no te abruma/ en el suelo feliz de *Moctezuma*.” El nombre del históricamente controversial tlatoani *mexica* que dio la bienvenida al invasor que acabaría con el orden mesoamericano de la vida, es utilizado por el poeta como metonimia de la nación mexicana entera ante la figura de un poeta europeo, haciendo así patente el indianismo y el centralismo que sostenían arbitrariamente la razón de Estado de nuestra República débil y titubeante.

“Vivir o morir” es un poema en el que se halla una marcada presencia de los tópicos latinos del *ubi sunt* y el *tempus fugit*. Considerando que Ortiz fue conocedor avezado de la poesía clásica, e inclusive traductor al español de Virgilio y Tibulo, resulta fácilmente rastreable esta influencia en los siguientes versos dedicados a la fugacidad del poderío *mexica* y del mundo prehispánico:

Y tú, mi dulce patria, tan bella y tan querida,/ tan rica de recuerdos, tan grande en tu valor,/ lindísima amazona, hoy triste escarnecida,/ sin manto y sin corona, sin nombre y sin honor,/ ¿qué fue de tus ciudades, tus reyes y caciques;/ *Huichilopstle* rudo, sus templos y su altar?/ Entonces a tus guerreros ¿quién opusiera diques/ cuando tu virgen



suelo osaron profanar?/ ¿Qué fue de tanta gala magnífica y brillante?/ ¿Qué del vergel florido del noble septentrión?/ ¿Qué del imperio *azteca*, terrífico y gigante,/ Edén de los placeres y ensueño de Colón?

El tópico del *ubi sunt* lleva al poeta a preguntarse dónde se encuentran ahora esas glorias perdidas, ¿o imaginadas desde una actualidad decadente? El *tempus fugit* indaga sobre la naturaleza efímera de la grandeza de un imperio, derrocado y sojuzgado por el advenimiento del Virreinato —y ya en el tiempo de Ortiz— maniatado por sus herederos, los reaccionarios. Siendo paradójico el origen, oscilante entre dos génesis contradictorios, la tradición aún está por construirse; se trata de un acto reflexivo más que de una ubicación histórico-temporal precisa. No significa, sin embargo, un gesto arbitrario, sino un proyecto de fundación con una pregunta genuina sobre los materiales que conformarán el archivo de identidad. El México de su tiempo, en el ideario liberal nacionalista, se erige para nuestro autor como una *Age d'Or* ensombrecida por el oscurantismo de los enemigos, criollos monarquistas y clericales. “En el aniversario del Grito de Dolores” es un poema que, a la usanza utilitaria e ineludible de la época, idealiza el entonces ignoto pretérito del México antiguo: “El *azteca* vagaba en el desierto,/ libre como las aves, por la anchura,/ persiguiendo la fiera en la espesura/ o afilando su dardo volador/ y la doncella tímida, en las aras/ de **las deidades que en su error creía**,/ en holocausto férvido ofrecía/ algunas flores con sencillo amor.” Aporía evidente; el poeta se remonta a un origen idílico de presunta libertad ilimitada, en el que no toma en cuenta la tiranía sanguinaria de los ídolos, cuya adoración, además —desde una visión católica por parte de Ortiz— considera absolutamente errónea. ¿Dónde se halla entonces la reivindicación del pasado precortesiano? La tradición se encuentra evidentemente fracturada. Nuestra condición paradójica no sólo imposibilita la existencia de una realidad nacional homogénea y de una literatura orgánica, sino que sólo refleja una vaga imagen de organicidad. Al no existir una comunidad lingüística, religiosa y tradicional unificada, en un territorio con un mercado común, sino este último siempre dependiente del extranjero, queda de manifiesto una ruptura que se inicia de manera muy temprana, acaso con la determinante diglosia del periodo de Evangelización.

En “Sedientos de tesoros” el poeta describe un cuadro de desolación ante la caída de Tenochtitlan en el que deplora la barbarie y codicia del conquistador, atribuyendo así —en el imaginario histórico liberal— la ruina del México de su tiempo al Virreinato y a quienes lo añoran, es decir, los enemigos reaccionarios. Se trata de una

transposición ideológica de españoles a conservadores, un desplazamiento semántico-histórico de peninsulares a reaccionarios:

Todo es matanza, destrucción, ruina;/ corre de sangre caudaloso río,/ caen los valientes con soberbio brío/ al pavoroso trueno del cañón./ Los dardos venenosos del *azteca*/ arrancan la existencia al enemigo,/ y el Sol al ocultarse fue testigo/ de tan horrenda y crüel desolación./ Mas cruda fue la suerte; el castellano/ venció por fin, y en su entusiasmo ardiente,/ tiránico oprimiendo al inocente./ Sus templos y sus tronos destruyó./ A ocultar su vergüenza el mexicano/ corre desesperado en su amargura,/ y del agreste monte en la espesura/ sus ídolos queridos ocultó.

La perspectiva ideológica liberal del poeta con respecto a la Conquista, como sometimiento de la colectividad a los designios del “oscurantismo español-conservador”, parece de un indudable oprobio en estos versos. El ocaso del *nahui ollin* abre paso a una era en que la nación es eclipsada por el poder sombrío y deleznable de los Habsburgo y de la Santa Inquisición. Éstos se equiparan a la ideología conservadora que la Reforma ha de combatir sin tregua ni transigencia. La visión maniquea en que por fuerza cayó el antagonismo irreconciliable entre liberales y conservadores impidió a los adeptos a estas ideologías percibir con racionalismo sus postulados y objetivos ulteriores. Las pasiones encendidas de la contienda bélica y la afrenta insoluble de la desigualdad socioeconómica entre los individuos que formaban parte de ambos grupos los obligaron a desconocer el proyecto de sus adversarios, haciéndolos ciegos ante el hecho de que compartían el mismo anhelo: la consolidación de México como una nación de paz y progreso ante el orbe.<sup>30</sup> Puesto que toda autoridad legítima implica cualquier cosa menos coerción, la legitimidad que emana del origen fundacional en el México del siglo XIX no admite conciliación entre la realidad indígena, paupérrima y analfabeta de las masas y la ilusión modernista de la élite dirigente, trátese de liberales o conservadores. La autoridad es una cuestión que emana del reconocimiento natural. El vínculo roto entre la autoridad y el origen es la propia fundación paradójica de nuestra nación. El sincretismo religioso, político o literario no es más que una salida

---

<sup>30</sup> Anne Staples señala el caso de cuatro notables ideólogos de la primera mitad del siglo, los conservadores José María Luis Mora y Lucas Alamán, así como los liberales Carlos María de Bustamante y Lorenzo de Zavala, y escribe: “Lo que no comprendieron sus lectores fue la motivación que [los] llevó... a escribir la historia como ellos pretendían que se recordara, no como la recreación fiel de un tiempo y un espacio. ¿Por qué, entonces, ocuparnos de una memoria histórica tan poco exacta? Porque muestra justamente cómo deseaban estos pensadores que fuera la sociedad. [...] Su optimismo, sin embargo, se tropezó con una realidad compleja de pobreza, aislamiento geográfico y divisiones sociales que pocos individuos estaban dispuestos a reconocer. Se convirtió en artículo de fe la idea de que la vida en todos los aspectos era mejor bajo los distintos gobiernos independientes de lo que había sido bajo la corona de España. (Anne Staples, “Una sociedad superior para una nueva nación”, en *Historia de la vida cotidiana en México. IV. Bienes y vivencias. El siglo XIX*, p. 307.)

desesperada para dar sentido al dogma, totalmente difuso e incomprendido por el pueblo a quien pretende regir.

## 2. La crónica de Ortiz y la modernidad en la Ciudad de México

Las crónicas de Luis G. Ortiz no representan una excepción a la teoría expuesta por Álvaro Matute, quien considera que el cronista se trasladó al periódico, en el cual dejó "registradas las acciones que podían trascender en la memoria colectiva". El historiador también señala que estos hechos se encuentran reproducidos con absoluta libertad, sin ceñirse a los cánones historiográficos, por lo cual son relatados desde el ángulo de percepción del propio autor, por lo cual hallamos en ellos plasmada su agudeza, su poder evocativo, su incisión crítica, es decir, "las cualidades de su estilo"; Matute califica a los cronistas no como "historiadores en pequeño, sino como escritores en grande". De manera tajante formula y responde a la siguiente pregunta: "¿un conjunto de crónicas periodísticas hace historiografía?" Se responde negativamente:

Los acervos de crónicas no construyen historiografía, en la medida en que se trata de artículos escritos sobre la marcha, sin ninguna estructura rigurosa que les otorgue una finalidad historiográfica, ni mucho menos con una metodología disciplinaria propia de la historiografía. De manera que los textos a los que nos vamos a enfrentar serán considerados como un testimonio y como un ejercicio literario que podría contribuir a la construcción de un discurso inserto en la disciplina de la *musa Clío*, más no como documento fehaciente que hilvane este relato epocal.<sup>31</sup>

Por otra parte, en nuestros días, desde la perspectiva de la sociología de la literatura, es necesario partir de la convención de que las obras son producidas en un tiempo y espacio determinado, y que no aparecen por generación espontánea, sino que provienen de una tradición cultural y de un campo intelectual y proyecto creador —en este caso la modernidad— que, responde a las necesidades, tensiones, angustias y desazones de un periodo histórico determinado. Fundamentalmente, la modernidad es un fenómeno complejo y multidimensional. Industrialismo, capitalismo y racionalización son las variables básicas a insertar en su caracterización. Modernidad es autoconcepción de un estadio histórico, un modo específico de existencia y una experiencia vital determinada, autoconciencia de una época notablemente dinámica que se erige frente a un pasado inmóvil y contemplativo. Lo moderno no respeta su propio pasado y se mira a sí mismo como el producto de la transición de lo tradicional a lo nuevo. Se trata del reino de la razón, de la racionalidad y de sus derivaciones instrumentales. En este estadio, estas últimas han desplazado en credibilidad y prestigio a la religión, los prejuicios, las supersticiones, las costumbres y las tradiciones. La

---

<sup>31</sup> Véase Álvaro Matute, "Crónica: historia o literatura", en *Historia Mexicana*, XLVI: 4, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 714.

modernidad y su sólida fe en su superioridad frente al subdesarrollo y el primitivismo llevan a las élites intelectuales europeas a ser las detentadoras únicas del poder interpretativo de la historia ante la infancia de las civilizaciones del resto del orbe. Tal sucede también, en el ámbito mexicano y latinoamericano, de parte de las élites dirigentes hacia las masas ignorantes. Es por ello que, son aquellos próceres de la pluma y el fusil quienes pretenden determinar los destinos de la nación, la fachada arquitectónica e ideológica de su capital y los modos de existencia de su población, así como dar cuenta de esto en la crónica, sin que se sospeche que han sido ellos quienes lo han predispuesto. Estos dirigentes políticos y culturales, entre ellos Luis G. Ortiz, pertenecen a la segunda etapa del grado de conciencia de la modernidad planteado por Marshal Berman, en el que la idea de modernidad recibe su formulación definitiva a partir del discurso ilustrado dieciochesco, que exalta la ciencia, la razón y el progreso a la luz de éstas. La modernidad cultural que trae la Ilustración es un intento por desarrollar la ciencia, la moral y el arte como tres esferas independientes entre sí. De manera que, se pretende también identificar en el presente proyecto los avances temporales de la concepción de la modernidad en las tres etapas cronísticas que se plantean: de las libertades republicanas recuperadas durante la Restauración a las evidencias del “orden y progreso” de la era porfiriana.

Como otro postulado teórico, se considera que para el cronista decimonónico, quien, conforme avanza la centuria va adquiriendo los rasgos culturales del *flâneur*, el viaje interior planteado por autores canónicos como Lawrence Sterne o Xavier de Maistre, y aprehendido por autores mexicanos como Manuel Payno y Guillermo Prieto, va difuminando sus linderos entre lo físicamente perceptible y la experiencia del periplo íntimo; es decir, se desplaza por la ciudad y por su espíritu de la memoria a la representación y a la mediación mental necesaria para plasmar su reconfiguración del espacio urbano. La siguiente disertación de un autor alemán, estudioso de nuestra “modernidad”, puede darnos luces sobre la distinción-confusión entre el *adentro* y el *afuera* de la experiencia del cronista que camina las calles de su ciudad, atendiendo a una vez, a la subjetividad de su experiencia citadina y a la modernidad que le plantea y le exige la mesa de redacción del periódico, la expectativa de los lectores y el vehemente deseo de modernidad de los escasos habitantes letrados y ávidos de dinamismo cultural en la Ciudad de México:

Este proceso de urbanización iniciado en el siglo XIX que también se da en México, implica una transformación de vez en cuando con cambios muy apresurados en la perspectiva urbana. Walter Benjamin, en su obra sobre París como capital del siglo XIX, recuerda la presencia de la “nueva” población urbana “sin raíces”, a quienes había que acomodar por medio del reordenamiento espacial del centro. París cumplió con su papel de modelo por lo que concierne a la innovación tecnológica, la construcción arquitectónica, la planificación urbana, el desarrollo de las ciencias, las artes y los medios de comunicación. De acuerdo con mi argumento, con esta transformación urbana se impulsa una dinámica particular entre la perspectiva espacial por un lado y, por otro, su percepción en el campo artístico y científico.<sup>32</sup>

A. Rivière, estudioso de la operación mental de la representación, señala una diferencia esencial entre el lenguaje de la conciencia y la formulación del pensamiento. De manera que podría también apuntarse hacia una distinción entre las secuencias mentales de lo observado y aprehendido en el libre discurrir del viandante y la mediación expuesta en los textos cronísticos, elaborados a la luz de la operación mental del *re-recuerdo* planteada por Husserl. Luis G. Ortiz, por su parte, como cronista de la tendencia más objetiva posible de la crónica citadina de su tiempo, procura ceñirse a un itinerario más o menos delimitado, en el que pudiese dar razón de los principales acontecimientos sociales y culturales de la urbe. Sin embargo, no le es vedado sustraerse del espacio cívico al privado-onírico, en el cual la ciudad se convierte en espacio íntimo idóneo para efectuar las catarsis ambulatorias que puedan dar desahogo a las intensas emociones líricas del cronista. Las siguientes palabras de Rivière señalan esta diferencia, la cual podría dar aplicaciones útiles a nuestro planteamiento:

El pensamiento suele acompañarse de la evidencia fenoménica de imágenes que se suceden ante el ojo de la mente, o de íntimas conversaciones y monólogos que, en su ingenua pretensión, cree captar el oído de la conciencia. Sin embargo, en un plano cognitivo, no parece ser tan clara la naturaleza de las **representaciones** con que la razón efectúa sus recoletos intercambios, ni se acepta, de forma acrítica, la identidad entre el lenguaje de la conciencia y el lenguaje del pensamiento.<sup>33</sup>

El espacio citadino posee entonces una “épica sordina” en la que éste resulta grandilocuente y lírico a una vez. Intensos afanes sostenían —en su fuero individual y colectivo— los liberales triunfantes de las guerras de Reforma de llamar a su capital “alegre y bulliciosa”, lo más similar posible al París de la Ilustración y al *bon esprit*, mas no al de la *folie impériale* de Napoleón III, el execrable invasor recientemente

<sup>32</sup> Ineke Phaf-Rheinberger, “Sobre los orígenes del imaginario de la urbanización en México: José María Velasco (1840-1912)”, en *Las modernidades de México. Espacios, procesos, trayectorias*, Günther Maihold (Comp.), México: Cámara de Diputados (LIX Legislatura) / Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina, 2004, p. 130.

<sup>33</sup> A. Rivière, “Sobre la multiplicidad de las representaciones. Un viaje por los vericuetos de los lenguajes del pensamiento”, en *Actividad humana y procesos cognitivos*, Juan Mayor Sánchez (Coord.), Madrid: Alambra Universidad, p. 109.

expulsado. Luis G. Ortiz, al igual que otros cronistas de la posguerra en 1867, poseía la firme convicción de que el ascetismo de una Ciudad de México monástica, la convertía en un innegable bastión del conservadurismo retrógrado. De manera que, al igual que muchos otros cronistas de su tiempo, realizó significativos esfuerzos retóricos para que nuestra ciudad apareciese, durante la semana relatada, como una de las más pujantes y dinámicas del mundo occidental. Altamirano caracterizó las crónicas de Ortiz de la siguiente forma, nos recuerda Belem Clark:

En el transcurso de ese año, con motivo de la salida de Luis G. Ortiz como cronista de *El Siglo XIX*, al sustituirlo, Altamirano, lamentó primero que Luis G. Ortiz dejara de publicar “esas crónicas de la semana, tan llenas de gracia y de sentimiento, escritas con un estilo tan fácil, tan flexible, tan elegante”; piezas agradables y útiles en las que se ocupó de los espectáculos y de los paseos, los cuales quedaron plasmados en sus “descripciones animadas y risueñas”; que no fuera más ese narrador que dejó testimonio de lo que había visto, censurando lo que juzgó grotesco o absurdo, aplaudiendo lo que mereció su aprobación y pintando en fin, “con tan vivos colores”, los encantadores cuadros que habían sucedido durante ocho días en la alegre y bulliciosa capital.<sup>34</sup>

El maestro Ignacio Manuel consideró a Luis G. Ortiz el introductor de la crónica literaria como género de la modernidad en México. Sin embargo, el propio líder intelectual nacionalista se preguntó qué sentido tendría saber a quién adjudicar cabalmente aquella proeza, lo cual resultaría para él un certamen sin sentido: “Aseguró [Altamirano] que ‘en la última época, el que comenzó a escribir revistas locales, es decir crónicas de todo lo acontecido en la ciudad de México’, fue Luis G. Ortiz, en el folletín dominical de *El Siglo XIX*, allá por el año de 1867...”<sup>35</sup> La hipotética pesquisa tendría un hilo conductor que comenzaría con los siguientes apuntes de Belem Clark de Lara:

Tal parece que 1868 simbolizó un año importante para la crónica. Apenas había terminado la intervención francesa cuando se sintió la necesidad de dar cuenta del acontecimiento cotidiano de las urbes, por supuesto en primerísimo lugar el de la Ciudad de los Palacios. [...] Por otra parte, el maestro [Altamirano] puso de manifiesto la dualidad del género al identificarlo tanto con la literatura como con la historia.<sup>36</sup>

Para los liberales más egregios era quizá el momento de la victoria así como de la inserción definitiva de México, como una República, en el concierto internacional. De modo que se consideró un enorme acierto en el terreno cultural, la introducción de la crónica europea en la prensa nacional, con el motivo de dar a México el realce que le correspondía como parte del mundo occidental civilizado. El desprestigio del país como

<sup>34</sup> Belem Clark de Lara, “La crónica en el siglo XIX”, en *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (Eds.), vol. I, p. 333.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 338.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pp. 332-333.

un polvorín de forajidos y salvajes originó la necesidad de reseñar la capital como un centro de cultura cívica y refinamiento artístico, después de la supuesta infamia de Juárez como asesino de Maximiliano de Habsburgo. El autor de *El Zarco*, al igual que muchos de sus coetáneos, en algunos de sus pasajes más lúcidos disertó sobre la naturaleza discursiva de la crónica e hizo aportaciones fundamentales al desarrollo de su poética. En una de sus revistas teatrales, publicada en *El Siglo Diez y Nueve* en 1868, advierte tanto los rasgos literarios como el carácter histórico de este género, aduciendo su valor como descripción de la realidad social y como microhistoria —*avant la lettre*— de los pueblos:

Literatura porque su estilo fluido y correcto hacía de ellas un modelo apreciable, y bajo el aspecto histórico tenía un mérito singular porque ellas eran el diario de nuestra sociedad, la crónica de su vida íntima, la **fotografía** de su carácter. Los pueblos que quieren conocernos a fondo hoy y mañana tendrán que juzgarnos no sólo por la historia de nuestros sucesos políticos, sino por las crónicas de nuestras costumbres. Juzgar de un pueblo por su vida pública, es absolutamente lo mismo que pretender conocer el carácter de un sujeto cualquiera, por su aspecto exterior, por su conducta aparente en la tribuna, en la plaza, en los salones. Es preciso a veces penetrar en la alcoba, examinar los secretos resortes de su vida, indagar su historia anecdótica, lanzar la mirada en lo profundo de su corazón [...] nosotros no tendremos para confundir a los que así nos deturban, más que responderles con esas crónicas fieles...<sup>37</sup>

Resulta a todas luces que la crónica, además de erigirse como un género en boga tanto en Europa como en América, constituyó en México la oportunidad idónea para sacudirse de encima la reputación de nuestro país como enclave del caos y el salvajismo que había sido difundida después de las intervenciones norteamericana y francesa. La crónica estaría llamada a ser el género literario que diseminara una imagen distinta de México. De igual manera, en el mismo texto, el fundador de *El Renacimiento* de 1869, advierte los sendos estilos de distintas plumas de la época que van conformando el perfil de este género entonces tan cultivado. De esta forma, apunta que Ortiz conservaba una estructura tradicional, con un programa preestablecido, en la elaboración de sus crónicas, mientras que otros autores —como Justo Sierra— procuraban situarse a la vanguardia, tomando como modelo a escritores más al *modus hodiernus* en Europa: “Para estas fechas encontramos ya otro paso más en la conformación de la crónica. Y aunque podemos observar que **había aún autores que mantenían la estructura tradicional de las “revistas”, como Ortiz**, también existieron nuevas plumas, como la del joven Justo Sierra, quien tomó ejemplo de cronistas extranjeros que influyeron en su

<sup>37</sup> Ignacio M. Altamirano, “Revista teatral”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año 25, t. 6, núm. 201 (31 de enero de 1868), pp. 2-3. En Belem Clark de Lara, *op. cit.*, p. 333. Las negritas son mías.



manera de escribir.”<sup>38</sup> En su estudio sobre las revistas literarias de México, de 1868, Altamirano también discurre de la siguiente manera sobre la noción de *causerie* o “charla”, estilo de cultivar la crónica que fue ejercido con gran éxito por el joven Justo Sierra:

¿Qué cosa es esta conversación? ¿Quién es Justo Sierra? Pues vamos a decírselo: La *Conversación del domingo* es un capricho literario, pero un capricho brillante y encantador. No es la revista de la semana, no es tampoco un artículo de costumbres, no es la novela, no es la disertación; es algo de todo, pero sin la forma tradicional, sin el orden clásico de los pedagogos; es la *causerie*, como dicen los franceses, la charla chispeante de gracia y de sentimiento, llena de erudición y de poesía; es la plática inspirada que a un hombre de talento se le ocurre trasladar al papel, con la misma facilidad con que la verterían sus labios en la presencia de un auditorio escogido. / La *causerie* es un género de origen francés pero que puede naturalizarse en todas partes porque todos los idiomas y todos los pueblos se prestan a ello. La conversación española aventaja a la francesa en majestad y en la armonía, y puede tener sin embargo su brillantez y su gracia. Es el género que debe ocupar el folletín usurpado por la novela y por las revistas. En México, a Justo Sierra pertenece el honor de haberlo introducido, y ¡cuán ventajosamente! En este estilo hechicero y sabroso, es ya una notabilidad, y en Francia misma, patria de la “conversación”, él ocuparía un lugar distinguido entre los más deliciosos conversadores [...]<sup>39</sup>

Julio Ramos, en *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, caracteriza la *causerie* como instrumento de cohesión social entre los lectores de la crónica, quienes en su gran mayoría pertenecían a las clases más favorecidas: “...habría que enfatizar el carácter de clase de la constitución de cualquier espacio público, en tanto campo de identidad. El “chisme” en última instancia no incluye a “todos”. En la misma disposición oral de las crónicas, que generalmente, a fin de siglo, siguen organizándose como *causeries* o conversaciones, es notoria la exclusividad que erige la voz del chisme y los límites ansiosamente protegidos de la “comunidad” reconstruida.”<sup>40</sup> En este sentido, la crónica y el nicho cultural que ocupaba dentro de la prensa decimonónica, puede entenderse como espacio de encuentro colectivo para las clases alfabetizadas, sitio de confluencia entre cronista y público lector que tenía por objeto la reseña del espacio urbano culturalmente habitado y comentado en charla amena y edificante. El propio Ramos reitera: “La oralidad de la crónica es un procedimiento *inclusivo*, un dispositivo de formación de un sujeto social. Esa inclusión de *cierto* otro en la crónica

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 333. Las negritas son mías.

<sup>39</sup> Ignacio M. Altamirano, “*Revistas literarias de México (1821-1867)*” (1868), recogido en *Obras completas*, XII. *Escritos de literatura y arte*, I (1988), pp. 86-87. El 5 de abril de 1868 Justo Sierra comenzó a publicar la columna “Conversaciones del domingo”, en el diario *El Monitor Republicano*, años más tarde editó parte de estos textos en forma de libro con el título de *Cuentos románticos* (1896). (En Belem Clark de Lara, *op. cit.*, p. 334.)

<sup>40</sup> Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, p. 133.

tiene su reverso *exclusivo*. ¿Qué había en el exterior?”<sup>41</sup> Seguramente en el exterior — responderíamos— se encontraba el pueblo iletrado, pobre y en estado de marginación, aquel que no había sido invitado al banquete de la cultura, del gozo del espacio urbano y del anhelado cosmopolitismo. La masa popular constituía esa cara oculta de la moneda que no podía ser exhibida ante el ciudadano progresista y ante el extranjero que asomaba curioso hacia lo nuestro. Otro autor de gran relevancia en aquellos días, Manuel Payno, expuso también notablemente sus impresiones sobre lo que debía constituir la poética de la crónica:

¿Por dónde comenzamos la charla y cómo contaremos a nuestros lectores los muchos acontecimientos de la semana? La crónica debe ser una conversación sin orden ni concierto; se comienza un asunto, se interrumpe con otro; se dejan los dos pendientes para empezar un tercero; se refieren los sucesos más patéticos, y también las ocurrencias más frívolas e insignificantes. Desde el momento en que un artículo de este género destinado a interrumpir siquiera por un día la fastidiosa historia de nuestra política, tiene orden, método y lógica, y ciertas pretensiones de erudición, de gran tono y de mundo, ya es igual o peor que los de los días precedentes. Se debe mojar la pluma, acercarla al papel y dejarla que corra como se le antoje, sin cuidarse de la gramática ni de la retórica, ni de qué dirán, ni de nada de este mundo. Así queremos por lo menos hacer nosotros, y muy felices seremos si nuestro artículo dice mucho y no dice nada, y su mejor elogio sea el que se califique por algún grave literato de insustancial y de frívolo. / Comenzaremos quizá por el fin o por en medio, poco importa. Se trata de perder el tiempo y de hacerlo perder a los lectores.<sup>42</sup>

Payno subraya aquí la ausencia de un programa definido de escritura en la crónica de la época. Recalca también su categoría de divertimento, tanto para quien escribe como para quien lee. En un procedimiento similar al de la estética modernista, a la crónica del último tercio del siglo le urge convertirse en una *heterotopía* distante de los graves asuntos del Estado, del espacio y dinámica del *deber ser* social, un sitio de convergencia para la recreación cultural en libertad absoluta. Del mismo modo —como se señalaba— en que la crónica modernista finisecular ansiaba escapar del sentido utilitario de la modernidad, del paisaje desolador de la deshumanización industrial, funcionaba apropiándose del mundo femenino y glamoroso de la joya y el escaparate. Ortiz, como es ya ostensible, fue percibido por sus coetáneos como un cronista que —aunque poseedor de profunda sensibilidad poética, vasta cultura y notable mirada estética— se imponía cierto programa rector en la confección de sus textos, en el que se ceñía quizá voluntariamente a reseñar, de manera ordenada, el espacio sociocultural de una muy

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 133.

<sup>42</sup> M. Payno, “Crónica”, en *El Siglo XIX*, 7ª época, año 26, t. 7, núm. 348 (14 de diciembre de 1869), p. 1; recogido en *Manuel Payno, Crónicas de teatro. Crónica nacional. Obras completas* (1997), vol. III, pp. 195-204; *loc. cit.*, p. 195. (En Belem Clark de Lara, *op. cit.*, p. 337.)

incipiente metrópolis. En el siguiente párrafo, Belem Clark da cuenta de cierta polémica que existió a fines de la década de 1860, sobre quién —entre algunos de los cronistas más importantes en esos años— había sido el auténtico iniciador de la crónica moderna en México:

Al cerrar el año de 1869, en su “Crónica de la semana” del 4 de diciembre, Altamirano volvió a ocuparse de este género. En esta ocasión habló de su “origen” en el siglo XIX mexicano. Había leído una “revista” publicada por Niceto de Zamacois en el periódico *El Monitor Republicano*, donde aseguró que el señor Sebastián Mobellán fue el introductor de las “revistas” en México; así es que rectificó la información de Zamacois pues él consideraba que desde hacía mucho tiempo se escribían ya “revistas de todo género” en el país; y aseguró que **“en la última época, el que comenzó a escribir revistas locales, es decir, crónicas de todo lo acontecido en la ciudad de México”, fue Luis G. Ortiz, en el folletín dominical de *El Siglo XIX*, allá por el año de 1867**, Cuéllar realizó el mismo ejercicio en *El Correo de México*. Además, precisó Altamirano que él mismo escribió una “revista de la semana” en dicho periódico y señaló que fue después, en 1868, que el señor Mobellán “comenzó a escribir sus lindas revistas que se publicaban en *El Monitor*”. **Al finalizar su crónica, y haberle dado a Luis G. Ortiz el mérito de iniciador de la crónica en la época moderna en México, Altamirano se preguntó si valía la pena disputarse la invención de “este género literario”.**<sup>43</sup>

Esta duda era ya difícil de resolver entre los coetáneos de Altamirano: ¿a quién era posible considerar el introductor o pionero del género cronístico de aquella época en México? Quizá sería posible atribuir a Ortiz esta invención literaria en nuestro país, debido a su estancia en Italia durante el Segundo Imperio y su conocimiento de la prensa europea durante aquel período. Sin embargo, estos argumentos son aún pobres para definir un aserto histórico en cualquier sentido.

Atendiendo a la hibridez que caracteriza a la crónica como género discursivo, considerando su triple filiación a la historia, la literatura (narrativa) y el periodismo, Belem Clark advierte que —tratándose de la crónica mexicana del último tercio del siglo XIX— sus rasgos se perfilaron con ostensible dirección hacia el arte de la palabra:

En la década de 1870, al tratar de comenzar México su camino hacia la modernidad, el género que nos ocupa se inclinó, cada vez más, hacia la literatura. Así lo expresó, en 1872, José Manuel Gutiérrez Zamora al comenzar su columna “Potpurri dominical”, en *El Eco de Ambos Mundos*, que tuvo el objetivo exclusivo de mantener al tanto de lo ocurrido en la “Babilonia que se llama México” y aun de lo que no ocurriera, decía su autor, puesto que el día que “la falta de acontecimientos qué referir me impida tener con qué llenar la columna del *Eco* de que puedo disponer semanalmente, mi imaginación

<sup>43</sup> Belem Clark de Lara, *op. cit.*, p. 338. (Tomado de Ignacio M. Altamirano, “Crónica de la semana”, en *El Renacimiento*, t. II, 4 de diciembre de 1869. Edición facsimilar (1979), pp. 209-221; *loc. cit.*, pp. 211-212.) Las negritas son mías.

suplirá la carencia de sucesos, y tal vez no me falten asuntos con qué distraer las horas de ocio”.<sup>44</sup>

Como es notorio a partir del párrafo anterior, muchos de los cronistas de la República restaurada y de años posteriores, tuvieron como obligación primaria, impuesta por las mesas de redacción de sus publicaciones, el llevar a cabo la reseña de los principales sucesos que acaecían en la Ciudad de México durante la semana. “Babilonia que se llama México” llama Gutiérrez Zamora a la urbe cuasi provinciana, pero quizá haya buena dosis de hipérbole en su epíteto. Es sabido que cuando José Tomás de Cuéllar se veía impelido a hacer la crónica semanal en San Luis Potosí, añoraba el impulso dinámico de la Ciudad de México, donde los acontecimientos le darían cuantioso material de qué hablar. A su vez, Ignacio Manuel Altamirano en la capital del país, se quejaba en una de sus cartas “Al barón de Gostkowski” en 1872: “¿Seguiré con los ojos soñolientos a la sempiterna tribu que conocemos de memoria, para dar al mundo la importante noticia de haberle salido a uno de sus miembros una cana más o de haberse caído a otro un diente, o de haber estrenado aquél un vestido, o de haberse casado éste con la paciente novia a quien camelaba hacía quince años?”<sup>45</sup> En muchas ocasiones Altamirano clamó por situarse en medio de la *folie parisienne*, haciendo la corte a “esa gran loca del mundo europeo” que era París, la “ciudad luz”, *axis mundi* de la cultura occidental en el siglo XIX. Belem Clark concluye del siguiente modo con respecto al papel de la crónica hacia el fin de siglo:

Este dualismo entre “modernismo” y “modernización”, que en la cultura metropolitana parecía no tener solución, desdibujó las fronteras en las culturas periféricas, donde ninguna de estas dos dimensiones del progreso social —el espiritual y el material— parecían poseer el impulso autónomo que las distanciase, y así resultó notable en el periodo modernista hispanoamericano como una y otra vez se volvieron interdependientes en la conciencia artística y social de nuestros escritores. Parecería, como observó José Enrique Rodó, que el “espíritu” fue el aliento verdadero de la modernización, del progreso social y material, y no al revés. De esta manera, en el último tercio del siglo XIX el periodismo fue el púlpito eficaz donde predicó el escritor y el foro donde cumplió cabalmente su misión, instituyéndose en el “espacio por excelencia de la cultura”, único recurso para llegar a un pueblo “casi analfabeto y con muy pocas librerías, bibliotecas y casas editoras”.<sup>46</sup>

Volviendo a la crónica del periodo comprendido entre 1867 y 1872, a ésta la encontramos enmarcada entre dos polos; Luis G. Ortiz trató en sus textos de los

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 339. (Tomado de José Manuel Gutiérrez Zamora, “Potpurri dominical. A Delfino Arrijoja. Puebla”, en *El Eco de Ambos Mundos*, año II, núm. 15 (9 de junio de 1872), pp. 1-2.)

<sup>45</sup> Ignacio Manuel Altamirano, “Al barón de Gostkowski”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXXI, t. 54, núm. 9,945 (31 de marzo de 1872), p. 1.

<sup>46</sup> Belem Clark de Lara, *op. cit.*, p. 352.

primeros años de la República restaurada primordialmente sobre la fervorosa exaltación patriótica que insuflaba su aliento en el ánimo épico de los capitalinos. La victoria republicana y su talante heroico pergeñaban también la tendencia de las columnas que ocupaban los textos de Ortiz en *El Siglo Diez y Nueve*. Pasado un lustro, en el año de la muerte del Benemérito, Ortiz comenzó a percibir una atmósfera de paz pública que, aunque revelaba la tensa calma previa a la revuelta de Tuxtepec, anticipaba también los luengos años de la *pax* porfiriana. De igual forma, la transición entre las crónicas eminentemente políticas y a manera de “partes de guerra”, que inundaron la prensa durante los años cincuenta y sesenta de este siglo, mientras las guerras de Reforma hacían de la contingencia bélica un estilo permanente de narrar la cotidianidad y lamentarse de la ausencia de espacio para el desarrollo de las artes, fue perceptible en el modo forzosamente apacible cómo Ortiz narró la ciudad al término del Segundo Imperio. Blanca Estela Treviño posee la siguiente perspectiva de este fenómeno cultural: “El cambio de actitud narrativa y crítica que experimentó la crónica durante la Reforma, lo apreciamos también en los cronistas de la República restaurada (1867), quienes, al término de la intervención francesa y del Imperio de Maximiliano tuvieron la necesidad de dar cuenta de los acontecimientos cotidianos de la ciudad de México como lo había hecho Luis G. Ortiz al publicar en *El Siglo diez y Nueve* esas crónicas de la semana...”<sup>47</sup>. Por otra parte, en el periodo anterior a la Restauración de la República, la fama de la Ciudad de México ya había sido pregonada en el orbe por varias miradas extranjeras, como la de diplomáticos como Madame Calderón de la Barca o Joel R. Poinsett, así como la de algunos cortesanos de Maximiliano y Carlota. Esta ilusoria fachada de fasto imperial fue desenmascarada por la extrema austeridad republicana de los años posteriores al Segundo Imperio, durante los cuales el presupuesto y los esfuerzos abocados al progreso material de la urbe fueron bien modestos.<sup>48</sup> Esta ciudad precaria, foco de infección en tiempo de aguas e inundaciones, de mal pavimentado, embanquetado e iluminación insuficiente fue la gran señora de esplendor e inopia que Ortiz procuro enaltecer con la exaltación de su vida cultural apenas decorosa, con sus sesiones del Liceo Hidalgo, sus conciertos de la Sociedad Filarmónica y su vida teatral

---

<sup>47</sup> Blanca Estela Treviño, “Prólogo”, en *La vida en México (1812-1910)*, p. 22.

<sup>48</sup> “La ciudad de mediados del XIX es el escenario fundamental donde los escritores descubren la actuación del elemento popular, la relación entre el individuo y la masa, las conquistas de la sociedad civil. La llamada por el historiador Luis Galindo nuestra gran década nacional, de 1857 a 1867, es la gran modificadora de la ciudad. [...] Detrás de cada uno de los conceptos del presidente Juárez se encontraban los hombres de palabra, los escritores liberales que, vencedores en el lenguaje de las armas, conjurada la amenaza de una intervención extranjera, debían hacer frente a un enemigo no menos temible, la influencia del exterior...” (Vicente Quirarte, *Elogio de la calle*, pp. 184-187.)

en los exiguos espacios que se ofrecían al público poco aficionado y más bien diletante. No obstante, en las crónicas de Ortiz, sobre todo las que publicó en *El Siglo Diez y Nueve* durante 1867 y 1868, se ofreció a los lectores de la prensa capitalina el fenómeno sociocultural expuesto en seguida por Juan José Escorza:

El propósito de las sociedades [filarmónicas] era doble, tanto abrir fuentes de trabajo para los filarmónicos, como establecer centros profesionales de formación musical y sumarse así a los empeños educativos de la época. Estas instituciones, que a partir de la tercera década del XIX comenzaron a proliferar por todo el país, recibieron el nombre de sociedades filarmónicas. Su influencia para la evolución musical del país es muy grande y constituyeron las entidades principales para el ejercicio musical antes del surgimiento de las instituciones culturales del Estado.<sup>49</sup>

Lo anterior fue, sobre todo, relevante durante los años de la posguerra. Más adelante, al percibirse los avances socioeconómicos, por consiguiente culturales, de la estabilidad porfiriana —cuando, al decir de Hilarión Frías y Soto, hasta el suelo sísmico del valle se encontraba “tan firme como un oaxaqueño en la administración pública”— a Ortiz no le restó más opción que reconocer este progreso y dar cuenta de la intensa vida recreativa y cultural que animaba todos los estratos sociales de la ciudad. El cronista capitalino era tan capaz de dar cuenta del linaje del Jockey Club —desde la posesión de su inmueble por gobernador de Veracruz, Martínez de la Torre, hasta su acondicionamiento como espacio social por el más afrancesado de los ministros porfirianos, José Ives Limantour—, como era también capaz de reseñar una jornada hípica en el Hipódromo de Peralvillo o una sesión populachera de fuegos artificiales en el Zócalo. Aunque, desde una perspectiva actual, la tendencia de las élites sociopolíticas de la época queda mejor consignada por las siguientes palabras de Vicente Quirarte:

Entre 1875 y 1895 [...], bajo la paz posterior a la restauración de la República, la Ciudad de México intenta transformar su fisonomía rural para equipararse a otras metrópolis de su tiempo. El ocio, la prosperidad, la mansedumbre en las costumbres y la brutal competencia propiciada por el porfirismo en proceso de expansión... Ciudad sonora y colorida, preocupada por el instante evanescente. Urbe biofílica, vigorosa... Hacia 1891, José C. Valadés señala la existencia de veinte periódicos sólo en la capital de la República.<sup>50</sup>

La modernidad se presenta con los signos inequívocos de la política y el desarrollo social: consolidación del Estado y fabricación de culturas nacionales unificadas. Esto fue lo que inició el Porfiriato y consolidó la Revolución Mexicana en el ámbito cultural, lo que es expresado por William Rowe de la siguiente forma:

<sup>49</sup> Juan José Escorza, “Del México-Tenochtitlan al México contemporáneo”, en *Metrópolis cultural. Ensayos sobre la ciudad de México...*, pp. 164-165.

<sup>50</sup> Vicente Quirarte, *op. cit.*, pp. 294-295.

Esto sucede cuando el Estado comienza a suplir la densa red de relaciones locales, o cuando las condiciones de trabajo en la industria y en las luchas de los trabajadores asumen un carácter masivo —lo cual comenzó, aproximadamente, en la década de 1880—. De estas experiencias, surgen símbolos y prácticas que se van homogeneizando por todo el territorio nacional.<sup>51</sup>

En 1890 el progreso económico hacía posible una decorosa vida cultural para la ciudad; sin embargo, la anhelada animación de los bulevares parisienses se extrañaba por completo. Nuestra capital continuaba siendo una *cocotte* timorata y mojigata que, aún con el incipiente alumbrado público, seguía comportándose como una beata rezandera que se guarecía de lo pecaminoso antes de las ocho de la noche. Marshal Berman lleva a cabo una caracterización muy acertada de la ciudad moderna, que coincide con los aspectos fundamentales de la capital porfiriana que, en cuanto a las condiciones de explotación y de supervivencia diurnas, se equipara a las ciudades más problemáticas del Viejo Mundo y de Norteamérica; mas resulta absolutamente insuficiente en cosmopolitismo, cuyas opciones nocturnas de recreación y alimento se vieron nulificadas:

Es un paisaje de máquinas de vapor, fábricas automáticas, vías férreas, nuevas y vastas zonas industriales; de ciudades rebosantes que han crecido de la noche a la mañana, frecuentemente con consecuencias humanas pavorosas; de diarios, telegramas, telégrafos, teléfonos y otros medios de comunicación de masas que informan a una escala cada vez más amplia; de Estados nacionales y acumulaciones multinacionales de capital cada vez más fuertes; de movimientos sociales de masas que luchan contra esta industrialización [...] de un mercado mundial siempre en expansión que lo abarca todo, capaz del crecimiento más espectacular, capaz de un despilfarro y una devastación espantosos, capaz de todo salvo de ofrecer solidez y estabilidad.<sup>52</sup>

Ortiz y otros cronistas afirmaban que la rutina de los hombres solteros se reducía a aburrirse “en el desierto de nuestras salas de espectáculos en las que después de cuatro o cinco llenos se hace el vacío.”<sup>53</sup> Por cuanto hace a la crítica de arte, teatro, literatura y espectáculos, José Joaquín Blanco nos ofrece un panorama fidedigno de la situación cultural de la República Mexicana en 1891: “Bueno: No había más de cincuenta personas en una población de dieciséis millones, de cuyas expresiones de odio se pudiera esperar gracia latina, forma culta y talento letrado en 1891. Acaso sólo el propio Altamirano y su tribu de amigos y seguidores podían llenar en su tiempo el paradigma de mexicanidad que establecían para la nación entera.”<sup>54</sup> Ortiz formaba parte de este conciliábulo de la cultura, cuyas pretensiones se vieron, hasta considerable punto

<sup>51</sup> William Rowe, *Memoria y modernidad*, p 124.

<sup>52</sup> Marshal Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, pp. 4-5.

<sup>53</sup> Anónimo, *apud*. María del Carmen Ruiz Castañeda, en *La ciudad de México en el siglo XIX*, p. 54.

<sup>54</sup> José Joaquín Blanco, *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*, p. 43.

satisfechas, durante la dictadura porfiriana. Es necesario recordar que durante la mayor parte del siglo XIX la inestabilidad social, económica y política hizo imposible concretar una vida artística, literaria, cultural y social en la que fuese posible escribir continuamente sobre espectáculos, actos cívicos, y otros sucesos relevantes para la *polis*. El ágora pública se encontró perennemente invadida por las tensiones políticas y militares que provocaban las ambiciones desmedidas de los sectores dirigentes de la población o de las potencias extranjeras, que veían en nuestra debilidad de neonatos la ocasión más propicia para satisfacer su voracidad imperialista. El último tercio de la centuria vislumbró, celebró y deploró el encumbramiento del caudillo de Tuxtepec, hombre de los destinos que tomó a la nación en sus manos de hierro y la llevó, por lo menos, a la estabilidad anhelada. Los hitos históricos mexicanos comprendidos en la propuesta del presente estudio, la República restaurada de 1867, la República acéfala de 1872 y la entronización del Porfiriato en 1891, representan parteaguas en los que el crecimiento y desarrollo moderno de nuestra capital tiene posibilidades reales y efectivamente tiene lugar. En este orden de ideas, la configuración del espacio urbano cobra especial relevancia. Solamente en un régimen en el que durante décadas sólo se hiciera escuchar la voz de un hombre y de su élite consejera sería posible la evolución de una ciudad ideológicamente positivista. De manera que es posible registrar las modificaciones realizadas y acontecidas durante este periodo de veinticuatro años en el espacio físico ciudadano, en los modos de existencia de la población y en la vida cultural de ésta.



**3. República de las letras restaurada. Su campo intelectual a la luz de algunos conceptos teóricos de Pierre Bourdieu. Las Veladas literarias (1867-1868)**

Este capítulo tiene como propósito considerar la crónica y la participación de Luis G. Ortiz en las Veladas literarias de 1867 a 1868, como obras y actos que fueron comentados por sus coetáneos mediante los procedimientos impresionistas que predominaban en la crítica de la época. El poeta capitalino fue un miembro destacado, pese a ser una figura menor, de la llamada “República de las letras”. De aquí se desprende —por implicaciones histórico-literarias que serán analizadas en el presente apartado— que su discurso cronístico, como el de sus cofrades, involucró una buena dosis de contenido ideológico, que atendía a las condiciones específicas de la aparición del hecho literario dentro del campo cultural de las letras mexicanas del último tercio del siglo XIX. En este sentido, es oportuno observar su obra y sus actos públicos desde la óptica que los somete a su historicidad y a las circunstancias temporales de su producción. El enfoque teórico-crítico que se ha empleado para el análisis de estos textos y hechos es el de la sociología literaria, desarrollada por el autor francés Pierre Bourdieu.<sup>55</sup> Es indispensable tener en cuenta, en este procedimiento, la mediación entre la realidad sociopolítica y cultural del México decimonónico y la crónica como hecho propiamente literario. El concepto de *campo intelectual* resultará necesario, dada la mediatización implícita en las determinaciones externas a la creación literaria durante los años que siguieron a la República restaurada y su producción cultural. En la estructura del campo intelectual que se erigió como la República de las letras es posible sostener que no hubo oposición real entre proyecto creador y posición del artista literario; tampoco entre la necesidad intrínseca de esta obra periodístico-literaria y las restricciones sociales impuestas por la prensa como medio masivo de comunicación y como actividad productiva que exige un nivel de rentabilidad. Asimismo, se estudiará el complejo vínculo entre creador y asociación literaria a la que pertenece, como instancia de consagración y legitimación que da forma al inconsciente cultural y al *habitus* de los productores y consumidores de literatura en su tiempo. Toda vez que la noción de “espacio urbano” planteada en este proyecto comprende no sólo los lugares físicos en los que se celebraban los rituales, tanto de la clase popular como de la alta cultura, sino una abstracción que comprende los participantes, campos de interacción y modos de

---

<sup>55</sup> Para la exposición de este capítulo se han aplicado al caso concreto las nociones teóricas del texto “Campo intelectual y proyecto creador”, del autor francés Pierre Bourdieu, que se encuentra antologado, de la página 241 a la 285, en *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios poscoloniales)*, Nara Araújo y Teresa Delgado (Selección y apuntes introductorios), México: Universidad Autónoma Metropolitana/ Universidad de la Habana, 2003. Asimismo, algunos de los conceptos de la sociología literaria de Bourdieu han sido esclarecidos y puestos en práctica mediante la consulta de CHEVALLIER, Stéphane y CHAUVIRÉ, Christiane, *Diccionario Bourdieu*, Estela Consigli (Trad.), Buenos Aires: Nueva Visión (Claves), 2011, pp. 23-33, 62-67, 107-110 y 141-145.

interrelación de los literatos que habitaban la Ciudad de México entre 1867 y 1868, el presente capítulo contribuirá significativamente a la configuración del espacio abstracto de la cultura al que aspiraba la retórica de una capital en vías de modernización.

Ignacio Manuel Altamirano y todos sus colegas en el campo literario tuvieron un peso funcional, como intelectuales, dentro de la República de las letras. Durante los meses posteriores al triunfo liberal del Cerro de las Campanas, el poeta tixtlense y otras figuras de la *intelligentsia* republicana comenzaron a formar instancias de consagración y difusión cultural —principalmente literaria— como lo fueron las Veladas literarias de 1867 y 1868. En este espacio cultural hegemónico (sobre todo por el hecho de ser detentado por integrantes del partido victorioso) se conformaron e impusieron paradigmas de pensamiento que originaron concepciones artísticas y morales acordes con el credo liberal, anticlerical y progresista que ejerció su tutela sobre los destinos de la nación durante la última era juarista. Con la organización de estas tertulias, la publicación en libro de algunas obras de sus miembros y la proliferación del género cronístico, el público lector de la ciudad se amplió y diversificó. El campo intelectual — que propugnaba, mas aún no obtenía el mecenazgo del Estado— era liderado por altos representantes de la vida nacional que deseaban librarlo de influencias externas y unificarlo bajo una línea de legitimidad ideológica, obtenida por las armas, *ergo* ya sin conflicto bélico ni político.

Pierre Bourdieu, retomando una expresión de Levin Ludwig Schücking<sup>56</sup>, recuerda “la sociedad de bombos mutuos” que constituía la crítica decimonónica, para describir la solidaridad entre los creadores, sus profesores y los periodistas. El maestro Altamirano, en concordancia con sus anhelos de formación de una literatura nacional, daba el “espaldarazo” aprobatorio a todo joven autor que deseara empapar sus obras en el color local y en las particularidades de nuestra incipiente cultura. Uno de estos escritores fue Luis Gonzaga Ortiz. La autonomización del proyecto creador de la que habla Bourdieu se encontró, en esta etapa de nuestras letras, muy desdibujada, debido probablemente a las grandes necesidades colectivas de educación y de forja del gran

---

<sup>56</sup> Levin Ludwig Schücking ( Westfalia 1878-Farchant 1964). Estudiante alemán de la literatura inglesa. Fue la figura más importante de su tiempo en los estudios culturales alemanes e ingleses. Como profesor de la Universidad de Leipzig, de cuyo departamento de literatura inglesa se encargó de 1925 a 1944, publicó su obra de mayor reconocimiento: *Sociología del gusto literario*. En 1933 firmó la *Declaración de creencia en Adolph Hitler y el nacional-socialismo, por los profesores de las universidades alemanas*, de la que más adelante fue declarado opositor. (Véase SHUCKING, Levin Ludwig, *El gusto literario*, Sin firma (Nota sobre el libro y el autor), México: Fondo de Cultura Económica, 1996, pp. 7-10.)

molde de la literatura nacional, como parte del proyecto fundacional de la Reforma. Por ello, la obra cronística de Ortiz no se sitúa en el caso de una diferenciación única de proyecto creador; sino que su definición social como intelectual, como cronista específicamente, se sujeta a las mismas condiciones de la producción en general. Quizá —de la misma forma en que lo hicieron los escritores modernistas décadas más tarde— puso en su poesía (de corte romántico) la impronta de su genio autónomo, resguardada ante la amenaza de la sociedad industrial, que lo obligaba a ocupar un nicho dentro de las relaciones de producción en la prensa, como cronista. Este último no es irremplazable socialmente, como sí lo es el poeta; de manera que sostiene una relación directamente determinable con el público, consumidor de periódicos, masa indiferenciada de lectores que constituye un mercado de compradores que, por medio de su aprobación o rechazo, impone una sanción económica que incide tanto en la subsistencia del autor como en su legitimidad cultural. La crónica constituye, entonces, un género que constriñe al intelectual al mundo común, que lo asocia ineludiblemente a las condiciones históricas y sociales de su integración. Es decir que la sociedad influyó directamente en el proyecto creador de Ortiz mediante sus exigencias y rechazos, restricciones sociales inmediatas e inherentes a un medio masivo de comunicación, como lo fue la prensa decimonónica en la Ciudad de México.

Las participaciones de Luis G. Ortiz y sus contertulios en las Veladas, así como sus crónicas en la prensa durante esos seis meses entre 1867 y 1868, transformaron —en uno de sus primeros conjuros— el espacio urbano en una experiencia social compartida, y sus textos pasaron a formar parte de la categoría de obras que “podrían haber sido creadas por el público al que iban dirigidas”. Es decir que fueron, en muy buena medida, determinadas por las expectativas de sus lectores. Las restricciones sociales impuestas por éstos fueron más poderosas que la necesidad intrínseca de las obras. El papel que jugaban en la dinámica de la prensa decimonónica las hacía reductibles a las condiciones económicas y sociales en que eran producidas. Las crónicas publicadas en 1867 y principios del siguiente año en *El Siglo Diez y Nueve* por Ortiz, y por otros autores en otros periódicos, buscaban delinear el nuevo perfil republicano de libertad y apertura cultural que se había ganado con la victoria de la Reforma. La experiencia urbana implícita en ellas unifica al ciudadano alfabetizado de cualquier clase social, al ser la crónica un objeto simbólico destinado a comunicarse masivamente. Estos textos admitieron el reconocimiento de los iguales (literatos) y del

gran público, de los contemporáneos, no así de la posteridad, debido a la inmediatez y caducidad del género. El proyecto cronístico de Luis G. Ortiz se define por referencia al de otros creadores. Altamirano y otros de sus críticos coetáneos señalarán la originalidad y novedad de sus textos, auténtica hazaña en la “clorótica” Ciudad de México —cuasi virreinal— de aquel tiempo. Más aún, el poeta de Tixtla lo investirá como introductor del género cronístico moderno en México, señalando que lo había importado de Europa, donde ya llevaba décadas de ser una práctica cultural muy difundida. De este modo se va perfilando el sentido público de la obra y del autor. Luis Gonzaga, al igual que sus colegas en la prensa, fue también crítico de la exigua dosis de arte y cultura que se difundía entonces. Fue forjador de espacio y sentido urbanos, así como de opinión sobre la vida pública y cultural de la incipiente modernidad en la capital del país. Los mediadores entre el cronista y su público lector fueron en estos días el editor de *El Siglo...*, el gran polígrafo Francisco Zarco; el fecundo Ignacio Manuel, quien lo sucedió con su “Revista de la semana” y otros colegas menores, quienes asistían a las Veladas y se ocupaban de los editoriales y gacetillas en otros periódicos coetáneos. Todos ellos se erigieron, a su vez, en intermediarios entre la *intelligenza* y los consumidores de bienes simbólicos, y se valieron más o menos acertadamente de la representación social que ejercían sus publicaciones para distribuir las en el comercio. Podrían ser percibidos —*latu sensu*— como sociólogos prácticos que poseían cierto saber de los requerimientos intelectuales y mercantiles de los lectores.

Las Veladas literarias llegaron a constituir verdaderos cenáculos del arte y la sofisticación urbana, dotados de imagen pública e identidad social, impuestas desde dentro y desde fuera de su seno. La escuela que el autor de *La literatura nacional* fundó, invitó a creadores, críticos y lectores a conformar juntos y no sólo a buscar los rasgos distintivos de las letras y la cultura en México. Los miembros de este universo intelectual integraron, mediante los juicios particulares de cada uno, la representación social total de su grupo y sus tendencias. El sistema de interacciones que formaron se vio fundamentalmente representado por el gregarismo, que tuvo así mayor autoridad y reconocimiento, y que fungió como un árbitro sobre el gusto de los lectores. Ésta y otras sociedades posteriores consagraron su autoridad a un género de obras que tomaban los moldes aprendidos principalmente en el Romanticismo, en la literatura francesa moderna y en la grecolatina para colmarlos con temas y representaciones nacionales, y a un tipo de hombre cultivado que profesaba el credo liberal, poseía el bagaje aquí

descrito y pugnaba por la consolidación de una literatura nacional. Éstos llegarían a ser los *taste-makers* (término empleado por Bourdieu) que impondrían la ortodoxia y la legitimidad cultural. Ortiz perteneció a esta clase y ejerció esta potencia de impacto colectivo las columnas de *El Siglo Diez y Nueve* y con la lectura de algunos de sus poemas en las Veladas durante 1867 y 1868. Su práctica escritural se movió de manera inestable entre la esfera de la legitimidad, por la parte literaria que le correspondía, y la esfera de lo legitimable, por su naturaleza retórica y su filiación mercantil al periodismo. La sección “Revista de la semana” que publicó en el periódico mencionado constituye una obra cultural que expuso el panorama general de las artes y su difusión en nuestra ciudad en la temprana Restauración. Incluyó la reseña puntual de representaciones teatrales, recitales de poesía o música de cámara, ópera y espectáculos de diversa índole que aportaron significaciones culturales recibidas por un grupúsculo de iniciados en actitud devota y ritualizada.

Las Veladas literarias y sus sucesoras, al igual que las agrupaciones pertenecientes a otras artes, como la Sociedad Filarmónica, sancionaban los modelos de aproximación sacramental a la cultura. Todas ellas —junto con la prensa y la crónica— fungieron como instituciones transmisoras y difusoras del sentimiento de legitimidad cultural. Quizá la posición más atinada para colocar a Luis G. Ortiz en el campo intelectual de su tiempo sería la de un poeta romántico que ejercía su proyecto creador autónomo dentro de este género; pero que recibió —como sus cofrades— del brazo de Altamirano, el “espaldarazo” en que lo nombraba iniciador de la crónica moderna en México, y que asimismo desempeñó su legitimación cultural en este género. La República de las letras, las Veladas literarias y *El Siglo Diez y Nueve* (como empresa editorial de gran difusión) fueron las encargadas de fundar, perpetuar y transmitir el capital de significaciones consagradas, heredado de los liberales que habían fundado, en 1836, la Academia de Letrán. Liderada por un héroe de la Independencia, Andrés Quintana Roo, la temprana sociedad literaria republicana legó a las generaciones posteriores su constante retorno a los clásicos grecolatinos, la tendencia imitativa del Romanticismo europeo, así como la obligatoriedad en la búsqueda de los signos culturales de lo nacional. La generación encabezada por Altamirano recibió este capital cultural, añadiéndole una influencia proveniente de sus ávidas lecturas de los realistas franceses y españoles. De este modo, los nuevos discípulos, a su vez, heredaron estos modelos creativos e imitativos a sus jóvenes epígonos, de tal manera que las nuevas

producciones permearan hacia la sociedad, expresando su realidad, sus necesidades y sus ansiedades espirituales, así como purificando sus costumbres. Siguiendo ideas abrevadas por Bourdieu en el pensamiento de Max Weber, se podría derivar que las Veladas literarias defendieron —al ejercer su función de conservación cultural— la doctrina victoriosa y su valor sagrado, inculcándola en la fe de los iniciados, siendo uno de éstos Luis G. Ortiz. No existió en este campo intelectual oposición alguna entre las figuras de creador y maestro. En Altamirano, Prieto, Zarco, Ramírez, Riva Palacio y otras figuras de la misma envergadura confluyeron las autoridades de persona y de institución. Todos ellos ostentaron, a una vez, la investidura de autores y profesores; de nuevo siguiendo a Weber, también las de sacerdotes y profetas. Inculcaron en sus dóciles epígonos —campo virgen y fértil para su semilla y desprovistos de ánimos de ruptura con la tradición— una devoción cultural, así la obra y acción de Ortiz.

Una noción fundamental es la de *inconsciente cultural*. En el caso de las crónicas que Luis Gonzaga publicó en *El Siglo Diez y Nueve*, el autor puso en práctica un código común entre el emisor y el público lector, compartiendo ambas partes la experiencia cultural de la urbe, y por tanto, temas y problemas a la orden del día, formas de razonar y formas de percepción. Se fueron forjando así las interiorizaciones de la cultura objetiva de una sociedad moderna en ciernes, perteneciente a una época de intensa evolución histórica y a una clase urbana letrada que ya poseía la facultad de ritualizar los espacios culturales que se hacían presentes en las columnas de la prensa. Estos procesos poseen una axiomática en común. Tanto la pertenencia del cronista a su campo intelectual, como la comunión que celebraba el público con aquél mediante la lectura dominical de la “Revista de la semana”, fueron desarrollando en los tres sectores: oficiantes del culto e iniciados (asistentes a las Veladas) y la masa de feligreses sin rostro (lectores de la prensa), formas de pensar, formas de lógica, giros estilísticos, contraseñas, modos de existencia y autenticidad, que a su vez se tradujeron en estructura, inconsciente y praxis que fungieron como herramientas comunes a creadores, intermediarios y receptores durante el último tercio del siglo XIX en la Ciudad de México. Este compendio básico de juicios de valor, poseído y ejercitado en común, llevó a la integración lógica de esta sociedad con su tiempo. Pierre Bourdieu afirma que “es sin duda en las obras de arte donde las formas sociales de una época se

expresan más ingenua y completamente”.<sup>57</sup> Este aserto se vincula con el siguiente fragmento del discurso sobre la literatura nacional que José María Vigil leyó en una de las sesiones del Liceo Hidalgo en 1872: “La literatura como reflejo de la sociedad en que se produce es una expresión embellecida de las necesidades, preocupaciones, tendencias y sufrimientos de los pueblos, proponiéndose en su significación trascendental corregir los vicios dominantes, purificar los sentimientos para conducir al pueblo a su destino”.<sup>58</sup> En este sentido, Luis G. Ortiz, como miembro de la República de las letras se apropió de este capital cultural, el cual formaba parte de su *inconsciente*, y con el que también había contribuido al proceso de aculturación en los lectores de sus crónicas, por cuanto hubo de arte verbal en éstas. Partiendo de este fundamento, su pertenencia al cenáculo de la cultura de su tiempo también motivó sus elecciones intelectuales conscientes; es decir: laicismo, Romanticismo, liberalismo y nacionalismo. En consecuencia, las Veladas, la mesa de redacción de *El Siglo...*, los acontecimientos públicos y los rituales de la cultura a los que asistió y revisitó en su escritura, fueron forjadores de su *habitus* como ciudadano de la República de las letras y de su renaciente capital. Sus crónicas, al tratar sobre las cuestiones más notables de su tiempo, no sólo dieron cuenta de este acontecer cultural, sino que los propios textos se convirtieron en rituales semejantes a las célebres tertulias de 1867 y 1868, a las funciones de ópera, conciertos, conferencias y sesiones de sociedades científicas, que reseñó en las columnas de la prensa.

### 3.1 La actuación de Luis G. Ortiz en las Veladas literarias

La noche del 18 de noviembre de 1867, Luis Gonzaga Ortiz convocó a una reunión en su residencia con motivo de escuchar y hacer el juicio crítico de la comedia *Los misioneros de amor*, del dramaturgo español Enrique de Olavarría y Ferrari. De este modo ocasional se dio inicio a las Veladas literarias, una serie de tertulias en las que participaron los más conspicuos representantes de las letras nacionales que residían en la capital. Bajo el auspicio de Ignacio Manuel Altamirano, algunas de las piezas poéticas leídas durante estas sesiones fueron editadas en cuadernillos mensuales que se publicaron a finales de 1867 y principios de 1868. Éstos conformaron un volumen cuyo prólogo, de autor anónimo, constituye el primer llamado a la reconciliación y a la

---

<sup>57</sup> Pierre Bourdieu, “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios poscoloniales)*, p. 277.

<sup>58</sup> José María Vigil, “Algunas observaciones sobre la literatura nacional”, en *Las asociaciones literarias mexicanas*, t. I y II, p. 131.



confraternidad entre poetas de filiaciones políticas opuestas, que más tarde retomaría como programa editorial la revista *El Renacimiento*:

Las poesías que contiene este libro son los primeros acordes de la lira mexicana, modulados bajo la oliva de la paz. De regreso al hogar, después de las batallas hay una fiesta familiar, en la que los poetas se estrechan como hermanos y ensayan de nuevo sus cantos favoritos. Los improvisados guerreros se desciñen la espada del combate para entonar el himno de la patria. El soldado recuerda sus campañas, el viajero describe sus viajes y el expatriado vuelve conmovido a visitar la tumba de sus padres. Todos a su retorno, vienen a abrir una página literaria en los anales de México. Recuerdos, impresiones y fantasías, los ayes del infortunio y los himnos de la victoria. He aquí el espíritu de las veladas. Si este libro fuere aceptado por los amantes de las letras quedará destinado a recoger en adelante las olvidadas flores de la literatura nacional.<sup>59</sup>

En este volumen nuestro cronista publicó cuatro de sus más célebres poemas: “El abandono”, “Una gota”, “Mi fuente” y “Su sombra y su voz”. El maestro Altamirano escribe sobre los géneros que cultivaron los autores asistentes a las Veladas:

La reunión que asiste a las Veladas literarias es el apostolado del porvenir. Allí se escucha el acento sublime de la oda, la voz vibrante del canto guerrero, las suspirantes notas de la trova amorosa, la voz risueña de la burla. Allí la sátira habla su lenguaje punzador y tremendo, la crítica analiza los monumentos literarios de las naciones extrañas, la novela y la leyenda arrebatan la imaginación.<sup>60</sup>

Las Veladas se llevaron a cabo de noviembre de 1867 a mayo de 1868. Carecieron de reglamento interno, únicamente se rigieron por los principios de “Orden y cordialidad”. La práctica de un trato íntimo, afable y desenfadado no volvió a prevalecer en el seno de ninguna asociación de este cariz. Diversas situaciones se han propuesto como causa de la suspensión definitiva de este renacimiento entusiasta de las letras mexicanas en la prístina restauración de la República. Una de ellas fue, desde el comienzo, la opulencia y derroche de lujo que privó en las residencias de algunos patricios republicanos que tuvieron a su cargo el agasajo de sus cofrades literatos, entre ellos Vicente Riva Palacio, Rafael Martínez de la Torre y Domingo Schiaffino; este boato había quizá ofendido la humildad de otras sedes más modestas, como la de Ignacio Ramírez o Alfredo Chavero. Otro probable motivo fue la obligación de cubrir las funciones de teatro y otros sucesos de actualidad, para sus respectivas publicaciones periódicas, que muchos asiduos a las Veladas tenían. Olavarría y Ferrari, cuya comedia había dado pábulo a estas ocasiones de contento, señaló que éstas se dieron por concluidas debido a la simple razón de que Altamirano así lo había decretado, con la connivencia de todos. Se cree también, en

<sup>59</sup> “Prólogo”, en *Veladas literarias. Colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos*, México: Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1867, p. 5.

<sup>60</sup> Ignacio M. Altamirano, *Obras, rimas, artículos literarios*, México: Imp. de V. Agüeros (Ed.), 1899, pp. 368-369.

consecuencia, que el talante sibarita de las Veladas podía representar una afrenta a las clases desposeídas y damnificadas por la guerra, por parte de los liberales triunfantes que pregonaban la austeridad republicana y la reivindicación de un pueblo siempre ignorado o vilipendiado por las élites.

Durante las Veladas de 1867-1868 tuvieron lugar verdaderos hitos en la fundación de las letras nacionales. Ignacio Manuel Altamirano sentó las bases ideológicas y críticas de nuestro nacionalismo literario. Ignacio Ramírez aportó una vena crítica más consistente, ya que el maestro guerrerense atribuía entonces valor a las obras de sus colegas en mayor medida por su exaltación de lo vernáculo, más que por su solidez en la forma y auténticos méritos estéticos. Vicente Riva Palacio, por su parte, con la novela *Calvario y Tabor* clausuró con áureo joyel el capítulo épico de la historia nacional que había confrontado en lucha fratricida a monarquistas y republicanos. José Tomás de Cuellar introdujo los temas científicos en los poemas que leyó en estas sesiones. Guillermo Prieto, con su aura de poeta nacional y cantor de “la musa callejera” sembró esta simiente en las nuevas generaciones, en las que depositó su fe en el porvenir literario de México. Justo Sierra, muy joven entonces, recordó años más tarde las Veladas como el espacio de congregación de “la alta nobleza de las letras de la patria”. Juan de Dios Peza, a los quince años de edad, asistió a la tertulia efectuada en el domicilio de Rafael Martínez de la Torre, recibiendo de Prieto y Altamirano un llamado poderoso de vocación por la literatura. La tradición grecolatina tuvo gran auge e influencia en este periodo de nuestra poesía, siendo los traductores más notables Alfredo Chavero y Luis G. Ortiz. De las letras modernas de Europa las más apreciadas fueron la francesa y la alemana. Esto se debió a tres fenómenos decimonónicos cruciales: el romanticismo primigenio y contundente del *Sturm und Drang*, el antihispanismo inherente a las naciones recién independizadas y en busca de su propia identidad, asimismo la paradójica francofilia cultural imperante, pese a la animadversión por el invasor recién expulsado. Con esas nuevas influencias europeizantes en la forma, y el color local en la temática se deseaba cimentar el palacio de una auténtica literatura nacional. Estas veladas inauguraron con paso firme la etapa nacionalista de nuestras incipientes letras mexicanas.<sup>61</sup> Es el célebre *Facundo* quien comienza a dar cuenta de estas reuniones cruciales en *El Correo de México* con la siguiente gaceticilla: “Reunión literaria. En la casa del Sr. D. Luis G. Ortiz la hubo

---

<sup>61</sup> Véase Alicia Perales Ojeda, *Las asociaciones literarias mexicanas*, t. I y II, pp. 103-111.

anoche, concurriendo a ella varios individuos de la prensa. Se leyó una comedia del Sr. D. Enrique Olavarría titulada *Los misioneros de amor*, recayendo sobre ella una calificación favorable. Deseamos ver cuanto antes en la escena esta comedia del Sr. Olavarría.”<sup>62</sup>

Pierre Bourdieu sostiene que un autor es definido “...en sus disposiciones y sus tomas de posición en el espacio de producción y que determinan u orientan las relaciones de competencia que mantiene con otros autores y el conjunto de las estrategias, formales especialmente, que hacen de él un verdadero artista o un verdadero escritor...”<sup>63</sup> Por ello resulta determinante para el análisis de su obra poética y cronística el poseer una perspectiva de ésta, no en sus características como fenómeno aislado, sino atendiendo al hecho de que sus actos en el entorno social la colocan en estrecha vinculación con la de sus coetáneos y compañeros de causa política. De manera que es notable el hecho de que en los primeros meses de la República restaurada comience a escribir la “Revista de la semana” un autor republicano proveniente del exilio en Europa, que tenga con ello un éxito editorial significativo en la prensa, que su sección aparezca en uno de los principales periódicos liberales —dirigido por Francisco Zarco—, que su trabajo sea encomiado por Ignacio Altamirano, y que sea uno de los principales animadores de las Veladas literarias a finales de 1867, convocando en su propia residencia a la primera de éstas.

*La educación sentimental*, del esencial Gustave Flaubert, abre el ciclo novelístico realista que da sustento literario a una de las líneas del pensamiento sociológico de Pierre Bourdieu. Inclusive, el teórico francés utiliza un epígrafe —muy significativo en relación al concepto del arte como *bien simbólico*— del gran narrador, como puerta de entrada a uno de los principales capítulos de *Las reglas del arte*: “...pues no veo qué relación hay entre una moneda de cinco francos y una idea. Hay que amar el Arte por el Arte en sí mismo; de lo contrario, cualquier oficio vale más”.<sup>64</sup> Hay en estas breves líneas una carga de significado que les imprime una gran densidad. Ya que con esta afirmación rotunda Flaubert establece una distinción tajante entre la lógica mercantil de la mera subsistencia del individuo mediante el lucro y la ética del

---

<sup>62</sup> Sin firma [José T. de Cuéllar], “Gacetilla. Veladas literarias”, en *El Correo de México*, t. I, núm. 68 (19 de noviembre de 1867), p. 3.

<sup>63</sup> Pierre Bourdieu, *Cosas dichas*, p. 150.

<sup>64</sup> Gustave Flaubert *apud*. Pierre Bourdieu, en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, p. 77.

artista, quien **debe** imprimir a la producción estética un *valor simbólico* absolutamente desligado del valor comercial de los objetos en el mercado de bienes. Esto se relaciona, asimismo, con el valor cultural de los objetos suntuarios que rodean la vida y la atmósfera de aquellos que ejercen y promueven el oficio de artista. El efecto de lo real en la configuración de la crónica funge como testimonio histórico y como relato literario que transfigura unos personajes y un tiempo en cuyas vidas convergen. Procedimientos creativos como la descripción de los muebles y la decoración, la acumulación de objetos y sus múltiples rasgos, la configuración discursiva de la austeridad republicana, la humildad del poeta, así como la confraternidad en la literatura, atribuyen credibilidad intelectual y moral a la inteligencia y sensibilidad del autor. Así, el cronista Luis G. Ortiz escribe dando noticia de una de las primeras Veladas literarias:

Al presentarnos tímidos, y creemos que ruborizados, ante aquella numerosa concurrencia, fuimos viendo que eran brazos fraternales y no manos frías las que nos recibían; y entre ellos los de Guillermo, de ese zenzontle garruloso y sonoro de nuestros bosques, zenzontle por sus cien cantos, y al que ya se le oye tronar como Tirteo, llorar como Tibulo, reír como Anacreonte o murmurar como Marcial. / Le hemos vuelto a ver y a abrazar después de algunos años de ausencia, y aunque en su fisonomía algo se notan las frías caricias del tiempo y los pesares, no así en su trato franco, natural, sencillo y agradable.<sup>65</sup>

El ya antiguo tópico de la reunión de las armas y las letras reaparecía en este tiempo, encarnado en poetas de fusil al hombro como Guillermo Prieto, uno de los incondicionales de Juárez que lo siguieron en su presidencia itinerante, erigiéndose en un “inmaculado de Paso del Norte”. Era en estos días frecuente la prosopopeya de la patria como una dama en actitud de recibir galardón de su caballero. En este sentido, la cofradía de la República de las letras constituyó una capilla cultural conformada por los integrantes de las Veladas, en las que se desplegaba un tono íntimo y familiar sobre lo que se leía, se opinaba y se publicaba en la capital mexicana. Durante éstas, los autores hicieron constantes referencias al mundo clásico. Como parte del repertorio cultural, algunos anfitriones hicieron interpretar música de piano de salón, como un signo de refinamiento propio de las clases medias y altas del México decimonónico. Dentro de esta instancia cultural de consagración, Luis Gonzaga Ortiz fue identificado por José Tomás de Cuellar como “el cantor de los amores, de los placeres y las rosas, el cantor erótico por excelencia”, quien “en tono siempre, [*les*] regaló unos versos parecidos a

---

<sup>65</sup> Luis G. Ortiz, “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 150 (11 de diciembre de 1867), p. 3.

una de nuestras libaciones de Tokay o de Pedro Jiménez. Ortiz será siempre entre nosotros el galán joven de los poetas”.<sup>66</sup> Las Veladas constituyeron un espacio en cierto modo sagrado y ritualizado, un círculo mágico como aquellos que caracteriza Johan Huizinga en *Homo ludens*. El cronista *Facundo* parece estar a favor de estos banquetes familiares. Sin embargo, el sibaritismo resulta riesgoso para algunos de sus colegas, en tanto que abre la puerta a la fatuidad indolente de la opulencia. Luis G. Ortiz expresa su opinión sobre el *deber ser* en la vida de un poeta:

Mas ¡ay! desgraciadamente, cuánto lujo y cuánta elegancia. —Aquí los confidentes de terciopelo, allá la consola a la Luis XIV o XV, pues no somos fuertes sobre la materia; sobre una mesa los magníficos ramos de flores en elegantes jarras; más allá los álbumes de terciopelo adornados de oro y porcelana; la esperma brillando por todas partes, y una orquesta en la plaza contigua ejecutando lo más clásico y selecto de la música alemana e italiana... / Pero ¿qué es esto? nos dijimos al entrar y sorprendidos. ¿Así se profana el sagrado privilegio de los poetas, cuyo destino es vivir en la oscuridad y la pobreza? ¿Por qué tanta luz? ¿por qué tanto lujo? ¿No sabéis que los búhos cegamos con el resplandor demasiado fuerte del astro del día? [...] / Pero nosotros, sólo nosotros protestábamos no contra aquella alegría y fraternidad dichosa, **sino contra el lujo introducido en una sociedad que personifica lo más pobre de la tierra; los poetas, esos pobres seres que hacen ricos a todos dándoles perlas, diamantes, oro, y hasta el cielo, cuando ellos infelices tienen muchas veces por manto un harapo y por artesón las triste copa de un sauce de Babilonia...** [...] / El lujo trae la molicie, la molicie trae la ignorancia y la ruina. El valor y el talento hicieron de Roma la señora de la tierra, el lujo y la molicie la hundieron en la nada... / Ya veo a los irrespetuosos vates Altamirano y Vicente Riva, contener penosamente la risa, lanzarme crudos epigramas y gritar fingiendo la voz: “*cállate, tonto...*”.<sup>67</sup>

En *El sentido práctico* Bourdieu ofrece una lúcida disertación sobre la lógica — contraria al mercantilismo— que impera en la conducta de un actor social inmerso en la moral de los bienes simbólicos:

El interés que determina a defender el capital simbólico es inseparable de la adhesión tácita, inculcada por la primera educación y reforzada por todas las experiencias ulteriores, a la axiomática objetivamente inscrita en las regularidades del orden económico (en el sentido amplio), inversión originaria que hace existir como digno de ser buscado y conservado un determinado tipo de bienes. La armonía objetiva entre las disposiciones de los agentes (aquí, su propensión y su aptitud para jugar el juego del honor) y las regularidades objetivas de las que son el producto hace que la pertenencia a ese cosmos económico implique el reconocimiento incondicional de los asuntos en juego que ese cosmos propone por su misma existencia como algo que va de suyo, es decir el desconocimiento de la arbitrariedad del valor que le confiere.<sup>68</sup>

De este orden de ideas desplegado por Bourdieu es posible inferir una serie de reflexiones acerca de las Veladas literarias y sus miembros asistentes. Por una parte,

<sup>66</sup> Facundo, “Revista”, en *El Correo de México*, t. I, núm. 89 (13 de diciembre de 1867), pp. 2-3.

<sup>67</sup> L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 157 (18 de diciembre de 1867), p. 3. Las negritas son mías.

<sup>68</sup> Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*, p. 193.

entre éstos están los poetas de recursos modestos y que ostentan un interés honesto y profundo por la literatura (y hacen de ésta y del periodismo su *modus vivendi*), grupo al que pertenece nuestro cronista. Por el otro lado se hallan los ricos y poderosos, aquellos cuya afición por las bellas letras sea acaso genuina, pero que se distinguen de sus cofrades por el hecho de ser miembros prominentes de los negocios, la política o la vida militar, y son estas últimas las actividades prioritarias en su vida. Cuando las reuniones se llevan a cabo en los domicilios de los primeros, Ortiz y algunos otros cronistas desean destacar la austeridad de su entorno cotidiano, pero en el que no faltan los objetos de arte que lo dignifican simbólicamente. Cuando las reuniones se celebran en las suntuosas residencias de los potentados, los cronistas en general, no pueden dejar de advertir la opulencia y el derroche de lujo —siempre inmersos en el buen gusto— implícito en el mero hecho de que estos notables son republicanos, impulsores de un proyecto de nación autónomo y forjadores de patria, ajenos a los intereses “espurios” de los monarquistas recién derrotados. A su vez, las muestras públicas de su afición literaria y sus dispendios en las Veladas constituyen sus mayores *bienes simbólicos*, por tanto, también su indispensable legitimación como líderes de la nueva sociedad. La acumulación de objetos y su descripción minuciosa encauzan la paciente construcción de lo que Roland Barthes llama “el efecto de lo real”, lo que apunta quizá hacia la influencia de una poética de la novela realista francesa en las prácticas narrativas —en este caso particularmente en la crónica— en Hispanoamérica. Por este procedimiento nuestro autor aspira —además de al blindaje de una autoridad intelectual y moral irrefutable, cimentada en la inteligencia, la austeridad y el buen gusto— a cimentar el edificio de una patria más discursiva que tangible, una patria íntima, no ajena y hostil como la que han habitado los idealistas hasta el momento. Hace aquí su aparición un concepto bourdieuano fundamental, el *habitus*: una parte de éste es el repertorio de lecturas y de formación cultural compartido por la comunidad. Al enumerar y describir bienes simbólicos (como libros, obras de arte y objetos suntuarios) dispuestos en el hogar de un cofrade, el cronista opera una legitimación ética y estética del espacio que desea dar a conocer al lector de la prensa, a la vez que consolida su pertenencia y sanciona la saludable austeridad de su gremio. Buen gusto y sobriedad encabezan la lista de las virtudes republicanas. El mal gusto de los conservadores afrancesados se hace patente en la profusión de muñecos exhibidos en sus salas. Lo suntuario y lo superfluo simbolizan —con su frivolidad— el monarquismo estamentario y antidemocrático, así como todas las rémoras de la ociosidad dorada del imperio de

Napoleón III, por transposición ideológica, así el de Maximiliano. En el templo de la creación y de la comunión espiritual con sus pares, los poetas desean erigir una nación que sí les pertenezca, lo cual es sólo posible en la retórica, no así en la realidad heterogénea y conflictiva de un gran territorio que, hacía menos de medio siglo, aún era delimitado y regido por voluntades ajenas. El sociólogo de Denguin diserta sobre el fenómeno de la transformación del poder político y/o económico en capital simbólico. Se trata de un procedimiento que se hace necesario, en ciertos ámbitos de las élites, para que algunos detentadores del dinero o de la autoridad civil sean reconocidos, más allá del ejercicio fáctico de éstos, como auténticos agentes del bienestar, el progreso y el humanismo:

...las relaciones de dominación, determinan un *retorno* a modos de acumulación fundados en la conversión del capital económico en capital simbólico, como todas las formas de redistribución legitimadora, pública (política “social”) o privada (financiamiento de fundaciones “desinteresadas”, donación a hospitales, a instituciones académicas y culturales, etc.) por las cuales los dominantes se aseguran un capital de “crédito” que parece no deber nada a la lógica de la explotación, o incluso el atesoramiento de bienes de lujo que atestiguan el gusto y la distinción de su poseedor. [...] ...refugio predilecto en el dominio del arte y de la “cultura”, lugar del consumo puro, ...islote de lo sagrado que se opone de manera ostentatoria al universo profano y cotidiano de la producción, asilo de la gratuidad y del desinterés que propone, como en otros tiempos la teología, una antropología imaginaria obtenida por la negación de todas las negaciones que la “economía” realmente opera.<sup>69</sup>

Siguiendo esta línea de pensamiento de la que Bourdieu nos da pauta, resulta asequible la hipótesis que apunta hacia las ostentaciones de cultura, lujo y sofisticación por parte de los patricios republicanos, con el objeto de cimentar su legitimidad como élite en el poder. Con esta conducta desplegada en el ámbito público ellos desean, con toda evidencia, imponer una indiscutible *distinción* con respecto a otros miembros de la élite —en este tiempo vilipendiada—, la de los conservadores, quienes ni siquiera tienen acceso a estas formas de legitimación, soterrados entonces a causa de la pena infamante que les da la derrota. En el ideario de algunos vates concurrentes a las Veladas la poesía era una forma de dócil renunciación a los bienes terrenales, a la vanidad del mundo. Al parecer, deseaban seguir los preceptos de una ética-estética que asociaba el *numen* con la pobreza material. En cierto sentido, el *estro* se oponía directamente a la corrupción de la riqueza pecuniaria. La ética de esta era de posguerra consagraba la supremacía de los bienes culturales sobre los mercantiles. Pierre Bourdieu discurre en *La distinción* sobre un debate que parece tener su origen en la antigua cuestión de la carne y el espíritu.

---

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 216.

Desde aquellos siglos remotos parece no haber conciliación; aún en el siglo XIX los bienes materiales no hallan feliz concierto con los espirituales. Bourdieu escribe sobre el caso francés: “El estilo de vida del artista constituye siempre un desafío al estilo de vida burgués... especie de demostración práctica de la inconsistencia y vanidad de los prestigios y poderes que éste persigue: la relación neutralizante con el mundo que define por sí a la disposición estética alberga en sí la falta de realización del espíritu...”<sup>70</sup> Estas líneas bien podrían tener una consecuencia lógica en las siguientes, contenidas en *Las reglas del arte*: “Las imposiciones inherentes a la pertenencia al campo del poder se ejercen también sobre el campo literario aprovechando los intercambios que se establecen entre los poderosos, en su mayoría nuevos ricos en pos de legitimidad...”<sup>71</sup> Es decir, si en el París decimonónico, en continua tensión y oscilación entre la democracia y el despotismo, entre el populismo y el elitismo, los escritores eran una suerte de desclasados, obligados a abrirse camino entre el poder fáctico de la burguesía, los privilegios y abolengos de la nobleza, y su asimilación con los estratos populares por ideología y semejanza en el poder adquisitivo, en México ocurría otro tanto. Los escritores liberales representaban una muy incipiente clase media, atrapada entre el elitismo intransigente de los conservadores, el oportunismo de la nueva oligarquía republicana y la nulidad analfabeta del pueblo, por el que sentían una mezcla heterogénea de menosprecio, conmiseración y esperanza. Ante estos bloques sociales casi estamentarios, su elemento de cohesión estaba constituido por su capital cultural, su genuino amor por las letras y su integridad ideológica. De tal modo que su capital simbólico radicaba en la riqueza espiritual de sus saberes y sus aptitudes estéticas, que eran a su vez la moneda de cambio en sus transacciones con el campo de poder, que con sus fastuosas recepciones parecía humillarlos y despojarlos de su legitimidad cultural.

Para algunos poetas liberales de la República restaurada no existía dignidad humana en la ostentación. De ahí que Luis Gonzaga Ortiz dictara sentencia condenatoria contra “los más sabrosos embelecos de Fulchery”. Esto último resulta notablemente significativo, toda vez que el café del empresario italiano Fulcheri había sido establecido durante la época más fastuosa del segundo imperio, y era en consecuencia un enclave del lujo, el placer y la sofisticación europeizantes en el

---

<sup>70</sup> *Idem, La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, pp. 54-55.

<sup>71</sup> *Idem, Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, p. 83.



*arrondissement* que fue parte de ese pequeño París mexicano del último tercio del siglo XIX. Clementina Díaz y de Ovando escribe sobre este local:

En 1865 el antiguo Café de la Bella Unión había pasado a manos de N. Fulcheri, especialista en dos artículos casi desconocidos en México: la crema chantilly y el queso crema. Fulcheri fue el introductor en nuestro país de los helados napolitanos. / El café llevaba el nombre de su propietario: “Café de Fulcheri” [esquina de Palma y 16 de septiembre], y en el Imperio fue al parecer el café de moda. / *La Sombra*, periódico satírico contrario a la Intervención y al Imperio, el 21 de abril de 1865 indicaba las pretensiones aristocráticas del servicio y de la decoración en el Café de Fulcheri: En todo, la elegancia/ se nota, y el local,/ de espejos dorados/ tiene toda una mitad,/ los criados allí son gente/ de gran formalidad/ y por el porte se juzgan dignos de casa real. / Por lo regular casaca/ visten, y blanco collar,/ pantalones a la inglesa/ y chinela de bailar... / De moda está el tal Fulcheri/ lo repetiré ahora más/ para que todos lo sepan/ que es el punto principal.<sup>72</sup>

Asimismo, Díaz y de Ovando da cuenta en su libro *Los cafés en México en el siglo XIX* de un convite que Antonio Omarini, el propietario del célebre Café de la Concordia, dio a finales de octubre de 1868, seis meses más tarde de la cancelación de las Veladas literarias, a la que asistieron importantes miembros de la sociedad de la Bohemia Literaria, imprimiendo a los cafés de la capital el aura de emplazamientos de la intelectualidad y el buen gusto, de la *ciudad letrada*:

El 1º de noviembre de 1868, *El Monitor* agradecía con “indecible placer” a los señores Omarini y Compañía, propietarios del lujoso Café de la Concordia, el banquete que con motivo de la inauguración de la fonda habían obsequiado el día 30 de octubre a varios amigos y a la redacción del *Monitor*. [...] El 7 de noviembre *El Monitor* volvió a referirse al convite de la Concordia, que según el diario estuvo muy animada y bien servida. Se dijeron brindis patrióticos, al bello sexo y a “otros objetos dignos de exaltar el entusiasmo y expansiones del afecto”. / Asistieron al convivio, entre otros muchos, los señores Ignacio Ramírez, Mobellán, Lancaster Jones, Manuel Payno, Joaquín Alcalde y Vicente García Torres.<sup>73</sup>

Volviendo a las páginas de la prensa capitalina, en las humildes columnas de su periódico populista y de tendencia liberal *El Ferrocarril*, un prosista —considerado, acaso injustamente, entre los menores de la República de las letras— de nombre José Rivera y Río, exaltó el valor de las Veladas:

Las academias tienen sus inconvenientes y dificultades; de allí surgen maestros y legislaciones; por consiguiente, están expuestas a la disolución y a los golpes de Estado; las lecturas sin orden, sin ceremonial, sin otra regla que pedir o arrebatar la palabra para deleitar a los oyentes, son una perfectibilidad republicana que honra mucho a sus iniciadores. Allí no hay ni puede haber oposición, ni ministerialismo.<sup>74</sup>

<sup>72</sup> Clementina Díaz y de Ovando, *Los cafés en México en el siglo XIX*, pp. 56-57.

<sup>73</sup> *Ibid.*, pp. 60-61.

<sup>74</sup> Sin firma [José Rivera y Río], “Veladas literarias”, en *El Ferrocarril*, t. 1, núm. 19 (18 de diciembre de 1867), p. 2.

El acucioso pensador de Denguin escribe sobre los alcances e impactos de las sociedades literarias, en el horizonte cultural en que son formadas y en que desarrollan sus actividades:

Estos salones no son sólo unos lugares donde los escritores y los artistas pueden juntarse por afinidades y codearse con los poderosos, materializando así, mediante interacciones directas, la continuidad que se establece de un extremo al otro del campo del poder; no son sólo refugios elitistas donde los que se sienten amenazados por la irrupción de la literatura industrial y de los periodistas literatos pueden otorgarse la ilusión de revivir, sin creérselo del todo, la vida aristocrática del siglo XVIII...<sup>75</sup>

Asimismo, apunta Bourdieu sobre la posición ambigua y equívoca que poseen los literatos dentro de la sociedad y sus dinámicas de movilidad del capital político y cultural:

El campo literario y artístico está englobado en el campo del poder, al mismo tiempo que dispone de una *autonomía relativa* con respecto a él, especialmente con respecto a sus principios económicos y políticos de jerarquización. Por otra parte, ocupa una *posición dominada* (en el polo negativo) dentro de ese campo, situado, él mismo, en el polo dominante del campo social en su conjunto. Se sigue que es el lugar de dos jerarquías diferentes.<sup>76</sup>

En este orden de ideas, las Veladas literarias se erigieron también en un espacio de intercambio y lucha entre ambos campos, el del poder y el intelectual. Mientras que los miembros prominentes —poseedores de cargos públicos, pingües rentas y honores de toda clase— desean imponer su proyecto de nación y un papel ancilar en éste a los literatos, obteniendo de éstos una dosis de consagración y legitimidad, los poetas modestos y reconocidos por su conocimiento y facultades estéticas, buscarán de aquéllos el decidido y definitivo mecenazgo del Estado, o las vías para su inserción en los sistemas de distribución de la riqueza generada por los medios de producción y encauzada hacia el ejercicio de la política. Las dos jerarquizaciones de las que habla Bourdieu son la *heterónoma*, en la que los poetas modestos quedarían supeditados a las dádivas de los jefes del poder; y la *autónoma*, en la que éstos se verían obligados a atender incondicionalmente a las necesidades y peticiones de aquéllos. José Rivera y Río, como fiel discípulo altamiraniano, reconoce el liderazgo del poeta tixtlense, aceptándolo como una suerte de patriarca intelectual que preside la República de las letras, entidad espiritual en busca de su autonomía del poder temporal absoluto que Juárez da visos de comenzar a ejercer. Así se consignan las verdaderas libertades

<sup>75</sup> Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte...*, p. 84.

<sup>76</sup> *Idem*, “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, en *Criterios*, núms. 25-28 (enero 1989-diciembre 1990), p. 15.

republicanas: a mayor ausencia de la normatividad jurídica, mayor ausencia de las estructuras de poder coercitivas. Ante la imposibilidad de una autoridad política unitaria, debido al desconocimiento de un solo mando central y a los caudillismos en numerosas regiones del país, la retórica de los letrados —quienes anhelan una nación ideológicamente homogénea— percibe la necesidad inaplazable de liderazgo en la vida intelectual del país. Así, éste es depositado de modo tácito, espontáneo y unánime en el maestro Ignacio Manuel Altamirano. Néstor García Canclini, como luminoso exegeta de la obra de Bourdieu, interpreta del siguiente modo uno de los fenómenos fundamentales en las dinámicas del campo intelectual: “Quienes dominan el capital acumulado, fundamento del poder o de la autoridad de un campo, tienden a adoptar estrategias de conservación y ortodoxia, en tanto los más desprovistos de capital, o recién llegados, prefieren las estrategias de subversión, de herejía”.<sup>77</sup> Sin embargo, en la llamada República de las letras no se presentan violentos cismas intelectuales ni de poder, fenómeno notable en un gremio en que la egolatría y sus consiguientes rivalidades los provocan todo el tiempo. En este campo literario prima la libre aceptación de la jerarquía y de la méritocracia como acceso al éxito y a la posición de autoridad.

José Rivera y Río escribe sobre la velada que tuvo lugar en la residencia de nuestro cronista:

VELADAS LITERARIAS.—Antenoche se verificó la que teníamos anunciada en la casa de nuestro amigo el Sr. D. Luis G. Ortiz, que nos ha dejado los más gratos recuerdos y las más dulces impresiones. / El Anfitrión supo hacer los honores, con la exquisita urbanidad que le distingue, y obsequió de una manera digna, a sus apreciables convidados.—La reunión fue numerosa y escogida. [...] / El Sr. Altamirano leyó una composición sentimental con un epígrafe de Schiller, en que dejando el antiguo sabor clásico, y sin hacer uso del patrón sobre el que otros calcan sus producciones, y conciliando la corrección de dicha escuela con la novedad de los pensamientos, presenta un cuadro de amores de cabaña, de esas situaciones pastoriles que han explotado tan bien los autores alemanes y eslavos.<sup>78</sup>

El protocolo más correcto —para algunos miembros de las Veladas— impone dignidad, mas no ostentación en éstas. En el transcurso de las sesiones, se presentan referencias obligadas al primer Romanticismo alemán —como signo de búsqueda legítima de lo moderno y auténtico, como estudio de las tradiciones literarias europeas clásicas y modernas, con el fin de afiliarse de forma voluntaria y autónoma al canon occidental, y

<sup>77</sup> Néstor García Canclini, “Introducción: La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu”, en BOURDIEU, Pierre, *Sociología y cultura*, Martha Pou (Trad.), México: Grijalbo / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Los Noventa), 1990, p. 19.

<sup>78</sup> Sin firma [José Rivera y Río], “Veladas literarias”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 25 (1° de enero de 1868), pp. 2-3.

no por vía hispánica—. Al mismo tiempo se instaura la búsqueda de la innovación en los temas, como anhelo de una identidad nacional. Paradójicamente, el vínculo con la tradición clásica, vía el siglo de oro español y el género bucólico, se manifiesta incorruptible.

Hilarión Frías y Soto, entonces editor de *El Boletín Republicano*, manifiesta su admiración por la cofradía de la que forma parte: “VELADA LITERARIA.—¿Por qué la agitación del trabajo no nos deja vivir en esa atmósfera de poesía, de inteligencia y de ilustración que se respira en esas bellísimas Veladas literarias? / ¿Por qué no tenemos la elegante pluma de Cuellar, el correcto estilo de Ortiz para describirla? / En la casa de este último tuvo lugar la última, en la noche del día 29. [...] Ortiz, el sentido cantor de los amores y de la vida...”<sup>79</sup> Frías y Soto pone de manifiesto la notoriedad de Ortiz como cronista y como poeta erótico. El asociacionismo decimonónico constituye un impulso acaso detonado por las primeras experiencias del socialismo utópico, dentro del que adquieren importancia histórica las academias de arte y de letras, aplicación —en el campo cultural— de los principios republicanos, de los modelos culturales europeos en la América recién independizada. De manera contradictoria, en el París posrevolucionario la Academia representaba una instancia de consagración autárquica, una estructura de poder imperial y estamentaria. Ignacio Manuel Altamirano escribe sobre la Velada en casa de Ortiz:

Hablaremos de las lecturas dejando sentado que el cronista de *El Siglo* incidió en las mismas faltas de respeto a la modestia de los vates, que tan duramente censuró en Lozano. / Ortiz ha cantado la ciencia y los combates y con felicidad; pero siempre su musa ha protestado que el amor es su constante inspiración, y ha preferido cantar los combates de las doncellas (*proelia virginum*) como dijera Horacio. En la antigua Grecia, Ortiz habría pulsado de preferencia la lira *jónica* y la *lidia*, cuyas armonías hacían cerrar los ojos de placer a las hermosas. En el género erótico ha cultivado con maestría todos los estilos, menos el violento y arrebatado, que no toca nunca. Así, ya se le ve con la frente ceñida de mirtos hacer idilios dignos de Teócrito, bajo la rústica cabaña festonada de pámpanos y de hiedra; ya cantar sobre el trébol el amor de su zagala, con la ternura de Gessner o de Garcilaso: ya han salido de su lira acentos ardientes, voluptuosos y apasionados como los de Juan Segundo; ya melancólicas elegías como las de Tibulo, aquel poeta *a quien las lágrimas impedían ver la naturaleza*, como dice Pizarro, el Teófilo Gautier de Cuba. Es con este tierno y ardiente poeta romano con quien nosotros lo comparamos, y en efecto como él puede decir también: / *Sed me, quod facilis tenero sum semper Amori.*<sup>80</sup>

<sup>79</sup> Sin firma [Hilarión Frías y Soto], “Velada literaria”, en *El Boletín Republicano*, núm. 158 (2 de enero de 1868), p. 3.

<sup>80</sup> Ignacio M. Altamirano, “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 177 (7 de enero de 1867), pp. 2-3.

Sin embargo, el propio autor de *La Navidad en las montañas* señala de manera explícita que sí existió un acta de fundación, y que seguramente implicó un incipiente reglamento que debía operar en la teoría, mas no en la práctica. Luis Gonzaga Ortiz, quien había pasado en Italia los años turbulentos del segundo imperio y que poseía un capital cultural vasto —al menos suficiente para motivar los comentarios elogiosos de su maestro— se manifestaba en contra del sibaritismo y de la preeminencia de los goces sensuales por encima de los espirituales. En algunas ocasiones los señalamientos de otros periodistas sugirieron que los poetas de más modestos recursos eran también los que con mayor virulencia lanzaban invectivas en contra de los dispendios que tuvieron lugar en algunas de las Veladas. Pese a ello, quizá el vehemente epicureísmo de nuestro cronista y su postura beligerante hacia el dinero y el poder materializados en el lujo y los derroches de algunos contertulios, obedecía a la estricta dignidad del espíritu y el amor a las letras, que él consideraba sagrados, por tanto hollados por la afrenta de la desigualdad socioeconómica. Nuevamente resulta ineludible advertir la presencia del *habitus* de los republicanos letrados —repertorio sacralizado de tradiciones, autores, mecenas y obras literarias, compartido por esta cofradía— en que figuran la tradición clásica con Homero, Anacreonte, Horacio, Lucrecio, Virgilio y el mecenas Lúculo, la lírica italiana de la Baja Edad Media con Boccaccio, la mística española con Fray Luis de León, el *modus hodiernus* en la filosofía y el pensamiento religioso del siglo con el francés Ernesto Renan y su refutación racionalista de la divinidad de Cristo, el *estro* épico de poetas hispanoamericanos como José María Heredia, Andrés Bello y Andrés Quintana Roo, asimismo el elogio en México ante la declarada y evidente emulación del gran Romanticismo inglés en el poema “Peregrino” de José Mármol —pastiche de “Childe Harold” de Byron, que simboliza la ansiada inserción de la cultura hispanoamericana en Occidente— y, acaso con la mayor relevancia, la ejemplaridad inmoral percibida por Altamirano en el comportamiento divino en la mitología grecolatina.

Como toda especie de gusto, une y separa; al ser el producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, une a todos los que son producto de condiciones semejantes, pero distinguiéndolos de todos los demás y en lo que tienen de más esencial, ya que el gusto es el principio de todo lo que se tiene, personas y cosas, y de todo lo que se es para los otros, de aquello por lo que uno se clasifica y por lo que le clasifican./ Los gustos (esto es, las preferencias manifestadas) son la afirmación práctica de una diferencia inevitable. No es por casualidad que, cuando tienen que justificarse, se afirmen de manera enteramente negativa, por medio del rechazo de otros gustos: en materia de gustos, más que en cualquier otra materia, toda determinación es negación... Lo que quiere decir que los juegos de artistas y

estetas y sus luchas por el monopolio de la legitimidad artística son menos inocentes de lo que parecen; no existe ninguna lucha relacionada con el arte que no tenga también por apuesta la imposición de un arte de vivir...<sup>81</sup>

Si bien el liderazgo intelectual, en vinculación con lo político, fáctico y pragmático era imputado con toda justicia a Ignacio Manuel Altamirano, la égida espiritual y de mayor altura estética se adjudicaba a Ignacio Ramírez “el Nigromante”, no como patriarca benévolo e incluyente de la juventud entusiasta, sino como especialista en conocimiento literario y crítico objetivo de las producciones de los neófitos. El maestro nacionalista ratifica el nicho poético del pastor “Heberto” (Luis G. Ortiz) como sensualista epicúreo mas no hedonista en los goces amorios, como una suerte de amante platónico y morigerado que atribuye al objeto de sus ensoñaciones el más elevado carácter estético y moral, dejando en segundo plano los placeres concupiscentes de la carne. Como es ostensible en la siguiente gacetilla, para los redactores del “Decano de la prensa nacional” —el periódico *El Siglo Diez y Nueve*— y tal vez del mismo modo para sus lectores, Ignacio Manuel Altamirano y Luis Gonzaga Ortiz —guardadas las debidas proporciones histórico-literarias actuales, y poniendo de relieve la poligrafía fecunda del prócer tixtlense— eran colocados por los lectores y por el gremio literario en el mismo peldaño de los cronistas más populares del espacio urbano. José Rivera y Río apunta:

REVISTA DE LA SEMANA.—Recomendamos a nuestros lectores la de *El Siglo XIX*, que revela un mundo de conocimientos literarios de parte de su autor el Lic. D. Ignacio M. Altamirano.—Este señor, lo mismo que el apreciable Luis G. Ortiz, están reanimando el casi extinguido fuego de nuestra literatura, y a eso tienden sus mutuos esfuerzos bien demostrados en sus elegantes eclécticas crónicas, que suplen en parte la falta de una publicación especial.<sup>82</sup>

Asimismo, Ortiz —al igual que la mayoría de sus coetáneos— deposita en Altamirano un patriarcado benévolo y generoso, admitiendo así el liderazgo político e intelectual de un republicano que nunca defeccionó de su causa (que no obstante su oposición posterior al absolutismo juarista, su integridad moral queda cimentada en su filiación a la figura del Benemérito) y que reconoce como líder intelectual natural. Para nuestro poeta y cronista, acaso de manera más conspicua que en otros pensadores de la Restauración, el literato —al encontrarse sometido por principio a las leyes de la estética, se hallaba también condicionado por el libre albedrío de la ética del artista

<sup>81</sup> Pierre Bourdieu, *La distinción...*, pp. 53-54.

<sup>82</sup> Sin firma [José Rivera y Río], “Revista de la semana”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 28 (9 de enero de 1868), p. 3.

espiritual del Romanticismo— y estaba en ese sentido condenado a la austeridad virtuosa, tanto como a la desgracia “dignificadora” del alma. Así, Ortiz recorre el martirologio poético nacional con Ignacio Rodríguez Galván, Marcos Arróniz, Francisco González Bocanegra y Juan Díaz Covarrubias, paradigmas de pobreza trágica en las décadas del polvorín postindependiente. Así se consolidaría el ascendiente moral de los letrados y su *exempla* moralizante de principios éticos y estéticos. De esta forma operaría la función épica y doctrinaria de la literatura en tiempo de guerra e inestabilidad ideológica: mediante la sublimación de los actos heroicos, por medio de la morigeración de las costumbres, todo ello tendiente a la consolidación del Estado y su consecuencia ideológica en la sociedad. La existencia de una auténtica cultura cívica se concretaría mediante la burocratización de la creatividad artística y el oficialismo de un panteón heroico a cargo de la Federación. Hubo, en este orden de ideas, la creencia de que en el espacio íntimo de las Veladas literarias las hostilidades cotidianas de la política se difuminarían hasta transformarse en meras rencillas de rivalidad estética. Años más tarde, Manuel Gutiérrez Nájera, en su célebre ensayo sobre la literatura épica y la literatura nacional, establece la distinción entre éstas, aduciendo que la primera es aquella que se cultiva con el fin de sostener los valores nacionales en los momentos históricos en los que éstos peligran gravemente; mientras que la segunda es aquella que da una proyección más vehemente y precisa de los rasgos particulares de la población y el territorio nacionales. Con esta suerte de categorización que propone *El Duque Job* se sigue manifestando la vocación de magisterio de los literatos —en este caso finiseculares— quienes irónicamente, con sus búsquedas estéticas cosmopolitas, ya iban delineando un perfil literario más definido de la mexicanidad, cimentada ésta, de origen, en los sucesos históricos que no dejaban lugar a dudas con respecto a lo que era menester en la fundación cultural de nuestro país. Luis Gonzaga Ortiz se coloca bajo la égida de Altamirano, así como hace votos por la obtención del fin común:

Nosotros creemos, por la fraternidad que distingue a los amigos que forman la reunión de la *Velada*, poder dar el parabién a nuestro amigo Altamirano, por el artículo de que nos hemos ocupado, agradeciéndole la indulgencia con que mira nuestros trabajos. Nos halaga igualmente la esperanza de que esta reunión que ha causado tan agradable impresión y nos ha hecho pasar horas tan deliciosas, sea la semilla que cuidada cariñosamente por la juventud que cultiva en nuestra patria las bellas letras, llegue a ser un día una planta **verdaderamente nacional**, y que sus flores frescas, puras y olorosas,

sean las que pongamos sobre el ara de la patria y a los pies de la hermosura. [...] Enero 12 de 1868. L. G. O.<sup>83</sup>

El prestigio de algunos poetas de Hispanoamérica en el siglo XIX se debió, en gran medida, a sus cantos a la naturaleza magnífica del continente americano. Es posible deducir tal aserto de las siguientes palabras de Altamirano sobre sus coetáneos sudamericanos: “Éstos pintan su Magdalena, su Apurimac, sus pampas, sus gauchos, sus pichireyes; trasportan a uno bajo la sombra de su ombú, o al pie de las ruinas de sus templos del sol, [...] y amar su libertad, meditar a orilla de sus mares, y suspirar debajo de su cielo.”<sup>84</sup> De modo que una de las cuestiones que se comentaron frecuentemente en el seno de las asociaciones literarias mexicanas de esta época, fue la necesidad de imprimir color local y exaltar la belleza imponente de la geografía americana en las obras que fundarían nuestras letras. Por ello, en la siguiente velada a la que reseña Ortiz, Rivera y Río cuenta que el poeta Joaquín Alcalde “en una composición descriptiva y valiente” se había puesto a la altura del poeta cubano José María Heredia, cantor del majestuoso Niágara. Así, de nueva cuenta se ponía de manifiesto el procedimiento creativo de la *imitatio* en los literatos mexicanos, no sólo con respecto a los espectáculos de la feracidad impasible del Nuevo Mundo, sino con respecto a los modelos distantes —ya europeos, ya americanos— de la literatura occidental.

Pocos días más tarde, Luis G. Ortiz escribe en su “Revista de la semana”:

La *Velada Literaria* del lunes anterior tuvo lugar en la casa del Sr. D. Manuel Payno. El distinguido literato recibió a sus amigos con la fraternidad y finura que lo distinguen, siendo una de las personas que cualquiera que sea la posición en que lo coloquen su aptitud y su talento, es siempre el amigo cordial y el amador constante de las bellas letras. La *Velada* no pudo ser más numerosa ni más animada, y creemos, sin duda, que estas amenas e interesantes reuniones, son las primeras en su género que se establecen entre nosotros bajo tan favorables auspicios. **Extrañas absolutamente a la política** y animadas tan sólo por el deseo del estudio y el adelanto de la bella literatura, no dudamos que sus resultados sean sumamente satisfactorios.[...] Enero 19 de 1868. L. G. O.<sup>85</sup>

Es ostensible entre los letrados republicanos una voluntad manifiesta de alejarse de los movimientos alevosos, premeditados y ventajosos de la praxis de la política, a la que perciben como caldo de cultivo para la discordia y las desavenencias doctrinarias. El fragmento en que nuestro cronista escribe sobre la “posición en que lo coloquen su

<sup>83</sup> L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 183 (13 de enero de 1868), pp. 2-3. Las negritas son mías.

<sup>84</sup> Ignacio Manuel Altamirano, *La literatura nacional*, p. 14.

<sup>85</sup> L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 190 (20 de enero de 1868), p. 2. Las negritas son mías.



aptitud y su talento” —refiriéndose a Payno— está, sin duda, desplegando una retórica republicana y democrática con la que desea desterrar de la *res publica* el origen patricio y las ventajas de una noble cuna, en aras del libre ejercicio de los dotes, cualidades y capital cultural de un hombre de letras, que en este tiempo es coincidente con el hombre de Estado. En este orden de ideas —y en la misma lógica de la austeridad republicana— cuando la mesa, los potajes, los refrescos y la obsequiosidad de los anfitriones superaban el íntimo decoro de los poetas de humildes posibilidades, el comentario de los cronistas sobre la velada era igualmente modesto. José Rivera y Río apunta:

LA VELADA LITERARIA DEL LUNES ÚLTIMO.—Para describir las bellezas de esas noches pasadas en familia, consagrando al genio y al talento la mejor parte, y a la cordialidad y al buen humor el resto, se necesita [...] del *Siglo*, y no creemos que se resignen los editores de este periódico a prescindir de esa sección semanal que tanto agrada. Luis Gonzaga Ortiz está lleno de ocupaciones; pero con él pueden alternar Cuellar, Peredo, Altamirano y otros; pues si así no lo hiciesen, mañana les tomaría cuenta nuestra literatura de su abandono. Creemos que nuestro amigo Pancho Zarco aceptará nuestras postulaciones, y que los candidatos no se negarán a un trabajo comprendido de tarde en tarde, en honor de las musas mexicanas.<sup>86</sup>

El mismo autor, presencia activa y testimonial del liberalismo literario, en su periódico *El Ferrocarril* —título eminentemente decimonónico y progresista— coloca a Luis Gonzaga Ortiz a la altura de José Tomás de Cuellar, del dramaturgo Manuel Peredo, de Ignacio Manuel Altamirano, de Francisco Zarco y de otros connotados autores republicanos. Asimismo, esta gacetilla hace referencia a las numerosas ocupaciones de Ortiz, motivadas probablemente por el designio del presidente Juárez para que dirigiera el *Diario Oficial de la Federación* (llamamiento al que aquél —en una ocasión— alude, aduciendo su edad provecta para ello). Es el general Riva Palacio quien da a Luis Gonzaga la razón y el espaldarazo para que el connotado cronista acepte la propuesta del presidente Juárez, y quizá selle —al comenzar a ocuparse de la información oficialista— su veto a la posteridad en las letras nacionales. De igual forma, este momento en el que asume la nueva oficialidad juarista acaso represente en Ortiz la resignación ante los poderes fácticos; así como el hartazgo de la guerra, del sibaritismo antirrepublicano de las Veladas y del debilitamiento de la belicosidad contra el enemigo conservador.

Valentín Uhick, nieto del ilustre Valentín Gómez Farías, en su artículo “A propósito de las veladas” establece un posible linaje entre las academias literarias de las

---

<sup>86</sup> Sin firma [José Rivera y Río], “La velada literaria del lunes último”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 34 (23 de enero de 1868), p. 2.

antiguas Grecia y Roma, las del Imperio Carolingio, los tribunales de amor en la Francia medieval, las celebraciones carnavalescas literarias de Pierre Ronsard en el siglo XVI, la asociación de “Los imbéciles” en la Florencia del siglo XVIII y los Árcades en Roma, la sociedad del *Caveau* y la Academia de los Bibliófilos en París, con las Veladas literarias de México en 1868. El nieto del gran precursor liberal escribe: “*Las Veladas literarias*, aunque con el carácter privado, hacen honor a México y tienen un noble objeto. / Habráse visto rara vez un conjunto de talentos tan originales y distinguidos como los que en ellas se reúnen, y que serían apreciados en cualquier país por culto que fuese. / ¡Larga vida a las Veladas!—V. U.”<sup>87</sup> En un sentido análogo, el maestro Altamirano establece, en reiteradas ocasiones, la genealogía de estas tertulias remontándose a una edad de oro que se identifica con la Academia de Letrán de 1836. De este modo, asigna legitimidad moral e histórica a su grupo, como una asociación estoica que ha pugnado por la unidad nacional y la fundación literaria de México desde sus primeras décadas de vida como país independiente.

En una nación que buscaba por fin andar con firmeza sus primeros pasos, y en la que la devastación material y espiritual que acarreaban consigo cincuenta años de guerra civil, la autoridad moral de las nuevas instituciones por fundar era una cuestión de principios. En el seno de una sociedad ya desencantada y escéptica ante cualquier tendencia del discurso político, existía ya un marcado cisma entre el acontecer público y la vida privada. Era de igual modo evidente la abismal inequidad social, económica y cultural entre el grueso de la población —mayoritariamente analfabeta— y la élite política, militar, pecuniaria y letrada. Esta última se caracterizó además por su deseo de erigirse en una aristocracia del espíritu, moralmente superior a los dueños del poder y del dinero, en tanto que constituía un conciliábulo de favorecidos por la educación y por las musas. De ahí acaso, la insistencia de los poetas de vocación pura en que los personajes prominentes en el areópago no ganasen con su participación ostentosa en las Veladas un espurio prestigio como hombres de talento y sensibilidad estética, además del reconocimiento del que ya gozaban como agentes de poder y acción pragmática.

En el siguiente párrafo, Ignacio Manuel Altamirano escribe una suerte de poética de la crónica, en la que exalta el valor del trabajo de nuestro autor:

---

<sup>87</sup> V. U. [Valentín Uhick], “Variedades. A propósito de las veladas”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 197 (27 de enero de 1868), p. 3.

REVISTA TEATRAL. *Las Revistas de Luis G. Ortiz.—Su importancia literaria e histórica* [...] En la semana que acaba de pasar hemos tenido el sentimiento de ver la última Revista de las que publicaba cada ocho días en *El Siglo* Luis G. Ortiz. [...] / Para el sencillo lugareño o la provincianita, ansiosos de conocer esta ciudad, que con todo y encerrar en su seno tantos dolores y tantas miserias, se les figura un paraíso de delicias, esas crónicas eran doblemente interesantes. No parece sino que ellas hacían pasar ante su imaginación apasionada como el reflejo de esta vida de México que los hijos de París, de Londres o de Madrid encuentran monótona y triste, pero que nuestros lugareños, es natural que encuentren brillante y divertida. No parece sino que por medio de la narración se descorría ante sus ojos ávidos el velo de la distancia para que pudiesen contemplar por un momento nuestros teatros deslumbradores con su lujo y sus hermosas, sus magnificencias de arte y sus maravillas de inteligencia; nuestros soberbios paseos con su multitud ruidosa y abigarrada, nuestros saraos con su esplendor y su riqueza, nuestras fiestas, en fin, públicas y privadas. [...] / No es de extrañarse, pues, que en nuestro país se ponga tanta atención en lo que pasa en la capital. México con su aspecto semi-español y semi-azteca, con sus aderezos semi-franceses, con su desaseo proverbial, con todos sus defectos e inconsecuencias que la hacen aborrecer de algunos *políticos* severos, como a una Sybaris, es sin duda alguna para el rostro de la nación, nuestra Atenas, nuestra Roma, nuestro París y sólo en lo político ha perdido su primacía y su carácter soberano, desde que abrigando en su seno a la reacción conservadora o a la monarquía, ha sido ceñida por los brazos de los estados y vencida para siempre. / He aquí lo que importaban esos interesantes artículos semanarios, en que nosotros hallábamos algo más que la distracción, y he aquí por qué sentimos, que el periódico más acreditado de México, que fue también **el primero en esta época de restauración republicana en emprender esta interesante tarea**, la haya suspendido.<sup>88</sup>

El 31 de enero de 1868 el autor de *El Zarco* anuncia en su “Revista teatral” en *El Siglo Diez y Nueve* que el cronista Luis G. Ortiz deja de publicar por aquellos días sus artículos titulados “Revista de la semana”. Es de suponerse que esto haya sido motivado por su ingreso como redactor en jefe al *Diario Oficial de la Federación*, cargo que le había sido conferido por el presidente Juárez poco tiempo atrás. Altamirano deplora en su texto la salida del cronista de *El Siglo*..., diario fundamental para la centuria decimonona en México, comentando que sus textos no eran populares sólo entre los lectores de la capital, sino que también poseía entusiastas adeptos en el interior de la República. Señala como destacados admiradores de su pluma a José María Vigil en Guadalajara y a Eduardo Ruiz en Morelia. Estos son quizá indicios de que el intercambio cultural —sobre todo aquél sustentado por el periodismo— entre la Ciudad de México y la provincia no era pobre. Inclusive, dos meses más adelante, el 7 de abril *El Siglo Diez y Nueve* notifica a sus lectores, en una de sus gacetillas, que el cronista Luis G. Ortiz había sido nombrado socio corresponsal del Liceo Oaxaqueño, dando así una idea —acaso vaga— de que algunos “dignatarios” de la República de las letras sí pugnaban por instaurar el federalismo, al menos en el ámbito literario, ya que en la

<sup>88</sup> Ignacio M. Altamirano, “Revista teatral”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 201 (31 de enero de 1868), p. 2. Las negritas son mías.

realidad fáctica los numerosos cacicazgos y caudillismos regionales obligaban al supremo gobierno a pertrechar un centro político poderoso en la capital del país. Esto nos lleva de vuelta a la ineludible empresa que acometió la intelectualidad liberal —poniendo manos a la obra en su anhelo de hacer de la República entera un lugar de progreso económico, científico, artístico y moral— al construir, mediante la retórica, una capital de vanguardia y amante del decoro que el arte puede brindar a una sociedad civilizada. Aquí hace su aparición la consigna horaciana del *utile et dulci* —deleitar e instruir— en la literatura, como herramienta para destruir el estigma que pesaba sobre México como país de bandidos y salvajes. La eficiencia del discurso literario nacionalista de la crónica, como *tour de force* de la presencia estética en la prensa, radicaba en la fehaciente construcción de una capital pujante, moderna, cosmopolita, dinámica y sofisticada —tan solo en el *imago urbi*— aunque la *ciudad real* ofreciese el aspecto de un poblacho bárbaro, monástico y desaseado, poseedor de un pasado señorial en notoria decadencia y anacronismo. Para el poeta de Tixtla, la lectura de las crónicas de su destacado epígono representaba una auténtica asistencia al espacio urbano. Altamirano asigna a estos textos el carácter de “dioramas”, con lo que les imprime aún una visión estática, similar a la del género marcadamente decimonónico del cuadro de costumbres que —cual daguerrotipo— constriñe a una sola escena pictórica todo el dinamismo de la vida colectiva. Por supuesto, no nos encontramos en este estadio en la caverna platónica multiforme de *La Linterna Mágica* de José Tomás de Cuéllar, ni en las secuencias cinegéticas del “Kinetoscopio” de Ángel de Campo *Micrós*, ni en la proyección de vistas cinematográficas sobre la pantalla de *La novela del tranvía gutierreznajeriana*. La crónica de Ortiz que Altamirano reseña es la de un cuadro animado, tan real como imaginario, que ofrece una perspectiva parcial de la urbe. Sinécdoque de la patria entera y prosopopeya de una *traviata* frívola e indolente, Anáhuac es motejada por Altamirano de “sirena” e “indiferente cortesana”, presa siempre dispuesta para sus afortunados seductores, ora susurren en su oído en castellano, ora en bárbaro. No se perdona aún, en estos años, el crimen de sus veleidades políticas, —al recibir con vítores a Benito Juárez tanto como a Maximiliano de Habsburgo— erróneamente percibido el espíritu festivo irracional del pueblo como traición nefanda, así como las pretensiones europeizantes de los conservadores como claudicación de la Independencia, tanto como la admisión de la necesidad de una nodriza extranjera para criar a este deforme neonato.

La estrategia discursiva de la crónica en la República restaurada no presupone la ceguera de sus autores, sino lo contrario. Tan bien conocen éstos la realidad precaria de su ciudad, que ni la ignoran ni la evaden. La capital mexicana es metonimia de una nación incipiente que requiere un nombre y un prestigio centralistas, con el fin de dar cimiento a una tradición aún inexistente o quizá desdibujada. El rostro de la antigua Tenochtitlan y de la Muy noble y muy leal Ciudad de Méjico es una transición entre ambas fundaciones históricas, fusionadas con la cosmópolis vanguardista de Occidente —el París de Baudelaire— en itinerario hacia una identidad que aún no se revela con claridad. Su miseria y atraso saltan a la vista; los productos culturales de su civilización ausente son rehenes de la desigualdad y la injusticia. En esta secuencia lógica, es perceptible una angustia, una ansiedad inherente a su tiempo y a sus circunstancias. Como hombres de su siglo, Ortiz y sus cofrades, además de poseer una conciencia histórica del desastre nacional y un horizonte cultural en que el deber colectivo es su reivindicación, en un sentido paralelo —como estetas inmersos en la tradición occidental— se conciben como parias románticos, como individuos desarraigados que poseen el anhelo vehemente de una patria en cuyo espejo puedan observar el reflejo de un porvenir bello, sólido y promisorio. Para Altamirano, las crónicas de Ortiz son en suma la fuente principal de un concepto que desconoce pero intuye: la microhistoria, una disciplina humana que, confrontada un día con la historia grandilocuente de los pueblos, traería a éstos la reivindicación que sus debacles colectivas les niegan.

El poeta y soldado de la sierra guerrerense escribe:

LA QUINTA VELADA LITERARIA. El lunes 20 tuvo lugar la quinta reunión literaria en casa de Joaquín Alcalde, de la cual no se ha hecho todavía sino una mención pasajera. [...] / La reunión fue numerosa, y tuvimos la grata sorpresa de ver **entre los concurrentes al general Díaz, llegado a México el día anterior, y que ve con tanto interés las glorias literarias de su patria, como sus glorias militares.** También asistía nuestro antiguo amigo Hernández y Hernández, a quien el sufragio popular acaba de elevar a la primera magistratura de Veracruz, y que se mostraba complacidísimo de estar entre gente que no hablaba más que de odas, de elegías y de artículos literarios. [...] / Luis G. Ortiz leyó “Dos palmas”, una composición del género que él cultiva siempre y del que hablamos largamente en nuestra anterior revista literaria. Amor siempre, ternura infinita, tristeza, lágrimas, palabras que suenan como dulces murmullos, versos que concluyen como suspiros, en fin, ese sabor que Ortiz da a sus

composiciones amorosas y que debe ser para las mujeres una especie de *hipómanes del corazón*.<sup>89</sup>

No obstante el celo “cristiano primitivo” de algunos poetas que deseaban preservar a las Veladas en las austeras catacumbas, exiliando —cual protomártires— al lujo y al sensualismo de su República privada, otros como Ignacio Manuel los creyeron accesorios inocuos y aún útiles en la edificación de una urbe inmersa en el gran concierto del mundo civilizado. El pensamiento del egregio indígena puede no resultar inconsecuente: el arte y las letras son bellas, no sólo útiles; la patria necesitaba solventar sus necesidades tanto primarias como superfluas. Los manjares y las libaciones prodigados en un banquete no son sólo alimento suficiente a cubrir la supervivencia de un organismo animal, sino que añaden placer y decoro a la vida humana. Asimismo, la misión ancilar moralizante del pensamiento y la ensoñación literaria sobrepasan por mucho la función regulatoria de la conducta humana en sociedad que persigue la norma jurídica. De tal manera, es posible concluir que los paradigmas morales enarbolados por las bellas letras darían como resultado una proposición: A mayor bienestar físico, proporcionado por la opulencia y el sibaritismo, mayor acceso al bienestar espiritual, y esto sería aplicable a los anhelos de redención popular. Ninguna doctrina social moderna ha tenido entre sus postulados la pobreza como vía de mortificación virtuosa.

Por otra parte, es de hacer notar en la quinta Velada la presencia del general Porfirio Díaz, en aquellos años triunfador de la Batalla de Puebla y héroe del Ejército de Oriente. En este episodio de las tertulias literarias republicanas la separación entre política y letras luce tan imposible como la separación entre Estado e Iglesia. Así como el poder temporal es ejercido por el liberalismo juarista con base en sus principios ilustrados, así la *pax* porfiriana —años más tarde— es sostenida por su maridaje con el poder espiritual y reaccionario. En 1868, irónicamente, Porfirio Díaz representaba una alternativa al absolutismo presidencialista de Juárez. Es por ello que Altamirano destaca la presencia del militar exitoso en la quinta Velada literaria, resaltando su supuesta inclinación por las bellas letras, la que años más tarde utilizaría para cooptar a los intelectuales en favor de su régimen. Mostrándose así seducido por el poder y no partidario de la humildad de las musas, el cronista de teatros de *El Siglo Diez y Nueve* llega hasta el sarcasmo, temiendo que la literatura muriese “ahogada por el vino o atragantada por un pastel”. Sin embargo, más adelante retoma la seriedad escribiendo

---

<sup>89</sup> Ignacio M. Altamirano, “La quinta velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 207 (6 de febrero de 1868), pp. 2-3. Las negritas son mías.

sobre una oda que leyó Guillermo Prieto en esa ocasión, la cual movía al “santo entusiasmo de la patria” y a la “fe en el progreso humano”. Con ello invocaba a quien su generación consideró “el profeta de la democracia universal”, de la “fraternidad y la civilización”, al escritor que dos años más adelante la Sociedad de Libres Pensadores nombraría como su presidente honorario, Víctor Hugo. Es ostensible la coherencia en el gusto de la intelectualidad liberal. Considerando que el momento histórico mexicano clamaba por su fundación nacional y por la reivindicación de un pueblo en ciernes, era lógico que su ideario ético y estético apuntara con mayor exactitud hacia la vertiente social del Romanticismo (la del autor de *Los miserables*), y no hacia la egotista (la de Goethe, Schiller o las hermanas Brönte). Los ideales de redención humana por medio del amor y la fe en el prójimo —que fusionan cristianismo y democracia en la obra de Hugo— se oponen en su origen y fin ulterior a lo abismal, a lo que desencadena el régimen nocturno del espíritu, al sobrecogimiento ante lo insondable de la naturaleza y la psique humana, inherentes al primer Romanticismo alemán e inglés. La justicia social era el valor encumbrado por los románticos mexicanos, y debida a ello es la constante exaltación por parte de Altamirano y su grey de los textos que persiguen esta concreción particular de lo ético y lo estético en instancias colectivas. Toda esta diatriba trascendental da paso, en el curso de la crónica altamirana citada, al velado escarnio que el tixtlense hace de su discípulo Ortiz. Enumerando, con visos de hartazgo, una serie de rasgos presentes en la poesía amorosa de Luis Gonzaga, concluye en su párrafo sobre la participación de éste en la Velada —tal vez con patente misoginia inherente a la época— que sus poemas causaban en las damas una “*hipómanes* del corazón”; en tanto que la etimología de ese vocablo griego se refiere al humor que se desprende de la vulva de una yegua en celo.

El periodista ibérico Anselmo de la Portilla escribe sobre la Velada que tuvo lugar en la residencia del creador de Fernando Valle, el byroniano héroe de *Clemencia*:

El Sr. Altamirano lo hizo como quien es: obsequió a sus huéspedes con la galantería y franqueza de costumbre, y para hacerlo mejor, disimuló o escondió todos los signos de su carácter un tanto espléndido y fastuoso. Ni tapices, ni mármoles, ni bronce, ni tesoros de arte, ni mesas regaladas; nada de esto hubo allí; pero hubo cordialidad, gusto y contento, y no faltaron copas chispeantes de caliente ponche, ni sendos pedazos de jamón y otros manjares, ni buenas botellas de diferentes licores *para mojar la palabra*. Gracias al Sr. Altamirano a nombre de la modesta poesía.<sup>90</sup>

<sup>90</sup> Sin firma [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 306 (17 de marzo de 1868), p. 3.

En *Intelectuales, política y poder*, Pierre Bourdieu reafirma la postura ambivalente que los literatos del París decimonónico tenían con respecto a ambos polos de la sociedad, dejando solamente en claro que su situación era muy compleja y difícilmente satisfactoria, tanto en el sentido ético como en el estético:

Ubicados en situación de dependencia material y de impotencia política con relación a las fracciones dominantes de la burguesía, de la cual provienen en su mayoría y en la cual participan, si no por sus relaciones de familia y por sus compañías, al menos por su estilo de vida, infinitamente más próximo al de la burguesía que al de las clases medias—incluso en las categorías más desposeídas de la *intelligentsia* proletarioide, condenada a las formas menos electivas de la vida bohemia—, los escritores y los artistas constituyen, al menos desde la época romántica, una *fracción dominada de la clase dominante*, necesariamente inclinada... a mantener una relación ambivalente, tanto con las fracciones dominantes de la clase dominante (“los burgueses”) como con las clases dominadas (“el pueblo”), y a formar una imagen ambigua de su posición en la sociedad y de su función social.<sup>91</sup>

Podrían añadirse las siguientes líneas de Ana Teresa Martínez, para quien esta posición equívoca constituía:

...un juego de relaciones entre sí que los oponía a la burguesía del dinero de la segunda mitad del siglo XIX (periodo de lujo desmesurado y de incultura). Con la burguesía compartían, sin embargo, el estilo de vida en lo que se refiere al tiempo libre; queriéndose a su vez diferentes del pueblo, con el cual tenían también en común el hecho de ser económicamente dominados, aunque los separa de él la posesión de ciertas capacidades culturales que comenzaban lentamente a funcionar como capital.<sup>92</sup>

En el caso de Luis G. Ortiz y algunos de sus colegas, quienes pertenecían a este sector dominado dentro de la élite dominante, con el correr de los años, sus negociaciones con el campo de poder fueron siendo en muchos sentidos exitosas. Ortiz continuó siendo una pieza clave del periodismo capitalino por varias décadas, y el cultivo de su crónica siguió su curso positivo. Otros de ellos fueron obteniendo y preservando puestos honrosos dentro de la maquinaria gubernamental. Si Ana Teresa Martínez se refiere, en el caso francés, a un “periodo de lujo desmesurado y de incultura”, quizá en el caso mexicano de las Veladas no haya sido así de abismal la diferencia entre un sector y el otro. La última era juarista y los primeros años del Porfiriato, si bien adolecieron del presidencialismo y la injusticia social, también fueron épocas de notable impulso al progreso nacional, y campo fértil para el cultivo de las bellas letras y el periodismo. Ortiz y sus modestos cofrades tuvieron oportunidad de desarrollar su proyecto creador

<sup>91</sup> Pierre Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, p. 32.

<sup>92</sup> Ana Teresa Martínez, “Una indagación sociológica sobre el campo literario. Las reglas del arte, según Pierre Bourdieu”, en *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el trabajo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, Vol. IX, núm. 10 (Otoño 2008), p. 3.



al amparo de un incipiente Estado moderno, en el que los potentados republicanos desplegaron innegables esfuerzos por el bienestar material y espiritual de la nación. Sin embargo, no se puede dejar de lado que con la celebración de la Velada que tuvo lugar el 10 de febrero de 1868 en la residencia del abogado y empresario veracruzano Rafael Martínez de la Torre vence finalmente el esnobismo de la plutocracia. Los potentados capitalinos toman por asalto la tribuna de los retóricos nacionalistas y ahuyentan a la musa íntima de la atmósfera literaria. Las Veladas ganan con esto en publicidad, ostentación y lucimiento, no obstante pierden en cuanto a legitimidad moral y atención brindada al motivo original de las reuniones, es decir, la apreciación de los primeros esfuerzos por fundar la tradición literaria nacional después de la restauración republicana. José Rivera y Río, por su parte —en esta ocasión que fue para todos memorable— llama la atención con respecto a los principios del liberalismo progresista que habían dado impulso a las Veladas: el “espíritu de asociación, el amor a la ciencia y el deseo que se siente de que México adelante”. Un mes más tarde, la Velada tiene lugar —quizás como antídoto contra la desvirtuación de este conciliábulo de escritores— una vez más en el hogar del maestro Altamirano. Anselmo de la Portilla da noticia de ello en su publicación *La Iberia*, apuntando que el líder intelectual, pese a no oponerse a los fastuosos estipendios de sus colegas más afortunados, decide ser modesto en su hospitalidad sin dejar de lado la generosidad, procurando el bienestar y el confort de sus convidados. De esta manera, Ignacio Manuel deja en la memoria de estos primeros meses de la Restauración su impronta como patriarca conciliador, medido y entusiasta promotor de los esfuerzos literarios, sin desdoro de su relevancia en la vida pública nacional. Diez días más adelante, en su crítica teatral parece cerrar el ciclo con una reseña de la pieza dramática que había dado origen a las Veladas, precisamente en el domicilio de nuestro cronista Ortiz. Con motivo de la representación de la comedia *Los misioneros de amor* de Enrique de Olavarría y Ferrari en el Teatro Principal, Altamirano no tiene para ésta más que objeciones de talante moral. Reprueba en la pieza el hecho de carecer de tendencia doctrinaria; a su vez deplora el que Olavarría haga escarnio con su argumento, del sentimiento religioso ajeno, lo cual representa un atentando en contra del alto principio republicano de la libertad de cultos. Escribe el autor de *El Zarco*:

La pieza que se representó esa noche en el Principal fue nueva, y obra de nuestro amigo Enrique de Olavarría, que la hizo sobre un pensamiento de P. Duport y la tituló: *Los misioneros de amor*. / Esta es la comedia que oímos leer en la casa de Luis G. Ortiz una noche, en la cual, como dice muy bien el ilustrado director de *La Iberia*, que también asistió, nació el pensamiento de las “Veladas literarias”. Entonces fue calificada

favorablemente; pero como de la lectura a la representación hay una gran diferencia, hoy le notamos otros lunares que entonces no pudimos conocer. / La comedia tiene una versificación fluida y llena de lirismo, quizás demasiado lirismo; pero está en cambio salpicada de algunos chistes, que sin ser rígidos censores, ni mojigatos, como no lo somos, desearíamos que se quitasen por excesivamente verdes. Enrique se dejó seducir incautamente por el deseo de agradar a algunos libertinillos, que como la comedia tenga de estos verdores, se enloquecen aplaudiendo; pero creemos que esta consideración debe ser de poco valor ante la más importante de no herir la moral, o al menos la susceptible delicadeza de la sociedad. El estilo puede ser festivo y chispeante como el de Bretón, sin estar cargado de sales corrosivas.<sup>93</sup>

Esta pieza de Olavarría tiene como *leit motiv* de su comicidad el constante escarnio de la vida monástica y de una supuesta severidad en las rutinas cotidianas del clero regular. Asimismo, de forma oportunista se vale de cierta dosis de obscenidad, para introducir escenas e incidentes de acentuada carnalidad que hacen mofa de la solemnidad religiosa. Muy probablemente, el dramaturgo peninsular, tomando ventaja de las condiciones de la contundente victoria de la República sobre el imperio y de los liberales sobre los conservadores, deseaba enfatizar denodadamente que en el nuevo régimen el hieratismo católico habría de perder su supremacía y aún su dignidad. En este sentido, es encomiable la crítica de Altamirano, en honrosa defensa de la libertad de cultos y de la moral, aunque esto representase un reconocimiento de los derechos del enemigo derrotado —ayer apenas tirano implacable—. Quizá en aquella primera lectura en casa de Ortiz la comedia había sido celebrada, sin reservas, por el hecho de no percibir en esta ocasión sus efectos nocivos en la moral del público. Altamirano se erige entonces en un auténtico republicano, que muy próximamente llevaría adelante uno de los procesos de reconciliación política y estética más importantes de la historia nacional, la convocatoria abierta para colaborar en la revista literaria *El Renacimiento*.

La última de las Veladas es organizada por la Asociación Gregoriana, especie de cofradía estudiantil mutualista de la época, en la residencia del general Vicente Riva Palacio —quien era presidente de este organismo privado—. En esta ocasión el boato vuelve a ser notable. Anselmo de la Portilla comenta con sorna en una gacetilla de *La Iberia* que estas tertulias “tendrán al parecer larga vida, a pesar de ese lujo que tanto asustó al principio a los pobres poetas, y más aún a los poetas pobres”. Además, el escritor peninsular añade: “Excusado es decir que la Velada estuvo magnífica, porque además de los alardes del talento y del genio, se desplegó en ella el lujo acostumbrado de refrescos, licores y manjares, y los concurrentes lo sazonaron todo con sus

---

<sup>93</sup> Ignacio M. Altamirano, “Crónica de teatros”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 253 (23 de marzo de 1868), p. 2.

acostumbradas expansiones de cordialidad y de alegría”.<sup>94</sup> Las siguientes palabras de Karl Marx sirven como fundamento filosófico a Pierre Bourdieu para dar explicación al comportamiento y reacciones de los poetas pequeñoburgueses en Europa, con respecto a su —aparentemente nimio— predicamento moral y estético: “Lo que los hace representantes de la pequeña burguesía es que su cerebro no puede *superar los límites* que el pequeño burgués mismo no supera en su vida y que, en consecuencia, están teóricamente impulsados a los mismos problemas y a las mismas soluciones a las cuales su interés material y su situación social impulsan prácticamente a los pequeños burgueses”.<sup>95</sup> De modo que los miembros más modestos de la República de las letras no podían dejar de objetar a sus cofrades más afortunados sus fastuosos dispendios y derroches, ni éstos podían dejar de intentar minimizar el hecho incontrovertible de la desigualdad social, ni dejar de ridiculizar mediante la prensa, los reclamos de aquéllos ante sus deseos legítimos de celebrar al arte en una nueva era de anhelada paz social. Ambos obedecían, honesta y espontáneamente a su acendrado sentido de pertenencia social.

Fundar una nación auténtica desde la literatura es el objetivo común de la intelectualidad liberal, toda vez que las decisiones políticas fundamentales habían probado su imposibilidad e impotencia en proyectos de Estado tan disímiles, ya que la discordia había causado tan profuso derramamiento de sangre, caos y disgregación. Dos de los principales valores exaltados por las Veladas literarias fueron el nacionalismo, tendiente a la consolidación de una identidad mexicana en las letras, y el cultivo de una incipiente crítica con el fin de dar forma original y correcta a sus temas vernáculos. Los poetas llevarían a cabo una apropiación de la patria verdadera, como respuesta al constante sentimiento de desarraigo que provocaba en ellos la guerra civil. Del mismo modo en que el ámbito doméstico fue el único imperio posible de la feminidad decimonónica, el reinado de la literatura sólo podría tener lugar en aquél. La esfera de lo público ya había tenido demasiadas consecuencias funestas y había vulnerado en gran medida la intimidad de los entes sensibles, como para permitirle enseñorearse también de la dimensión ética y estética de estos escasos ciudadanos con formación artística y aspiraciones creativas. De modo que las letras nacionales no representarían al país de los políticos —en constante pugna estéril y fraticida o con anhelos dictatoriales—, sino

---

<sup>94</sup> Sin firma [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 340 (2 de mayo de 1868), p. 3.

<sup>95</sup> Karl Marx *apud*. Pierre Bourdieu, en *Intelectuales, política y poder*, p. 30.

que constituirían la digna austeridad y sobriedad del espíritu. Es por ello que para algunos de los miembros de las Veladas —acaso con motivos añadidos, los de más modestos recursos pecuniarios— era crucial la expulsión del materialismo sensual, así como de sus amos, los señores del poder político y económico. En este sentido la patria, ajena a la política y sus veleidades nocivas, hallaría su asiento natural en el arte y la cultura, consolidando así la verdadera austeridad republicana. La prensa era el medio masivo de comunicación de la época; de manera que, desde una reputación ganada ante la opinión pública, este gremio intelectual sólido tomaría por asalto el púlpito de la jerarquía eclesiástica y se erigiría en la nueva voz que guiara los pasos de la población, desde los estratos alfabetizados hasta los más humildes e iletrados. En este orden de ideas, la creación literaria configuraría a la nación, y ésta —a su vez— conformaría a la colectividad. El cronista, al persuadir al lector de su discurso, se ganaría al habitante alfabetizado, por consiguiente al ciudadano y a la opinión pública. Toda vez que el orden jurídico, emanado de gobiernos inestables e incapaces de regir el destino nacional, era impotente en la edificación política del país, por lo menos la República de las letras sería eficaz y operante en la expresión de un ser nacional en vías de definir los contornos de un rostro aún ignoto. Las fuerzas que en la arena pública eran irreconciliables podían coexistir pacíficamente en el ámbito estético de la creación literaria y artística. Por ello también, uno de los tópicos literarios más importantes de la República restaurada fue “el retorno a Ítaca” de los excombatientes en lo que esta generación llamó “la Segunda Independencia de México”. Este retorno idílico al hogar por parte de correligionarios y enemigos que se funden en abrazo fraternal, da sustento al esfuerzo diplomático y editorial de publicar en una revista los trabajos de escritores de filiaciones políticas opuestas. Es el mismo patriarca espiritual de las Veladas quien dos años más tarde da a la luz pública la revista literaria *El Renacimiento*. Los signos apuntan quizá hacia una normativa fundacional de las letras mexicanas, en una línea ética dominante: la del *bien faire* de una musa que privilegia el tema y el color locales por encima de los vuelos cosmopolitas de la imaginación. Por cuanto hace a su vertiente estética, la exigencia es mucho más indulgente por parte del presidente de la República letrada; Altamirano sólo pide corrección gramatical que dé a la obra inteligibilidad y orden, junto con una tendencia moralizante. En la dinámica del campo cultural de la restauración republicana —el cual tiene como génesis el grupo de las Veladas— no existen rupturas ideológicas ni estéticas generacionales, no tienen lugar luchas internas por el poder, sino que las formas de inserción e interacción de los individuos obedecen

total y absolutamente a un sistema de méritocracia impuesto desde el interior por las figuras de autoridad, cuerpo colegiado de próceres de pluma y fusil que dan —con base en ciertas pautas éticas y estéticas constantes— el espaldarazo a los jóvenes escritores que se subordinan al nacionalismo temático y a la tendencia moralizante en los cauces de la creación literaria. Así como la familia constituye el núcleo social básico, las Veladas y su espacio íntimo de cofradía cuasi religiosa otorgaron legitimidad moral a un liberalismo alternativo al de la figura dominante del presidente Juárez, a una cofradía literaria que puso en situación de equidad los valores de la ética y la estética.

### **3.2 Trascendencia de la crónica y de Luis G. Ortiz, como su cultivador, en el campo literario de su tiempo**

Numerosas fuerzas externas manifiestan su impacto sobre el acto creador; esta es la divisa que guía los principios teóricos de la sociología literaria de Pierre Bourdieu. De modo que en estos estudios se impone la desacralización del autor y su obra, así como el análisis de los tipos de acciones que éste lleva a cabo dentro del campo literario y las funciones que desempeña como actor cultural. Otro de los aspectos fundamentales a considerar es el condicionamiento estético-ideológico mediante el cual se determina socialmente el gusto. Para Pierre Bourdieu son indispensables los rasgos biográficos de una obra literaria, tanto como un trabajo de reconstrucción histórica del campo cultural, cuyos datos arrojados resultan cruciales. La política cultural de Estado —al igual que el ejercicio del poder público en todas las áreas de la vida nacional— también puede constituir un régimen autoritario. El gusto —como normativa de la vida cultural de una sociedad— se condiciona en relación con las llamadas prácticas primarias, que a su vez se encuentran condicionadas por las circunstancias particulares del nacimiento y la infancia de un agente cultural. La clase social, sobre todo, constituye un factor determinante. Para que sea posible analizar la obra literaria de un autor bajo el enfoque sociológico de Bourdieu es indispensable que aquél haya pertenecido a un grupo y que éste, a su vez, haya poseído una contraparte estética e ideológica. El capital económico, estructura fundamental de las sociedades, posiciona la práctica de cada actante dentro del seno de éstas; y para que dicho actante posea al menos cierto peso social y político debe ser relevante a nivel colectivo. En este sentido, los proyectos diversos, culturalmente autogestivos, prácticamente no tienen participación en el capital cultural. Es decir, no contribuyen a la formación del canon, toda vez que el diagrama de este campo de fuerzas quedaría desdibujado. Para el sociólogo francés el objetivismo no

debe perderse en los estudios sobre arte y cultura; el aspecto cuantitativo de éstos —en tanto fenómenos sociales— es fundamental. El capital cultural —lo que en el nivel coloquial se conoce como *bagaje*— es también prioritario en el análisis de una obra literaria, ya que ofrecerá coordenadas precisas sobre el posicionamiento social de su autor y dimensiones tangibles del peso de su actuar dentro de su campo intelectual, y en el contexto histórico en que se desarrolla. Para el teórico una obra carece de sentido, y más aún de existencia, sin otros autores y grupos que le exijan volcarse hacia la colectividad.

Los fenómenos masivos populares son importantes para Bourdieu; son generadores de prácticas, derivados de la noción de *homo ludens* de Johan Huizinga. Del capital simbólico nace la legitimación del liderazgo. En el siglo XIX el poder simbólico se asocia al capital económico y político. Durante esta centuria se discutió la vida política y cultural de México en las sesiones de las sociedades literarias. Espacios de distinción, instancias de consagración o capillas culturales, estos recintos son espacios neutros, públicos, donde la filiación política es en apariencia soslayada. Nuestro gusto lector —como sociedad ancilar de Occidente— siempre ha mostrado una tendencia cosmopolita que ha orientado nuestra disposición estética. Las asociaciones, las imprentas, los periódicos, y todos aquellos que conformaban estos grupos se encontraban implicados en el proceso de producción de la obra de arte literaria, al igual que con una mercancía. Bourdieu, en su teoría y praxis sociológica, pugnó por la democratización del arte y los medios, por el fin del Estado mecenas, (en diametral, aunque anacrónica, oposición entre la Francia contemporánea y el México del siglo XIX) y por la autonomía de los escritores sobre su proyecto creador. Asimismo sostuvo la necesidad de criticar y mantener bajo control al poder y sus instancias culturales.

Tres factores son clave en la sociología de la literatura: el medio social cotidiano del autor, el universo diegético plasmado en su obra y la forma de mediatizar la realidad cotidiana en ésta. Existen dos preguntas clave para la sociología de la literatura: ¿Cuáles son las condiciones para que un autor sea leído? ¿Cuál es el capital simbólico de una obra y la institución que lo gobierna? Un momento de ruptura estética cimentado en una gran revolución histórica es capaz de modificar tanto el *habitus* como los espacios simbólicos. La crónica urbana en la prensa, posee —al igual que el costumbrismo— una visión paternalista de los estratos sociales inferiores. La clase alfabetizada se apropia simbólicamente del espacio popular, mientras que el lector de la crónica de sociales

desea verse reflejado en el texto para sentirse identificado, y así consumirla habitualmente. Por ello se reinvierte capital económico para la acumulación de ese capital cultural en que las élites son protagonistas del espacio social y directrices de la conducta de las masas. Para la prensa mexicana de la época debía existir correspondencia entre la producción y el gusto. La producción masiva posee un descrédito estético debido a su mayor grado de comercialización; por tanto, la crónica —sólo aparentemente— no puede formar parte de un proyecto creador literario. El autor buscará posicionarse en el justo medio; buscará ser consumido y a la vez validado por el campo intelectual. La crónica decimonónica forma parte de la gran producción editorial de la época; irónicamente, el éxito cuantitativo de un autor en la prensa sí tendrá incidencia directa sobre su peso en el campo cultural. Sin embargo, este posicionamiento será determinado en mayor medida por el impacto de su proyecto creador autónomo, el cual perseguirá un grado de liberación del campo de poder económico. Acaso ambos factores —el impacto comercial y estético de una obra— en conjunto, podrán adjudicar al autor triunfos temporales, notoriedad social, cierto éxito económico y reconocimiento por parte del campo literario. El autor pretenderá moverse en dos campos de acción: la “torre de marfil” estética, o capilla de iniciados, y el éxito editorial ante grandes grupos de lectores (dentro de las posibilidades limitadas que ofrecía una sociedad mayoritariamente analfabeta). La afortunada conjunción de ambos éxitos aportará a la obra un mayor grado de autonomía, por ende, mayor relevancia en el ámbito cultural y social. Si los lectores, coetáneos o no, mantienen viva una obra, el autor se convertirá en un espacio simbólico de la cultura, incrementando así su peso político tanto al interior como al exterior del campo intelectual.

En el caso concreto de la biografía y obra de Luis G. Ortiz, los conceptos de Pierre Bourdieu que se han empleado en el análisis podrían ser asimilados del siguiente modo. Su espacio social estaría constituido por la élite política y cultural de la República restaurada y el Porfiriato. Su campo de poder comprendería el Partido Liberal en el poder y el círculo sociocultural presidido por Ignacio Manuel Altamirano, la llamada República de las letras. Su campo de producción cultural abarcaría las mesas de redacción de *El Renacimiento*, *El Domingo*, *El Federalista*, *El Nacional*, *El Siglo Diez y Nueve*, *El Monitor Republicano* y *El Imparcial* (1872). La prensa nacional durante el siglo XIX, sin erigirse propiamente como institución estatal, es sin duda un actor social de primer orden, así como un agente de dominación estructural. Debido a su función

informativa democratizadora y de comunicación de masas, desempeña un papel político fundamental. Quedarían también incluidas las sesiones oficiales de Las Veladas literarias (1867 y 1868), La Bohemia Literaria (1868), La Sociedad de Libres Pensadores (1870) y El Liceo Hidalgo en su segunda etapa (1880). Las asociaciones literarias, equivalente latinoamericano de los salones europeos, componían un universo sutilmente jerarquizado que no constituía un simple refugio elitista, sino también una instancia de legitimación sociocultural de sus miembros como próceres de la emancipación intelectual de la patria. El grueso haz de sus crónicas en la prensa capitalina representaría el ámbito de la producción de Ortiz en masa; en el mismo supuesto se colocarían todos los textos críticos en los que procuraba contribuir a la fundación de la tradición literaria nacional. Su espacio autónomo sería conformado por las tertulias literarias a las que asistió y en las que se hizo lectura y comentario de algunos de sus textos, comprendiendo solamente aquellas ocasiones en que la concurrencia fue selecta, formada por quienes lo señalaron como el poeta erótico más notable de su tiempo. En este sentido, su proyecto creador estaría integrado por sus volúmenes *Poesías* (1856) y *Ayes del alma* (1872), así como por sus novelas *Angélica* y *El vizconde de Muhldorf* —ambas publicadas en 1871— y *Detrás de la nube un ángel* (1887). Una de las nociones más importantes dentro del pensamiento bourdieuano es la diferencia establecida entre el *establishment* y la vanguardia. Sería difícil hablar de esta última en el seno de la República de las letras, toda vez que esta capilla cultural mostró siempre una estructura monolítica y absolutista en el ejercicio del poder. Acaso alguna fuerza contracultural haya estado representada, en el último tercio del siglo, por precursores de la estética modernista como Manuel Gutiérrez Nájera, quienes no obstante jamás formaron parte de la oposición al régimen político. Es de hacer notar, asimismo, el hecho de que Ortiz no deseaba dejar de formar parte de ese coto de poder o perder la notabilidad social que esa filiación le reportaba. Lo delata, quizá con cierta evidencia, su colaboración en *El Nacional* —durante 1891— como cronista de sociales, posición cultural que con seguridad le proporcionaba cierto acomodo como pieza del engranaje social y político. En este orden de ideas, los signos apuntan hacia la ausencia de vanguardia en la obra de Ortiz y en la escuela nacionalista que propugnaba Altamirano, como depositario del incipiente archivo de la literatura nacional.

Como conclusión de este capítulo, en el que se vincula la obra cronística de Ortiz con un prolegómeno de la sociología de la literatura, ha sido faro de guía el



establecimiento de las redes sociales en que se implica el perfil y la obra de nuestro autor, como poeta y figura notable de la prensa. Una de las hipótesis que se comprobó fue que su crónica —y este género en sentido amplio— presenta, además de una lógica de obediencia a los medios de producción y a su consumo como mercancía, una fecunda oportunidad para insertar en este ejercicio escritural un proyecto creador autónomo. Indudablemente, hay una simiente de libertad creativa en el cultivo de la crónica, debido a que se posiciona como plataforma para las plumas dinámicas de su tiempo, y como ancestro literario del ensayo contemporáneo. La crónica se tiende como puente cultural entre el espacio urbano moderno y el proyecto creador de algunos autores; se trata del producto de la transfiguración estética de la Ciudad de México, como personaje literario e histórico. Asimismo, este breve estudio sociológico-literario ha deseado poner en evidencia la transformación de los rasgos biográficos de un autor y de las condiciones históricas de su obra en su *aesthesis* y *poiesis* final concreta.

**4. *Ciudad real y ciudad letrada* según las crónicas de Luis Gonzaga Ortiz. En el año de la muerte de Juárez**

#### 4.1 Cultura dominante y expresión espontánea del ser popular

En 1872 Luis Gonzaga Ortiz, además de firmar como cronista de *El Imparcial* con el seudónimo *Lis*, colaboró en el periódico *México y sus costumbres*, célebre por haberse dado a la tarea de difundir las artes y las letras de nuestro país. Corría el quinto año de la República restaurada y nuestro autor formaba parte del círculo de intelectuales liberales que deseaban hacer de la Ciudad de México el núcleo geopolítico del proyecto civilizatorio.<sup>96</sup> La capital del país, impulsada como foco de expansión de la modernidad, contaba entonces con doscientos cincuenta mil habitantes. Se trataba del único centro cosmopolita posible en que las élites sociales establecerían sus conexiones con el extranjero, convirtiéndolo así en un eje mediador entre la nación y los modelos culturales prestigiosos de Occidente. Espacio históricamente privilegiado, la antigua cabeza de virreinato se había caracterizado por ser una instancia generadora de desigualdad que sólo transformaría a las antiguas oligarquías criollas en nuevas burguesías urbanas. El régimen liberal triunfante fue el primero en pugnar por un sistema político que combatiera los privilegios seculares del clero y de la aristocracia colonial. Al mantener a México como la ciudad sede del gobierno, concentradora de los servicios públicos, administradora del erario y foco de la inversión extranjera, el gobierno juarista contribuyó a perpetuar muchos de los vicios y atavismos que deseaba erradicar, así como hirió de muerte al federalismo que en la letra pretendía impulsar.

En este orden de ideas, al concentrar en ella a los grupos sociales detentadores del capital y la educación, la ciudad republicana prevaleció como núcleo de la cultura, el lujo y los objetos suntuarios, donde se creaban y distribuían también los bienes simbólicos. Consumo y poder adquisitivo se perfilaron cada vez más marcadamente, a consecuencia del proceso de modernización, como una forma jerarquizada de ejercer la ciudadanía. La moda en el vestir y en los modos de existencia se imponía como una instancia más de dominación desde las metrópolis y también desde la capital hacia el interior. Enrique Chávarri *Juvenal* fue el cronista de modas más célebre de la época. En 1872 la moda europea imponía a las pollas —señoritas insustanciales de clase

---

<sup>96</sup> Muchos de los conceptos teóricos incluidos en el presente capítulo, además de apoyarse en los trabajos de Ángel Rama que constituyen *La ciudad letrada*, tienen sustento en algunas de las ideas desarrolladas en la compilación de ensayo *Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Mabel Moraña (Ed.), Pittsburg: Universidad de Pittsburgh / Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2002. Asimismo, gran parte del conocimiento de la vida cotidiana en la Ciudad de México en 1872 ha sido recogido de las páginas del artículo de DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, “Julio de 1872”, en *Revista de la Universidad de México*, vol. XXVI, núm. 11 (julio de 1972), pp. 51-64.

acomodada— el uso de la “polonesa”, especie de túnica que recogía la figura formando *puff*, y el de los guantes de cabritilla a los pollos, con ocasión de asistir a la ópera. Mientras que muchas de estas formas de la trivialidad gobernaban la vida social capitalina, al interior del país la discordia civil de nuevo amenazaba con resquebrajar la siempre precaria estabilidad política. La oposición de la prensa a Juárez y sus colaboradores era casi unánime, aún después de que su “inmaculado” halo de Paso del Norte parecía incorruptible después de vencer al invasor francés. En este contexto, en el que el caos se cernía constantemente como una sombra sobre la débil identidad nacional de un país con apenas medio siglo de vida independiente, resultaba de orden prioritario edificar en el propio centro geopolítico de la nación una *ciudad letrada* cuyos cimientos culturales irradiaran a la periferia, dando inclusión a los elementos indígena, popular y folclórico, pergeñando así una ilusión de solidez en el imaginario colectivo etéreo y volátil de lo mexicano. Ángel Rama expone del siguiente modo una visión general de cómo se incorporó al ámbito de la alta cultura urbana un conjunto de saberes y tradiciones populares que sólo podían ser añadidos a los cimientos mediante la entelequia de las letras nacionales:

La constitución de la literatura, como un discurso sobre la formación, composición y definición de la nación, habría de permitir la incorporación de múltiples materiales ajenos al circuito anterior de las bellas letras que emanaban de las élites cultas, pero implicaba asimismo una homogenización e higienización del campo, el cual sólo podía realizar la escritura. La constitución de las literaturas nacionales que se cumple a fines del XIX es un triunfo de la *ciudad letrada*, la cual por primera vez en su larga historia, comienza a dominar su contorno.<sup>97</sup>

En el seno de las principales asociaciones literarias de esta época, que circunscribían sus acciones al exiguo círculo de letrados de la capital, figuras fundamentales como Ignacio Manuel Altamirano o José María Vigil se abocarían al problema de aprisionar en un molde la silueta esquiva de la literatura nacional. En el ámbito geográfico del Valle de México, la crónica urbana que era cultivada por actores culturales como Ortiz, encontraría en la prensa el baluarte idóneo para incluir en un solo discurso las voces de un pueblo aún rústico y regido por la religiosidad y de una élite culta que fungiría como entronque de la civilización con aquél. La *ciudad letrada*, al igual que la literatura nacional y la crónica como *heterotopía* urbana, constituyen alegorías epistemológicas. En este sentido la *ciudad letrada* se erigiría en el espacio discursivo que es de la sola competencia del escritor, y la literatura nacional en el

---

<sup>97</sup> Ángel Rama, *La ciudad letrada*, p. 74.

ámbito de representatividad de la nación. Es decir, los autores —como ideólogos de fusil al hombro en una épica independentista— aprehenderían los disímiles y heterogéneos rasgos de la realidad y de las obras nacionales para constituirlos en un solo corpus literario. Luego entonces, la noción de literatura nacional resultaría tan arbitraria como la noción de pueblo. Ángel Rama logra de este modo imbricar el cuerpo colectivo de la literatura nacional con la materialidad de la ciudad, dividiendo ésta en su núcleo letrado y su periferia real. El cronista es, de algún modo, relevante fundador literario; en el tenor, Luis Gonzaga Ortiz da cuenta en aquel 1872 en que Juárez dejó a su muerte la República acéfala, de una sesión de la sociedad literaria La Concordia, agrupación conciliatoria que componía parte sustancial de los esfuerzos liberales por fundar la *ciudad letrada* que debía presidir la República de las letras:

La noche del viernes anterior, según estaba anunciado por los programas, se verificó en el gran salón de conciertos del Conservatorio, la velada literaria que la Sociedad mexicana de la “Concordia”<sup>98</sup> dedicó a la memoria del poeta mártir, del inolvidable Juan Díaz Covarrubias. Su busto se veía en el centro del foro. Lo más notable de la velada fueron: un buen discurso del socio Manuel M. Romero; una poesía de la señorita Francisca Peña; las piezas cantadas por la señorita Maza, con un brío y sentimiento notables; *El poeta mártir*, composición leída por su autor Manuel Acuña, y que fue sin duda la mejor obra de la velada; mereció los honores de la repetición. Acuña tiene estro, talento, un arranque de águila y buena entonación. El socio Rodríguez Rivera cooperó con una buena composición y bien leída, y por fin, otra bella poesía del joven Cuenca. / La velada tuvo una concurrencia soberbia, tan bella como numerosa. ¡Cuánta mujer hermosa! ¡Cuánto deseo desesperante! Razón tenía Byron, el seco bardo inglés, cuando exclamaba: ¡Quisiera yo que todas las mujeres bellas del mundo tuvieran una sola boca para darles un solo beso...!<sup>99</sup>

La cultura dominante posee, al decir de Pierre Bourdieu, sus rituales, espacios y fórmulas cuasi sacralizadas. En 1872, dentro del ámbito de acción intelectual de Luis G. Ortiz, la Sociedad Literaria “La Concordia”, junto con el Liceo Hidalgo y “El Porvenir”, fueron las instancias de poder cultural en las que los literatos de renombre daban el espaldarazo a los jóvenes escritores, con tal que éstos adscribieran su trabajo creativo a

<sup>98</sup> El italiano Alberto G. Bianchi fundó en 1872 la Sociedad Literaria La Concordia, cuyo órgano de publicación fue la revista *La Esperanza*. Esta asociación se reunía en el número 1 de la calle del Montepío Viejo, y posteriormente en los salones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Algunos de sus miembros más notables fueron los hermanos Roberto y Gonzalo Esteva, Gustavo Baz, Francisco Sosa, Juan de Dios Peza y Manuel Acuña, quien dio a conocer en una de sus sesiones su poema “Ante un cadáver”, siendo esta agrupación pública partícipe de sus exequias el 7 de diciembre de 1873. La Concordia recibió la visita del vate cubano José Martí, y tuvo entre sus socios honorarios figuras fundamentales de su tiempo como Sebastián Lerdo de Tejada, algunas de las plumas liberales más conspicuas, y los cronistas Gustavo Gostkowski, Hilarión Frías y Soto y el propio Luis Gonzaga Ortiz. (Véase Alicia Perales Ojeda, *Las asociaciones literarias mexicanas*, pp. 144-146.)

<sup>99</sup> Lis, [Luis G. Ortiz], “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, t. I, 1ª época, núm. 2 (8 de septiembre de 1872), p. 1.

los cauces nacionalistas que los constreñían a dar tratamiento en sus obras a los tópicos de lo mexicano, con conocimiento de las tradiciones europeas prestigiosas, lo que excluía la influencia hispánica. A su vez, otras instituciones generadoras de conocimiento, y cimentadoras de la *ciudad letrada*, como la Sociedad de Geografía y Estadística sentaban al tiempo hitos científicos que violentaban el sistema de creencias de la ciudad sagrada barroca, que —un día letrada— se desplazaba rápidamente hacia la esfera de la *ciudad real*. Tal fue el caso del opúsculo *Origen de los habitantes de América*, publicado por Ignacio Ramírez en 1872, quien ya destacaba desde hacía décadas por su irreverencia ante los dogmas del poder espiritual. La Sociedad Filarmónica desplegaba una intensa actividad a favor de la educación musical de México, mientras que el barón Gustavo Gostkowski publicaba sus “Humoradas dominicales” plenas de *esprit* francés en su periódico *El Domingo*, donde colaboraban las plumas más renombradas de la República. Al don divino de Ángela Peralta “El Ruiseñor Mexicano”, Ortiz y muchos otros cronistas liberales ya casi le perdonaban el pecado mortal de haber sido nombrada Cantarina de Cámara Imperial por Maximiliano, reseñando sus actuaciones egregias e impecables en las puestas en escena de la ópera capitalina. No obstante, la moneda estaba obligada a mostrar su contraparte: Ángel Rama apunta sobre la pugna incesante, quizá durante todos los años de vida independiente de América Latina, de la *ciudad letrada* por mantener a raya y silenciada a la *ciudad real*, perenne bomba de tiempo que podría mostrar al mundo civilizado que sus fuerzas caóticas son las que predominan en nuestra naturaleza:

La concentración de la urbe remedaba la concentración del poder que ocupaba su centro, pero también abarcaba dispares fuerzas que estaban en tensión y amenazaban sin cesar con una erupción de violencia que subvertiría la estructura jerárquica. La *ciudad real* era el principal y constante opositor de la *ciudad letrada*, a quien ésta debía tener sometida: la repentina ampliación que sufrió bajo la modernización y la irrupción de las muchedumbres, sembraron la consternación, sobre todo en las ciudades atlánticas de importante población negra o inmigrante, pues en la América india el antiguo sometimiento que la Iglesia había internalizado en los pobladores seguía sosteniendo el orden. / El periodo modernizado, bajo su máscara liberal, se apoyó en un intensificado sistema represivo, aunque sus efectos drásticos se hicieron sentir más sobre la región rural que sobre la ciudad misma, pues trasladó a los sectores inferiores urbanos, en especial a los organizados de los obreros, una pequeña parte de las riquezas derivadas de la intermediación comercial y de la incipiente industrialización.<sup>100</sup>

---

<sup>100</sup> Ángel Rama, *op. cit.*, p. 76.

Al proyecto liberal, con su retórica redentorista de las masas, no queda otra alternativa que dar cabida a la *ciudad real* en su proyecto de civilización. El espacio físico que ocupaban desde hacía siglos los barrios indígenas, con su organización precolombina de la tierra, su orden sagrado de la vida, y sus formas de habitación anárquicas; las corporaciones eclesiásticas, con sus canonjías, propiedades estériles e influencia espiritual sobre la población; así como las masas migratorias de campesinos que comenzaron a formar en esta época incipientes gremios de artesanos, comerciantes y obreros, se vio en la necesidad de ser incorporado a una *polis* cuyos paradigmas le eran absolutamente adversos. Esta política incluyente funcionaba sólo en la retórica, ya que todos estos elementos bárbaros eran, en realidad, sacrificables en aras de la *ciudad letrada* y progresista que postulaba un ciudadano hispanohablante, alfabetizado e inmerso en la cultura y sistema de creencias occidentales. La *ciudad letrada* del cronista liberal, es de facto un enclave asediado y fortificado con murallas materiales o ideológicas que lo resguardan de la barbarie, en cuyo interior se encuentran los sectores privilegiados por el capital y el acceso a la cultura que soslayan, como medida cautelar, a los elementos potencialmente peligrosos. Este método de marginalización constituye una forma de violencia estructural que debía ser matizada y edulcorada por los autores de cuadros de costumbres y los cronistas, artífices de la ciudad armónica en la que, de un párrafo a otro, los habitantes-personajes eran inocuos entre sí. Luis G. Ortiz opone con magistral sutileza la facultad coercitiva del Estado liberal de Juárez —aún en su muerte— a la trivialidad de los avatares de la vida cotidiana en la ciudad, a la domesticidad de los tipos sociales del costumbrismo decimonónico. En 1872 la comedia *A ninguna de las tres* de Fernando Calderón, en la que el autor plasma los rasgos del pollo afrancesado, la niña romántica, la “marisabidilla” (mujer culta que busca su emancipación) y la frívola, goza de gran popularidad. Luis Gonzaga escribe en relación a estos tipos sociales:

Habiendo terminado el 18 de Agosto el justo duelo mandado guardar por la muerte del gran Patricio Benito Juárez<sup>101</sup>, la triste Alameda volvió a ser animada por la música que

---

<sup>101</sup> “El presidente Benito Juárez murió el 18 de julio a las once y media de la noche. *El Diario Oficial*, *El Monitor Republicano*, *El Distrito Federal*, por medio de “alcances” a sus números, lo mismo que *El Siglo Diez y Nueve*, dieron la noticia al día siguiente. Otros periódicos la proporcionaron el día 20. La prensa entera enlutó sus columnas, excepción hecha de *El Defensor Católico* que demostró así su rencor al hombre que había sido el adalid de la Reforma. / Los periódicos de oposición que combatieron sin tregua ni descanso al presidente, reconocieron y aquilataron sus grandes méritos, de manera muy señalada el haber sido el defensor de la integridad nacional y, al decir de *La Orquesta* —uno de sus más implacables enemigos— el haber bregado para que nuestro país fuera respetado “e imprimir a su patria una marcha que debería hacerla llegar al punto más alto de la civilización” y el progreso; otros diarios, meses después,

la galante comandancia militar manda situar allí los días festivos, en obsequio de las deliciosas hijas de Eva y con gran placer de los insustanciales pollos, de los espolonados gallos y de los ridículos osos, animales terribles y temibles en las selvas negras y en las regiones polares, pero en lo general divertidos, mansos e inofensivos en esta nuestra elegante capital, de cuya civilización alguna vez participan.<sup>102</sup>

Unos días después del 18 de julio de 1872, como estaba previsto por la Constitución Política de 1857, el jurista Sebastián Lerdo de Tejada, a la sazón presidente de la Suprema Corte de Justicia, asumió la presidencia de forma interina, dando inicio a un nuevo periodo de inestabilidad que culminó con el ascenso de Porfirio Díaz al poder en 1876. El cadáver de Juárez, embalsamado por el doctor Gabino Barreda, fue expuesto durante tres días en el Salón “Embajadores” de Palacio Nacional. El homenaje del pueblo se hizo presente en las honras fúnebres que se llevaron a cabo el 23 de julio en el panteón de San Fernando. Las alocuciones pronunciadas por los oradores durante las exequias fueron todas publicadas en la prensa capitalina. Eduardo Arteaga, presidente del Ayuntamiento, demostrando su falta de visión estética y política, propuso el inconveniente espacio de la Plaza de Santo Domingo —ahíto de coches simones y situado frente a un templo mutilado que fue bastión del rencor reaccionario contra Juárez— para erigir ahí el monumento al Benemérito. La prensa, apenas días atrás unánime en su clamor contra la administración juarista, ahora abría paso a la biografía marmórea de don Benito que perduraría hasta nuestros días.

Lejos de controversias, es posible afirmar que el proyecto de nación liberal de Juárez sentó las bases políticas y jurídicas para que en la sociedad mexicana comenzara a tener lugar el proceso de modernización que experimentaría toda Latinoamérica durante el último tercio del siglo. Para ello, la gran ciudad tendría que ser el lugar donde se materializaran los ideales positivistas de orden y progreso que las cúpulas gubernamentales impulsarían en todo el subcontinente. La capital sería el primer laboratorio social en el que se pondrían en práctica las nuevas regulaciones del funcionamiento público que, lejos de poner a México en vías de ser una sociedad más justa e igualitaria, consolidarían y perpetuarían una férrea estratificación heredera de los estamentos virreinales. La Ciudad de México durante la República restaurada fue

---

tal *La Esquela* de 21 de septiembre de 1872, veían a Juárez como el campeón de “la libertad de conciencia y de imprenta, la igualdad ante la ley, la abolición de fueros, la reforma de la instrucción pública, todos los dogmas de la democracia, fueron planteados en nuestro país bajo su administración”. La prensa exaltó en sus editoriales, el resto del mes de julio, la figura y la obra de Juárez.” (Clementina Díaz y de Ovando, *op. cit.*, p. 63.)

<sup>102</sup> Lis, *op. cit.*, p. 1.



preparando su terreno para ser más tarde el foco porfiriano de las dinámicas de exclusión. Plateros, Bucareli y San Cosme eran en 1872 los escaparates más conspicuos de la civilización y la desigualdad, de la entronización de las apariencias. Existían en los perímetros de la creciente *ciudad real*, oscuras fuerzas agazapadas que asediaban la urbe desde dentro, como la mendicidad infantil imperante, que crecería para formar las filas de la ya nutrida delincuencia. Se trataba de los actores sociales marginados que retornarían para desestabilizar el sistema erigido por el poder central capitalino. En julio de 1872, el prominente ciudadano Juan Cervantes fue plagiado. Juan Montiel, gobernador del Distrito Federal, lo rescató de los suburbios que rodeaban la Plazuela de San Lucas, sórdido patíbulo de las afueras donde se ejecutaba a los criminales. La breve insensatez del segundo imperio había provocado un flujo temporal de aventureros y oportunistas europeos que se convirtieron a la postre en extranjeros perniciosos. Algunos de éstos formaron una organización criminal que se conoció como la Italia Roja, y que en asociación con el hampa capitalina formaron la llamada Sociedad Terrible, como una irónica expresión del espíritu colectivista de la época que también permeó hacia las estructuras del crimen.<sup>103</sup> Nada nuevo bajo el sol, el crimen organizado se enseñoreó en los espacios marginales de la ciudad. Más aún, en ese mismo año, en el lago de Texcoco el vapor Netzahualcóyotl estuvo a punto de ser secuestrado por una canoa comandada por delincuentes. Poco después, el escritor Roberto Esteva publicó en la prensa su novela *La Italia Roja*, y en el Teatro Nacional se puso en escena el drama *Los plagiarios de México*. Estos sucesos causaron también una pequeña gresca entre el bando liberal y el conservador. El periódico *El Defensor Católico* espetó a Altamirano, que era entonces el cronista de *El Siglo Diez y Nueve*, que el *Catecismo* del padre Ripalda, que había sido poco antes suprimido en las escuelas primarias, obraría a favor de la regeneración moral de México. Se encuentran aquí implícitos los diálogos y retroalimentaciones que sostenían continuamente la *ciudad real* y la *ciudad letrada*. La

---

<sup>103</sup> “Y José María Vigil, que hubiera calado más hondo de haber sacrificado la grave gravedad de sus palabras, presentaba un panorama sombrío, difícil de ennegrecer más: / ‘Triste es en verdad recorrer la prensa cotidiana: sobre las luchas de partido, sobre las cuestiones de principio, sobre esas contiendas de ideas y de intereses que se dividen el campo de la política, hay sombras siniestras que todo lo obscurecen, que embargan todos los ánimos y que hacen estremecer de espanto a los corazones más enérgicos y más templados. Los periódicos de todos los matices ocupan diariamente parte de sus columnas con las relaciones de robos, de asaltos, de asesinatos, de plagios acompañados de circunstancias terribles, que revelan hasta donde ha llegado la relajación de las costumbres, la recrudescencia del crimen, el desenfreno de todos esos instintos brutales que amenazan de muerte a la sociedad.’ / En efecto, comenzaron a menudear de nuevo las noticias de crímenes sensacionales, sobre todo de asaltos a mano armada y de plagios, y hasta se llegó a decir que los más audaces plagiarios se habían organizado en una sociedad nombrada pintorescamente ‘La Italia roja’.” (Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México. La República Restaurada. La vida política*, p. 298.)

vida palpitante que ocurría en aquélla informaba muchas de las posturas y obras del pensamiento que se generaba en ésta. La *abscondita urbem* de la miseria, los miasmas, los harapos, las riñas de pulquería y la nota roja era —texto subrepticio— el hedor a incivilización jamás purificado de la *ciudad real*. Así lo describe Ortiz en su crónica del 20 de octubre:

Cualquiera que atravesase las principales calles de la ciudad, a cualquiera hora del día, se verá detenido a cada cinco pasos, ya por un chico vivaracho y harapiento, hábil imitación del terrible pilluelo francés que ofrece con rara voz y grotescos visajes, baratijas o cerillos, o ya alguna pobre niña pálida y medio desnuda que con acento lastimero pide una limosna, diciendo que tiene hambre... Esto que no puede menos de tocar el corazón, no es, sin embargo, sino una industria como otra cualquiera; ellos y ellas convenientemente aleccionados por sus mismos padres... [...] / Y sin embargo de que tal relajación está a la vista de la misma autoridad, nada se ha hecho, ni siquiera se ha iniciado para arrancar a esa multitud de niños, de la senda de los vicios y del crimen, y salvar a la sociedad más tarde, de los que llegarán a ser su azote, sus verdugos y su vergüenza. ¿Se cree que el punto que hemos tocado no merece llamar la atención de la prensa, y que ella se ocupe de ellos? ¿Será preciso [dar] algunas indicaciones a la autoridad para que adopte ciertas providencias que era de su estricto deber haber ya dictado?<sup>104</sup>

Ortiz pone aquí el dedo en una de las llagas sociales que considera ignoradas por el régimen liberal. Percibe en esta infancia mendicante, acaso desprovisto de una mirada compasiva, personajes anómalos que forman parte de una *otredad* amenazante que puede volcarse al asedio de la *ciudad letrada*, ejerciendo la violencia del rencor social en contra del limitado perfil de ciudadanía del liberalismo. El cronista considera a los padres de familia explotadores, sus hijos y los potenciales delincuentes que se hallan latentes en ellos, componentes sociales que no pueden —aunque debieran ser— asimilados por el proyecto dominante. Pocos años más tarde, en los inicios de la dictadura porfiriana, la ciudad, como centro político, comienza a erigirse en el gran aparato estatal de invisibilización de la diferencia. La ciudad generará la desigualdad que más tarde motivará grandes esfuerzos gubernamentales por ocultarla. Durante el breve periodo de gobierno de Lerdo de Tejada la ciudad constituye el gran foco de violencia en el país, debido a la residencia en ella de la autoridad civil que, al decretar la exclaustación de los conventos comete atrocidades y arbitrariedades que son incluso denunciadas por sus mismos partidarios en la prensa. Los modos de existencia opulentos, tanto de plutócratas liberales como conservadores, coexisten con la precariedad insalubre de los espacios marginales, todo ello dentro de un perímetro

<sup>104</sup> Lis, *op. cit.*, núm. 20 (20 de octubre de 1872), p. 1.

limitado. La violencia sistémica que genera el proyecto liberal, al final igualmente elitista y corrupto, tanto como el conservador, se ve materializada en los abismales contrastes socioeconómicos. La violencia real del crimen organizado parece rebasar los débiles medios coercitivos del Estado, y existe otra forma que emerge naturalmente de la pobreza. Otra clase de violencia es la imaginaria, fomentada en aquel 1872 por los abusos de autoridad, plasmados en el popular y censurado drama *Los martirios del pueblo* del italiano Alberto G. Bianchi. La inevitable cercanía con las incipientes colonias proletarias y con las barriadas miserables del oriente, así como la proliferante nota roja y el reporterismo amarillista que nacen para apoderarse de la tribuna periodística, provocan una psicosis colectiva que supera los registros reales no mediatizados. El discurso del poder siembra conspiraciones reaccionarias en cada iglesia y convento con el fin de justificar sus prácticas arbitrarias. El manejo del temor a caer de nuevo en la anarquía crea una paranoia irracional que busca legitimar el impopular gobierno de Lerdo. Nuestro egregio historiador Daniel Cosío Villegas, en su fundamental volumen sobre la vida política durante la República restaurada, que forma parte de la colección *Historia moderna de México*, escribe sobre una crisis de legalidad en la que el gobierno de Lerdo de Tejada —bajo el pretexto del combate a este incipiente crimen organizado— comete numerosos atropellos sobre la población civil y clerical, obviamente con el auténtico fin de gozar de impunidad y atribuciones ilimitadas en el ejercicio del poder público. El joven Justo Sierra es uno de los periodistas que expresa su inconformidad ante la Ley de Plagiarios, debido a su inconstitucionalidad y flagrante transgresión al estado de derecho.<sup>105</sup> El temor grave al plagio que difundía la prensa hizo disminuir por un tiempo la concurrencia a los espectáculos y espacios sociales de la vida nocturna, de suyo raquítica en una ciudad acostumbrada al orden marcado por la vida religiosa y el recogimiento. La intelectualidad liberal, enemiga del oscurantismo, veía en ello signos atávicos de la ciudad virreinal, al tiempo que anhelaba imitar la vida nocturna de París y las metrópolis del mundo civilizado.

---

<sup>105</sup> “...se dice que vengo a defender a los plagiarios, y es cierto; vengo a defenderlos contra esa ley ciega, contra las injusticias que se comenten con ellos; vengo a defenderlos no en su delito, vengo a defenderlos contra el error de una sociedad acobardada, simplemente porque la miseria pública ha producido esos abortos terribles que la amenazan. / Justo Sierra podía acertar al mantener que la ley de plagiarios era contraria a la Constitución; pero desafortunadamente al atribuir su origen y subsistencia a una sociedad acobardada; se trataba simplemente de la renuencia a sacrificar formas legales que le eran entonces muy caras, deseosa de conservarlas y, al mismo tiempo, de vivir en paz.” (Daniel Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 299.)

En la fecha del sexagésimo segundo aniversario de la gesta de Hidalgo, el cronista de *El Imparcial* expuso en sus columnas el contraste entre medio rural y urbano del Valle de México. Se refería a la villa de San Cosme, enclave del elitismo mexicano que poseía los medios para oscilar entre la vida bucólica y citadina de la época, exaltando el progreso expresado en el ferrocarril y en los espacios cosmopolitas de la cultura y el lujo. En la crónica de Ortiz, se dirige un personaje femenino a otro diciéndole: “—Ya lo ves niña, poco nuevo; en nuestro barrio mucho verde, muchos arcos, la estación de *Buenavista*<sup>106</sup>, los viajes de los vagones y nada más; pues aunque esto sea agradable, es más bello en México el paseo por Plateros, el de la Alameda, el del Zócalo, en las apacibles noches, al son de la música y al perfume de los jardines, y sobre todo el teatro, la ópera; la ópera con su lujo y con su magnífica concurrencia.”<sup>107</sup> Es notable en numerosos pasajes que la crónica de Ortiz sostiene un diálogo permanente entre lo urbano y lo rural. El campo es para él, a una vez, el idilio bucólico y el rudimento agreste, la ausencia del *glamour* femenino. Más aún, los emplazamientos de las villas de descanso implican el valor eminentemente urbano del dinero sobre las diferencias sociales. Sin embargo, tanto los opulentos paseantes de San Cosme y Plateros como los desheredados, poseen el derecho de soñar frente a los escaparates; el consumo es factor de democratización. La migración masiva hacia el centro urbano, la inversión extranjera y el ensanchamiento del aparato burocrático debían contribuir a la “empleomanía” gubernamental, a la formación de las clases medias y la posibilidad de encauzar su poder adquisitivo hacia el desarrollo económico. Comienza a nacer en esta época una incipiente complicidad entre el mercado y las políticas económicas del Estado. Una semana después de la gran fiesta patria, *El Imparcial* luce en su primera plana la equiparación de Anáhuac a las principales metrópolis de Europa; con hábil empleo de la ironía, Ortiz deja implícita su visión de una oligarquía arribista de la que forman parte empleados de cocina cuyo mérito es fracturar mediante los negocios la impermeabilidad social del México poscolonial:

Pensando así, habíamos abandonado las riendas de nuestro caballo, que, conociendo ya nuestro gusto y mucho más el camino, nos conducía poco a poco, a ese barrio que se llama San Cosme y que es para México lo que Aranjuez para Madrid, Versailles para

---

<sup>106</sup> La estación ferroviaria de Buenavista fue inaugurada por el presidente Sebastián Lerdo de Tejada como terminal oficial del ferrocarril México-Veracruz el 1º de enero de 1873. Sin embargo, ya se encontraba en funciones desde poco tiempo atrás con destinos más cercanos que el principal puerto del país. (Véase Hira de Gortari, Hira de Gortari Rabiela y Regina Hernández, *La Ciudad de México y el Distrito Federal*, p. 163.)

<sup>107</sup> Lis, *op. cit.*, núm. 5 (15 de septiembre de 1872), p. 3.

París, la aldea de *Kese* para Londres, o su delicioso *Richmond*, hasta con su excelente fonda *The Star and Garter*<sup>108</sup>, pues a ésta equivale la del *Tívoli* de Porros<sup>109</sup>, en la cual si se come regular, se paga muy bien, haciendo así la fortuna de algunos marmitones, con una rapidez pasmosa.<sup>110</sup>

La República restaurada es una época de auge para la villa de San Cosme. Su ribera es uno de los *boulevards* más aristocráticos de Anáhuac. No obstante, con frecuencia existe en la crónica y en el cuadro de costumbres, un componente de autodesprecio y escarnio cuando los intelectuales perciben la corrupta improvisación de caudales en grupos sociales cuya carencia evidente de educación y refinamiento cultural hace de su mal gusto una nota infamante para la capital cosmopolita que la élite liberal persigue afanosamente. En este sentido, Ortiz pone de manifiesto un fenómeno cultural que pervive en nuestros días; cuando las grandes orquestas, compañías teatrales y operísticas de Europa visitan nuestras latitudes periféricas incurren en autocomplacientes y libérrimas ejecuciones, así como puestas en escena que denotan su menosprecio por nuestro público, ignorante en aquellos días y aún ahora del gran arte musical de Occidente:

Nuestro público *diletante*, olvidando recuerdos mejores, goza con el presente, aplaude lo que lo merece, y sufre lo que no lo merece; hace un gesto cuando la orquesta se insurrecciona contra la *batuta* y soporta con una calma de mártir, que le den óperas con dos ensayos, que se le repita una partitura cuatro [*volle*] en un abono, y sobre todo la circuncisión de algunos trozos que no convienen a las cantantes o a la orquesta, o a la orquesta y los cantantes.<sup>111</sup>

A fin de cuentas —brillante ejecución o no por parte de la compañía teatral, la orquesta o los nigromantes del *bel canto*— la ovación del público mexicano alcanzará el nivel apoteósico de los fuegos artificiales; y la nueva oligarquía, usurera o desamortizadora de bienes inmuebles, concluirá la velada con una opípara cena en el restaurante del

---

<sup>108</sup> The Star and Garter Hotel fue una de las hosterías más célebres y exclusivas del Londres victoriano, localizada en la aldea suburbana de Richmond, cuya vista dominaba el Valle del Támesis. Algunos de sus huéspedes más notables fueron Charles Dickens y Luis Felipe, rey de Francia. (Véase Ben Weinreb, Christopher Hibbert, Julia Key, John Key, *The London Encyclopaedia*, 3<sup>rd</sup> edition, London: Macmillan, 2008, p. 465.)

<sup>109</sup> Varios establecimientos gastronómicos campestres con el nombre de Tívoli fueron fundados en la Ciudad de México durante el siglo XIX. Uno de éstos fue el de San Cosme, en el cual tuvieron recepciones personajes como el poeta español José Zorrilla (1855), los emperadores Maximiliano y Carlota (1865), el presidente Juárez y el general Díaz (1871), y Manuel Gutiérrez Nájera (1891). En la década de 1870 la Ribera de San Cosme, en lavilla homónima, era un paseo de tanto prestigio y boato como el de la calle de Plateros en la capital. No ha sido posible rastrear por qué Ortiz da a la fonda el mote “de Porros”. (Véase Emmanuel Carballo y José Luis Martínez, *Páginas sobre la Ciudad de México 1469-1987*, México: Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1988, p. 321.)

<sup>110</sup> Lis, *op. cit.*, núm. 8 (22 de septiembre de 1872), p. 1.

<sup>111</sup> *Ibid.*, núm. 2 (8 de septiembre de 1872), p. 1.

recién inaugurado Hotel Gillow, muy concurrido en noches de ópera debido a su conveniente cercanía con el Teatro Nacional.

#### 4.2 El palimpsesto republicano sobre el remanente barroco

En la historia cultural del siglo XIX tiene enorme relevancia el descuello de París como capital artística e intelectual del mundo civilizado. En muy buena medida esto se debió a las reformas arquitectónicas que el proyecto napoleónico del Imperio Francés encomendó al barón de Haussmann. De modo que, al llegar a ser París el centro indiscutible de la cultura occidental, las principales naciones de América Latina, siempre necesitadas de modelos ante su vacío ideológico, intentaron transformar sus anquilosadas cabezas de virreinato en dinámicas cosmópolis que se asemejaran lo más posible a la *follie du grand monde* del París decimonónico. La Ciudad de México no permaneció a la zaga en este proceso de modernización y afrancesamiento. De su antiguo pasado religioso virreinal hizo emerger un espíritu democratizador que degeneró en un Robespierre semitropical, demoledor de monumentos barrocos; los pasajes y bulevares hicieron su aparición, sobre todo en los sitios que era preciso mostrar esa fachada moderna ante los diplomáticos e inversionistas extranjeros. Ángel Rama escribe sobre el *petit Paris* que cada capital de América Latina deseó edificar, siguiendo el proyecto napoleónico encomendado al barón de Haussmann, haciendo del pasado añicos en pos de la vanguardia urbanística:

Por primera vez se presenció, en la corta duración de una vida humana, la desaparición o transmutación de los decorados físicos que la acompañaban desde la infancia. Lo que ocurrió en el París de 1850 a 1870, bajo el impulso del barón de Haussman, e hizo decir a Baudelaire que la forma de una ciudad cambiaba más rápidamente que el corazón de un mortal, se vivió hacia fines de siglo en muchas ciudades latinoamericanas. La ciudad física, que objetivaba la permanencia del individuo dentro de su contorno, se transmutaba o disolvía, desarraigándolo de la realidad que era uno de sus constituyentes psíquicos.<sup>112</sup>

Esta sensación de desasosiego y pérdida fue uno de los impulsos estéticos del propio Charles Baudelaire ante la gran urbe como lugar de soledad, alienación y barbarie, todo esto en medio del fasto artificioso de la modernización. En nuestras latitudes, en ausencia histórica de un auténtico proceso de civilización, el sentimiento de desahucio espiritual, de desamparo ante la pérdida de un mundo, fue experimentado quizá con mayor intensidad por el pueblo, que depositaba en la fe sus esperanzas, y a quien era

---

<sup>112</sup> Ángel Rama, *op. cit.*, pp. 76-77.

imposible abrazar el nuevo dogma secular. Mas la nueva urbanización tuvo también rostros más risueños. En 1872 el Ayuntamiento de México demolió, a petición decidida de los colonos y la opinión pública, el acueducto virreinal de Tlaxpana-San Cosme para dar mayor amplitud al paseo de la Ribera. Se buscaba que la inauguración de la obra coincidiera con la de la estación de Buenavista, terminal capitalina del ferrocarril México-Veracruz. Se llevó a cabo también la instalación del alumbrado de gas y la demolición de la barda en la Alameda, con el objeto de convertir a ésta en un paseo nocturno y en una plaza de la vida republicana. La destrucción de la barda tenía una fuerte carga semiótica de seguridad, transparencia y democratización, ya que sería combatida con ello la penumbra encubridora del hampa, el trato entre conciudadanos tendría ocasión de ser más franco y abierto, y asimismo la ausencia de barreras propiciaría un sentimiento de pertenencia común ante un bien por derecho público. Serge Gruzinski da cuenta, en sus trabajos sobre la evolución cultural y urbanística de nuestra capital, de la ruptura violenta e intempestiva del proyecto liberal juarista con el pasado sacro y contemplativo de la Muy noble y muy leal Ciudad de Méjico:

La suerte arquitectural de la ciudad de México había sido echada poco antes del advenimiento de Maximiliano. [...] A mediados del siglo XIX, la superficie de la ciudad de México estaba aún cubierta de iglesias, capillas, conventos y establecimientos religiosos. A ojos de los liberales en el poder, tal situación era insostenible: Había que secularizar el espacio urbano para afirmar mejor la identidad republicana. El desmantelamiento de la ciudad colonial se volvió la orden del día. Para conquistar el espacio público, el México liberal se sentía obligado a terminar con la “ciudad sagrada”, levantada durante la dominación española por las órdenes religiosas y el clero secular, por los ejércitos de benefactores y donadores que habían transferido todos o parte de sus bienes a la Iglesia Católica.<sup>113</sup>

En 1856, bajo pretexto de una conspiración en su interior, el gobierno capitalino había decretado la supresión del convento de San Francisco, cuyo vasto jardín pasó a manos de un ciudadano francés, y que en 1886 dio cimiento al Hotel del Jardín, hospedaje de lujo para los invaluable visitantes extranjeros. En 1862 había sido destruido el interior neoclásico de la iglesia principal; el retablo y la sillería del coro fueron incinerados. El terreno donde se había asentado la iglesia se concedió al empresario italiano Chiarini<sup>114</sup>,

<sup>113</sup> Serge Gruzinski, *La ciudad de México. Una historia*, pp. 83-84.

<sup>114</sup> Giuseppe Chiarini, exitoso empresario italiano del arte circense, estableció su teatro-circo en la capital en 1864 con la aprobación del emperador Maximiliano. Más tarde, el 15 de julio de 1867, día de la entrada triunfal de Juárez y las tropas liberales a la Ciudad de México, Chiarini ofreció una función de gala en honor al Benemérito. El local que ocupaba y su espectáculo continuaron gozando de gran éxito y popularidad por muchos años más, hasta ceder la estafeta al Circo Orrin, con su celeberrimo payaso Bell.

quien fundó un circo en el que se presentaban espectáculos ecuestres. Desde entonces la iglesia dio asilo a caballos y carruajes, antes de convertirse finalmente en un templo metodista, cuyo furor iconoclasta acabó con el resto de las estatuas y bajorrelieves.<sup>115</sup> Retrocediendo cinco años atrás (julio de 1867), en los días en que Luis Gonzaga era el exitoso folletínista de *El Siglo Diez y Nueve*, dos semanas después de la victoria republicana, el general Riva Palacio y su élite de chinacos ofrecieron a Benito Juárez un banquete cuyo lujo incluía la huella profanadora de uno de los recintos virreinales más representativos del poder espiritual novohispano:

Los convites y las funciones de obsequio están a la orden del día. En la noche del miércoles, el C. general Vicente Riva Palacio, en unión de las tropas que están a sus órdenes, obsequiaron al C. presidente con una comida cuyo número de convidados ascendió a doscientos cincuenta. La calle de Gante se engalanó para recibir al C. Juárez y al patriota bello sexo invitado a la fiesta. [...] **Una música militar fijada en la puerta del teatro Chiarini**, lugar escogido para el convite, ejecutaba alegres piezas de música... / El interior del **teatro** realizaba las bellas ilusiones de una fiesta oriental. Un mar de luz, producida por mil bujías, soberbias lámparas y magníficos candelabros, bañaban un jardín, un verdadero Edén, en que las plantas más vistosas y las flores más exquisitas derramaban una brisa embalsamada y sensual, que predisponía el alma al amor, al placer y a la expansión.<sup>116</sup>

Este solo episodio podría funcionar como metonimia de la Reforma. No existe probablemente, en nuestra historia, profanación más flagrante del pasado virreinal. En el primer convento franciscano del Nuevo Mundo, donde los religiosos buscaron fundar su Nueva Jerusalén, el fuego y las bestias de los militares laicos y republicanos dejaron su huella destructora, para que pocos años más tarde celebrara ahí su victoria definitiva sobre los privilegios clericales el primer presidente indígena de la nación, quien había sido adoptado y educado por un religioso ante cuyos preceptos no sólo se había rebelado en el fuero personal, sino que —como hombre público— había proscrito como perniciosos para la colectividad. La celebración era ofrecida por un nieto del gran insurgente mulato Guerrero. Durante ésta, las botas militares hollaron de nuevo con sus danzas el suelo sagrado de la ciudad barroca, en un ambiente de concupiscencia en que las náyades del Anáhuac eran perseguidas por los sátiros hijos de Marte. ¿Podía haber mayor profanación, o acaso un signo más evidente del nuevo régimen que iba a imperar sobre cosas y personas en la ciudad?

---

(Véase Julio Revollo Cárdenas, *La fabulosa historia del circo en México*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004, pp. 413-416.)

<sup>115</sup> Véase Serge Gruzinski, *op. cit.*, pp. 84-85.

<sup>116</sup> L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. v, año 24, 7ª época, núm. 15 (28 de julio de 1867), p. 1. Las negritas son mías.



Aquel fue un caso altamente significativo de la imposición de una nueva *ciudad letrada* sobre su precedente. Por cuanto hacía a los espacios disgregados de la *ciudad real*, ésta no podía ser trazada por la cartografía. Su experiencia debía ser necesariamente fragmentaria; se trataba de la configuración imaginaria de algo disperso. Toda ciudad secular constituye un palimpsesto que posee capas culturales superpuestas. La Ciudad de México en el siglo XIX se erigía ya en un archivo; en ella se hallaba inscrita la conciencia y la memoria de su pasado prehispánico, del choque violento de la Conquista, del orden barroco que buscaba corresponderse con el orden cósmico, de las voluntades ilustradas de la era borbónica, de un primer siglo de vida independiente y anárquica. De modo que había ya en ella una coexistencia de heterogeneidades temporales. Su acervo histórico, literario, plástico y arquitectónico conformaba la memoria de la sociedad criolla, única receptora posible de la Reforma laicista y republicana. Las demás etnias, marginadas de este proyecto de nación desde la propia ley, carecían de dispositivos mnemotécnicos distintos de la oralidad. Tanto el ala conservadora de la sociedad capitalina como los habitantes de los barrios indígenas, es decir, la gran mayoría de la población, eran ajenos al espíritu reformista. Para ellos esta ruptura violenta constituyó un *shock* acaso tan traumático como la propia Conquista. Al respecto Ángel Rama escribe:

Hubo por lo tanto una generalizada experiencia de desarraigo al entrar la ciudad al movimiento que regía el sistema económico expansivo de la época: los ciudadanos ya establecidos de antes veían desvanecerse el pasado y se sentían arrojados a la precariedad, a la transformación, al futuro... [...] No obstante, el problema era más amplio y circunscribía a todos [antiguos moradores y advenedizos]: la movilidad de la *ciudad real*, su tráfago de desconocidos, sus sucesivas construcciones y demoliciones, su ritmo acelerado, las mutaciones que introducían las nuevas costumbres, todo contribuyó a la inestabilidad, a la pérdida de pasado, a la conquista de futuro. La ciudad empezó a vivir para un imprevisible y soñado mañana y dejó de vivir para el ayer nostálgico e identificador. Difícil situación para los ciudadanos. Su experiencia cotidiana fue la del extrañamiento.<sup>117</sup>

Si las reformas urbanísticas del barón de Haussman inspiraron algunas de las páginas más significativas de la pluma de Baudelaire, en las que quedó registrado aquel sentimiento de desolación ante la pérdida de un París que ya no volvería, en México el dominio absoluto de los liberales y la historia intelectual escrita por ellos inhibió quizá la creación y difusión de las obras conservadoras que deploraran la pérdida de ese patrimonio estético y espiritual, lo que Ramón López Velarde hubiese llamado medio

---

<sup>117</sup> Ángel Rama, *op. cit.*, p. 77.

siglo más tarde “una íntima tristeza reaccionaria”. Existió una innegable dialéctica de negación en la destrucción de la ciudad barroca por la ciudad reformista. Esta última, la de las crónicas de Ortiz, perseguía desbocadamente la interculturalidad cosmopolita. Su vuelco decidido hacia el futuro dejaba a los disidentes y a los marginados viviendo en una Babel donde el signo lingüístico se encontraba vacío y operaba en contra de su función comunicativa y de cohesión de la colectividad. El ejercicio de las letras fue antes de la era porfiriana, signo indiscutible de distinción cultural, divertimento y manifiesto político de prohombres de Estado. Los llamados “poetas de fusil al hombro” habían sido en su mayoría, émulos de Andrés Quintana Roo, letrados refugiándose en las serranías de la persecución del poder reaccionario. Al triunfar la República los poetas y cronistas de tendencia liberal se erigieron, por derecho propio, en voz fundamental de la *ciudad letrada* y redentora de la *ciudad real*. Durante el último cuarto del siglo su figura va siendo desplazada cada vez más por la de los estadistas de orientación positivista. Entonces su discurso ya no fue mesiánico; el poder fáctico los marginó arrojándoles las migas de las curules y de las jefaturas de redacción de la prensa subvencionada. Entonces el proyecto creador de los intelectuales se situó más cómodamente en los espacios vacíos de poder, donde podían arrumbar el molesto corsé de su figura pública. Ángel Rama escribe:

Se diría que no queda sitio para la *ciudad real*. Salvo para la cofradía de los poetas y durante el tiempo en que no son cooptados por el Poder. En esa pausa indecisa se los ve ocupar los márgenes de la *ciudad letrada* y oscilar entre ella y la *ciudad real*, trabajando sobre lo que una y otra ofrecen, en un ejercicio ricamente ambiguo a la manera en que lo veía Paul Valéry: “hésitation prolongée entre le son et le sens”<sup>118</sup>. Durante esa vacilación están combinando un mundo real, una experiencia vivida, una impregnación auténtica con un orden de significaciones y de ceremonias, una jerarquía, una función del Estado. El poder tiende siempre a incorporarlos y la traza de este pasaje queda registrada en la palabra poética.<sup>119</sup>

Es notable que el proceso de asimilación al poder que experimentaron los intelectuales mexicanos hacia fines de siglo se dio de manera un tanto diferente a la expuesta por Rama. Durante la República restaurada ellos no sólo fueron cooptados, sino que ellos mismos representaban el poder; mientras que durante el Porfiriato su compromiso pecuniario estuvo con la ciudad positivista, y su proyecto poético inmerso en la contracultura. De vuelta a 1872, mientras que una verdad contundente que afirma que la Conquista fue consumada por los indígenas y la Independencia por los españoles,

<sup>118</sup> “Titubeo prolongado entre el sonido y el sentido”. La traducción es mía.

<sup>119</sup> Ángel Rama, *op. cit.*, p. 80.

colisiona aún con el imaginario colectivo de nuestros días, es posible percibir en las palabras de Ángel Rama, el impacto histórico que un suceso de fondo y protagonizado por auténticas fuerzas de la dialéctica nacional, la Reforma, representó en el ideario de México, cuyo calendario religioso hubo de ser sustituido por uno cívico en el que las festividades comenzaron a girar en torno al barullo de la plaza pública, el cual sustituyó el murmullo rezandero de la ciudad sagrada:

En su afán de reemplazar el sacerdocio, [los reformistas] habrían de recurrir incluso a algunos de sus instrumentos estilísticos, como la oratoria mayestática que ya había hecho su recorrida en el ceremonial universitario, y cumplirían además una perseverante tarea para dignificar y sacralizar al intelectual [...] en un tiempo destemplado y una sociedad materialista masiva que prescindía del viejo sistema de valores espirituales. Efectivamente lo consiguieron, aunque sólo para el público culto mayoritariamente modelado por la educación y los medios letrados que en ese tiempo estaba perdiendo la Iglesia. Paradójicamente, esta pérdida fortaleció la conducción por parte de la Iglesia de la masa inculta, muchas veces castigada por la modernización que pregonaban ardientemente los letrados al servicio del Estado modernizador, atendiendo más a la educación de los cuadros que a las necesidades sociales de la comunidad.<sup>120</sup>

La *ciudad letrada* decimonónica presuponía la existencia de una tradición democrática similar a la de la Francia revolucionaria, cuando en México tales conceptos no constituían más que la oquedad del discurso oficial. El proyecto del liberalismo era el único que tenía la potestad de enunciar sus postulados: una lengua española hablada por la minoría pero obligatoria para todos, una tambaleante soberanía socavada por la necesidad del capital extranjero, una falsa representatividad popular en la que el electorado se reducía a los varones alfabetizados. En verdad resultaba ilógico que un Estado cimentado en tales entelequias y falsedades estuviese tan cierto de su legitimidad como auténtico representante de la nación. El modelo de ciudadano que el Estado liberal propugnaba obedecía a la tendencia política de la homogenización. Bajo estos postulados se buscaba eliminar una heterogeneidad que es inherente a la naturaleza humana, marginalizar la diversidad étnica, la heteroglosia, la disidencia política, la discrepancia filosófica y educativa. El auge de la crónica durante la República restaurada obedeció también quizá a la necesidad de dar apariencia de unidad a la realidad fragmentaria de las dos ciudades, *letrada* y *real*, valiéndose del medio de difusión de mayor alcance en la época, la prensa, en cuyas columnas el rumor de las urbes disímiles podría ser aprisionado en una charla elitista y democrática, insustancial y trascendente, todo a una vez, discurso híbrido con vocación demagógica e incluyente.

---

<sup>120</sup> *Ibid.*, p. 87.

Disertando respecto a la festividad de la Independencia es notable, en la crónica de Ortiz publicada en la semana posterior a ésta, que el orgullo de haber transformado a México de una colonia española en una nación independiente no había sentado raíz alguna en los mexicanos. De lo que puede inferirse de su texto, parecía que ni las élites en sus palacetes privados, ni la masa popular en las calles iluminadas casi tan sólo por los fuegos artificiales, encontraban un motivo legítimo de regocijo en la gesta de Hidalgo, lejana ya en tiempo y circunstancias:

Yo querría que en esa noche la fiesta la hiciese el pueblo, el pueblo solo; es decir, que yo pagara una música, que el pobre quemara un cohete, que el rico iluminara su palacio exteriormente, como lo hace en el interior en una noche de tertulia y así sucesivamente; de manera que el 15 a las once de la noche, México se convirtiese en un Vesubio por la luz, en un mar por los ruidos y en una caja de música por las armonías que vagando por todas partes repitieran por constante ritornello: ¡Hidalgo! ¡Hidalgo!... Pero ¡ay! esto es imposible; aún no se ha hecho comprender y gozar al pueblo lo que debe al pobre Cura de Dolores y sus compañeros... ¿Te ríes? tienes razón; iba yo tomando ya el acento campanudo y declamatorio de los oradores de orden suprema, y esto en una mujer es ridículo.<sup>121</sup>

La ciudad pergeñada en las crónicas de Ortiz deseaba establecer un estrecho vínculo entre población y gobierno, una fe incorruptible ante la ley y sus instituciones, ante su creación y su aplicación. La ciudad republicana se convirtió en un espacio idóneo para crear la ilusión de consenso, ideal sospechoso desde el momento en que el más débil se vio obligado a ceder, o ni siquiera conoció las condiciones de su capitulación. La ciudad incurría a la vez en posturas liberales y conservadoras; le era exigible encontrarse dispuesta tanto a la evolución como al registro y veneración de lo tradicional. Lo que resultó de esta mixtura fue el desconocimiento del santoral patriótico o de sus alcances apoteósicos en la vida cotidiana. ¿A honras de qué sería mejor vivir “como nación independiente” bajo el dictado de una u otra oligarquía antagónica, que bajo el yugo de una nación allende el Atlántico? Lo que prevaleció y prevalece es la tradición festiva en sí misma. San Hipólito o San Hidalgo, Conquista o Independencia, el pueblo necesitaba un vago motivo —casi olvidado en los ayeres— para lanzar cohetes y mirar el cielo de Anáhuac surcado por bellas estelas cromáticas, un día diferente de todos aquellos grises de la tiranía, clerical o republicana. Resulta notable, considerando la filiación política de Ortiz, que a la siguiente semana llevara a cabo una penetrante crítica de la demagogia practicada en la época por su propia facción. En efecto, el Partido Liberal poseía un

---

<sup>121</sup> Lis, *op. cit.*, núm. 8 (22 de septiembre de 1872), p. 1.

proyecto de nación aparentemente más incluyente que el de los conservadores. Sin embargo, ante la realidad analfabeta del pueblo, la partitura juarista tenía visos de flagrante tomadura de pelo, frente una orquesta inarmónica ante la cual no era siquiera inteligible:

Los fuegos artificiales que debieron tener lugar en la noche del 16, lucieron al fin el domingo anterior; fueron, lo que siempre son semejantes espectáculos, es decir: truenos, luz, humo y nada... Y el pobre pueblo se divierte con esto acaso por analogías, como se divierte candoroso con ciertas promesas, ciertas utopías y ciertas esperanzas de felicidad, siempre ofrecidas, que lucen alguna vez en el cielo oscuro de su presente y de su porvenir, pero que siempre acaban por ser truenos, humo y nada más...<sup>122</sup>

El liberalismo ofrecía —en la letra— al pueblo, la oportunidad de tomar las riendas de su autonomía, de su facultad económica de empresa, del ejercicio libre y discrecional de sus derechos públicos. Esto resultaba análogo a otorgar a un neonato un título de propiedad cuyo significado y utilidad ignora absolutamente. Nada más representativo del régimen liberal que el artículo 5° de la Constitución de 1857, el cual establecía la libertad en el ejercicio de la profesión; se trataba de un antecedente rudimentario de nuestro obsoleto y derogado artículo 123. El maridaje del poder civil con el eclesiástico que se ejerció durante los tres siglos del virreinato, había mostrado, con base en las prácticas colectivas y tributarias del mundo precolombino, que el grueso de la población de esta latitud comprendía mejor su papel productivo y cívico bajo el imperio de un régimen comunal de los bienes. En el contexto de las prácticas tiránicas, como lo fue también la hipocresía liberal, tiene lugar siempre el surgimiento de dinámicas de resistencia popular. Durante este primer siglo de vida independiente las primeras sociedades mutualistas, y en general, algunos proyectos con horizontes divergentes ejercieron su propia forma de subversión ante la impotencia de la ley. El pueblo comenzó a comprender la necesidad del desarrollo de la seguridad social para combatir el liberalismo que trataba como iguales, en la letra, a un latifundista y a un peón. Un hecho que puede señalarse a favor del régimen juarista, pese a sus rasgos autoritarios, es que en su seno la prensa de oposición era numerosa y libre en su expresión, gracias a los principios consagrados por su propio fundamento político en la Ilustración. Además, de facto, el poder eclesiástico y las costumbres religiosas seguían constituyendo un factor determinante en la identidad nacional. He aquí la dualidad de poderes coexistentes en el ámbito temporal y espiritual, según el siguiente fragmento de crónica de Ortiz:

---

<sup>122</sup> *Ibid.*, núm. 11 (29 de septiembre de 1872), p. 1.

Tiempo es ya de enjugar las lágrimas que aún quedan en nuestros ojos. / La novena de *Muertos* ha terminado; hemos colocado ante sus tumbas nuestra ofrenda de oraciones, flores y llanto; hemos llenado un deber sagrado y piadoso, y por consecuencia podremos dar al ánimo doliente algún solaz, mientras llega el año futuro para renovar tales prácticas, y si antes bajamos al sepulcro, para que alguna alma buena y generosa llegue a hacer lo que nosotros hemos hecho por los que nos han adelantado en el inevitable viaje. [...] / Sin embargo de que el tiempo no fue de lo mejor, en las fiestas de *Todos Santos* y *Muertos* no faltó animación. El Zócalo en la noche del sábado estuvo delicioso por la concurrencia y por la multitud de bellezas que le engalanaron.<sup>123</sup>

Cualidad mixta de la modernidad heterogénea en Latinoamérica, en nuestras sociedades se entroniza la coexistencia de elementos arcaicos y de vanguardia, el arraigo al pasado histórico y la fe en los proyectos revolucionarios. Conservadora y progresista, cosmopolita y vernácula, la Ciudad de México de la República restaurada se vio obligada a conjugar los saberes modernizados con los tradicionales. A la vez que vio demolida gran parte de su fachada barroca, y que trató de imprimir en todos sus espacios el aire republicano de equidad ante la ley, así como la “democracia” del consumo, de la equitativa accesibilidad a la cultura, la sofisticación y el *glamour*, también preservó el folclor nacional en las fiestas religiosas. El 7 de julio de 1872 Luis G. Ortiz llevó a cabo la reseña de la festividad del Señor del Claustro en Tacuba, donde las cazuelas de mole, las jarras de pulque, el estallido de cohetes y el repique de campanas gritaban la esencia más fidedigna del ser popular mexicano. Así como el 16 de julio, en que se celebraba la fiesta de Nuestra Señora del Carmen en San Ángel, villa oligárquica de veraneo donde el elemento popular se mostraba mucho más inhibido, Ortiz describió una verbena de mampostería, en la que la *ciudad real* era representada por un constructo folclórico un tanto artificial, bajo la vigilante acotación del emplazamiento plutocrático suburbano.

En 1872 la educación pública, factor permanente en el discurso del desarrollo nacional, mostraba el siguiente panorama: Tenía como uno de sus principales detractores al presidente del Ayuntamiento Eduardo Arteaga, quien suprimió catorce escuelas primarias en barrios pobres y populosos de la ciudad, creando en sustitución una sola escuela central. Ante la oposición unánime de la prensa, Juárez decidió suprimir esta medida centralizadora. Cinco años después de su creación, el doctor Gabino Barreda aún dirigía la Escuela Nacional Preparatoria, teniendo como dogma infalible el positivismo de Augusto Comte, como salvación y método de progreso para

---

<sup>123</sup> *Ibid.*, núm. 29 (10 de noviembre de 1872), p. 1.

el país. Aparentemente, de 1867 a 1872 se intentó poner en práctica un plan nacional de desarrollo que contemplaba la creación de suficientes escuelas para combatir el analfabetismo de la población. No obstante, la élite literaria —incluidos los cronistas— quienes escribían en la prensa para las minorías letradas, tenían por mayor compromiso el sostenimiento de una oligarquía culta y cosmopolita que justificase frente al conservadurismo hispanista una postura de negación de la herencia ibérica y la adopción de paradigmas culturales ingleses, alemanes y franceses:

Al cabo de este recorrido, es dable retornar a nuestra proposición de partida, para decir que en ese tiempo que encabalga el 900 estaba viva la vocación política de los escritores, y aun desmesurada por un modelo que pareciendo francés potenciaba la larga tradición redentorista del letrado americano. La inmensa mayoría lo ejerció, como lo que aún seguía siendo, la *derivación normal del ejercicio de las letras*, tal como lo reconocía Rodó... [...] Ellos eran verdaderamente los “ilustrados” que casi no habíamos tenido en el XVIII y por sola esa capacitación, estaban destinados *fatalmente*, a la orientación de una sociedad que apenas había comenzado a practicar las formas democráticas.<sup>124</sup>

Es así que Ortiz, al igual que los intelectuales liberales de su tiempo, como cronista de la *ciudad letrada* que buscaba englobar en su discurso a la *ciudad real*, inhibiendo los violentos antagonismos entre éstas, ejerció la tutela paternalista que el pueblo jamás demandó y que, sin embargo, la élite liberal juzgó prioritaria para su emancipación y desarrollo. Percibida como una *heterotopía* foucaultiana, la crónica de nuestro autor y sus coetáneos fungió como manual de la virtuosa y dinámica ciudadanía, como *speculum* que nunca exhibiría en su tersa faz las irregularidades, sinuosidades y estallidos violentos que se presentaban entre el dogma urbanístico cosmopolita y la realidad suburbana atávica de un pasado sumamente heterogéneo. La crónica de Ortiz y su tiempo obedeció a la retórica de la *ciudad letrada*, que buscaba la apacible incorporación de todos sus ámbitos ajenos para legitimarse ante una ciudadanía poco representativa de la realidad nacional. Por medio de la prensa, deseaba embotellar el rumor de la ciudad y vaciarlo en las columnas de *El Imparcial*, convirtiéndolo en un artefacto textual ortodoxo y signifiante: la crónica. Estos textos, contenidos en este periódico, son instrumentos de definición y fijación de la lengua oficial del régimen, por tanto, artefactos de dominación. Sin embargo, continuarían siendo cíclicos los movimientos sociales que siempre implican el retorno de los reprimidos y

---

<sup>124</sup> Ángel Rama, *op. cit.*, p. 90.

desheredados, dentro de un precario, inestable y volátil equilibrio de la modernidad, tensa y oscilatoria oposición entre orden y caos.

### 4.3 “Una íntima tristeza reaccionaria...”

Durante el último tercio del siglo XIX, ocurrieron cambios de suma importancia en todos los órdenes de la vida en la Ciudad de México. Desde la década de 1850 en que el bando liberal venció finalmente al conservador y tomó el poder, la faz devota de la capital comenzó a reconfigurarse en un espacio cívico, mejor habitado y comprendido por las élites políticas e intelectuales que por la masa popular. Por efecto de las Leyes de Reforma y su ejecución material, numerosos conventos fueron reducidos a escombros o sus muros intemporales pasaron a albergar usos profanos. En mayo de 1863, después de la heroica resistencia de las armas liberales ante el invasor francés, Benito Juárez y su séquito republicano dejaron la capital para su libre ocupación, iniciando la presidencia itinerante que llegó hasta Paso del Norte, que abrió camino al breve imperio de Maximiliano —con su irónico trazo inicial del Paseo de la Reforma— y que culminó con el discurso triunfal del Benemérito el 15 de julio de 1867, ya de vuelta en la ciudad. A partir de esta fecha las modificaciones a la fachada barroca de México adquirieron mayor legitimidad e intensificación. Las demoliciones y exclaustraciones dieron su sello indeleble a la presidencia de Sebastián Lerdo de Tejada, mientras que los luengos años de la dictadura porfiriana continuaron esta destrucción monumental del pasado religioso en aras del “orden y el progreso”. Es ineludible imaginar que existiesen entonces numerosas posturas retardatarias, que mirasen con “una íntima tristeza reaccionaria” la desaparición de un legado artístico y espiritual que había sido hasta entonces la piedra angular de su cosmovisión. Volviendo a 1867, cuatro meses después de la entrada de Juárez y sus correligionarios a la Ciudad de México, Luis Gonzaga Ortiz —a la sazón cronista del periódico *El Siglo Diez y Nueve*— escribe lo que hubiese parecido impensable en la pluma de un liberal. Concediendo un valor trascendental a la sabiduría teológica y al conocimiento generado y debatido en el seno de la institución eclesiástica, el cronista deplora la clausura del Seminario Conciliar y su transformación en un prosaico foro de marionetas, demostrando así que acaso las autoridades políticas tendrían un desprecio filisteo por la ciencia de Dios, de ningún modo así el sector intelectual republicano:

No miréis, pues, allí, y dirigíos al antiguo *Seminario conciliar* convertido hoy en teatro de títeres... ¡Qué horror! En aquel lugar donde la elocuente voz de cien y cien sabios se



hizo oír queriendo explicar y comprender los problemas de la teología; enseñando o queriendo enseñar las más puras reglas de la moral, y por fin los secretos más altos y admirables de las ciencias; en ese lugar, decimos, no se escuchan hoy, sino el insustancial y monótono tiple de los títeres, o los ecos melancólicos o alegres de la *Paloma* o los *Cangrejos*. / ¡Válganos Dios! qué cosas las del mundo; México en su periodo de locura, en esta su juventud atrevida y calavera, ha hecho y hace cosas que más parecen de hombre sesudo; aunque es verdad que en otras se mira con tristeza, el sello de la ignorancia y de la mala fe.<sup>125</sup>

Uno es el terreno de la política, otro el de las creencias, otro el del conocimiento (por más que éste provenga de la contemplación extática de la divinidad). El convento de San Agustín es preservado y convertido en Biblioteca Nacional en 1868 por el gobierno juarista, en un arranque de positivismo, por haber sido su patrono filósofo antes que santo. Quizá en el mismo sentido, Luis G. Ortiz deplora la transformación, probablemente decretada por alguna autoridad jacobina, del antiguo Seminario Conciliar en un pedestre teatro guiñol. Aún haciendo mención de piezas musicales tan pertenecientes a la tropa liberal como “La paloma” y “Los cangrejos”, Ortiz halla en estas modificaciones intempestivas del espacio urbano los yerros carnavalescos de una autoridad triunfante, casi unánime, y por ello despótica y arbitraria. Ahora crucemos el Atlántico en busca de un fenómeno, quizá no paralelo, pero sí en cierto modo similar. Walter Benjamin, disertando sobre el París de Baudelaire en *Poesía y capitalismo*, atribuye una enorme importancia a las reformas arquitectónicas del barón de Haussmann, durante el sueño de oropel del Segundo Imperio. El gran ensayista halla en esta crucial transformación urbanística uno de los hitos en la obra del mayor de los simbolistas (Charles Baudelaire); a saber, el sentimiento de pérdida y exilio que representó para el vate maldito la acelerada metamorfosis que sufrió el viejo París de los barrios hacinados y la callejuelas estrechas hacia el gran panóptico moderno perfecto que dejó para siempre proscritas las barricadas de “los miserables”:

La ciudad de París entra en este siglo en la figura que le dio Haussmann. Puso por obra su revolución de la imagen de la ciudad con los medios más modestos que imaginarse pueda: palas, picos, palancas y cosas parecidas. ¡Y cuál fue la destrucción que provocaron medios tan limitados! ¡Y cómo han crecido desde entonces con las grandes ciudades los medios de acomodarlas al suelo! ¡Qué imágenes del porvenir no provocan! Los trabajos de Haussmann llegaron a su punto culminante. Barrios enteros fueron

---

<sup>125</sup> L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, Año XXIV, t. V, núm. 126 (17 de noviembre de 1867), p. 1.

derribados. [...] Haussmann puso manos a la obra en 1859. Proyectos de ley le habían abierto camino y su necesidad se sentía desde tiempo ha.<sup>126</sup>

Casi al mismo tiempo que la Reforma mexicana —a golpe de laboriosa piqueta— secularizaba el espacio sagrado de su capital, el París de Napoleón III, por el mismo humilde procedimiento reducía al polvo su ciudad de *Nuestra señora...* de Víctor Hugo. La expansión del ferrocarril, el tráfico y el crecimiento de la población urbana debieron dejar atrás las antiguas callejuelas estrechas, sucias y retorcidas que hacían reminiscencia del contrahecho Quasimodo. Aunque este proceder gubernamental de una de las primeras naciones del orbe en aquel tiempo obedecía a razones pragmáticas, y que representaban la vanguardia urbanística europea, quizá guardara —sin intención— un estrecho vínculo con la remodelación urbanística mexicana, aunque París constituyese acaso un panóptico represor, mientras que México, por su parte, decidiera erigirse en una capital recién secularizada para ciudadanos y no para feligreses. Casi treinta años más tarde, en 1896, Ángel de Campo *Micrós*, uno de los más sobresalientes y acuciosos narradores del espacio urbano de la capital porfiriana, quien aportó un oído atento y preciso a la toma del pulso vital de los seres marginales e ignorados que desentonaban con el lema positivista de “orden y progreso”, también —en una de sus vistas del “Kinetoscopio”— captó con su lente el caso particular de la rancia oligarquía conservadora y sus emuladores, en sus añoranzas de un pasado que inexorablemente ya no habría de volver: “Más de un viejo de capa lustrosa y sorbete canoso, ha suspirado en la esquina de la diputación, convertida en un mentidero; ha suspirado por los años que fueron, ha suspirado por sus mocedades, por toda la odisea de su México viejo, que se convierte al golpe de la piqueta, en derrumbe de piedras y nublazón de polvo secular.”<sup>127</sup>

Tratando de establecer el paralelismo que aquí se propone, entre París y la Ciudad de México media un matiz entre el progreso urbanístico y el ideológico. Como Benjamin evoca, el hombre “cavilando sobre su vida ya transcurrida” ve reflejada en todas las cosas su propia melancolía. Así Charles Baudelaire, en “El cisne” —poema que forma parte esencial de sus *Cuadros parisienses* entre 1857 y 1861— pone de manifiesto una de las tensiones omnipresentes en su obra: la angustia ante la pérdida de aquello que muere y sólo pervive en la memoria afectiva. Las reformas urbanísticas del

<sup>126</sup> Walter Benjamin, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, pp. 104-105.

<sup>127</sup> Micrós, “Kinetoscopio. Por Agustinos”, en *El Universal*, t. XIII, 2ª época, núm. 7 (11 de enero de 1896), p. 1.

barón de Haussmann van dejando en el espíritu atormentado del poeta un París cada vez más habitado por fantasmagorías, en el que tanto las demoliciones como los nuevos proyectos arquitectónicos coexisten con una ciudad de la memoria y de la ilusión: “[...] El viejo París ya no existe (la forma de una ciudad/ cambia más pronto, ¡ay!, que el corazón de un mortal). [...] ¡París cambia!, ¡para nada en mi melancolía/ se ha movido! Nuevos palacios, andamios, bloques,/ viejos barrios, todo para mí se convierte en alegoría,/ y mis queridos recuerdos son más pesados que las rocas.”<sup>128</sup> Nótese que el espíritu estético baudelaireano se halla en franca rebeldía con la realidad material. El París del gran poeta simbolista es intangible; no es posible pergeñar su daguerrotipo mediante procedimientos físicos de lentes refractarias, sino que se trata de una ciudad espiritual y onírica en la que coexisten la realidad factual, el pasado reciente y el lejano, así como las tonalidades afectivas que el poeta imprime a su obra, poética y urbanística, de cimientos retóricos y arquitectónicos a una vez.

Por su parte, en la misma crónica publicada en su columna “Kinetoscopio” de *El Nacional* a principios de 1896, líneas más adelante, *Micrós* —no queda muy claro si con sincera compasión o con un dejo de sarcasmo, o acaso ambas— se coloca en el sitio de los reaccionarios y de los hombres del tiempo ya ido, aquellos espíritus a quienes regía el orden sagrado de la vida, y trata de comprender su cataclismo interior. No obstante, su arraigada formación liberal y nacionalista hace que su lenguaje se sitúe a distancia de la comprensión, y que termine comulgando con las mismas posturas despectivas de sus predecesores, los poetas liberales de fusil al hombro:

Y comprendo la tristeza de esos taciturnos encariñados con su capital colonial de piedras salitrosas y arquitecturas conventuales; comprendo que para ellos ese derrumbe no significa solamente la destrucción de una esquina, sino la demolición de viejas preocupaciones, la ruina de viejas ideas, el desplome de muchos principios. / Los viejos monumentos como que guardan en sus junturas la ciencia del pasado, como que en sus rincones se refugian en forma de araña o sabandija, las ideas de su infancia; símbolos, alientan las preocupaciones de los devotos, alimentan con recuerdos el credo, el plan político, el ideal de casta o de partido. El fraile tolera la exclaustación, pero tiene esperanzas, mientras no dividen en lotes los terrenos de su convento; pasa frente a las mudas ventanas, ojea los labrados churriguerescos y muy en su interior murmura un ¡quién sabe! que atiza la esperanza.<sup>129</sup>

Acaso en un procedimiento similar, en “El cisne”, Baudelaire pone de relieve ese sentimiento de paria, de alma errabunda en el exilio, plasmado en su obra y que hace del

<sup>128</sup> Charles Baudelaire, ‘El cisne’ (“Cuadros parisienses”), en *Obras*, p. 145.

<sup>129</sup> *Micrós*, *op cit.*, p. 1.

poeta —junto con el trapero, el proletario y el *dandy*— auténticos héroes en pugna con la modernidad hostil: “Pienso... [en cualquiera que haya perdido lo que no se recupera/ ¡nunca!, ¡nunca!, ¡en los que sacian su sed con lágrimas/ y maman de la Pena como de una loba buena!./ ¡en los delgados huérfanos secándose como flores!”<sup>130</sup> En la continuación del intento por establecer un parangón adecuado entre el París y el México finiseculares, Serge Gruzinski, autor amante de nuestra ciudad que se ha venido citando a lo largo de estos trabajos, da cuenta de las medidas necesariamente autoritarias que hubo de tomar el gobierno republicano con respecto a las propiedades del clero regular. El juarismo se vio obligado a no tener misericordia —concepto ajeno al laicismo que predicaba y encarnaba— y a hacer del sacrilegio de orden suprema una de sus prácticas cotidianas:

Las Leyes de Reforma (1855-1867) instauraron la separación entre Iglesia y Estado. Con ellas se expropiaron treinta y siete monasterios; dieciocho de mujeres y diecinueve de hombres. El año 1861 perteneció a las demolidoras que derribaron decenas de edificios en algunos meses. Muchos de los vestigios monumentales de la ciudad antigua desaparecieron, tachados del mapa urbano. Los soldados irrumpieron en las iglesias para arrancar las estatuas barrocas de sus zoclos y para dismantelar las estructuras de los grandes retablos, utilizando la fuerza de sus caballos.<sup>131</sup>

Por otra parte, el autor de *La Rumba*, líneas abajo en la misma crónica que se ha citado, escribe —quizá con mayor solemnidad y aquiescencia que anteriormente— sobre la pérdida de la ciudad barroca para sus devotos. Escribe sobre el novedoso alumbrado público, alimentado por el flujo eléctrico que ha superado al gas y al sebo, sobre el Estado porfiriano que “vigila y castiga” desde el panóptico que le provee su cuerpo de gendarmes por encima del legendario sereno virreinal, sobre la decadencia del arte de la conversación, que ha demeritado de los doctos debates entre letrados a la plática de ignaros contertulios en francachela, sobre las horas marcadas en la capital por los toques de campana de catedral y su sustitución por el trajín apresurado de los habitantes, al son de la campanilla de los tranvías que recorren la urbe por todos sus puntos cardinales, sobre el nuevo periodismo de *reporters*, que hace de los más zafios una caterva de “opinadores” profesionales. Aún con un evidente matiz de menosprecio, el autor de *Cosas vistas* muestra cierta reverencia ante el luto de los reaccionarios y la debacle que arrasa con ellos y su época, como un torrente de agua nueva que ha de erigirse en nuncio del porvenir:

<sup>130</sup> Charles Baudelaire, *op. cit.*, p. 146.

<sup>131</sup> Serge Gruzinski, *La ciudad de México. Una historia*, p. 84.

Pocos quedan de aquellos señores rancios de capa española, tabaquera, paliacate y reloj de llave; pero esos pocos asidos en el naufragio de sus principios a la podrida tabla del pasado, esos pocos, sienten un desgarramiento a cada golpe de barreta en los muros coloniales. / Porque la ciudad nueva levantada sobre escombros, les dice que nada se respeta, de lo suyo; la lamparilla sustituida por el foco; el sereno por el gendarme, el puesto de comestibles por la alacena de lentes, la librería por la cantina, el *angelus* por el campanilleo de los tranvías, y los gravaderos doctores por corrillo de gentes que hablan de todo, entre voceo de periódicos y disputas de cocheros, todo ello les anuncia que su turno ha pasado, que son momias, que el cataclismo es cierto, que el modo de cosas que ellos llaman herejía está implantado y que vencieron, por fin, los anatematizados, sin que el cielo se desplome y la tierra se abra para tragarse a los impíos. Más aún, desarrapados muchachillos gritan el folleto burlesco del portal condenado a muerte... no sólo escarnecen el ayer, lo desnudan, lo desmenuzan, lo ponen a la vista de todos, y bailan sobre sus restos... / Y esos vestales de la historia antigua, miran en una demolición, no una medida de utilidad pública, una obra en pro del ornato, un embellecimiento de una avenida; como fanáticos simbolizan y el portal es símbolo de una edad, la suya.<sup>132</sup>

Acaso Luis G. Ortiz pudiese haber sido, en su tiempo de posguerra, uno de aquellos autores que, aunque de tendencia liberal, se aferraban —ante el desgarramiento telúrico de una patria católica pero con pretensiones democráticas— a la tabla de salvación de lo tradicional, del amor filial y sus extensiones al régimen espiritual de la vida. Los niños papeleritos, signo inequívoco de los tiempos modernos, debido a los comienzos del periodismo, pregonaban el fin irrevocable del pasado inmóvil religioso, así como la alborada cotidiana del progreso. La edad y la estética quedaron simbolizadas en los ciudadanos —tanto reaccionarios como jacobinos— que tuvieron que reducirse a un “amor de ciudad grande”<sup>133</sup> que iría creciendo y perdiéndose en la creación literaria y periodística. Por otra parte, en Francia, el sembrador de *Las flores del mal*, de nuevo en “El cisne” da muestras de una estética muy particular. Parece no dejarse arrullar por ese canto de sirenas —¿cómo habría de hacerlo el mayor de los malditos?— de la ilusión promisoriosa del embellecimiento banal de un “nuevo París”, que pondría a la capital cultural del mundo a la altura de la vanguardia en numerosos sentidos. Nada más repelente para un poeta de la envergadura de Baudelaire, para él que conservaría en su imaginario urbano una silueta parisiense absolutamente propia, pergeñada entre los cinceles de la realidad ineludible, la memoria persistente y la ilusión irrenunciable, conservando inclusive una nostalgia subversiva de los barrios medievales, amorfos y congestionados, que ya no guardaban equilibrio con el sentido común: “No veo más que

<sup>132</sup> Micrós, *op. cit.*, p. 1.

<sup>133</sup> Título que Vicente Quirarte otorga a su lúcida colección de ensayos publicada por la UNAM y el Fondo de Cultura Económica en 2011, dentro de la colección “Vida y pensamiento de México”.

en espíritu todo aquel campo de barracas,/ aquellos momentos de capiteles devastados y de fustes,/ las hierbas, los grandes bloques verdeados por el agua de los charcos/ y, brillando en los cristales, el baratillo confuso.”<sup>134</sup> Asimismo, en “Los siete viejos”, otro de los poemas conspicuos de los *Cuadros parisienses*, el héroe baudeleriano —que hace frente al filisteísmo burgués de la modernidad mercantil, de modo similar al del héroe byroniano— también resiste como espíritu viejo la demolición, así como el traslado del cascajo de sus paradigmas a una fosa donde nunca volverán a dar cimiento a ninguna edificación. Los carros que transportan los restos, el “alma cansada” del poeta y la niebla constante de la demolición remiten a la imagen de aquellos siete viejos que representan a una humanidad extenuada de vivir que, a pesar de sus llagas profundas y cíclicas, jamás aprende un ápice de sus errores y vicios: “...una niebla sucia y amarilla inundaba el espacio,/ iba yo, tensando los nervios como un héroe/ y discutiendo con mi alma ya cansada,/ por el viejo barrio sacudido por los pesados volquetes.”<sup>135</sup> La estudiosa urbanista María Dolores Morales, escribe sobre la profunda transformación de la Ciudad de México que la hizo pasar del orden monástico, estelar y cuasi astrológico, al centro social, político, económico y cultural de una nación de Occidente en ciernes:

Ello significó el inicio de la transformación de una urbe conventual, cuya morfología e imagen expresaba la penetrante presencia institucional y económica de la Iglesia, la cual, después de tres siglos y medio, se desarticuló para rearticularse en la metrópoli moderna que empieza a surgir al adquirir un nuevo perfil laico, reflejo de la transformación que se estaba dando en la sociedad mexicana. [...] ...la nacionalización de los edificios eclesiásticos dio origen a un proceso que culminó en la conformación de un nuevo soporte material, arquitectónico y espacial de una ciudad que se adaptaba a los nuevos tiempos. Desaparece así un orden religioso urbanístico y social que se mantuvo durante siglos. Los conventos dejaron de ser los espacios aglutinadores de la sociedad corporativa y los ejes de la vida cotidiana, para generar otros espacios con usos más intensivos del suelo, que expresaban la naciente sociedad laica.<sup>136</sup>

Grandes porciones de numerosos conventos fueron convertidas en casas de vecindad, debido a que no fue fácil demoler y fincar en circunstancias económicas de posguerra. Por encima de la memoria de algunos monasterios se abrieron calles. Algunos pasaron a albergar instituciones públicas: como el de San Agustín, la Biblioteca Nacional; el de la Enseñanza Antigua, el Palacio de Justicia y la Escuela Nacional de Ciegos; el de San Lorenzo, la Escuela de Artes y Oficios para hombres; el de Santa Teresa la Antigua, la Escuela Normal para hombres y un cuartel; el Convento de la Encarnación, la Escuela

<sup>134</sup> Charles Baudelaire, *op. cit.*, p. 145.

<sup>135</sup> *Ibid.*, ‘Los siete viejos’, p. 146.

<sup>136</sup> María Dolores Morales, *Ensayos urbanos. La Ciudad de México en el siglo XIX*, pp. 223-224.

Nacional de Jurisprudencia y el Colegio Nacional de Instrucción Primaria y Secundaria para señoritas; Corpus Christi, la Escuela Normal de profesores para sordomudos; el de Jesús María, la Escuela de Artes y Oficios para mujeres; el de San Jerónimo, un almacén de la Aduana y el Hospital Militar. Sobre el Convento de la Merced se edificó el Mercado de las Ataranzas. Sobre los restos del Colegio de San Fernando, Rafael Martínez de la Torre estableció parte de la colonia Guerrero. En terrenos del Convento del Carmen se formó la colonia Díaz de León. El Convento del Espíritu Santo pasó a constituir el hotel del mismo nombre. El Colegio de San Miguel de Belén se adaptó para erigirse en la cárcel porfiriana por antonomasia. Gran parte del edificio del Arzobispado dio asilo a oficinas de la Contaduría Mayor de Hacienda. El Hospital de Terceros, comprado por el gobierno imperial, fue dedicado a la Escuela de Comercio y a la Sociedad de Geografía y Estadística.<sup>137</sup> Todas estas muestras insignes de la arquitectura barroca virreinal fueron reducidas a escombros, o sus muros y contrafuertes dieron albergue al nuevo espacio civil privado y público. En el París de Baudelaire, las emergentes necesidades de una capital internacional en desarrollo dieron pábulo a la nostalgia baudeleriana y a su consecuente atmósfera espiritual de destierro. En la Ciudad de México, la transformación del espacio urbano obedeció a distintos motivos que en el gran panóptico parisiense. Sin embargo, la pretendida laicización del espacio religioso en nuestro valle jamás ha tenido efectiva operación; y la nostalgia de los reaccionarios se ha perpetuado a través del tiempo de distintas formas y con diversas consecuencias políticas y sociales. Se trata de una guerra sostenida entre el poder temporal y el espiritual que aún hoy en día escinde a la sociedad mexicana.

En 1867 Luis G. Ortiz, nuestro cronista, percibía la transformación del espacio urbano del Valle de México en una secularización extrema, acaso violenta y cáustica, considerando que el Seminario Conciliar, asentado sobre siglos, se había constituido años más tarde en teatro de marionetas, a la par que el gobierno liberal —ejecutando sus designios mediante las actuaciones de esos polichinelas— había convertido casi todo el espacio urbano público, previamente ocupado por el poder espiritual, en un área citadina que daba cimiento arquitectónico a la Reforma, cuestionando los procedimientos de nacionalización de ésta en sus ambiguos procesos jurídicos de adjudicación. Ángel de Campo *Micrós*, discípulo —principalmente de Ignacio Manuel Altamirano— en la última etapa del Liceo Hidalgo, autor en busca de la legitimidad realista de la Ciudad de

---

<sup>137</sup> Véase *Íbid.*, pp. 202-204.

México en sus relatos, en su fundamental crónica del “Kinetoscopio” de 1896 asigna un valor histórico inapreciable a los terrenos baldíos que su columna y su popularidad hebdomadaria ya habían ocupado. El “Kinetoscopio” fue la voz de los que escudriñaban la ciudad en sus escondrijos más recónditos, y la expresión más alejada del hampa real, en su distanciamiento evidente con el pulso marginal del México porfiriano. Charles Baudelaire, cuya lucha estética y política abarca el último tercio del siglo XIX, persigue —con su profusión de personajes marginales desahuciados— la habitación fantasmagórica de su París, constructo cultural, urbanístico y poético de una ciudad viva y muerta por igual, capital señora de la modernidad occidental.



## **5. Catrina que oculta a la servidumbre, la ciudad porfiriana de Ortiz**

## 5.1 Centralismo y marginación

De la misma forma en que los viajeros y conquistadores de los siglos XV y XVI inventaron el Nuevo Mundo en su discurso cronístico a partir de las estructuras del imaginario europeo de lo fantástico y lo maravilloso, los americanos de finales del siglo XIX en su crónica urbana desearon construir sus metrópolis modernas a partir de los modelos discursivos y culturales vigentes en Europa: los rituales de la civilización, la cultura, el lujo y la sofisticación del Viejo Mundo. En este capítulo se aborda la tercera etapa cronística de Luis Gonzaga Ortiz propuesta por el presente estudio; es decir, la de los textos publicados de marzo a mayo de 1891 en el periódico *El Nacional*. Es curioso percibir que en el mismo año y en la misma publicación tiene lugar un hito de la narrativa mexicana de fin de siglo. Ángel de Campo *Micrós* publica por entregas su novela *La Rumba*, relato en el que el personaje femenino Remedios Vena, una joven pobre y habitante de una zona marginal de la Ciudad de México pretende transgredir el orden en dos sentidos: el relativo a su condición social y el inherente a su sexo. “La Tejona”, apelativo que la muchacha recibe al comienzo de la novela, posee una complexión muscular robusta que le permite tomar partida en los juegos de los niños varones de su barrio; es físicamente fuerte como resultado de apoyar en sus labores a su padre, el herrero del barrio; rechaza las propuestas amorosas —honestas y convenientes— de Don Mauricio, el abarrotero gachupín; escapa con deshonra para vivir en amasiato con el barcelonete Cornichon —calavera que finge una falsa opulencia en su atuendo—; al dar muerte a éste es juzgada por la sociedad y devuelta a su medio sin mayor pena que la infamante. La consigna es clara: una joven de clase humilde no debe jamás retar al orden social, acto que Remedios ejecuta en el subversivo grito “¡Yo he de ser como las *rotas*!”. No debe ejercer actos de vigor físico propios de los varones, ni perseguir su independencia económica —mediante su empleo como griseta—, el cual la acerca peligrosamente a la esfera prohibida del lujo y la moda, pero mucho menos aún, soñar con la permeabilidad social.

Es el año de 1891 y el Porfiriato corre ya desde hace casi quince años. La máxima urbe mexicana cuenta aproximadamente con trescientos veintiséis mil habitantes. La diva italiana Adelina Patti deleita los rústicos oídos del público capitalino, más que neófito en la apreciación del *bel canto*. El eficaz ministerio de hacienda de Díaz salda en su totalidad la deuda externa con los Estados Unidos, estableciendo la hoy impensable paridad entre el peso y el dólar. La pandemia de

influenza deja de luto a numerosos hogares mexicanos, mientras que en los nuevos bulevares de la Ciudad de México los oligarcas despreocupados celebran el primer “combate de flores” desde los suntuosos carruajes. El ejército continúa siendo pilar del régimen, al derrotar en la frontera mexico-americana la insurrección del general Francisco Ruiz Flores. Nuestro controversial dictador finisecular, titiritero inobjetable del Congreso de la Unión, obtiene de éste la victoria constitucional —con que soñara Carlos Salinas de Gortari un siglo más adelante— de la reelección presidencial irrestricta.<sup>138</sup> Los sueños rotos del liberalismo radical se han desencantado ya con el renovado poder eclesiástico, la formación de una élite suntuaria en contubernio con el capital extranjero y un estado de marcada desigualdad social en que las masas conservan su aspecto vergonzoso de atraso, ignorancia y miseria. La vieja guardia juarista, a la que perteneció nuestro autor, está ya envejecida. Se dedica a usufructuar su pasado beligerante en las armas, la política y las letras. Se trata de ciudadanos ilustres que en su senectud ya no ocupan un lugar en el areópago, y disfrutan —a pesar de las traiciones ideológicas del poder— de una estabilidad social y política nunca antes vivida por los mexicanos. La narrativa de *Micrós*, como estilo epígono de la escritura de Ignacio Manuel Altamirano, habiendo sido De Campo adoctrinado por éste en el liberalismo y en el nacionalismo literario, constituye una muestra significativa de la tendencia ideológica de los autores de la época. Es posible que el caso de Ortiz sea similar, atendiendo a su misma filiación política y literaria. En el caso de Ángel de Campo, un fenómeno se manifiesta: el escritor educado en los principios liberales se ha convertido en un defensor acérrimo del clasismo, en una autoridad intelectual que impone a la masa popular la consigna de no cruzar las barreras —de aceptar resignadamente su marginación— en un régimen que satisface las demandas de gobierno de sectores importantes de la población. El caso de Ortiz acaso sea similar; éste, quizá en su condición de poeta erótico, haya encontrado hacia sus últimos años de vida, un nicho laboral y cultural en la crónica dedicada a las lectoras del bello sexo y de clase acomodada. La Ciudad de México que experimentaron *Micrós* como “cronista” de las clases populares y Ortiz de la élite, fue un núcleo político y sociocultural del país que ejerció la marginación como forma clave de su dinamismo. Georg Simmel comenta sobre la tendencia deshumanizadora que presentan las relaciones humanas en las

---

<sup>138</sup> Hechos históricos apuntados y comentados en la cátedra multidisciplinaria *Imágenes de la Ciudad de México a través de publicaciones periódicas (1805-1985)*, impartida por Vicente Quirarte en el Posgrado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. (Semestre 2015-2).

grandes urbes, situación que bien podría describir a la Ciudad de México de mediados del Porfiriato:

Las grandes ciudades han sido desde tiempos inmemoriales la sede de la economía monetaria, puesto que la multitud y aglomeración del intercambio económico proporciona al medio de cambio una importancia a la que no hubiera llegado en la escasez del trueque campesino. Pero economía monetaria y dominio del entendimiento están en la más profunda conexión. Les es común la pura objetividad en el trato con hombres y cosas, en el que se empareja a menudo una justicia formal con una dureza despiadada. El hombre puramente racional es indiferente frente a todo lo auténticamente individual. (Simmel, 1986, 249)<sup>139</sup>

Una pregunta inicial: ¿De qué manera la crónica construye imágenes de la urbe para la sociedad que la habita y cómo ésta las devuelve en sus rituales culturales? Resulta evidente que se practicaba un diálogo entre la realidad urbana, la sociedad lectora y el periódico como espacio cultural de encuentro. Gaston Bachelard habla en su *Poética...* de las imágenes del espacio feliz, de una suerte de *topofilia*. El espacio captado por la imaginación no es geométrico; es vivido como una apropiación subjetiva. El juego exterior y la intimidad no se encuentran en equilibrio<sup>140</sup>. La crónica, género fragmentario y selectivo por su naturaleza discursiva, impone a su ejecutante el deber de elegir una serie limitada de las secuencias de actos, hechos y objetos que percibe en la cotidianidad urbana. Ortiz, como miembro de la llamada República de las letras, deseó quizá en las tres décadas previas ser selectivo con una orientación preponderantemente cultural. Pero lo que se vislumbra en estos textos publicados tres años antes de su muerte es una tendencia a la marginación del espacio popular. La “musa callejera” que algún día elogiara en la escritura de Guillermo Prieto parece absolutamente ausente en sus crónicas de *El Nacional*. Lo que Roland Barthes conceptualiza en “Semiología y urbanismo” como “la vieja intuición de Víctor Hugo” se hace presente en esta parte de la obra de Ortiz. Barthes parafrasea al autor de *Los miserables*: “...la ciudad es una escritura; quien se desplaza por la ciudad... es una especie de lector que, según sus obligaciones y sus desplazamientos, aísla fragmentos del enunciado para actualizarlos secretamente”<sup>141</sup>. Es decir, la relación íntima entre el cronista-*amateur* y la ciudad tiende a ser, al igual que el ejercicio del poder y su política de urbanismo, —por mandato o por proyecto creador— marginadora del espacio popular y sus prácticas tradicionales.

<sup>139</sup> Georg Simmel *apud*. Rocío Antúnez, en Juan Carlos Onetti: *Caprichos con ciudades*, p. 24.

<sup>140</sup> Véase Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, p. 22.

<sup>141</sup> Roland Barthes, “Semiología y urbanismo”, en *La aventura semiológica*, p. 264.

María Dolores Morales, teórica del urbanismo, para el corte histórico que nos ocupa (1891 en nuestra ciudad), reconoce una segunda gran etapa de desarrollo de ésta durante el siglo XIX:

La segunda etapa [de expansión de la Ciudad de México], de 1884 a 1900, registra un notable crecimiento dirigido hacia el noreste, poniente y sur, con la creación de once fraccionamientos. La expansión noreste, la más importante de esos años, llega a invadir hasta el municipio de Guadalupe, Hidalgo. Se trata de seis colonias habitadas por obreros y gente de escasos recursos, cuya formación fue propiciada por la construcción de los edificios de la Penitenciaría, el Rastro, la Estación de Hidalgo y las vías de los ferrocarriles a Guadalupe, Interoceánico y de Cintura. Son las colonias Morelos, La Bolsa, Díaz de León, Maza, Rastro y Valle Gómez, todas de trazo reticular; ninguna dispone de espacios abiertos, a excepción de la del Rastro; son los fraccionamientos que se enfrentaron a mayores problemas de servicios y de salubridad. Las otras cinco son: hacia el poniente, la colonia San Rafael, en la que se establece una población de clase media y la de Santa Julia, colonia popular de gran extensión, cruzada por la vías de los ferrocarriles de Cuernavaca y Nacional Mexicano, perteneciente al municipio de Tacuba; hacia el sur, la Limantour o Candelaria Atlampa y las de Indianilla e Hidalgo, las dos primeras, de reducida extensión y la última de mayores dimensiones y trazo reticular, cruzado por dos avenidas diagonales que desembocan en una gran plaza. Además del ensanchamiento mencionado, durante ese periodo se urbaniza la periferia sur constituida por los barrios del Campo Florido, San Salvador, Necatitlán, Niño Perdido y San Pablo. Ahí se establecen varios hospitales, algunos almacenes de Obras Públicas y de la Dirección de Aguas, un rastro para cerdos y la gran fábrica de hilados, tejidos y estampados de San Antonio Abad.<sup>142</sup>

El proceso de modernización en la Ciudad de México finisecular acarrea consigo la formación de una incipiente clase obrera. El desarrollo de la periferia adquiere la dimensión de problema de la agenda nacional, el de satisfacer las necesidades de vivienda y servicios para el proletariado y la clase media profesionalista, que son —junto con el progreso tecnológico, materializado en la industria, el ferrocarril, el telégrafo, el uso de la electricidad— el motor del desarrollo económico del núcleo elitista. El discurso del poder va erigiendo una ciudad funcional en cuyo centro se ubica el ejercicio de la política, la dinámica de los grandes negocios, la bienvenida al capital extranjero, la vida comercial del lujo y la sofisticación, los modos colectivos de existencia de la oligarquía, y sobre todo, la vida cultural y artística que justifica el sacrificio ideológico del liberalismo radical. Al poniente alto, fértil y saludable se va extendiendo la esfera privada de la vida aristocrática, con la fundación de las colonias para las clases altas, en las que es posible imitar la arquitectura, el trazo urbano y los grandes jardines de París. Por otra parte, hacia otros puntos cardinales se va trasladando la actividad comercial e industrial para la demanda interna del país, y junto con ésta, la experiencia urbana de las masas marginadas. Serge Gruzinski, en su amplio y

---

<sup>142</sup> María Dolores Morales, *op. cit.*, p. 238.

minucioso ensayo sobre la historia de la Ciudad de México, expone el siguiente estado general de cosas en la capital porfiriana:

Faltaba someter a las masas urbanas a un régimen laico y dictatorial. Faltaba encauzar el alcoholismo, gloria de pulquerías y cantinas, pues desde 1871 el pulque se vendía libremente en fondas, tabernas y cafés. Preocupado por convertir al “pueblo urbano inofensivo para el orden público”, el gobierno porfiriano lo confió a la policía y a los organismos de beneficencia, contando con la educación para apagar “sus prejuicios y supersticiones e inculcarles la religión de la patria”. En 1891 la educación primaria se declaró obligatoria en el área del Distrito Federal, es decir, en la Ciudad de México y los municipios que la rodeaban. El mismo año el Distrito Federal era dotado de un Consejo Superior de Salud. La represión policiaca nunca había sido suficiente para contener a la población de la ciudad. Desde hacía siglos, la organización de celebraciones y festividades urbanas había sido el instrumento de control privilegiado por los diferentes poderes. Remplazar el orden barroco por una administración moderna y autoritaria era una ardua tarea, sobre todo porque, desde entonces, un abismo separaba a las élites positivistas de los medios populares. En los últimos años del siglo XIX, la falta de distracciones públicas constituía una afrenta a las costumbres de la población y había periodistas que aconsejaban a la municipalidad que subvencionara algunas fiestas y compañías teatrales.<sup>143</sup>

Alrededor de una capital floreciente, donde el progreso y el esplendor tienen como paradigma filosófico el positivismo de Comte, parte de la prensa de la época —y su nutrida nota roja— dan cuenta de una periferia insegura e insalubre, donde el alcoholismo, la criminalidad, la prostitución, la ignorancia y la desocupación eran la otra cara de la moneda dorada de la era de “orden y progreso”. Gruzinski añade: “Para los privilegiados, esa *belle époque* se manifiesta, primero que nada, por una admiración enloquecida hacia las grandes ciudades de Europa y de América. La capital mexicana se siente cosmopolita, **elitista**. París y Londres son modelos que se visitan y se tratan de imitar en su estilo de vida, su moda, sus espectáculos”.<sup>144</sup> La realidad degradada de las colonias nuevas de la periferia, principalmente establecidas sobre antiguos barrios indígenas o sobre predios rurales, resulta incómoda a la ciudad catrina, al “París pequeño” y su crónica cultural, cuya consigna es obliterarla.

## 5.2 La catrina, de “china” a *cocotte*. Ciudad y mujer, lujo y *avant garde*

La tendencia imitativa de lo que llamaron sus coetáneos el gran mundo, trasluce en el siguiente fragmento de “Paréntesis de la política” publicado por Luis G. Ortiz durante la primavera de 1891:

Las flores, que durante alguna temporada han sido casi proscritas, para las grandes *toilettes* tienen que volver a ocupar el lugar que siempre han tenido como el primero de

<sup>143</sup> Serge Gruzinski, *op. cit.*, pp. 488-489.

<sup>144</sup> *Ibid.*, p. 67. Las negritas son mías.

los adornos para señoras jóvenes y señoritas, y si en nuestra capital se adopta, como no es dudoso, **la moda que acaba de iniciarse en París**, para llevar las flores naturales, y de la que nos dicen los cronistas, fue tan celebrada en el baile de la Condesa Odon de Montesquieu, habrá mucho para llenar el gusto de las elegantes damas, si se atiende a la riqueza de nuestra Flora. De ese baile, **nos cuenta la prensa de París**, cuán graciosa y original se presentó una de las más distinguidas jóvenes, engalanada con rosas blancas naturales, así como otra, no menos *mignonne*, casi cubierta de margaritas. ¿Concebís nada más poético que esas puras y frescas flores entre los vivos colores y ricos encajes?<sup>145</sup>

Mujer y *glamour* representan la dualidad imperante en el ámbito social del Porfiriato. El ocio dorado que se trasplanta de la corte imperial de Napoleón III, junto con las reformas arquitectónicas y urbanísticas del París de Haussmann —paradójicamente, acérrimos enemigos de la austeridad republicana juarista—; asimismo, la “frivolidad” femenina como una fuerza telúrica más que domina el varón mediante el progreso, se erigieron en el estandarte de la alta cultura cimentada en la modernidad. La aristocracia parisiense se constituye en el modelo indiscutible de la distinción, en el horizonte onírico de la periferia poscolonial de Occidente. La mujer es cosificada junto con sus atavíos, equiparada a una flor, a un bien susceptible de admiración y apropiación por parte del hombre. Al mismo tiempo, coexiste el antropomorfismo decimonónico de la ciudad como mujer, de la mano con el centralismo que lleva a cabo la metonimia de la República por su capital. En la prensa de la época es común encontrar el epíteto “la bella México”, lugar mítico y promisorio que tendrá por encima de la vieja Europa la exuberancia de la naturaleza americana y su savia joven. En este orden de ideas, numerosas mesas de redacción de la prensa capitalina dan a sus escritores el mandato de entrar en los hogares alfabetizados de clase media y alta, informando a los varones y halagando a las damas con la *causerie* que escapa del discurso frío y mecánico de la modernidad. Del siguiente modo, a la muerte de la cronista *Titania* (Natali de Testa), Ortiz anuncia su nuevo encargo como cronista dirigido a las lectoras por parte de *El Nacional*, se excusa por su repentina intromisión en el seno femenino de los hogares aristocráticos de México, advirtiendo la necesidad de un poco de elegancia y *esprit* para tal empresa, así como captando la benevolencia de las damas:

Alguien vendrá más digno de vuestra conversación; entre tanto, yo, el humilde Heberto, que si alguna vez he colaborado en las columnas de esta publicación, ha sido para estudiar los áridos asuntos de la política, o los intrincados problemas sociales que nos preocupan, he tenido ahora que sacudir el frac, buscar un par de guantes y procurarme un poco de buen humor para corresponder al honor que me dispensareis al recibirme.

---

<sup>145</sup> Heberto, [Luis G. Ortiz], “Paréntesis de la política. Carta semanal a las damas”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII (3 de mayo de 1891), p. 1. Las negritas son mías.

¡Ah! Pero permitidme que antes coloque una flor en la tumba de Natali de Testa, un recuerdo sincero a vuestra bondadosa amiga.<sup>146</sup>

En el mismo sentido se manifestaría *El Duque Job* tres años más tarde, al introducir en el mercado editorial su *Revista Azul*, prometiendo a las bellas en sus entregas divertimento refinado y sabroso cotilleo de buen tono:

Nos proponemos no llegar jamás a esta casa, que es vuestra, con las manos vacías: traeremos ya la novela, ya la poesía, ya la acuarela, ya el grabado, ya el vals para la señora, y el juguete para el niño. ¿Y se murmurará en ese retrete? —pregunta por ahí una rubia. ¡Ay, sí, curiosa señorita! ¡No es perfecta la humanidad! No podemos cerrar la puerta de la casa a amigos muy queridos, que murmuran, hablan a veces mal del prójimo y hasta revelan —¡sin dañar a nadie por supuesto!— deliciosos secretos de mujer. Sí; se murmurará a la hora del té —a las cinco de la tarde— y después de esa hora, y al volver del teatro. ¡Oh... no es perfecta la naturaleza humana!<sup>147</sup>

Luis Gonzaga Ortiz, como todo liberal que se preciara de su filiación partidista, colaboró activamente en el debate político —desde la era juarista hasta el Porfiriato— escribiendo columnas sobre la *res publica* mexicana. Ya comenta, en la introducción a su columna “Paréntesis de la política” —y el título lo dice a las claras— que saldrá momentáneamente de la arena pública para ataviarse cual *dandy* y presentarse ante el *toilette* para ofrecer su charla a las damas. De igual forma *El Duque Job*, al tiempo que ponía a los pies de las bellas su *Revista Azul*, también publicaba numerosos artículos en periódicos como *El Partido Liberal*, dedicados a las reflexiones “trascendentes” de la vida pública y a las cuestiones filosóficas de la época, dirigidas a los lectores varones, hoy día compilados por Belem Clark de Lara en los volúmenes *Meditaciones morales* y *Meditaciones políticas*, publicados por la Universidad Nacional Autónoma de México. Ortiz y Gutiérrez Nájera, como muchos de sus coetáneos, ante las demandas del mercado editorial de la prensa, hubieron de ser versátiles para dar satisfacción a dómnes del progreso y a damas del buen tono y el *esprit*.

Así las cosas, queda asentada una suerte de dualidad cultural, en la que los patrones masculinos y femeninos de cosmovisión y modos de experiencia urbana entran en un crucial proceso de *input* y *feed-back* con la prensa capitalina. Tanto la cosa pública nacional como las formas culturales de la vida cotidiana han rebasado un estadio de caos y anarquía para entrar en un periodo de civilización. Las siguientes

<sup>146</sup> *Ibid.*, (29 de marzo de 1891), p. 1.

<sup>147</sup> Manuel Gutiérrez Nájera, “Al pie de la escalera”, en *Revista Azul*, t. 1, núm. 1 (6 de mayo de 1894), p. 2.



palabras, de la pluma de Ortiz, ofrecen una muestra muy representativa de la fuerte carga semántica atribuida a la moda, el lujo y la sofisticación en este horizonte cultural:

En medio del gran movimiento que se ha observado en la calle, he podido notar cómo el buen gusto parece ir asentando sus reales en esta hermosa capital. Es cierto que no todas las señoras saben ser refinadamente elegantes, con esa distinción que da la sencillez y corte irreprochable en los trajes; pero en cambio ya no se ven muchos vestidos color verde perico, morado camote o rojo azarcón, que caracterizaban antes **los días terribles**. Muy pocos han sido los vestidos de fantasía que se han ostentado, de aquellos, en que no sabe uno que admirar más, si la combinación de colores, la forma extravagante o la fuerza de voluntad de la valerosa que se decide a llevarlos.<sup>148</sup>

Dos semanas más tarde, Ortiz amplía su concepción de la moda en el siguiente fragmento de crónica:

Dais, y con razón, grande importancia al arte de ataviaros y por ello merecéis las más loables expresiones. Contribuís así a formar el concepto de la cultura que reina en nuestras costumbres; eleváis la delicadeza y gusto artístico de que está dotada la mujer mexicana, y estimuláis al trabajo y a la industria para proporcionaros nuevos elementos con que satisfacer esa actividad, nacida de vuestra ardiente fantasía. El lujo sería sólo una pasión frívola y vana, si no formara parte del conjunto armónico de la sociedad en su manifestación estética. Es también el elemento que hace pasar el bienestar, de las clases acomodadas a las clases productoras y menesterosas. [...] Aplaudo, pues, vuestro lujo, por lo que en sí tiene de bello y de útil, por lo que significa para el movimiento social y por lo que indica de vuestra refinada cultura.<sup>149</sup>

El binomio buen gusto-paz social queda evidentemente sugerido por Ortiz. El progreso material, la modernidad, el dinamismo cultural y el refinamiento estético parecen sucederse como consecuencias uno tras otro. Luis Gonzaga y muchos de sus correligionarios soñaron con ver a la Ciudad de México figurar entre las metrópolis culturales del mundo occidental. Muchos otros sectores de las cúpulas miraron obnubilados hacia el desarrollo colosal de Norteamérica, el pragmatismo flemático y moralista de la era victoriana, la sofisticada *folie* de la *belle époque parisienne*. Por ello el rechazo vehemente de retornar al pasado, al caos y la inestabilidad imperantes hasta la revuelta de Tuxtepec, metaforizados en la extravagancia en el vestir. Así de abigarrados habían sido los trajes estrambóticos y desmesurados de los proyectos de nación previos y su forma violenta de instaurarlos. Merced a la dictadura y a la transigencia con la Reacción podían crecer el arte y el buen gusto. Si no había elementos necesarios para la existencia de una élite cultural vasta, al menos la élite social podía suplir su ignorancia del canon artístico con su conocimiento y práctica del *bien vivre*.

<sup>148</sup> Heberto, *op. cit.* (29 de marzo de 1891), p. 2. Las negritas son mías.

<sup>149</sup> *Ibid.* (12 de abril de 1891), p. 1.

El dandismo, mediante la voz de uno de sus exponentes más elevados, Oscar Wilde, sentencia en celeberrima obra publicada en el mismo año de 1891: “Podemos perdonar a un hombre el haber hecho una cosa útil en tanto que no lo admire. La única disculpa de haber hecho una cosa inútil es admirarla intensamente. Todo arte es completamente inútil”<sup>150</sup>. En los países desarrollados —como la Inglaterra victoriana— quizá haya sido posible entonces sostener una rebeldía justificada ante las implicaciones antiestéticas del utilitarismo; sin embargo, acaso como reminiscencia de su pasado ideológico republicano, para Ortiz era necesario esgrimir un discurso apologético del lujo, que sólo pertenece a unos cuantos, sostenido por los muchos. En este sentido, el cronista se ve en la obligación de dar fundamento al boato de las damas encumbradas sobre los cimientos del trabajo —escasamente remunerado— de las grisetas, incesante farsa de la derrama económica hacia las clases desposeídas. La tendencia de los cronistas finiseculares de Latinoamérica hacia la exaltación del lujo mediante una retórica de la suntuosidad queda expresada por Julio Ramos:

...fácilmente apropiable como actividad consolatoria, afirmativa, como compensación de la “fealdad” de la modernización. La estilización, en la poética del lujo, al rechazar el valor de uso de la palabra, queda inscrita como la forma más elevada de fetichización, donde la palabra es estricto *valor de cambio*, reconociendo en la joya (mercancía inútil por excelencia) un modelo de producción.<sup>151</sup>

Fuerza viril y *glamour* femenino representan la dualidad del poder de una élite política y social, encarnada por la pareja presidencial Carmen Romero Rubio de Díaz y su esposo, el general triunfante y el hábil estadista. Así describe Ortiz a la Primera Dama, ejerciendo su primacía social durante un baile ofrecido en el Jockey Club al Ministro de la reina Victoria en México, Sir Spencer Saint John:

En uno de los ángulos del gran salón, la señora Carmen Romero Rubio de Díaz era objeto de vivas expresiones de simpatía, al verla aparecer en la sociedad después de algún tiempo en que había circulado la noticia de estar enferma. La distinguida señora no revelaba en su semblante las huellas del malestar. La juventud y la vida la presentaban de nuevo a la vista de sus amigas y de la sociedad, que la ve con el más profundo y respetuoso cariño. Con plácida sonrisa y amabilísimas expresiones acogía los saludos cariñosos de las damas que se acercaban a ella. Vestía la Sra. Romero Rubio de Díaz elegantísimo traje de satín blanco, guarnecido el escote y el talle de *tul perlé*.<sup>152</sup>

La mirada de nuestro cronista capitalino podría equipararse a la que percibe Julio Ramos en el guatemalteco Gómez Carrillo:

<sup>150</sup> Oscar Wilde, “Prólogo”, en *El retrato de Dorian Gray*, p. 52.

<sup>151</sup> Julio Ramos, *op. cit.*, p. 116.

<sup>152</sup> Heberto, *op. cit.* (24 de mayo de 1891), p. 1.

También en [Gómez Carrillo] reencontramos la atracción que en el paseante ejerce “la suntuosidad de los escaparates, con el perpetuo atractivo de lo lujoso, de lo luciente, **de lo femenino**”. El cronista-*flâneur*, agobiado por el ruido urbano busca refugio. [...] En el paseo, el cronista transforma la ciudad en *salón*, en espacio íntimo, precisamente mediante esa mirada consumerista que convierte la actividad urbana y mercantil, como señalamos antes, en objeto de placer estético e incluso erótico. Por el reverso del intento de contener la ciudad, de transformarla en espacio íntimo y familiar, la ansiedad del cronista-*flâneur* es notable.<sup>153</sup>

La imagen de la Primera Dama, su presencia en el salón aristocrático y su forma de ataviarse ejerciendo imperio es la encargada de convertir la dictadura en ámbito doméstico, deseable y reconfortante. Hija del lerdista —por ello miembro del ala elitista del liberalismo— Manuel Romero Rubio, es vehículo de elevación social de Díaz, militar victorioso pero “chinaco” (vocablo procedente de la raíz náhuatl *tzinácatl*, que significa “el andrajoso”). “Chinacos” eran llamadas las tropas liberales, debido a su humildad en el vestir, su origen popular y su modo austero de vida. Es así que el oaxaqueño, con signos evidentes de un pasado indígena reciente, cuyo rostro mestizo va haciéndose más afrancesado con el paso de las décadas, limpia mediante el matrimonio su efigie vernácula. Quizá por única vez en un referente cultural decimonónico, la belleza vigorosa asociada al poder no es signo de bajeza femenina. Carmen Romero Rubio no es sospechosa de contravenir el orden social de la mujer anémica y postrada en la inacción, sino que ya se va perfilando lo que en el siglo XX cumpliera a cabal perfección la dama arribista Jacqueline Kennedy: “*Behind every great man, there is a great woman.*” La esposa de Porfirio Díaz es saludable y vigorosa, ya a fines del siglo XIX, porque es necesario que la Primera Dama sustente la imagen de poder inquebrantable del jerarca que sostiene a toda una élite financiera y cultural. Imagen cuasi-religiosa, Doña Carmelita se atrae el respeto y el cariño de sus allegados, y representa la imagen purificada de quien ejerce un poder indiscutible, cimentado en la expiación de los actos amorales —maquiavélicos— del “príncipe” mexicano. Si en sus crónicas Ortiz no es visitante asiduo de Plateros y San Francisco, sí parece rehuir los exteriores para buscar el confort del salón. Quizá no se erija precisamente en el *flâneur* del *passage*, pero sí resulta muy evidente en sus crónicas un deseo de apropiación del espacio social de la *high life* para recorrerlo, poseerlo y plasmarlo en la hoja en blanco. El *window-shopping* que Ortiz pone en práctica no dirige sus baterías hacia el objeto de lujo, sino que es arribista y profundamente ambicioso de la belleza, concupiscente y carnal de forma velada. Una de las miradas más penetrantes, y una voz acaso tan

---

<sup>153</sup> Julio Ramos, *op. cit.*, p. 129. Las negritas son mías.

fundamental como la de Rubén Darío, sobre los albores de la modernidad en Latinoamérica y su relación con la belleza —susceptible ésta de apropiación tanto por el poder adquisitivo como por el talento estético— fue la del cubano José Martí, quien escribió en las columnas del diario argentino *La Nación* en 1882:

El amor al arte aquilata el alma y la enaltece: un bello cuadro, una límpida estatua, un juguete artístico, una modesta flor en lindo vaso, pone sonrisas en los labios donde morían tal vez, pocos momentos ha, las lágrimas. Sobre el placer de conocer lo hermoso, que mejora y fortifica, está el placer de *poseer* lo hermoso, que nos deja contentos de nosotros mismos. Alhajar la casa, colgar de cuadros las paredes, gustar de ellos, estimar sus méritos, platicar de sus bellezas, son goces nobles que dan valía a la vida, distracción a la mente y alto empleo al espíritu. Se siente correr por las venas una savia nueva cuando se contempla una nueva obra de arte. [...] Es como beber en copa de Cellini la vida ideal.<sup>154</sup>

El crepúsculo del siglo XIX en Latinoamérica fue una época de violentos contrastes, y fue también escenario de la estética modernista. De ahí que sus temas exóticos, su preciosismo y su amaneramiento en la forma, hayan caracterizado a esta corriente por su talante presuntamente evasionista. No obstante, el trabajo de importantes autores como Ivan Schulmann ha reevaluado el aparente escape de la realidad moderna de esclavitud y depauperación, implícito en la presencia de lo bello y ostentoso en el Modernismo, como la única forma subversiva posible de apropiación de la belleza por los marginados. Martí, en sus crónicas bonaerenses y neoyorquinas pone el dedo en numerosas llagas de la injusticia social, así como sostiene —en su papel revolucionario irrenunciable— lo indispensable del “decoro” en toda existencia humana. Es ahí donde radican, no sólo sus principios de lucha social, sino sus ideales estéticos en el derecho natural e inalienable a la belleza. En este orden de ideas, Luis Gonzaga puso, acaso paradójicamente en sus crónicas elitistas de *El Nacional*, al alcance de todo individuo alfabetizado, el mundo del *glamour* de la *high life* porfiriana. Durante la misma *soirée* en honor al ministro de la Legación Británica en México, Sir Spencer Saint John, encontrándose presente como agente de la prensa Luis G. Ortiz, reseñó los acontecimientos del espacio social de la élite, con la presencia de un tamiz estético quizá atribuible al discurso de la novela romántica del siglo XIX, y con las expectativas estéticas de toda una clase que deseaba ser personaje protagónico de esta clase de relatos:

---

<sup>154</sup> José Martí, “Oscar Wilde”, *La Nación*, 10 de diciembre, 1882, *Obra literaria*, p. 292. (En Julio Ramos, *op. cit.*, p. 117.)

Tocaba la orquesta el lánguido y cadencioso wals de Waldteufel “Ángel de Amor”, y más de cien hermosas jóvenes envueltas en relucientes y preciosos atavíos, cruzaban la estancia, fascinando la vista y desapareciendo fugaces como sueños delirantes de loca fantasía. En aquel momento, el que esto escribe, recogía de los labios de tres de las señoras de nuestra mejor sociedad, con quienes departía en grata conversación, la verdadera esencia y más justa apreciación de la gracia y buen tono que en tan brillante fiesta se ostentaban. —Ese traje es confección de París, esa tela no se encuentra en México, decían, fijándose en el gran *costume* de extraordinario gusto con que se presentó la Sra. Guadalupe Escandón de Escandón. ¿Sería obra de Worth? No lo sé: era de riquísimo *satín* de color perla, que al reflejo de la luz incandescente reproducía matices muy tenues de lila pálido, y cubría las mangas y parte del escote, finísimo encaje de perlas que caía hasta la falda en ligeras ondulaciones. —¿Por qué en todas partes es Elena de lo más distinguido de los salones?—decían, hablando de la Sra. Mariscal de Limantour—¿es por su elegancia? ¿por su gracia? ¿por su talento que se revela en su mirada expresiva y en su conversación siempre viva y animada? ¿o será porque en medio de estas cualidades tiene el exquisito don de la verdadera dama de alta sociedad: la finura y amabilidad de su trato? Y es verdad, veíase en aquel momento a la joven señora ataviada de *broché* color de rosa y *crepé de la Chine* del mismo color, alhajada con media luna de brillantes y broqueles de dos grandes solitarios, siendo el objeto de las más respetuosas atenciones. [...] Pasaban ante nosotros más y más hermosas damas, hasta el punto que era imposible fijarse desde luego en todas. Mis amables interlocutoras, cuyas apreciaciones son las que aquí transcribo, no cesaban de darme datos ilustrándome en materia de buen gusto, mas no bastaría esta carta para consignar todo lo que hubo de admirar en tantas señoras, cuyos nombres habéis visto ya en la crónica del martes.<sup>155</sup>

Los varones miembros del Partido Liberal, favorecidos por el régimen porfiriano, debían ejercer por sistema los actos amorales de la política. Su rutina profesional comprendía el favorecer y promover la venta de los recursos del país, la explotación de las clases menos favorecidas y su marginación socioeconómica, el enriquecimiento ilícito de los inversionistas extranjeros y de los cofrades de partido, etcétera. Su precaria ética como funcionarios públicos debía ser purificada en el ámbito privado; el sentido de sus actos inmorales debía ser reencauzado en su seno familiar por el “ángel del hogar”, y por la riqueza de su peculio mal habido traducida en esplendor femenino, ostentación de lujo y sustento inicuo de una espuria *belle époque*. La responsabilidad de lavar las iniquidades en el ejercicio del poder de toda una élite residía en la mujer. Es así, que la crónica de alta sociedad, como la cultivada por Ortiz, estaba obligada a plasmar en las columnas de la prensa el esplendor incuestionable de la superficie social, que en el fondo se sustentaba con la pila de cadáveres que sepultaba bajo ricas alfombras la dictadura. Este fue el papel social de la mujer de clase alta en el fin de siglo mexicano. Con respecto a la “sumisión plena de gloria” indicativa de la feminidad virtuosa, al culto de la inválida y la difunta, iconografía extendida y popularizada por el Romanticismo, llama profundamente la atención el hecho de que un

<sup>155</sup> Heberto, *op. cit.* (24 de mayo de 1891), p. 1.

poeta de esta tendencia —como lo era Ortiz— condenara en una de sus crónicas de *El Nacional*, de mayo de 1891, las prácticas poco saludables del sedentarismo en la mujer de clase alta:

Cuán distinta es una mujer que por joven y hermosa que sea se le ve triste y macilenta, marchitas las mejillas, apagada la mirada, disgustada e indiferente a todo, sin energía y casi sin voluntad propia; comparada con la que joven también y hermosa, se le encuentra radiante y feliz, fresca y llena de vida, ostentando en su semblante, en el vigor de su cuerpo y en la expresión de su mirada, la salud y el bienestar! Si optáis por esta última, no permitáis que la anemia os haga su presa y pensad que, en nuestro clima y a la altura en que vivimos, es preciso luchar a brazo partido con esa calamidad, que busca a sus víctimas especialmente en la mujer, por sus costumbres y género de vida sedentario, y sobre todo en la dama aristocrática, a quien los teatros, los bailes y constantes deberes de sociedad la tienen encerrada en un círculo de hierro. Si por una corta temporada no os decidís a salir al campo, adoptad cuando menos una vida higiénica, en cuanto sea posible con vuestras obligaciones sociales. Entre los preceptos de la higiene tenéis como muy importante el ejercicio al aire libre. Haced, pues, un esfuerzo para abandonar el lecho, y salid temprano de la casa. No pongáis por pretexto las desveladas, porque demasiado sabéis que en nuestra capital los grandes bailes y recepciones son acontecimientos sociales verdaderamente extraordinarios, y en cuanto a los teatros, público y notorio es que gran parte de vosotras las señoras del gran mundo los habéis por ahora desdeñado; dígalo si no el Teatro Nacional, en que desde la primera función hasta la última del abono que terminó el martes, pudo verse casi desierto. Si pues, no tenéis excusa que alegar, os excito a concurrir en las mañanas a la Alameda, delicioso lugar que entre el perfume de sus flores y a la sombra de sus árboles seculares os está brindando la frescura para vuestras mejillas, el contento y la salud. Si este paseo no llena enteramente vuestro deseo, ahí tenéis la Reforma, a donde a pie, a caballo o en coches descubiertos está asistiendo en las mañanas una concurrencia compuesta en su mayor parte de la juventud más conocida en los buenos círculos de la capital. Vigorizar vuestras fuerzas con el ejercicio, acariciar vuestra faz con el ambiente de una mañana primaveral y lucir las preciosas y ligeras *toilettes* de verano en amable compañía, ¿no os parece una buena proposición?<sup>156</sup>

La estética del Romanticismo puso en boga, hacia mediados del siglo XIX, el culto a la inválida y a la moribunda. En la iconografía y en la literatura de la época daba una suerte de realce aristocrático, sentimental y estético el representar a una mujer con el rostro pálido y demacrado, postrada en cama y desahuciada. Esto obedecía a los deseos del varón de poseer absoluto control de su compañera. Encontrándose ésta en un estado de incapacidad permanente carecería de facultades para perpetrar un adulterio, o peor aún, para hacerse independiente del yugo masculino. Esta suerte de dogma se impuso durante casi todo el siglo a las mujeres de la élite mexicana. Sin embargo, se percibe en el fragmento anterior de la pluma de Ortiz, que éste pugna por un régimen de vida en la mujer absolutamente opuesto a lo descrito. Acaso una hipótesis se encuentre en el hecho de que las mujeres, en los países hegemónicos del orbe, ya habían logrado algunas

---

<sup>156</sup> *Ibid.* (31 de mayo de 1891), p. 1.

conquistas de sus libertades cívicas. Quizá la inclemente represión ejercida sobre la mujer, para esta última década del siglo en México, ya pareciese de mal tono, brutal y propia del populacho. Si no fuese así, estaríamos frente a un pensamiento de extrema avanzada por parte de Ortiz. Con todo esto, existen numerosos testimonios de la época con respecto a una probable rebelión femenina. En el aspecto cultural, en este tiempo proviene de Europa la poesía simbolista, la narrativa decadentista y la iconografía de la *femme fatale*, tendencias que construyen una concepción de la mujer como “castradora”. Sin embargo, en la realidad mexicana que se proyectaba en las columnas de la prensa porfiriana —y que por supuesto ocultaba lo que sucedía en las clases altas— apuntaba hacia numerosos crímenes pasionales ocasionados por el adulterio en las clases medias y populares. Habiendo ocurrido pocos días atrás, convirtiéndose en pasto para la nota roja y la maledicencia pública, el asesinato de una esposa infiel perpetrado por un marido engañado —suceso del que Ortiz no da cuenta aduciendo su pertenencia a otras secciones del periódico— nuestro cronista escribe en el siguiente cariz sobre un drama presentado en el Teatro Nacional, en el que con oportunismo y poca fortuna se presentaba la cuestión del uxoricidio:

La compañía Roncoroni, digna de mejor suerte, si se atiende al empeño de sus artistas y al esfuerzo que hace para presentar con la mayor propiedad las obras renombradas del teatro francés, debería encontrar mayor protección de nuestro público. Para anoche estaba anunciado un estreno: “El Uxoricida”, y se esperaba un lleno completo. ¡He aquí una obra que viene con oportunidad precisamente cuando el estudio de la cuestión social que encierra está a la orden del día!<sup>157</sup>

Más adelante, Ortiz entra en materia y reseña:

Pues bien, se representó el sábado por la compañía Roncoroni, el anunciado y recomendado drama “El Uxoricida”, que terminando con un terrible balazo que un Don Juan da a su cara mitad, puso también en riesgo a la empresa Roncoroni. Con otro “Uxoricida” esa empresa se suicida. No debemos desearlo los que simpatizamos con la empresa del Principal, porque nos consta el mérito de sus artistas y el empeño que toman en agradar al público. Lo que sucedió es, que en aquellos días de excitación el titulillo de la obra venía como de molde, y sin más examen ni escrúpulo, *cataplum*, soltaron el culebrón. Una serie de *bien combinadas* casualidades sirven de base al desarrollo de esta obra. [Y después de numerosas casualidades y ante el adulterio cometido por la esposa...] ¿Qué hace nuestro héroe?... Se lleva la mano a la cabeza, después al corazón y por último al bolsillo donde ¡oh feliz *casualidad!* Se encuentra un revólver de seis tiros. Saca el arma homicida y apunten, fuego... ¡mata al amante! Se dirige después a su esposa y tras de un discurso filosófico-moral que abunda en *nuevos* y elevados pensamientos, la invita cordialmente a quitarse la vida, para no sobrevivir a su deshonor, invitación que, como es natural no se halla muy dispuesta a aceptar la señora, que hubiera deseado mejor ser convidada a una gran parada o a un simulacro de guerra, dadas sus afecciones por los uniformes y entorchados. [El amante era militar.] El

<sup>157</sup> *Ibid.* (24 de mayo de 1891), p. 1.

marido insiste y ella se niega por motivos que no me quiero acordar, entonces funciona de nuevo el revólver y el segundo tiro es alojado en el corazón de la infiel esposa... ¡Le quedaron al Sr. Don Juan cuatro tiros, uno para el apuntador y los otros tres para los que tuvimos la debilidad de permanecer en el teatro hasta el fin de tan *terrible* desenlace!<sup>158</sup>

Fueron célebres en los últimos años de la centuria las crónicas criminales de Albert Bataille, donde el autor francés relataba los sucesos sangrientos más notables en el París finisecular. En México, los escritores decadentistas que habían impulsado la iconografía y constructo cultural de *la vampiresa* en Europa, comenzaron a contar con numerosos epígonos entre sus colegas mexicanos. Tal es el caso del capitalino Ciro B. Ceballos, quien en su novela *Un adulterio* (1901) y en su cuento “La duda”, incluido en el volumen *Croquis y sepias* (1896) trató, con tendencia trágica en sus desenlaces, el tema del adulterio y el crimen pasional. El personaje principal de “La duda”, ante el adulterio perpetrado por su esposa y su hermano en el propio domicilio conyugal, afirma resignado que resucitar a Otelo es anacrónico y ridículo; no obstante quienes lo traicionan resultan ser también sus ejecutores. En *Un adulterio*, el protagonista encarnado en un calavera decadente culmina engañado y asesinado también por el cuadrumano que posee carnalmente a su esposa. Carlos Díaz Dufoo, por su parte, en su ensayo *Amor que mata*, publicado en la *Revista Azul* en 1894, afirma que, ante la infidelidad de la amada, la salud está de lado de Otelo, del celoso veneciano que al ser capaz de vengar su afrenta pasional demuestra la elevada condición moral de los heridos por “el amor que mata”. En el horizonte viril-republicano la masculinidad encarnaba mejor en un filisteísmo saludable que no entendía de neurosis pasionales propias de pusilánimes amujerados. Quizá esta vieja guardia de poetas con fusil al hombro nunca pudo comprender a la nueva generación, en su constructo importado de la *femme fatale* y el del héroe decadente finisecular semejante al “hombre del subsuelo” de Dostoievski. Es así que quedan expresadas estas formas contrarias y extremas de la virilidad durante el siglo.

### **5.3 Élite liberal, del chinaco al *monsieur fin du siècle***

Es necesario recordar que la marca histórica que funge como contexto temporal del presente capítulo es el año de 1891, es decir, mediados del Porfiriato. El 10 de mayo del mismo año, Ortiz publica en *El Nacional* una reseña de la ceremonia cívica conmemorativa del 5 de mayo de 1862:

---

<sup>158</sup> *Ibid.* (31 de mayo de 1891), p. 1.



Con gran lucimiento fue celebrado el martes el aniversario de esa fecha gloriosa de nuestra historia: 5 de Mayo de 1862. Juzgado este acontecimiento como un episodio heroico en la lucha sostenida por un pueblo libre para defender su patria de todo yugo extranjero, esa fiesta tiene que ser simpática para todos los mexicanos; pues con ella no se trata de revivir añejos y casi extinguidos odios de partido que no tienen ya razón de ser. Olvidemos la lucha de hermanos contra hermanos, procurando arraigar en el corazón de las nuevas generaciones los sentimientos de virilidad y de patriotismo que de nuestros antepasados hemos recibido. La autorizada palabra del eminente orador que es lustre en la tribuna mexicana, del honrado patricio y distinguido hombre de Estado, **Don Manuel María de Zamacona**, ha fijado con exactitud el motivo de esta solemnidad. “No es la humillación de la bandera francesa –dijo– lo que hoy glorificamos, es la exaltación de principios que la misma Francia nos ha enseñado a amar y respetar, *es el triunfo del derecho, la inviolabilidad del suelo patrio.*” ... ¿No es verdad que bajo este aspecto que no habla nada de discordias civiles y que ni siquiera ataca a una nación amiga, puede y debe aceptar todo mexicano la celebración de tan memorable fecha? Aquellas de vosotras que ya sois madres y que bajo vuestro cuidado queda el inculcar en el corazón de tiernos vástagos, no os olvidaréis seguramente de fomentar y avivar siempre el natural sentimiento del patriotismo. El amor a la patria es el amor a la Religión en que se nace y se vive, es el amor a la familia y la veneración a nuestros antepasados, es nuestro propio honor y la primera de las cualidades que revelan la virilidad de un hombre que se estima. Hablad, pues, a vuestros pequeños hijos mucho de la independencia de su patria, de su engrandecimiento y buen nombre, familiarizadlos con el recuerdo de sus grandes héroes; pero no les recordéis jamás antiguas rivalidades y disensiones entre hermanos, cuando en el fondo de nuestras conciencias tenemos la convicción de que cualesquiera que hayan sido las encontradas opiniones políticas que abrigara la generación que ya se extingue, la verdad es que todo mexicano verdaderamente honrado sólo ha querido buscar el engrandecimiento y la felicidad de la Patria.<sup>159</sup>

En el discurso cívico nacional porfiriano se ejerce con vehemencia la imitación cultural de Francia en casi todos los órdenes de la vida cotidiana. En el político se esgrimen los principios democráticos y populares de la Revolución Francesa, en el orden social el republicanismo contrario a los privilegios de clase, en la economía el *laissez faire et laissez passer* del liberalismo comercial entre las provincias de la nación, así como en el comercio internacional la apertura a la inversión en México por parte de esta potencia. En el terreno de la filosofía y la educación la influencia casi omnipotente del positivismo es ejercida sobre la instrucción pública en México. En cuanto a estilo de vida las élites desean poseer el *esprit* y la exquisitez de la cultura francesa, del *bon vivant*. En el arte y la cultura la supremacía indiscutible de lo francés es notable durante todo el siglo XIX. La habilidad en el discurso patriótico de una clase política dirigente estribaba en rotar de manera imperceptible para el pueblo, a ciento ochenta grados, la antigua política francófoba que había sido necesaria en el discurso de los liberales juaristas que habían peleado contra las tropas de Napoleón III y el conservadurismo

---

<sup>159</sup> *Ibid.* (10 de mayo de 1891), p. 1. Las negritas son mías.

mexicano, cuando ya no era un secreto para nadie que los reaccionarios ocupaban entonces lugares estratégicos y cruciales en la vida política del país.

El historiador norteamericano Charles A. Hale, en su notable ensayo *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, escribe sobre la doctrina política triunfante en 1867 percibiéndola —más que como proyecto de nación o sistema de postulados que regirían el destino de la República— como “mito político unificador”. En este sentido, el liberalismo clásico europeo del siglo XIX, siguiendo las ideas filosóficas de Augusto Comte, debería ser superado por la sociedad mexicana, aduciendo su propensión a la rebeldía ante un gobierno tiránico. Una vez extinta la supuesta amenaza del despotismo reaccionario, el Partido Liberal quedaba desprovisto de una bandera de lucha que sólo podía operar bajo circunstancias bélicas. De manera que, se convirtió en tarea ineludible para la élite republicana implementar un nuevo programa de políticas públicas que tuviera sentido práctico y legitimidad ante la población. De este modo, el Estado mexicano eligió —teniendo en el doctor Gabino Barreda su máximo paladín— al positivismo como su programa educativo y rector de la nave gubernamental. Esto ocurrió en un principio con la creación de la Escuela Nacional Preparatoria, más adelante con el periodismo del joven Justo Sierra y sus correligionarios de *La Libertad*, publicación capitalina de 1878. “Más política y menos administración” comenzó a ser lema y tendencia desde el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada, prolongándose durante los más de treinta años del Porfiriato. Para que las distintas fuerzas políticas pudieran congregarse y avanzar de manera conjunta en el camino del progreso, era imperiosa la construcción de lo que Hale llama el “mito político unificador” en el liberalismo, como estandarte que confirmaría la victoria de la facción juarista y la efigie del Benemérito como tenue símbolo de la unidad nacional en todos sus niveles y ámbitos.<sup>160</sup> El liberalismo de Henri Saint Simon y el positivismo de

---

<sup>160</sup> “El pensamiento político de la época queda mejor descrito si decimos que fue un liberalismo triunfante y oficial que, aunque en lucha con los conceptos positivistas, acabó transformándose paulatinamente gracias a ellos. En resumen, el libro [*La transformación...*] trata de los postulados intelectuales de la institución liberal de fines del siglo XIX, años en que prevaleció el consenso ideológico pese a los conflictos entre las facciones y pese a los debates continuos y con frecuencia acrimoniosos. Un indicador de este consenso fue el tema recurrente en los discursos de la unidad del Partido Liberal, que acompañó las políticas seguidas por los presidentes Díaz y González con el fin de reconciliar a quienes habían sido partidarios de Juárez, Lerdo e Iglesias, y finalmente con el de glorificar a Benito Juárez como el liberal perfecto y héroe nacional. / La clave de la transformación del liberalismo fue el surgimiento de la doctrina de la política científica... La nueva era “positiva” debía guiarse por la “ciencia”, y las medidas políticas a seguir, basarse en la observación, la experimentación y los hechos, no sobre dogmas y abstracciones. La administración por unos especialistas científicamente educados debía remplazar a la política tradicional como base del gobierno eficaz.” (Charles A. Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines*

Augusto Comte en la política, la Ciudad Luz como foco de la cultura occidental, Víctor Hugo como líder espiritual y presidente honorario de la Sociedad de Libres Pensadores en 1870, el Romanticismo social como ideal estético, ¿era acaso viable dar la espalda a todo aquello que Francia representaba en este siglo? Imposible, las armas republicanas “se cubrieron de gloria” sólo en contra del imperialismo napoleónico, jamás contra la cumbre decimonónica de la civilización occidental.

Para seguir los pasos del cronista Ortiz a través el espacio urbano de la élite porfiriana, es necesario hacer referencia a los principales sitios de interacción, recreo, desarrollo cultural y lucimiento en sociedad de ésta. El hipismo, deporte siempre característico de las altas esferas, reunió en torno a sí —en el Hipódromo de Peralvillo (más tarde en el de la Condesa) y en el Jockey Club— a los miembros de la oligarquía mexicana y extranjera que regían la capital. A meses de la gran inauguración del célebre palacio de la calle de Plateros, Ortiz trae a la memoria, a quince años de su muerte, al licenciado Rafael Martínez de la Torre, prominente abogado de tendencia liberal, miembro de la élite juarista durante la República restaurada, cuya actividad empresarial fue ejemplo de la especulación en bienes raíces que movilizó grandes capitales de las masas desposeídas hacia las élites opulentas:

La suntuosa morada que fue de los Condes del Valle, el Señorial Palacio de los Azulejos, que después de pasar a manos extrañas a mediados de este siglo, estuvo mucho tiempo casi abandonado, ha debido su restauración al inolvidable caballero, honra del foro y las letras nacionales, Licenciado Don Rafael Martínez de la Torre, quien lo adquirió el año de 1872. Martínez de la Torre, cuya vasta ilustración era respetada, no sólo como jurisconsulto y tribuno elocuentísimo, sino como literato consumado, arqueólogo y anticuario, tuvo marcada predilección por este edificio y parecía encontrar en él satisfecho mucho de su gusto estético. Se propuso desde luego restaurarlo, conservando religiosamente el orden arquitectónico y estructura que traía de antemano; procuró poner de relieve todas las bellezas que encerraba, agregando sólo lo que el gusto y el lujo de nuestra época pedían y que no estuviera en discordancia con el estilo del hermoso edificio. A este ilustre abogado se debe, pues, la reparación oportuna y apropiada de tan suntuosa casa, obra en que empleó mucho dinero y el más asiduo y exquisito empeño.<sup>161</sup>

María Dolores Morales, desde la óptica de estudios urbanísticos llevados a cabo en años muy recientes, y dando luces precisas sobre su relación con el inmueble que se menciona, expone sobre el empresario veracruzano:

---

*del siglo XIX*, pp. 399-400.) **Agradezco profundamente al doctor Vicente Quirarte el haberme dado noticia de esta obra luminosa en el estudio del liberalismo mexicano, y habérmela facilitado de su propia biblioteca.**

<sup>161</sup>Heberto, *op. cit.* (29 de marzo de 1891), p. 2.

Durante un largo periodo, Martínez de la Torre habitó en una casa subarrendada. Hasta 1871 adquirió las casas números 10 de San Francisco y 1 del callejón de la Condesa para formar una sola, conocida como Casa de los Azulejos (actualmente Sanborns Madero). Se trata de un auténtico palacio cuya arquitectura es única en su género, por estar su fachada totalmente revestida de azulejos; gastó en su restauración más de cincuenta mil pesos y vivió en ella hasta su muerte. Además de esta residencia poseía, al morir, dos terrenos y otras cuatro casas localizadas en San Ángel, Tacubaya, el Paseo Nuevo y en Guanajuato (Casa de Granaditas) con un valor total incluyendo la de los Azulejos de \$130 478.50. En su mayoría sus bienes urbanos estaban también gravados y reconocían hipotecas por 76.70%, de su valor total.<sup>162</sup>

He aquí en consecuencia, una probable traición de Ortiz a los ideales republicanos de quienes lucharon —desde distintas trincheras— contra la imposición de un emperador europeo, quienes veían en el pasado virreinal un orden injusto y retrógrada y a la Ciudad de México como una capital dominada por el fanatismo y los intereses reaccionarios. No obstante, nuestro cronista parece admirar ese carácter señorial cuando se encuentra en poder de un correligionario. ¿La República de las letras también se convirtió acaso en un conciliábulo elitista? Recién vencidos los conservadores, el arte y la cultura — expresadas en las numerosas sociedades literarias y artísticas que se formaron en la capital durante el siglo, algunas de las cuales integraron Martínez y el propio Ortiz, junto con muchos de sus coetáneos— congeniaban bien con la austeridad republicana. No obstante, durante los años en el poder el Partido Liberal evolucionó hacia la transigencia y en ciertas esferas, hacia la corrupción. Rafael Martínez de la Torre fue un nuevo modelo de empresario mexicano que, aunque dejó atrás el rentismo y los capitales estáticos de la burguesía suntuaria, no perdió oportunidad de acrecentar su caudal gracias a sus buenas relaciones con el poder. Practicó la inversión en bienes raíces urbanos fundando colonias para el nuevo proletariado (como fue el caso de la Guerrero) especulando con los terrenos y dejando a las comunidades desprovistas de servicios y saneamiento por largos periodos. Este caso es emblemático, como consecuencia de la ley de desamortización de bienes durante la República restaurada y el Porfiriato; el pacto de vasallaje establecido entre Juárez, Lerdo, Díaz —en orden cronológico— y sus allegados, improvisó numerosas fortunas y encumbró socialmente a personajes como Martínez de la Torre. La oligarquía rancia comenzó a admitir entre sus filas a los advenedizos que habían sabido medrar mediante su habilidad política o financiera, de modo que se fue formando un conciliábulo del dinero y el poder cuyo patrimonio fue el destino de la nación, un club de potentados cuya familiaridad y trato desenvuelto promovían sus panegiristas. El propio matrimonio de Díaz constituyó un

---

<sup>162</sup> María Dolores Morales, *op. cit.*, p. 330.

maridaje entre el nuevo poder militar y la vieja aristocracia, así como al propio dictador se le deseaba atribuir a la vez dotes como *imperator* de la paz, nuncio de la civilización y modelo de *gentleman* de salón. En el siguiente párrafo, Luis Gonzaga enarbola el connubio entre poder político y elevación social que perseguía la *belle époque* porfiriana, exaltando la figura del general Díaz como salvador imprescindible de la nación y además caballero refinado y de buen tono:

El “Jockey-Club” celebró la noche del jueves su inauguración con una gran comida, que fue ofrecida al Señor Presidente de la República. Ya EL NACIONAL os ha dado una descripción de tan brillante fiesta. Pero me diréis, ¡esas fiestas de hombres solos son muy frías! Tenéis razón, mas os advertiré, para vuestro gobierno, que en esa reunión se habló de establecer unas tertulias periódicas que revestirán cierto carácter de íntima confianza. Esta idea, emitida en *petit comité*, fue apoyada por el Sr. General Porfirio Díaz, cuya galantería y sociabilidad son proverbiales. ¿Qué mejor apoyo queréis? El ilustre guerrero, el caudillo de la libertad, es hoy el campeón de nuestros derechos, y derechos positivos, porque casi todas vosotras las señoras más distinguidas formáis las familias de los miembros de esa sociedad; por consecuencia, esa hermosa mansión es vuestra.<sup>163</sup>

La crónica es, en su sentido colectivo más utilitario, cotilleo de la ciudad e incorporación del poeta al sistema de producción moderno mediante su función social en la prensa. Es la oportunidad idónea para la asimilación del escritor a la sociedad de consumo por medio del periodismo; su trabajo intelectual queda sometido a las leyes de mercado. Como vaso comunicante con cuatro siglos de distancia, la exaltación del *yo*, sus acciones y su mirada particular, es un rasgo que comparten la crónica renacentista y la periodística de finales del siglo XIX. Esta última representa una fuga del discurso autómatas de la mera información —por ello el menosprecio de los cronistas por el *reporter*—. Su función social de chismorreo se traduce en apropiación del espacio colectivo y del discurso misceláneo que lo pergeña en las columnas del periódico. La necesidad de la crónica es comprendida como *entertainment*. Mas el ser cronista es tan sólo una faceta de una noción mucho más amplia, la del *flâneur*, habitante del bulevar, el pasaje y el salón, observador incógnito, detective involuntario, solitario en la multitud, desocupado descriptor de lo moderno en su apropiación retórica del objeto lujoso. Walter Benjamin escribe sobre la crónica de la segunda mitad del siglo XIX en París:

La información necesitaba poco sitio; y era ella, no el artículo político de fondo, ni tampoco la novela del folletón, la que ayudaba al periódico a ese cariz nuevo cada día, variado con astucia incluso en pruebas, y en el cual residía una parte de su encanto. Tenía que renovarse constantemente: cotilleos de la ciudad, intrigas de teatro, hasta “lo

<sup>163</sup> Heberto, *op. cit.* (19 de abril de 1891), p. 1.

que era digno de saberse”, eran sus fuentes preferidas. Desde el primer momento hay que percatarse de la elegancia, algo barata, tan característica del folletón.<sup>164</sup>

Nuestro cronista, en la etapa finisecular de su obra, es *flâneur* por mandato; su ocio observador se hace productivo. Es habitante del paseo, el teatro y el salón, exaltando el perfil aristocrático de la ciudad y soslayando el espacio popular. Por cuanto hace a las figuras retóricas empleadas por Ortiz para hilvanar el discurso en el lienzo multicolor y fragmentario de la crónica, resulta de crucial importancia la descripción. Muchos teóricos han advertido sobre la aparente gratuidad e inmotivación de este procedimiento discursivo, sobre todo en la narrativa. La mera acumulación de objetos y sus dimensiones, sus colores, sus matices, su volumen, su proximidad o lejanía, su simpleza o suntuosidad, su valor pragmático u ornamental, parecen no representar un gozne o alguna coyuntura fundamental en un relato. Sin embargo, la descripción —si pensamos en la necesidad informativa esencial que cubría la crónica en las sociedades modernas o en vías de modernización de fin de siglo— no sólo adquiere una función imprescindible como “efecto de realidad”, concepto desarrollado por Roland Barthes<sup>165</sup>, sino que, según los rasgos de la crónica como género referencial y precedero, la descripción se vuelve absolutamente ineludible en este tipo de texto. He aquí una notable *descriptio* que el cronista de *El Nacional* realiza sobre la suntuosa decoración interior del Jockey Club:

La monumental escalera que se hace notable por su piso y techo de azulejos, distribuidos en dibujos primorosos conserva el hermoso candelabro de alabastro que sostiene quince globos de cristal. Las cuatro antiquísimas y preciosas pantallas que adornaban las paredes han quedado también en su lugar. Siguiendo por el corredor, que es notable por su riquísima balaustrada de bronce, se tiene acceso a la antesala que conduce por una puerta hacia la derecha a dos preciosos saloncitos, y por la puerta del fondo al gran salón de recepciones, el cual reviste un fondo de severidad y sencillez del mejor gusto. Sus paredes están cubiertas de un tapiz traído expresamente de Londres, cuyo tapiz afelpado, rojo a dos tonos, hace juego con la alfombra que tiene los mismos colores un poco más subidos y con las magníficas colgaduras. Los sofás, sillones y butacas, de finísimo cuero de cerdo, son de color amarillo, y su forma y construcción de lo más confortable y apropiado. Estos muebles, así como los demás que componen el menaje del establecimiento, han sido construidos en la afamada casa de Maple y Comp., en Londres. Tres inmensas y hermosas lámparas de cristal, dispuestas para gas y luz eléctrica, completan el menaje del salón. Dividido por hermosas columnas y rica colgadura, se encuentra el segundo salón destinado para lectura. Sus muebles son de la misma clase y de color oscuro. Siguen después los salones de juego de cartas, perfectamente amueblados, y el de billar... El gran comedor, verdaderamente suntuoso, llama la atención, sobre todo por su techo de primoroso artesonado; sus muebles son de nogal y la sillería forrada de cuero de cocodrilo café oscuro. Uno de los departamentos

<sup>164</sup> Walter Benjamin, *op. cit.*, p. 40.

<sup>165</sup> Véase Roland Barthes, “El efecto de realidad”, en *El susurro del lenguaje*, pp. 179-187.

más agradables es la terraza que sigue al comedor, cubierta por una gran bóveda de cristales y circundada de plantas y flores finísimas.<sup>166</sup>

¿Es entonces la descripción en la crónica justificada por una finalidad comunicativa específica o **aparentemente** desmotivada como en la narrativa? Al igual que en esta última, la función de la *descriptio* en la crónica es la de autentificar lo real. Si en la novela y en el cuento los procedimientos descriptivos colman los espacios vacíos en la mente hipotética del lector implícito, en la crónica desempeñan una función esencial, no de asemejar el relato y sus objetos representados a la realidad, sino de **llevar** éstos y sus fenómenos ante la mirada directa del público lector y consumidor. Roland Barthes apunta sobre “el efecto de realidad” inherente a esta figura retórica —esencial en cualquier tipo de discurso narrativo—: “La descripción aparece así como una especie de “carácter propio” de los lenguajes llamados superiores, en la medida, aparentemente paradójica, en que no está justificada por ninguna finalidad de acción o de comunicación. La singularidad de la descripción (o del “detalle inútil”) en el tejido narrativo, su soledad, designa una cuestión de la máxima importancia para el análisis estructural de los relatos”.<sup>167</sup> Escena de inventario, la descripción debe pasar revista a todos los objetos que ahí se encuentran. El teórico francés Philippe Hamon expone rasgos esenciales de esta figura retórica:

Dans la mesure où le texte réaliste est un texte pressé et qui se veut lisible, la description aura probablement tendance à assumer un rôle d’opérateur de lisibilité, à *encadrer* l’énoncé proprement narratif, assurant ainsi la concaténation logique, souvent syllogistique, de l’énoncé (le *post ergo propter hoc*). Par cette distribution, le discours réaliste se rapproche encore de l’énoncé proprement technologique, généralement encadré lui aussi entre deux descriptions.<sup>168</sup>

Probablemente la experiencia de Ortiz como poeta funja como sostén lingüístico para realizar una descripción magistral como la que se consigna. De esta manera, la función comunicativa del lenguaje se ve rebasada con arte. La minucia aparentemente injustificada da origen a una secuencia de formas y texturas bien codificadas, que a su vez, pergeñan no sólo la verosimilitud de un discurso eminentemente realista, sino la veracidad real de un discurso informativo, o ambos en simbiosis sosegada que culmina

<sup>166</sup> Heberto, *op. cit.* (29 de marzo de 1891), p. 2.

<sup>167</sup> Roland Barthes, “El efecto de realidad”..., p. 181.

<sup>168</sup> “En la medida en que el texto realista es un texto apresurado y que se quiere legible, la descripción tenderá a asumir un papel de operador de legibilidad, a encuadrar el enunciado narrativo, asegurando así la concatenación lógica, silogística del enunciado (después de esto seguirá esto). Por esta distribución, el discurso realista se acerca al enunciado tecnológico encuadrado entre dos descripciones.” (Philippe Hamon, « Un discours contraint », en *Littérature et réalité*, p. 163.) La traducción es mía.

satisfaciendo los paradigmas de un público lector que desea recrearse tanto como estar al día.

#### 5.4 Apropiación privada del espacio público

En uno de los paseos tradicionales de la ciudad, desde la época novohispana, la Alameda, Ortiz percibe y deplora uno de los rasgos esenciales del carácter nacional que colisionan con los anhelos de la élite porfiriana de exhibir un México franco, cosmopolita y risueño, que no el México provinciano, hermético y murmurador que se concebía desde los ideales republicanos como una rémora del pasado virreinal:

La Alameda sigue siendo el atractivo de los domingos en la mañana. El oxígeno, el dulce ambiente, el aroma de las flores, las músicas y la juventud que concurre, dan a ese paseo cierto atractivo. Hay, sin embargo, algo que le hace ser monótono: la seriedad con que se miran entre sí aún las personas que se guardan alguna intimidad. No se explica el porqué de esa circunspección y reserva exageradas. ¿Por qué en esa clase de paseos parece no ser lícito reunirse las señoras y caballeros de un mismo círculo?<sup>169</sup>

Bachelard, desde las ensoñaciones y subjetivas apropiaciones que propone en su *Poética del espacio*, sostiene una mirada posible sobre la gran ciudad, en tanto región absolutamente opuesta a la de la intimidad poética: “Se sabe que la ciudad es un mar ruidoso, se ha dicho muchas veces que París deja oír, en el centro de la noche, el murmullo incesante de la ola y las mareas. Entonces convierto esas imágenes manidas en una imagen sincera, una imagen que es mía, tan mía como si la inventara yo mismo, según mi dulce manía de creer que soy siempre el sujeto de lo que pienso”.<sup>170</sup> El espacio urbano, al igual que todo el espacio humano, es artificial, posee una carga semiótica, por ende cultural. De este modo vincula Michel Foucault su pensamiento sobre el espacio con la *Poética* de su connacional epistemólogo:

La obra —inmensa— de Bachelard, las descripciones de los fenomenólogos nos han enseñado que no vivimos en un espacio homogéneo y vacío, sino, al contrario, en un espacio totalmente cargado de cualidades, un espacio tal vez también rondado por fantasmas; el espacio de nuestra percepción primera, el de nuestras ensoñaciones, el de nuestras pasiones tienen en sí-mismos cualidades que son como intrínsecas; es un espacio ligero, etéreo, transparente, o bien es un espacio oscuro, rocoso, atiborrado: es un espacio de arriba, un espacio de las cumbres, o al contrario es un espacio de abajo, un espacio del fango, es un espacio que puede ser corriente como el agua viva, es un espacio que puede estar fijado, cuajado como la piedra o como el cristal.<sup>171</sup>

<sup>169</sup> Heberto, *op. cit.* (12 de abril de 1891), p. 1.

<sup>170</sup> Gaston Bachelard, *op. cit.*, p. 63.

<sup>171</sup> Michel Foucault, “Espacios otros”, en *Versión. Estudios de comunicación y política*, Nueva época, no. 9 (abril de 1999), p. 18.



El espacio del poder desea transformarse en espacio de la intimidad. Los paseos públicos pertenecen, por antonomasia, al pueblo; en cierto sentido, la clase dirigente se encuentra aquí en territorio ajeno. Ésta lo intuye, y en concordancia con esta intuición sus miembros actúan como visitantes, como extranjeros. De modo que probablemente su actitud taciturna al encontrarse unos a otros se debiera a su voluntad de preservar tanto su estatus social como su práctica del espacio como íntimo dentro de lo oficialmente público. El discurso político se topa aquí con su máxima contradicción. La equidad social y la propiedad pública de la nación debe sostenerse ante toda la ciudadanía, y la oligarquía mimada se ve obligada a interiorizar ese espacio para poseerlo. Contrariamente a lo que ocurría en la Alameda, la desenvoltura y desparpajo de la *high life* de México en el Hipódromo de Peralvillo sí permitía a los impulsores de la *belle époque* soñar con una jornada hípica en el *Bois de Boulogne*. Las formas de la interacción social de la élite, en circunstancias de propiedad indiscutible del espacio, mostraban un *avoir de l'esprit* capaz de complacer las conquistas culturales de la oligarquía en ascenso. Así lo constata el autor nacido en Tacubaya:

A las cuatro de la tarde estaba casi toda la gradería del Hipódromo ocupada con gran parte de la mejor sociedad. Las músicas y la animación de la juventud daban alegre aspecto a la fiesta y bien pronto se vio invadido el parque por grupos de preciosas señoritas. En ese paseo se nota siempre vida y animación. Se reúnen en grandes grupos los caballeros con las damas, y la más amable cordialidad ofrece momentos de verdadera expansión.<sup>172</sup>

Julio Ramos, de nueva cuenta pone de manifiesto la función social cohesionadora —en selectos círculos— de la crónica urbana en la Hispanoamérica finisecular:

La oralidad —la plática amena— bien puede aplicarse al lenguaje tecnologizado de la información, e incluso proyectarse como un simulacro de familiaridad, de (cierta) comunidad, en el interior del ámbito fragmentado del periódico. Pero sobre todo es una oralidad que interpela... a los lectores de una clase social capaz de identificarse con ese tipo de “comunidad” cristalizada en la plática del club.<sup>173</sup>

Así como los recursos materiales y el destino de la nación en el concierto internacional eran patrimonio —heredad familiar— y responsabilidad de la élite porfiriana, el espacio social-urbano de su interacción debía ser también casi parte de su espacio íntimo, aunque formara parte física del espacio público. Para los miembros de la élite, en su ámbito tanto interior (individual) como de clase social, la extensión del primer cuadro

<sup>172</sup> Heberto, *op. cit.* (26 de abril de 1891), p. 1.

<sup>173</sup> Julio Ramos, *op. cit.*, p. 133.

de la Ciudad de México constituía un espacio geográfico-cultural que concebían como indiscutiblemente propio. Las clases populares y menesterosas lo habitaban y poseían acaso con mayor derecho y corporeidad que ellos, empero se demarcaba como predio de dueño conocido, aquel que podía vivirlo como experiencia cultural y no sólo de supervivencia. Ese “mar ruidoso” sobre el que escribe Bachelard es materializado por la “plebe” numerosa y latentemente nociva, ante la que es imperativo “fingir”; en el espacio que pertenece a todos —llámese la Alameda— no es posible ser expansivo, sino que es consigna guardar el recato y el hermetismo en un “estamos entre ustedes, pero no somos como ustedes”. Por ello es que la *causerie*, el desenfado, el desparpajo, la sociabilidad abierta y franca, propia de las razas civilizadas, sólo es posible cuando la élite discrimina a su otro *populus* y se halla a su entero placer entre los suyos. He aquí un indicio —en un fragmento de crónica en que Ortiz señala los galardones de los combates florales— que pudiese llevarnos de la mano hacia la colocación certera del emplazamiento oligárquico de la Ciudad de México finisecular en los terrenos fértiles, bien irrigados, altos y ricos en flora del poniente, en los que era posible poseer y mantener vastos jardines, sostenes indiscutibles del decoro del espacio dominado secularmente por el ser humano: “La comisión de Paseos del Ayuntamiento ha destinado dos primeros premios y dos segundos. Los primeros son: una “Jardinera” bronce y color primer Imperio, y una escribanía de palisandro incrustada. Los segundos son: una estatua de bronce, “Flor de Mayo”, de Augusto Moreau, y una jardinera de Magólica.”<sup>174</sup> Y he aquí —también en concordancia con la posesión afrancesada e ilustrada de los espacios botánicos de la geometría urbana— la crónica de “las guerras floridas decimonónicas” de una capital mexicana plena de *spleen* aristocrático y desdén de lo popular:

Un episodio semejante pudo verse cerca de la Glorieta de Colón. Un *vis-a-vis*, cubierto de gardenias, rosas y violetas, fue sorprendido por el imponente aparato guerrero que presentaba un *breek* tirado por cuatro caballos, y habilitado de una inmensa cantidad de flores. Los del *breek* atacaron con furor, inundando de blancas rosas a una hermosa rubia de ojos color de cielo, y a sus tres compañeras, quienes al verse agredidas, contestaron con una descarga cerrada de jazmines, madre selvas y heliotropos; la lucha se entabló de una manera seria, y de pronto se vio que del *breek* brotaba una nube de *bouquets* que pareció dejar anonadadas a las del *vis-a-vis*; sus sombreros y sus trajes estaban casi cubiertos, con fragmentos de gardenias, hojas de rosas, violetas y *miosotis*, pero repuestas de la sorpresa, las hermosas jóvenes dispararon de nuevo con certera

---

<sup>174</sup> Heberto, *op. cit.* (5 de abril de 1891), p. 1.

puntería. El momento fue decisivo, los del *breek* parecieron capitular, y un saludo respetuoso, contestado por amables sonrisas, dio punto a la contienda.<sup>175</sup>

La crónica es, según la propuesta del presente estudio, *heterotopía* de yuxtaposición (quizá en la misma medida que lo son, para Foucault, el teatro y el cine). Es linterna mágica, cinematógrafo, dinamismo en las secuencias de acción en la ciudad, proyección de imágenes y escenarios urbanos en el papel impreso del periódico. Una es la ciudad tangible, escenario panóptico del concierto urbano; otra es la secuencia subjetiva que se proyecta en las columnas de la prensa. La crónica es *heterotopía* porque idealiza el espacio urbano, lo relativiza y lo pone en la perspectiva de un solo individuo. Es a la vez fuga y punto de encuentro en la ciudad; encuentro entre un *yo* particular y la ciudad, entre ésta, el *yo* del cronista y el *otro* lector. María Inés García Canal pone de relieve ideas centrales del pensamiento foucaultiano sobre el espacio:

Los espacios pueden ser internos, como el del sueño o el del enfermo mental; y también externos, los espacios del afuera del sujeto, vivenciados según el momento histórico como conjuntos jerarquizados de lugares; como espacios abiertos e infinitos; o bien como emplazamientos que indican relaciones entre un punto y otro, entre un elemento y otro capaz de establecer redes, tramas, generar señalizaciones. El emplazamiento es la forma en que vivimos hoy el espacio. Esta vivencia actual hace evidente su carácter heterogéneo, conjunto de emplazamientos disímiles que no pueden reducirse unos a otros, que no pueden, de ninguna manera, superponerse.<sup>176</sup>

Las fincas de recreo de las familias acomodadas del siglo antepasado —emplazamientos campiranos inverosímiles para la disposición actual de nuestro espacio urbano— representan otra muestra indiscutible de la siempre patente desigualdad social entre los mexicanos. Así trasluce en el siguiente fragmento de crónica de Ortiz, en la primavera de 1891:

Lo avanzado de la estación hace a las familias de esta capital dirigir los ojos hacia los hermosos pueblecillos que circundan la ciudad. Tacubaya, Mixcoac, Tlalpan, Coyoacán y San Ángel, ofrecen con todos los encantos de la naturaleza, la quietud y el descanso a la fatiga que trae consigo la vida activa de la sociedad. [...] Id vosotras, que podéis hacerlo, a gozar de la exuberante y pródiga naturaleza. El aire puro de los campos y la higiene renovarán vuestras fuerzas, y la dicha y la alegría vivificarán vuestras más puras ilusiones.<sup>177</sup>

Atendiendo a la fundación y prácticas del espacio periférico de nuestra ciudad a fines del siglo XIX, es posible dar cuenta de una marginalidad paradójica y recíproca. Mientras que las familias incipientemente proletarias buscaban formar sus primeras

<sup>175</sup> *Ibid.* (19 de abril de 1891), p. 1.

<sup>176</sup> María Inés García Canal, "Foucault, filósofo del espacio", en *Versión. Estudios de comunicación y política*, Nueva época, no. 9 (abril de 1999), p. 67.

<sup>177</sup> Heberto, *op. cit.* (26 de abril de 1891), p. 1.

organizaciones, fruto de la incursión mexicana del socialista griego Plotino Rhodakanaty, y sus primeros asentamientos urbanos derivados de su congregación política, la clase alta practicaba —desde hacía décadas— el veraneo en zonas rurales aledañas a la Ciudad de México. Los acaudalados poseían fincas suburbanas donde podían gozar de mejor clima, sosiego, descanso y proximidad casi inmediata con sus negocios. Mientras que los desposeídos luchaban por fundar colonias que contaran con servicios y saneamiento apenas necesarios, los más afortunados echaban de menos su protagonismo social en Plateros y San Francisco, coordinada de lo *chic*, de los protagonistas de la vida urbana. Inclusive, por lo que es posible inteligir del siguiente fragmento de una crónica de *Heberto*, hasta una festividad religiosa de talante popular como lo era la Semana Santa, pasaba por el cedazo elitista de la crónica, haciéndola lucir como una oportunidad anual única para que las grandes señoras ostentasen sus virtudes piadosas en el ámbito señorial de los templos, remanentes del pasado barroco virreinal de la arquitectura y la forma de vida del orden monárquico:

La Semana Santa acaba de pasar, y con sólo decirlo esto comprenderéis desde luego que, la mayor calma y silencio absoluto han reinado en los salones de nuestra buena sociedad. Nuestras más distinguidas damas, fervientes católicas, como lo es el sentimiento general de la sociedad de México, han guardado el respeto debido, en estos días en que la Iglesia, en medio de solemnes ceremonias, conmemora el hecho grandioso de la Redención. No ha habido pues, ningún acontecimiento social digno de ocupar nuestra atención. Todo el movimiento de la capital se ha concentrado en los templos. Ahí ha concurrido todo México siguiendo la tradicional costumbre. Santa Brígida, Santa Clara, la Profesa y Santo Domingo, han sido los templos más concurridos y donde se ha ostentado el culto en toda su magnificencia. La Profesa y Santo Domingo han seguido el estilo que nos recuerda nuestra infancia, cuando llenos de admiración contemplábamos tal profusión de cera, palmas, trigo y aguas de colores, y tan variadas y hermosas perspectivas. Santa Brígida, presentando un aspecto más severo y un no sé qué de espiritual y tierno en su conjunto, era el templo que más parecía convidar al recogimiento y meditación.<sup>178</sup>

Quizá si habláramos de modas literarias y de novelas con mayor grado de popularidad durante el Porfiriato, subrayaríamos la importancia de *Naná* y de la obra de Zola en su conjunto, así como de la celeberrima meretriz mexicana que protagoniza la *Santa* de Federico Gamboa. El binomio cultural Francia-México imponía las tendencias estéticas y de consumo de bienes simbólicos en el mercado mexicano. Mas es preciso señalar que esta cercanía era más acentuada en los círculos elevados de la intelectualidad. Por cuanto puede decirse del “gran público”, que en México nunca fue muy grande, la literatura hispánica continuó imponiendo sus fueros hereditarios, sobre

---

<sup>178</sup> *Ibid.* (29 de marzo de 1891), p. 2.

todo en el teatro con la gran popularidad de José de Echegaray. En cuanto a la novela española, es posible señalar las asiduas lecturas de *La Regenta* de Leopoldo Alas *Clarín*. Es así, que en numerosos aspectos, la Ciudad de México guardaba más similitudes con la monástica Vetusta (Oviedo), que con la cosmopolita París. Es por ello que, tanto la magnificencia de las iglesias barrocas como las tradiciones populares — entre éstas las deliciosas y embriagantes aguas de colores que los penitentes clamaban como ¡lágrimas de la Virgen!— hacían de la Semana Santa una tregua obligada, un armisticio entre clases, una amnistía en que la resurrección de Cristo podía redimir a ricos y pobres por igual. Julio Ramos apunta, en concordancia con esto: “La estilización en la crónica transforma los signos amenazantes del “progreso” y la modernidad en un espectáculo pintoresco, estetizado. Obliterada la “vulgaridad” utilitaria del hierro, la máquina es embellecida, maquillada, y el “oro” (léxico) modernista es aplicado a la decoración de la ciudad. [...] El mercado mismo cubría su rostro utilitario, abriendo incluso un espacio para la “experiencia” de lo bello en la ciudad.”<sup>179</sup> Es así lógico que, en un mismo tenor, en las crónicas de Ortiz se coloquen las festividades populares y las experiencias ritualizadas del arte: como funciones de teatro, ópera o zarzuela. En este sentido, resultaba indispensable que la Ciudad de México, bastión cultural de la República, contara con algunos teatros de suficiente capacidad de espectadores y un mínimo de renombre internacional, así como con la presencia periódica o al menos esporádica de compañías teatrales, de ópera o zarzuela, que representaran en este escenario las piezas más célebres en el orbe. Asimismo, era necesario que los cronistas como *Heberto* emprendieran la proeza de dotar, ante la imagen internacional en la prensa, a la capital de una vida cultural activa y cosmopolita, así como de la fama de una oligarquía culta y refinada que supiese apreciar el buen arte, tanto como la influencia extranjera en los negocios nacionales:

El Teatro Nacional ha estado en la semana mucho más concurrido. El eco de los triunfos obtenidos por la encantadora Juch, y tal vez la rebaja de precios acordada por la Empresa, han hecho ocupar tantas localidades como habían permanecido vacías, no obstante la novedad de los grandes espectáculos que revisten las obras de Wagner. Manifestado vivamente el deseo por gran parte de las señoras que concurren a la Ópera, de que las obras de Wagner, casi todas conocidas hasta ahora por el público de México, se alternasen con las de Meyerbeer, Rossini y Verdi, en las que, tan buenos recuerdos han dejado los más eminentes artistas que últimamente han visitado nuestra capital, la Empresa dispuso para el domingo la “Carmen” de Bizet, y para el miércoles “Los Hugonotes”. [...] ...la representación estuvo lucida. Emma Juch, inspirada y artística como siempre, sobresaliendo en el hermoso dúo con el bajo y en el dúo final, en el que

---

<sup>179</sup> Julio Ramos, *op. cit.*, p. 114.

dio a la escena, con su acción dramática, profundo interés. Vistió con la elegancia y propiedad que acostumbra. La Maconda, en el papel de *Margarita de Valois*, recibió muchos y merecidos aplausos. La Meislinger hizo un paje ligero y gracioso. Franz Vetta dijo bien su canción del primer acto, y en el dúo del tercero secundó con brío a Emma Juch. El *Marcelo* es uno de los personajes que mejor ha caracterizado Vetta en la actual temporada. Leo Stormont llenó su papel interpretando la noble figura de *Nevera*, y Knight caracterizó bien al fanático *Saint Bris*. La *mise en scène* con bastante propiedad y los coros bien, si se exceptúa el grandioso de la conjuración que estuvo algo débil. La orquesta, como siempre, magistral.<sup>180</sup>

El teatro, la ópera y la zarzuela representaban una tríada cultural idónea para conjugar la estética del arte con la belleza ornamental de los espacios y de los atuendos y afeites de las damas de la alta sociedad, tal como puede desprenderse del siguiente fragmento de una crónica de Luis Gonzaga, publicada en mayo de 1891:

La noche del martes, tuvimos en el Teatro Nacional la función que a beneficio de los Hospitales y Asilos de la Beneficencia Pública, ofreció Emma Juch. Una comisión compuesta de los Sres. Don Agustín Cerdán, Don Ignacio Bejarano y **Don Juan de Dios Peza**, organizó todo lo relativo al mejor éxito de ese beneficio. A las numerosas relaciones con que cuentan dichos señores, se debió indudablemente que todas las principales localidades fueran ocupadas por distinguidas familias que se apresuraron a contribuir al brillo de la fiesta y al alto objeto para que estaba destinada. El teatro, preciosamente engalanado con perfumadas flores, que entre el verde follaje destacaban, formando ondulantes guías y coronas graciosamente colocadas, presentaba un golpe de vista por demás agradable. La balaustrada de las plateas y de los palcos estaba casi cubierta de violetas y rosas blancas, y entre éstas se dejaban ver los bustos de muchas de nuestras más distinguidas damas, que en aquella noche de gala se presentaron casi todas con trajes escotados. [...] A varias señoras oí celebrar en ligera y agradable conversación de *entre-act*, dos trajes que verdaderamente llamaron la atención. Fue uno de ellos el de la Srita. Sofía Romero Rubio. Era de *peau de soi* color de rosa, con el *corsage* abierto por delante en forma de cuadro, y cuello de estilo Médicis; la manga era larga y abullonada por el hombro, siguiendo también el mismo estilo. La Srita. Sofía Romero Rubio se veía muy elegante con ese traje, tan apropiado a su esbelto talle y distinción. Era el otro de bengalina verde Nilo a rayas brillantes y opacas, y el dibujo del escote estaba enteramente marcado por guía de rosas que se extendía hasta los hombros. Este traje fue llevado por la Srita. Beatriz Redo, y el gusto de su confección demuestra que no hay nada que realce tanto las *toilettes* de las jóvenes, como el adorno de flores colocado con cierto gusto.<sup>181</sup>

### 5.5 Deseccación de la cuenca lacustre, génesis de nuestra ilegibilidad urbana

Otro signo indiscutible del abismo reinante entre las clases sociales del México porfiriano se halla en el siguiente pasaje cronístico de Ortiz. Mientras que los residuos pantanosos y deletéreos de nuestra perdida cuenca lacustre causaban los mayores estragos en la salud de la población miserable del oriente del Valle, los propietarios

<sup>180</sup> Heberto, *op. cit.* (19 de abril de 1891), p. 1.

<sup>181</sup> *Ibid.* (3 de mayo de 1891), p. 1. Las negritas son mías.

ingleses de las minas de Pachuca y la clase alta mexicana gozaban de las *regattas* organizadas por el *Lakeside Club* en el pueblo de Ayotla, a orillas del Lago de Chalco. Cuando éste fue drenado por un empresario español mimado por la administración porfiriana —Íñigo Noriega, a quien se concedió la desecación del lago— el Club se trasladó al Peñón de los Baños, a orillas del Lago de Texcoco, más tarde a Mexicaltzingo, y más tarde a Xochimilco:

El jueves se verificaron las regatas dispuestas por el “Lakeside Club”, asociación formada por lo más distinguido de la juventud de las colonias extranjeras, establecidas en la Capital y a la cual han ingresado muchos de los jóvenes más conocidos en los círculos aristocráticos. Estas fiestas del “Lakeside Club” presentan el aspecto más animado y pintoresco. A la llegada a Ayotla, se encuentran infinidad de pequeñas embarcaciones preciosamente engalanadas con flores, y es de verse el hermoso cuadro que presenta aquella juventud contenta y feliz, invadiendo las canoas en medio de la algazara y la alegría.<sup>182</sup>

Roland Barthes escribe sobre el indispensable curso acuático de las grandes ciudades que han preservado, desde su fundación, su fluidez y legibilidad:

...numerosas encuestas han subrayado la función imaginaria del *paseo*, que en toda ciudad es vivido como un río, un canal, un agua. Hay una relación entre el camino y el agua, y sabemos bien que las ciudades que ofrecen mayor resistencia a la significación y que por lo demás presentan con frecuencia dificultades de adaptación para sus habitantes son precisamente las ciudades que no tienen costa marítima, plano acuático, sin lago, sin río, sin curso de agua; todas estas ciudades presentan dificultades de vida, de legibilidad.<sup>183</sup>

Cuando se comienza a tener noticia, en los estudios históricos de la educación básica, de las condiciones de fundación de las civilizaciones más importantes de la humanidad antigua, se conoce que ninguna de éstas hubiese sido posible sin su cercanía indispensable a una fuente acuática, suficiente a cubrir las necesidades del pueblo habitante. Los asentamientos humanos en el Valle de México tienen su origen siguiendo la misma causa histórica. Mas, desde que Occidente holló con su presencia el Valle de Anáhuac, el gran lago que le daba vida comenzó a representar una amenaza activa y constante a la civilización, con su agua salobre, sus miasmas patógenos, sus crecidas catastróficas y el estancamiento de sus aguas residuales en las partes más bajas. El desastre ecológico que contemplamos hoy, desde la desecación casi total, constituyó durante siglos una lucha necesaria contra su presencia infecciosa y como forma natural de ejercer el poder humano, la conquista de la naturaleza. No obstante, las concesiones del gobierno porfiriano, sus predecesores y herederos, a los particulares para desecar y

<sup>182</sup> *Ibid.* (31 de mayo de 1891), p. 1.

<sup>183</sup> Roland Barthes, “Semiología y urbanismo”..., p. 265.

explotar zonas considerables de nuestro valle han sido un factor crucial en la ilegibilidad, crecimiento teratológico y desarrollo insustentable de nuestra urbe. El discurso cronístico de Ortiz al respecto sólo remite a otro espacio más de exclusividad de los oligarcas. Sin embargo, es notable que, desde que la modernidad comenzó a dar tembleques traspies en la capital mexicana, a finales del siglo XIX, nuestro discurso como centro hegemónico de la nación empezó a dar sus signos más evidentes de obstaculización en su curso fluvial, retórico y de experiencia vital cotidiana. Afrenta histórica de México, las soluciones momentáneas del presente se transformarán siempre en los conflictos insolubles del futuro.

Michel de Certeau ofrece rutas señeras para dar conclusión al presente capítulo. Mientras que la ciudad funcional del discurso político y económico dicta un *deber ser*, una suerte de *dogmática* de la ciudad según el proyecto del gobierno en turno, las prácticas vigentes y formas de apropiación seculares del espacio pueden presentar múltiples y disímiles formas que ignoren o se opongan voluntaria e involuntariamente a tal *preceptiva* del espacio urbano. De este modo lo expone Certeau:

...fuerza es reconocer que si, en el discurso, la ciudad sirve de señal totalizadora y casi mítica de las estrategias socioeconómicas y políticas, la vida urbana deja cada vez más de hacer reaparecer lo que el proyecto urbanístico excluía. El lenguaje del poder “se urbaniza”, pero la ciudad está a merced de los movimientos contradictorios que se compensan y combinan fuera del poder panóptico. La Ciudad se convierte en el tema dominante de los legendarios políticos, pero ya no es un campo de operaciones programadas y controladas. Bajo los discursos que la ideologizan, proliferan los ardidés y las combinaciones de poderes sin identidad legible, sin asideros, sin transparencia racional: imposibles de manejar.<sup>184</sup>

Ortiz, como cronista es practicante ordinario de la ciudad, sin voluntad de panóptico. Posee una mirada reductora que soslaya intencionalmente la desigualdad en el espacio popular y sus prácticas. Es *flâneur* del salón, del paseo, del espacio aristocrático y caminante con orejeras que ignora lo que circunda este espacio. Posee y expone un conocimiento ciego del *otro*, sólo en su versión afortunada, oligárquica. Ofrece un conocimiento fragmentario de la ciudad; su crónica finisecular es proyección disgregada del espacio urbano, fragmentos de trayectorias selectivas que dan cuenta sólo del rostro risueño de una ciudad crecientemente compleja en su modernidad disforme y aberrante.

---

<sup>184</sup> Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, p. 107.



## 6. Conclusiones

### **-La ciudad moderna: el urbanita, el *flâneur* y el cronista**

Georg Simmel, teórico de la cultura nacido a mediados del siglo XIX, que en los albores de la unificación alemana trató exhaustivamente —siendo pionero en la materia— el tema de la sociología urbana, fue un analista ciudadano que vivió y luchó por comprender las dinámicas de las grandes ciudades europeas del periodo entre siglos. En su libro *El individuo y la libertad*, en el capítulo que se titula “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, Simmel escribe sobre el concepto marxista de la división del trabajo, como fenómeno que implica un proceso de enajenación ineludible. Para el primer sociólogo de la modernidad, todo mecanismo de nivelación y objetivización de los seres humanos en sociedad provoca en su dimensión individual una angustia de pérdida irremisible en aras de la colectividad. Por ello el Estado socialista tenía la obligación de proveer al trabajador y al individuo los medios para el desarrollo de su intelecto, su sensibilidad estética y su psique en general. Escribe Simmel:

Ya se trate... de la exigencia del siglo XIX de juntar a la mera libertad la peculiaridad conforme a la división del trabajo del hombre y su realización que hace al individuo particular incomparable y lo más indispensable posible, pero que por esto mismo lo hace depender tanto más estrechamente de la complementación por todos los demás; ya vea Nietzsche en la lucha más despiadada del individuo o ya vea el socialismo, precisamente en la contención de toda competencia, la condición para el pleno desarrollo de los individuos; en todo esto actúa el mismo motivo fundamental: la resistencia del individuo a ser nivelado y consumido en un mecanismo técnico-social.<sup>185</sup>

En el pensamiento del teórico alemán es posible hallar conceptos de la superestructura económica marxista trasladados a las incipientes formas de la ciudadanía moderna. En contra de la enajenación y la igualación de los individuos, provocada por el mercantilismo y sus prácticas de consumo, debido a la competencia psicótica y compulsiva del dinero como gran objetivizador del ser humano gregario, los filósofos individualistas a ultranza pugnan por que éste se despoje de toda forma de dominación. Abocándonos al caso concreto e histórico del liberalismo en México, éste, con el paso del tiempo, probó ser una forma más de la opresión, disfrazada con la retórica redentorista de los gobiernos republicanos. La falacia populista imponía la igualdad jurídica frente a la desigualdad fáctica —ontológica— de las masas depauperadas frente a las élites políticas, culturales y económicas. En ese sentido se desarrolló la lucha por

---

<sup>185</sup> Georg Simmel, “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, p. 247.

el liderazgo cultural durante la República restaurada; y también en ese sentido se concibió y comenzó a operar la discriminación concéntrica de la *ciudad letrada* en contra de la *ciudad real*. Ambos fenómenos son ostensibles en las series cronísticas de Luis G. Ortiz en 1867 y en 1872. Descubrimos, mediante la exhumación de las fuentes hemerográficas, que el discurso liberal —inclusive el cronístico— jamás trascendió la letra muerta en favor de las clases populares, mientras que otros esfuerzos más humildes sí tuvieron logros tangibles en la historia de la Ciudad de México; como la fundación de la Sociedad Artístico Industrial en 1869 y de su periódico *El Amigo del Pueblo*, como los del griego Plotino Rhodakanaty, primer líder huelguista en la historia de México (1865), fundador del Gran Círculo de Obreros de México (1870) y de su órgano difusor *El Craneoscopio* en 1874.

Por otra parte, trasladándonos a otras latitudes americanas, Edgar Allan Poe, uno de los primeros autores obsesos con la angustia por la vida en las grandes ciudades, escribe sobre los individuos ilegibles en el anonimato masivo de éstas. En su texto *El hombre de la multitud* es perceptible un temor fundado ante la *otredad* ignota, miedo grave que parece atenuado y domesticado (volviendo a nuestra tradición) en *La novela del tranvía*. Las “extremidades velludas” de la tortuga, imagen que utiliza como metáfora de la creciente ciudad Manuel Gutiérrez Nájera en aquel relato, dan una idea de lo sobrecogedora que resulta la idea del desarrollo urbano moderno. La gran ciudad es percibida como una vasta fuente de desconocimiento del *otro*, cuya personalidad —acaso psicópata— puede remontarse hasta el asesinato serial. Por ello quizá Poe, en *The Man of the Crowd* (publicado en la *Burton's Gentleman's Magazine* en diciembre de 1840), establece una analogía entre este personaje y un devocionario de principios del siglo XVI: “Este viejo —pensé por fin— es el tipo y el genio del crimen profundo. No quiere permanecer nunca solo. Es el hombre entre la multitud. Sería inútil seguirle, pues no lograría averiguar nada sobre él ni sus hechos. El peor corazón del mundo es un libro **más repelente** aún que el *Hortulus Animae*, y tal vez una de las más grandes mercedes de Dios sea que es “*lisset sich nicht lessen*”, que no se deja leer.”<sup>186</sup> El adjetivo *repelente* —en el texto original de Poe comparativo de superioridad *grosser*— probablemente apunta hacia la acepción en español “más denso” y no a la traducción citada. Lo cual podría interpretarse del siguiente modo: así como la virtud puede encontrarse dispersa e ilegible en un breviario de la bondad cristiana, asimismo en un solo individuo

<sup>186</sup> Edgar Allan Poe, *El hombre de la multitud*, p. 17. Las negritas son mías.

inabarcable puede hallarse condensada y proteica la maldad más insondable. Para el atormentado de Baltimore acaso sería una realidad más llevadera que estos personajes inmersos en la multitud permaneciesen incógnitos; ya que el conocer su identidad y sus rasgos podría resultar más sobrecogedor; el hombre de la multitud podría no situarse dentro de los límites de “lo humano”. Ese es uno de los objetivos y efectos de la crónica urbana durante el siglo XIX: por medio de la domesticación y clausura de la realidad del espacio urbano en las columnas de la prensa, las geometrías hostiles de las calles devienen espacio familiar, habitación confortable. Asimismo, la explosión demográfica de la urbe moderna —con sus crecientes índices de criminalidad y temible perversidad del prójimo— se transforma en gracejada del *populus*, en lectura dominical inocua. Así sucede con las crónicas de Ortiz en *El Imparcial* en 1872; la *ciudad real* queda neutralizada por el filtro cultural de la *ciudad letrada*.

Los productos culturales de la vida moderna —englobados en la crónica de Luis Gonzaga Ortiz, al igual que en la de sus coetáneos— en la Ciudad de México durante el último tercio del siglo XIX podrían quedar enunciados en el siguiente orden: los escaparates de Plateros, los paseos de Bucareli y San Cosme, la moda en el vestir importada de París y otras partes de Europa, distintos modelos de carruajes, el ferrocarril y el tranvía, los modos de existencia europeos, la novela como divertimento femenino o como vehículo de adoctrinamiento popular, el espacio doméstico de la feminidad suntuaria, los valeses, las habaneras y las contradanzas, la música de cámara, las divas y los ídolos del *bel canto*, la costumbre social de la asistencia al teatro, los primeros *bar rooms*, la licorería extranjera contra los brebajes mexicanos como el pulque y el tequila, la gastronomía francesa con su nomenclatura precisa en el menú del día, el fomento privado de las sociedades científicas y literarias, la pugna por que este fomento fuese un rubro más del gasto público. Irónicamente, por medio de una herramienta teórica desarrollada por un detractor del Estado mecenas y sus instancias de poder (Pierre Bourdieu), se ha analizado en este trabajo la obra de un destacado impulsor de la instauración del Estado como sustentador del arte —principalmente del teatro— en México. Georg Simmel, por su parte, escribe lo siguiente sobre los urbanitas decimonónicos en su individualidad, en contraposición con su pertenencia a los grandes centros citadinos que comienzan a formarse en esta época:

Allí donde son cuestionados los productos de la vida específicamente moderna según su interioridad, por así decirlo, el cuerpo de la cultura según su alma (tal y como esto me

incumbe a mí ahora frente a nuestras grandes ciudades), allí deberá investigarse la respuesta a la ecuación que tales figuras establecen entre los contenidos individuales de la vida y los supraindividuales, las adaptaciones de la personalidad por medio de las que se conforma con las fuerzas que le son externas.<sup>187</sup>

No existió una forma consciente y deliberada de ser contracultural en el último tercio del siglo XIX en América Latina; como tampoco existió una forma explícita de la rebeldía urbana. En el París de Baudelaire los personajes marginales que el poeta exaltó en su obra fueron principalmente el trapero, el proletario y el *dandy*, formas heroicas de la subversión, acaso consciente en todos ellos. Por otra parte, los seres marginales de la Ciudad de México en la segunda mitad del siglo XIX no eran considerados como héroes por ningún poeta señero, sino que sólo representaban la mancha infamante de nuestro estadio de atraso y salvajismo. Nuestros *outsiders* (*avant la lettre*) involuntarios eran conformados por los habitantes de los barrios miserables del oriente como la Candelaria de los Patos, la extendida mendicidad infantil, los protagonistas de la incipiente nota roja en la periferia de la ciudad, los gremios de artesanos como proto-proletariado y las etnias indígenas que se aproximaban a la ciudad para ganar el sustento. Uno era el libertinaje con *esprit* de las cantinas y los *bar rooms* de Plateros y San Francisco, no sólo tolerados por la gendarmería, sino celebrados por la élite porfiriana como los noctámbulos que había menester la anhelada vida nocturna de un México lamentablemente provinciano. Otro —muy distinto— era el libertinaje de las pulquerías, los fonduchos y las esquinas, amenaza constante para la civilización en un país neonato que soñaba con alcanzarla desde hacía varias décadas.

Georg Simmel escribe, probablemente pensando en las grandes urbes europeas y norteamericanas finiseculares, sobre una era de violentos contrastes y modificaciones en la fachada urbana de todo Occidente. El *antes* de estas ciudades está constituido por calles estrechas y hacinadas, caos de carruajes y carretas, monturas y transeúntes. Las actividades económicas informales imperaban en el espacio público, así como el excremento animal y humano, los brutos domésticos y la fauna nociva. Los puertos y las garitas se hallaban ahítos de oleadas migratorias perennes que daban inmediato origen a la miseria ambulante, la explotación y el crimen. Aunque las condiciones imperantes en la Ciudad de México no eran exactamente las descritas, la crónica de Ortiz y sus colegas daban cuenta de un espacio depauperado y penoso, cuya vergüenza quizá estaba de más, al ser comparada con la de las metrópolis de las potencias. Por otra

---

<sup>187</sup> Georg Simmel, *op. cit.*, p. 247.

parte, el contraste con el ámbito rural era notable; San Ángel, Tacubaya, San Cosme, Tlalpan y otras aldeas suburbanas escapaban —en el papel de los rotativos y en la realidad— de los miasmas urbanos que impregnaban la atmósfera de las zonas céntricas, aún con el *parfum parisien* de sus mercancías exclusivas. El ostensible contraste entre el campo y la ciudad, en las crónicas de Ortiz entre 1867 y 1891, fue pintando una atmósfera idílica —propia de las églogas virgilianas y de los cantos de *Childe Harold* byronianos— que se diferenciaba notablemente de la pestilencia subyacente de “la gran México”. Simmel apunta en relación con esto:

En tanto que la gran urbe crea precisamente estas condiciones psicológicas (a cada paso por la calle, con el *tempo* y las multiplicidades de la vida económica, profesional, social), produce ya en los fundamentos sensoriales de la vida anímica, en el *quantum* de consciencia que ésta nos exige a causa de nuestra organización como seres de la diferencia, una profunda oposición frente a la pequeña ciudad y la vida del campo, con el ritmo de su imagen senso-espiritual de la vida que fluye más lenta, más habitual y más regular.<sup>188</sup>

El *después* de las grandes metrópolis y de sus émulas poscoloniales son los grandes bulevares y avenidas, el orden vial, la policía y el buen gobierno, la rápida extensión de las redes ferroviarias y tranviarias, los pasajes y escaparates de las grandes firmas comerciales (ancestros del triste y lamentable *window-shopping* de nuestra actualidad), los espacios del ocio y la diversión, el lujo, el *glamour*, la sofisticación, la cultura de la salud y la higiene públicas, el empleo formal y regulado, el asociacionismo en todos los ámbitos de la vida, el Estado vigilante y castigador.

Pensemos en otro destacado urbanita y cronista mexicano: Francisco Zarco. Vicente Quirarte, en su estudio preliminar a la antología general *Odiseo del diario acontecer* escribe sobre el gran polígrafo duranguense: “Para Zarco la ocupación del caballero andante es mirar, analizar y estudiar en el libro abierto de la urbe. El *flâneur* tiene el privilegio de ver a la multitud, pero no piensa, en el instante de la contemplación, que él es observado por los otros. La masa existe en función de él. Es su sistematizador, su ordenador.”<sup>189</sup> En este orden de ideas podría proponerse que el *flâneur* y el cronista se yerguen al nivel de auténticos urbanistas. Ortiz, al igual que Zarco, para pergeñar un boceto de la ciudad en las columnas de la prensa, se ve obligado a transitar los espacios populares, cívicos, culturales, lúdicos, míseros y

<sup>188</sup> *Ibid.*, p. 248.

<sup>189</sup> Vicente Quirarte, “Estudio preliminar”, en *Odisea del diario acontecer. Francisco Zarco. Una antología general*, p. 34.

espléndidos de la ciudad para mimetizarse con la fauna urbana, preservando su identidad de incógnito y su condición de exiliado. El cronista debe ser ante todo un *flâneur*, un ocioso profesional que tiene la decorosa tarea de edificar para su prójimo y para sí mismo un espacio estético en donde ambos puedan cohabitar, lo que Vicente Quirarte llama “una extraña y particular simbiosis” entre el solitario y la multitud en las grandes ciudades. Zarco firma con su seudónimo *Fortún* su notable crónica “Los transeúntes” de 1854, en la que escribe:

En las ciudades populosas suele probar bien para disipar esa pesadez del espíritu y del corazón, perderse entre la multitud, dejarse llevar de esas corrientes animadas de hombres y mujeres que se oprimen, se tropiezan, se miran, se observan y se olvidan en un instante... A mí me gusta perderme así entre la muchedumbre, correr, detenerme, apresurar el paso sin saber por qué, caminar sin dirección, y esto que viene a ser lo que se llama *flâner*, es sin duda el mejor modo de pasear.<sup>190</sup>

Vicente Quirarte escribe sobre la crónica “Los transeúntes” como parte de una serie de textos afines entre sí: “...son tres piezas más cercanas a Edgar Allan Poe y Charles Baudelaire que a Guillermo Prieto. En ellas Zarco explora la relación del individuo con la masa, la soledad individual en medio de la multitud.”<sup>191</sup> Sin duda, con Zarco, la crónica en México alcanzó vuelos estéticos cosmopolitas que pocos de sus colegas coetáneos lograron tocar. Quizá Ortiz, quien comenzó a cultivar este género dos años antes de la muerte de *Fortún*, haya ejercido una forma distinta de colocarse al margen de la multitud para observarla, “sistematizarla y ordenarla”. Zarco se mueve con soltura y se erige en Proteo de la masa urbana; es el hombre de la multitud, pero desprovisto de su talante siniestro. Ortiz, debido a sus acendradas aficiones de arcade, se sitúa frente al escenario urbano como avizorándolo desde sus colinas circundantes, báculo en mano y rodeado de su idílico rebaño; es un paria voluntario que ama más sus soledades agrestes.

Para el sociólogo alemán (Simmel), que venimos siguiendo en este último apartado, el dinero constituye el gran igualador social, la tábula rasa con que se comienza a medir a los ciudadanos; es a la vez medio de cambio y valor objetivo. Paradójicamente, contrario a sus postulados antielitistas, el liberalismo resulta tan igualador como el capital. Impone la igualdad jurídica y la libertad de empresa entre individuos de los más diversos orígenes y condiciones, imposibilitados de facto para competir en justa lid. El liberalismo comienza, con su libre cambio e importación de

---

<sup>190</sup> Fortún, “Los transeúntes”, en *La Ilustración Mexicana*, t. IV (1854), p. 160.

<sup>191</sup> Vicente Quirarte, *op. cit.*, p. 34.

estilos de vida extranjeros, a convertir a los ciudadanos en meros consumidores, cuyo poder adquisitivo se traducía en un valor intrínseco como seres humanos y en una gran importancia como actores sociales, económicos y políticos. Georg Simmel expone:

Pues el dinero sólo pregunta por aquello que les es común a todos, por el valor de cambio que nivela toda cualidad y toda peculiaridad sobre la base de la pregunta por el mero cuánto. Todas las relaciones anímicas entre personas se fundamentan en su individualidad, mientras que las relaciones conforme al entendimiento calculan con los hombres como números, como con elementos en sí diferentes que sólo tienen interés por su prestación objetivamente sopesable [...] ...la moderna gran ciudad se nutre casi por completo de la producción para el mercado, esto es, para consumidores completamente desconocidos, que nunca entran en la esfera de acción del auténtico productor.<sup>192</sup>

El capital económico se opone ontológicamente al cultural. Por tanto, los bienes de consumo se contraponen a los bienes simbólicos. En este sentido se desarrolló la pugna entre los miembros de la República de las letras, pertenecientes a distintas clases sociales, durante las Veladas literarias de 1867 y 1868. Quienes poseían el conocimiento literario y humanístico, en tanto bienes simbólicos y forjadores de capital cultural, reclamaban la legitimidad de su pertenencia al campo intelectual. Mientras que quienes poseían el poder político y económico deseaban adquirir —mediante desplantes de derrochadores en sus recepciones— un sitio preponderante como mecenas de la cultura y la plena justificación de su liderazgo político y social, cimentado en una supuesta ideología como élite dirigente. Es ostensible, a partir de la serie cronística de Ortiz en *El Imparcial* de 1872, que la *ciudad letrada* liberal (aún antes de la dictadura porfiriana) ya era elitista, fetichista del lujo y el refinamiento, aunque consciente de su supuesto papel como redentora de las masas desheredadas. La serie de crónicas de 1891 en *El Nacional*, a quince años de iniciado el gobierno de Díaz, da cuenta del fin del liberalismo como ideología política que ha agrupado a su alrededor, tanto a los patriotas que soñaban con un futuro de justicia social como a los que sólo buscaban medrar con la Reforma. El régimen porfiriano fue logrando cooptar a la mayoría de las fuerzas políticas del país. En un orden de cosas pragmático y amoral, el becerro de oro tan temido por los liberales puros finalmente triunfó. El “orden y progreso” que trajo consigo el desarrollo económico y las oportunidades para muchos de ascender en la escala social resultó demasiado seductor para continuar aferrándose a utopías caducas. Mientras unos pocos radicales, como Hilarión Frías y Soto, continuaron lanzando sus

---

<sup>192</sup> Georg Simmel, *op. cit.*, p. 249.

inectivas contra el régimen transigente con los conservadores, otros fueron atraídos hacia su esfera de poder persuasivo. El caso de Ortiz —como cronista de sociales en *El Nacional*— es quizá emblemático, al ocuparse con mayor ahínco de narrar y describir el espacio sofisticado de la oligarquía que a cuestionar los logros del liberalismo como doctrina que perseguía la justicia social, cuyos signos apuntan hacia su fracaso como proyecto de nación.

Georg Simmel escribe también sobre figuras señeras de la cultura que se erigen en “heraldos del individualismo” dentro de la *mainstream* urbana dominante, considerando a Nietzsche como el más importante de su tiempo. Otros espíritus proféticos de la urbe, en su momento, fueron Charles Baudelaire y Edgar Allan Poe —ambos incomprendidos, enjuiciados o ignorados por las sociedades en las que vivieron— fueron también visionarios y nuncios de las tensiones existenciales y estéticas que traería consigo la gran ciudad moderna. Ortiz y sus coetáneos cronistas en México se hallaron, aparentemente, lejos de experimentar su ciudad en desarrollo como una fuente imprevisible de sufrimiento; su aproximación al espacio citadino en la crónica fue probablemente mucho más gozosa. Se erigieron en auténticos unificadores de consciencias urbanas. Simmel, por su parte, manifiesta:

Por una parte, la vida se le hace [a la personalidad] infinitamente más fácil, en tanto que se le ofrecen desde todos los lados estímulos, intereses, rellenos de tiempo y consciencia que le portan como en una corriente en la que apenas necesita de movimientos natatorios propios. [...] La atrofia de la cultura individual por la hipertrofia de la cultura objetiva es un motivo del furioso odio que los predicadores del más extremo individualismo, Nietzsche el primero, dispensan a las grandes ciudades; por lo que precisamente son amados tan apasionadamente en las grandes ciudades, y justamente aparecen a los ojos de los urbanitas como los heraldos y salvadores de su insatisfechísimo deseo.<sup>193</sup>

Durante el último tercio del siglo XIX las grandes urbes de Occidente y su periferia poscolonial se van transformando paulatinamente —y de manera mucho más acelerada hacia las postrimerías— en enormes escaparates y ferias del mercantilismo. En México, desde la fase independentista hasta la victoria liberal definitiva de 1867, y aún durante la década que sucedió a ésta, no hubo suficiente paz ni estabilidad política y social para hacer posible el progreso económico, y con éste, lograr un mínimo de refinamiento estético y sofisticación en los modos de existencia, al menos de algunos exiguos cenáculos. Podría establecerse como periodo aproximado los años comprendidos entre

---

<sup>193</sup> *Ibid.*, p. 260.



1821 y 1876 como el de las Arcadias asediadas, tan milagrosas como precarias en sus recursos y alcances. Es lógico, que bajo las circunstancias beligerantes que predominaron en estos años, haya constituido un auténtico prodigio el hecho de que existiesen notables empresas editoriales, así como asociaciones literarias, científicas y artísticas que —aún bajo el fuego de la artillería— luchaban denodadamente por cultivar adelfas en el páramo de la discordia. Todo ello nos habla de un México ancestral e inverosímil, en el que el patriotismo no sólo era tangible, sino que representaba una necesidad intrínseca para sus entusiastas. La obra de Luis G. Ortiz, la República de las letras, la crónica urbana, la prensa, el debate político y el *incipit* del archivo literario nacional nos gritan —con estridencia— que el deseo de pertenecer a algo grande, como una nueva nación que hollara el orbe con dignidad, era prioridad para aquellos mexicanos. Ortiz, como uno de los más conspicuos poetas y cronistas de su tiempo, forjador, edificador, urbanista del naciente espacio cultural capitalino, fue también agente de una misión nacional, a saber, la construcción del gregarismo y el sentido de pertenencia de las clases alfabetizadas de nuestra ciudad. Y no obstante el haber detentado esta pluma con intereses comunes a su sociedad, también mediante ella le fue posible imprimir a sus crónicas una perspectiva única y libérrima de su ciudad y su incipiente espacio cívico y estético.

De vuelta sobre la efímera, pero egregia, obra cronística de Zarco, Vicente Quirarte apunta en *Odiseo del diario acontecer*: “Antes de que Baudelaire escriba sus “Tableaux parisiens”, incluidos en *Les fleurs du mal*, donde convierte a París en protagonista de la ciudad moderna, Zarco explora el rostro oculto de la capital mexicana.”<sup>194</sup> Es cierto, por un gratisimo golpe del azar, *Fortún* entabló — involuntariamente— un diálogo prodigioso con las inquietudes existenciales y estéticas más conspicuas de su tiempo, anticipándose inclusive a las figuras más señeras del orbe literario. Así, continúa disertando con pasmosa lucidez en “Los transeúntes”:

Pero, ¿se logra esa uniformidad que se pretende? No, siempre los movimientos, el aire, la velocidad denotan algo al observador. Bien está que en la calle no haya muestras ruidosas de ventura ni de infortunio, pero nadie puede borrar de sí esas marchas del destino... Por más que se haga, la mirada, la sonrisa, las arrugas de la frente o de la mejilla, están contando una historia entera de esperanzas, de deseos, de ambiciones, de desengaños o de martirios. A cualquier hora es tiempo de pasear, pero sale a paseo el que goza de alguna tranquilidad, el que no sufre crueles congojas; ése camina satisfecho, contento, gozoso; si se detiene, es por mero pasatiempo o curiosidad; si

---

<sup>194</sup> Vicente Quirarte, *op. cit.*, p. 34.

corre, es por alcanzar algo que lo cautivó un momento; si anda despacio es por no cansarse, por gozar mejor de lo que le divierte mirar...<sup>195</sup>

Ante esta disertación tan *compasiva* de lo humano, Vicente Quirarte comenta: “Lo notable de Zarco es que, sin saberlo, estaba dialogando con sus pares en la exploración de la ciudad, y advertía contra los peligros del *spleen* baudelaireano que atacaría agudamente a los herederos de Zarco, esos que vieron convertirse al liberalismo, como señala Charles Hale, en mito político unificador.”<sup>196</sup> Efectivamente, Zarco alcanza su objetivo retórico; la masa urbana parece uniforme pero no lo es. La ciudad y la crónica son interregnos habitados por todos los urbanitas y sus arquitecturas, mas la diferencia crucial radica en la forma en que cada individuo experimenta e interactúa con el espacio ciudadano. El *flâneur*, el cronista, el habitante del pasaje parisense o del paseo mexicano hallan una delectación pausada, saboreada a pequeños sorbos, de las geometrías urbanas y sus habitantes variopintos; los dramas individuales de la tragicomedia humana conforman *heterotopías* que requerirían un seguimiento particular que se encuentra fuera de la jurisdicción del cronista. Por cuanto hace a la exégesis de Quirarte, se deduce de ésta el meollo de la creación literaria mexicana de la centuria: la poderosa influencia melancólica del Romanticismo, del Simbolismo y de la melancolía finisecular sobre los proyectos creadores autónomos, confrontados —en fragoroso combate— con la responsabilidad, asumida libre y voluntariamente, de forjar patria, de hallar un credo estético-político que guiara los esfuerzos conjuntos de los mexicanos en la fundación nacional como la tarea titánica de todo un pueblo. Así fue, en sus rasgos generales, la crónica mexicana moderna. Así fue también la crónica de Luis Gonzaga Ortiz.

Durante la segunda mitad del siglo XIX la Ciudad de México fue transformando su faz devota en espacio cívico. La victoria republicana legitimó y dio contundencia a estas modificaciones del espacio urbano. Este proceso histórico constituyó la muerte de toda una cosmovisión, el degüello violento de una consciencia, de una postura contemplativa del tiempo, de la rectoría social del sacerdocio, y a la vez significó el comienzo de un liberalismo incompatible con una sociedad tan desigual como la geografía en que habitaba. Las libertades de culto, de pensamiento, de expresión y de empresa encerraban conceptos filosóficos y pragmáticos por entero ajenos a la idiosincrasia de las clases populares y de las etnias indígenas. Este fue el marco

<sup>195</sup> Fortún, *op. cit.*, p. 161.

<sup>196</sup> Vicente Quirarte, *op. cit.*, p. 36.

histórico en el que nacieron las primeras crónicas urbanas de la modernidad en México; el *cronotopo* en el que Luis G. Ortiz desarrolló su obra literaria y periodística, cuya afortunada fusión se concretó en aquel género híbrido, producto cultural al alcance de la población alfabetizada y abocado a difundir los ecos y rumores de la gran ciudad.

Aproximémonos a las fuentes culturales canónicas de la época, allende el Atlántico. Walter Benjamin, en sus fundamentales estudios sobre el París de Baudelaire, ejerce la hermenéutica más profunda al interpretar las tensiones espirituales del autor de *Las flores del mal* ante la invasión de la modernidad, nuevo vórtice de consciencias, de memorias afectivas, sensitivas y estéticas. Este devorador insaciable, en México fue encarnado por la Reforma, aunque las rencillas del poder no coinciden con el primer espíritu conciliador de la República de las letras, cuyos miembros liberales deploran muchas de las pérdidas arquitectónicas y los abusos de autoridad ocurridos durante la República restaurada. En este vaivén transoceánico volvemos a la ciudad luz, que bajo la lupa de Benjamin celebra y padece las reformas de Haussmann, aparejado el derrumbe de barrios enteros; deja atrás su disposición medieval, abigarrada y disfuncional, en aras de una traza moderna, de rápida locomoción y amplios bulevares que impidan la formación de barricadas en revuelta. Esta capital gala que muere, pervive en la memoria afectiva y en la obra poética del autor de *El spleen de París*. Introduzcamos un tercero en discordia, el cronista porfiriano Ángel de Campo *Micrós*, quien proyecta en su “Kinetoscopio” un tipo ciudadano que bien pudo ir a bordo del tranvía gutierreznajeriano, el del reaccionario rancio, cuya impotencia y añoranza ven morir impasiblemente su México viejo, sin que la ira de Dios se cierna sobre los impíos. De vuelta hacia la capital napoleónica, en sus “Cuadros parisienses”, ese gran violentador de consciencias burguesas que fue su autor edifica —mediante la mnemotecnia y la ensoñación— un París donde confluyen la mimesis, el onirismo y la nostalgia. Descendamos finalmente a vuelos menores, no obstante valiosos y señeros para la conformación del panorama cultural urbano del México decimonónico. En las crónicas de Ortiz no sólo se percibe esa visión volcada hacia el futuro en la que nuestra modesta capital tiene la pretensión de colocarse a la altura de aquella que Altamirano llama “esa gran loca del mundo europeo”, arañando muy débilmente su cultura y refinamiento, sino que coexiste con esta tendencia un reconocimiento —acaso inhibido— de la alteridad conservadora a mantener su presencia en el espacio urbano.

Por el contrario, en el tono socarrón de *Micrós* se percibe también un dejo, soterrado quizá, de compasión por el rival caído.

La crónica urbana de Ortiz, como la de muchos de sus contemporáneos, encierra una apropiación simbólica global del espacio urbano por parte de la clase alfabetizada y culta. El lector de aquella desea mirarse habitando la ciudad en las columnas de la prensa hebdomadaria, y sólo así devendrá consumidor habitual de ésta. Quizá sólo en apariencia, el cultivo de la crónica no puede edificar un verdadero proyecto creador, ya que su mayor éxito cuantitativo implica mayor importancia de su autor. Sin embargo, ésta constituyó la máxima transfiguración estética de la Ciudad de México durante el siglo XIX.

## 7. Apéndice. Reconstrucción de las *Veladas literarias* en la prensa capitalina

### Reunión literaria<sup>197</sup>

En la casa del Sr. D. Luis G. Ortiz la hubo anoche, concurriendo a ella varios individuos de la prensa. Se leyó una comedia del Sr. D. Enrique Olavarría titulada *Los misioneros de amor*, recayendo sobre ella una calificación favorable. Deseamos ver cuanto antes en la escena esta comedia del Sr. Olavarría.

### Revista de la semana<sup>198</sup>

A los pocos minutos nos encontramos en un saloncito bello y confortable, donde no se veía el lujo del magnate sino la bella sencillez del hombre de genio y de talento. Un menaje carmesí; algunos buenos grabados en sus cuadros dorados; un gran espejo sobre una consola que sostenía dos candelabros con muchas luces, magníficas ediciones de todos los clásicos antiguos y modernos en elegantes repisas; un piano sencillo; y en el centro del saloncito, por fin, una mesa con libros, álbumes, tazas y elegantes jarrones, que sostenían ramilletes de tímidas y perfumadas violetas, que hacían dulce y sensual la atmósfera de aquel agradable recinto. Los asientos se veían todos ocupados por *locos*, es decir, por poetas; de manera que aquello era una jaula de pajarillos.

Al presentarnos tímidos, y creemos que ruborizados, ante aquella numerosa concurrencia, fuimos viendo que eran brazos fraternales y no manos frías las que nos recibían; y entre ellos los de Guillermo, de ese zenzontle garruloso y sonoro de nuestros bosques, zenzontle por sus cien cantos, y al que ya se le oye tronar como Tirteo, llorar como Tibulo, reír como Anacreonte o murmurar como Marcial.

Le hemos vuelto a ver y a abrazar después de algunos años de ausencia, y aunque en su fisonomía algo se notan las frías caricias del tiempo y los pesares, no así en su trato franco, natural, sencillo y agradable.

La reunión, no sólo la formaban los copleros; allí los laureles conquistados con la espada se entrelazaban con las coronas alcanzadas por los acentos del laúd, o los rayos del talento. Allí Riva Palacio y Doria, alzaban sus frentes tostadas por el sol de las batallas, y Prieto e Ignacio Ramírez, las suyas marcadas con algunas arrugas, fruto del estudio y de la meditación.

Las rimas, la literatura y la prensa periodística, se veían allí reunidas; pero la política y la discordia huyeron luego, al aspecto agradable de la fraternidad; y la patria, sin duda, sobre un trono de nubes y apoyada la mejilla sobre su diestra, sonreía complacida al aspecto de aquella agradable reunión.

Pocos momentos después de nuestra llegada, Guillermo suspiró sus canciones, y a cada una de ellas siguió una tempestad de aplausos. Eran las voces íntimas de su alma que depositaba en el seno de sus hermanos.

<sup>197</sup> Sin firma [José T. de Cuéllar], “Gacetilla. Veladas literarias”, en *El Correo de México*, t. I, núm. 68 (19 de noviembre de 1867), p. 3.

<sup>198</sup> Luis G. Ortiz, “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 150 (11 de diciembre de 1867), p. 3.

Poco después, Vicente Riva Palacio, abandonando en un rincón el reluciente casco, y dejándose sólo los anteojos, tomó el arpa sonora para cantar la “Siesta deliciosa”.

José Cuellar en seguida nos leyó uno de sus apólogos, “Los árboles”, lleno de ciencia y de botánica.

Siguió Nacho Altamirano con todo el ardor, la riqueza y la exuberancia de los hijos del Sur, cantándonos el “Atoyac”, los mameyes, los manglares, los naranjos en flor, transportándonos a su edén, con sus flores, sus aves, sus fuentes y su cielo... Su arpa dócil es fácil a su mano, como lo sería un noble potro mexicano obediente a la rienda, ya para salvar un torrente, ya para piafar tranquilo sobre una alfombra de césped.

¡Si nos fuese posible imitarlo! Y cuidado con creer que adulamos, porque un alma noble no ofrece a un amigo ese humo sucio y asfixiante.

En seguida el Dr. Peredo hizo salir de sus tumbas a Horacio y a Mecenas, que reinó al escuchar su magnífica apología; Olavarría arrancó de pronto una *flor* a la gratitud. Alfredo Chavero y Elízaga improvisaron preciosas composiciones; y éstas iban mezcladas con piezas de música tocadas al piano por varios de los concurrentes, y sabrosísimos sorbos de vinos generosos, espumoso champagne, humeante ponche, pasteles y confituras, y sobre todo, sazonado por brindis, cuentos y dichos alegres y graciosos. Hasta el triste y oscuro *tordo*, pudo sacudir por un momento sus pesares, y mezcló su agreste graznido al acordado coro de las demás aves canoras. La reunión acordó la publicación semanal de las poesías y artículos que se lean en cada una de estas sesiones, con el título de *Veladas literarias*, que pronto verán la luz, y ya en horas de la mañana siguiente a la noche del viernes, todos los pájaros dejaron la dorada jaula de Altamirano contentos y felices para buscar sus nidos.

La velada fue deliciosa; pocas hemos tenido más agradables.

[...]

Diciembre 7 de 1867.

### Revista<sup>199</sup>

[...] Facundo no puede prescindir de contar a sus benévolos lectores uno de los acontecimientos más notables de la semana; [...]

A eso de las siete y media de la noche entramos a un saloncito verdaderamente confortable, decorado según el refinamiento del gusto moderno; mullida y matizada alfombra, muelles asientos, un piano inglés, luz de esperma, mármoles y bronce exquisitos y magníficas ediciones de obras clásicas. *La Ilíada* con cantos dorados, los cuentos de Perrani con bellos grabados, los clásicos latinos, los poetas, los filósofos, los libros de los sabios y los de los niños, la economía política y los cuentos de Trueba, Watel y Fray Gerundio, Voltaire y Jaime Balmes. Estos libros eran los adornos de las mesas y de las repisas; *La Biblia* en lugar de un nicho con mamaderas, una obra de mecánica en lugar de un mal muñeco de cera.

<sup>199</sup> Facundo, “Revista”, en *El Correo de México*, t. I, núm. 89 (13 de diciembre de 1867), pp. 2-3.

La aglomeración de juguetes inútiles que hemos visto en la casa de algunos ricos, convirtiendo en aparadores de mercería todos los muebles, nos ha parecido siempre un lujo de mal gusto. No necesitamos ser ingleses para reprochar a la Francia la vanidad del lujo. En muchas salas nos ha parecido notar que sobran algunas docenas de muñecos. El dueño de ellos casi no tiene donde sentarse. La salita en que estábamos nos ofrecía cómodos asientos, objetos útiles y agradables y ameno pasatiempo.

Un señor de constitución nerviosa, de mirada brillante y barba en forma de candado, se sentó al piano, dominó el instrumento con aplomo y maestría, como un maestro alemán y con la naturalidad y sencillez de Aniceto Ortega o de Contreras. [...]

Los defensores de nuestras libertades patrias, los soldados que en los campamentos reclinaban en una piedra su cabeza fatigada en los combates; los que constantes y firmes después de las derrotas veían agotarse a su alrededor todo, menos la esperanza, los que eran llamados en las orgías imperiales bandidos y ladrones, eran los mismos que llenaban aquellos asientos de regreso al hogar doméstico, cerrando el tormentoso paréntesis de la Revolución para entrar de nuevo a la vida social y a los goces de la amistad y la inteligencia.

Altamirano dejaba abandonada en una de las montañas del Sur una choza de palmas adonde no pudo llegar el fusil de la corte marcial ni el humo del imperio, pero que estuvo siempre honrada llena y enriquecida por albergar a un hombre libre.

Riva Palacio, de regreso al seno de la sociedad abandonada cuatro años, consagró todavía en medio del bienestar que nos rodeaba un recuerdo a sus soldados, e improvisó un romance que tituló “El segundo toque”.

Es un privilegio de las almas sensibles y nobles el placer de los contrastes. Se acordaban en medio de los placeres presentes de sus compañeros de infortunio.

Aquella reunión era la reconciliación con la sociedad escogida, era el retorno del soldado que vuelve a colgar en el armario de familia la espada de campaña, y que al sentarse de nuevo en el hogar besa a sus hijos y sus libros y reconoce con cariño todos los objetos olvidados que pudo perder para siempre. Esta expansión es la recompensa, este regreso es la victoria, algunas cicatrices o algunas canas son los laureles del triunfo.

Guillermo Prieto, que llegó de los últimos como si un criado de la presidencia no lo hubiera dejado entrar a su antigua casa, estaba por fin entre nosotros trayendo en una bolsa sus versos, y en la otra su credencial. El criado que le atajaba el paso entendía probablemente más de credenciales que de versos, porque con todo y ser éstos mejores que la credencial, el maldito no se hubiera enternecido con endechas, ni más ni menos que si descendiera de vizcaíno.

Guillermo nos leyó los versos que escribía contra el imperio. Las trovas de Fidel eran los ayes lastimeros que entona el ave en una rama al contemplar su nido por el suelo y sus hijuelos muertos.

Tristes algunas veces como el lamento de los cautivos de Babilonia; enérgicos después como la voz de Atila sobre Roma, y siempre entusiastas y siempre mexicanos.

El cantor de los amores, de los placeres y las rosas, el cantor erótico por excelencia, y en tono siempre, nos regaló unos versos parecidos a una de nuestras

libaciones de Tokay o de Pedro Jiménez. Ortiz será siempre entre nosotros el galán joven de los poetas.

El saloncito había ya calentado su atmósfera con las llamas de las velas y del ponche, con el humo de los habanos, y casi hasta con la conversación. No parecía sino que nos acercábamos al Ser. Sentíamos esas ráfagas de viento caliente que acarician por intervalos al que desciende de la zona templada, por momentos creíamos escuchar el chirrido de las cigarras y de los tábanos, cuando el bardo del Sur, acercándose a una mesita china que habíamos improvisado de tribuna, nos leyó sus versos, o lo que fue lo mismo, nos llevó a Tierracaliente. Altamirano es maestro en el género descriptivo; y dándole a sus versos el sabor local del país, de los encantos de la naturaleza virgen y el vigor de aquellas almas nutridas con el fuego de la costa, nos condujo a la sombra de los mangles, a las hamacas suspendidas de los mameyes; nos enseñó a las ardientes mujeres de su clima, nos dio a conocer las aves de sus bosques, los cantares voluptuosos de los amantes, y la riqueza prodigiosa de su tierra.

Después de aquellas poesías ardientes y apasionadas, el ponche era una redundancia.

E. Olavarría, poeta español, improvisó unas seguidillas para pedir un abrazo a los mexicanos. Manuel Peredo, L. Elízaga y A. Chavero, leyeron versos que fueron muy celebrados; los de Peredo por su originalidad y su sabor clásico, y los otros por la oportunidad de la improvisación.

Expansivo y epigramático el redactor de *La Orquesta*<sup>200</sup>, mezclaba sus sales en la conversación. El Nigromante, de cuyos labios se desprende siempre y a tiempo una saeta como los rayos de las manos de Júpiter, hacia justas apreciaciones, decía profundas verdades y amenizaba la sabrosa charla.

No escasearon los brindis patrióticos. El cónsul de Chile, que era uno de los concurrentes, se sirvió pedirnos algo de lo que se leía para remitirlo a su patria. El simpático y valiente coronel Doria tomaba parte en nuestra alegría, y el que mandaba las cargas cerradas de los cazadores de Galeana con la ferocidad de los beduinos del desierto, entre nosotros, elegante y amable, era el *gentleman* de las maneras más corteses.

Agustín Lozano, tipo esmerado de elegancia y buen gusto, nos participó el importante suceso de estar terminados los trabajos preliminares y hechas las concesiones respectivas para el establecimiento de la línea telegráfica de San Luis, por cuya mejora, debida al general Escobedo, estaremos en breve tiempo en comunicación casi directa y a minutos de los Estados Unidos y de Europa.—Lozano ha sido el agente del general Escobedo cerca del Gobierno para el arreglo de este importante asunto.

Nada faltaba a esta reunión para hacerla agradable, porque cediendo a esa propensión de la humanidad de halagar sus sentidos, como base principal de todos sus goces, no escaseaban ni el té de China, regalo de un inglés, ni las frutas secas y los sándwiches regados con Tokay y Champagne.

El café, que tan importante papel hace entre las gentes de letras, era, por una exquisita atención del dueño de la casa, el famoso café de Zingas de la Cordillera de los Andes, reputado como uno de los más apreciables en el mundo.

---

<sup>200</sup> Hilarión Frías y Soto.



Disculpémonos de enumerar estas poridades gastronómicas; pero no tenemos la culpa de que desde los griegos hasta nuestros días el estómago se haya acercado tanto a la cabeza, y de que en toda fiesta se empiece y se concluya por comer más que de ordinario. Ya Fígaro se ha quejado antes que nosotros de que la misión de una ciudad en fiesta es comerse a las otras ciudades, costumbre de que no han podido prescindir ni las edificantes y de feliz recordación comunidades religiosas de ambos sexos, que en días solemnes engullían de lo lindo conforme al Capítulo tantos de su regla, y de lo de “Bienaventurados los que han hambre y sed, etcétera.”

La noche del viernes fue la primera de nuestras Veladas literarias; la segunda será a los ocho días: nuestro apreciable compañero Próspero será el cronista de la segunda velada.

*Facundo*

### Revista de la semana<sup>201</sup>

Según lo acordado de antemano, el viernes en la noche se verificó la segunda *Velada Literaria* en la casa de A. Lozano. A la hora citada, numerosa concurrencia toda de amigos, llenaba aquella agradable estancia, donde la voz dulcísimo de las *nueve hermanas* llevaba en tropel a todos los aficionados a la literatura tanto de nuestra capital, como de los Estados. Mas ¡ay! desgraciadamente, cuánto lujo y cuánta elegancia. —Aquí los confidentes de terciopelo, allá la consola a la Luis XIV o XV, pues no somos fuertes sobre la materia; sobre una mesa los magníficos ramos de flores en elegantes jarras; más allá los álbumes de terciopelo adornados de oro y porcelana; la esperma brillando por todas partes, y una orquesta en la plaza contigua ejecutando lo más clásico y selecto de la música alemana e italiana...

Pero ¿qué es esto? nos dijimos al entrar y sorprendidos. ¿Así se profana el sagrado privilegio de los poetas, cuyo destino es vivir en la oscuridad y la pobreza? ¿Por qué tanta luz? ¿por qué tanto lujo? ¿No sabéis que los búhos cegamos con el resplandor demasiado fuerte del astro del día?

Los más sabrosos embelecocos de *Fulchery*, los más delicados vinos de *Devers* se servían lacerantemente, lo helado y lo caliente se alternaban sin descanso y apenas expiraba el último acento de alguno de los vates que cantaba la gloria de la patria, la belleza de nuestro cielo o el amor de su ángel, cuando la orquesta tocaba haciéndose oír dulce y apacible, desde una pieza contigua, como el eco tierno y armonioso de la poesía, de esa música divina del corazón y de los dioses.

La *Velada* fue deliciosa. Las composiciones leídas, llenas de entusiasmo, de patriotismo y de amor. Los abrazos, las felicitaciones, los chistes oportunos y las centuplicadas libaciones no faltaban.

Pero nosotros, sólo nosotros protestábamos no contra aquella alegría y fraternidad dichosa, sino contra el lujo introducido en una sociedad que personifica lo más pobre de la tierra; los poetas, esos *pobres* seres que hacen *ricos* a todos dándoles perlas,

---

<sup>201</sup> L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 157 (18 de diciembre de 1867), p. 3.

diamantes, oro, y hasta el cielo, cuando ellos infelices tienen muchas veces por manto un harapo y por artesón la triste copa de un sauce de Babilonia...

Lejos, muy lejos de nosotros la idea de corresponder con un rasgo de ingratitud a la bondad con que nuestro amigo Lozano nos recibió en su morada. La finura, buen tono y afabilidad con que hizo los honores, fueron exquisitos, y en su lujo no hemos visto sino el carácter *exclusivamente mexicano* y el afecto del amigo para con sus amigos.

Pero si no queréis ser los verdugos de las inocentes *Veladas*, si no queréis hacer huir asoladas a las lindas doncellas del Pindo; si queréis ser poetas, sed pobres y modestos; de lo contrario llevaréis el remordimiento de un crimen, de un asesinato infame.

El lujo trae la molicie, la molicie trae la ignorancia y la ruina. El valor y el talento hicieron de Roma la señora de la tierra, el lujo y la molicie la hundieron en la nada...

Ya veo a los irrespetuosos vates Altamirano y Vicente Riva, contener penosamente la risa, lanzarme crudos epigramas y gritar fingiendo la voz: "*cállate, tonto...*". Pero no callaré y gritaré más alto, porque es preciso que ya no seamos niños, la túnica de esa edad se ha escapado de nuestros hombros, y alguna arruga en la frente nos indica que el sol de nuestra juventud algo ha avanzado ya del cenit.

Perdonad, amigos perdonad: tal vez el sermón sea empalagoso; pero a esto nos ha autorizado el fallo de Vicente R. Palacio, que al señalarlos para cierta comisión, que rechazábamos modestamente, nos decía: "No hay remedio, acepta, acepta, tal es el privilegio de los años." Levantamos los ojos, nos vimos mutuamente la pata de gallo, y algunos hilos de plata en la cabellera, y declaré que tenía razón.

En la tal reunión o *Velada* hay algunas sierpecillas cuyas lenguas pican recio, mas sin veneno; de manera que personas graves como la nuestra, son raras.

Diciembre 15 de 1867 —L. G. O.

**VELADAS LITERARIAS**<sup>202</sup>.—He aquí una manera de pasar la noche, que hace honor al gusto de nuestros vates que han inaugurado las veladas que anunciamos.

¿Qué puede haber más satisfactorio, que entretener esas largas horas de invierno, oyendo a los ruseñores de Anáhuac recitar sus magníficos cantos?

Las academias tienen sus inconvenientes y dificultades; de allí surgen maestros y legislaciones; por consiguiente, están expuestas a la disolución y a los golpes de Estado; las lecturas sin orden, sin ceremonial, sin otra regla que pedir o arrebatarse la palabra para deleitar a los oyentes, son una perfectibilidad republicana que honra mucho a sus iniciadores. Allí no hay ni puede haber oposición, ni ministerialismo.

Daremos cuenta a los que leen *El Ferrocarril* de lo que veamos y sepamos de las Veladas literarias, que por ahora tienen lugar los viernes de cada semana.

---

<sup>202</sup> Sin firma [José Rivera y Río], "Veladas literarias", en *El Ferrocarril*, t. 1, núm. 19 (18 de diciembre de 1867), p. 2.

**VELADAS LITERARIAS**<sup>203</sup>.—Antenoche se verificó la que teníamos anunciada en la casa de nuestro amigo el Sr. D. Luis G. Ortiz, que nos ha dejado los más gratos recuerdos y las más dulces impresiones.

El Anfitrión supo hacer los honores, con la exquisita urbanidad que le distingue, y obsequió de una manera digna, a sus apreciables convidados.—La reunión fue numerosa y escogida.

Careciendo de tiempo para referir minuciosamente lo acontecido en tan agradable reunión, nos limitaremos a mencionar las composiciones que se leyeron, de que no dudamos se ocupará extensamente uno de nuestros colegas en sus elegantes revistas.

El Sr. Zenea cantó la situación de Cuba con enérgicos tonos, estigmatizando a sus compatriotas porque sufren la dominación de España.

El Sr. Villalobos pintó al antiguo continente con sus rasgos característicos y también con la vehemencia que distingue a sus escritos.

El Sr. Mateos leyó la invocación de su poema religioso a Jesucristo, que tiene la circunstancia de haber sido escrito durante la confinación que sufrió dicho Sr. por el imperio.

El Sr. Altamirano leyó una composición sentimental con un epígrafe de Schiller, en que dejando el antiguo sabor clásico, y sin hacer uso del patrón sobre el que otros calcan sus producciones, y conciliando la corrección de dicha escuela con la novedad de los pensamientos, presenta un cuadro de amores de cabaña, de esas situaciones pastoriles que han explotado tan bien los autores alemanes y eslavos.

El Sr. Sánchez Facio, que según se nos ha dicho, se ha dedicado a estudios muy serios y de mucha importancia, como son los de nuestra historia antigua, nos presentó un romance que no carece de interés ni de corrección.

El Sr. Peredo, que tiene la ventaja de manejar los cascabeles, lo mismo que la cítara doliente, nos concentró un momento con una composición filosófico-sentimental.

El Sr. Cuellar, se lanzó a un terreno fantástico, y nuestra imaginación le siguió llena de interés, en su bellísima poesía “Las palmas”.

El Sr. Chavero nos dio a conocer una brillante traducción de Homero, intitulada “Baco”. El estilo nos parece bien comprendido.

El Sr. D. Ignacio Ramírez nos hizo *enloquecer* de entusiasmo; tal es la palabra. Sus tercetos son dignos de Juvenal; del famoso crítico que decía: *¿Quid Roma faciam? Mentire nescio*. No nos atrevemos a juzgar la obra del *Nigromante*, porque para eso necesitaríamos estar a su altura.

El Sr. Téllez D. Joaquín recitó varias de sus originalísimas composiciones festivas, y entre ellas “La cerveza”, cuyo asunto nos es tan simpático.

El Sr. D. Julián Montiel contribuyó también a la velada con una de sus poesías líricas en que notamos la facilidad y belleza que le son peculiares.

---

<sup>203</sup> *Ibid.*, núm. 25 (1º de enero de 1868), pp. 2-3.

Nosotros obsequiamos a nuestros amigos con uno de nuestros cantos del destierro, escrito en el lecho del dolor, con las inspiraciones de la agonía.—Para contar con la indulgencia de nuestros oyentes, tuvimos necesidad de este exordio.—Los brindis, los apólogos, el chiste de buen gusto, la hilaridad sin esfuerzo y la fraternidad de la inteligencia, hicieron de la noche del lunes la velada más grata que pueda imaginarse.

Además de las personas nombradas, estuvieron presentes los Sres. Olavarría, Payno, Alcalde, Baz D. Valente, Mercado, Lozano, Rizo y otras que en este momento no recordamos.

La velada próxima la da el Sr. D. Joaquín Alcalde y la subsecuente el Sr. D. Manuel Payno.

### **Veladas literarias**<sup>204</sup>

Ayer vio la luz pública el primer cuaderno de la interesante colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos. En dicha publicación hay poesías de los Sres. D. Guillermo Prieto, D. Ignacio M. Altamirano, D. Vicente Riva Palacio, D. José T. de Cuellar, D. Luis G. Ortiz, D. Enrique de Olavarría y D. Manuel Peredo. Además, contiene este primer número: un retrato en fotografía y un autógrafo del Sr. D. Guillermo Prieto. Se halla de venta en la librería de la calle de Lerdo y Refugio, al precio de cuatro reales ejemplar.

**VELADA LITERARIA**<sup>205</sup>.—¿Por qué la agitación del trabajo no nos deja vivir en esa atmósfera de poesía, de inteligencia y de ilustración que se respira en esas bellísimas Veladas literarias?

¿Por qué no tenemos la elegante pluma de Cuellar, el correcto estilo de Ortiz para describirla?

En la casa de este último tuvo lugar la última, en la noche del día 29.

Allí vimos las notabilidades políticas y literarias del país.

Ramírez, el escritor omniscio, el hombre que envidiaría la enciclopedia francesa que se honraría con tener en su seno la falange republicana desterrada a Cayena y Jersey por Napoleón III.

Altamirano, el orador por excelencia, el patriota sin mancha, el soldado tenaz de la República.

Arias, el periodista festivo, ligero, cáustico como Fuente, filosófico como Larra.

Villalobos, el periodista de corazón, el entusiasta poeta de nuestras glorias nacionales.

<sup>204</sup> Sin firma [Anselmo de la Portilla], “Veladas literarias”, en *La Iberia*, t. III, núm. 277 (1º de enero de 1868), p. 3.

<sup>205</sup> Sin firma [Hilarión Frías y Soto], “Velada literaria”, en *El Boletín Republicano*, núm. 158 (2 de enero de 1868), p. 3.

Juan Mateos, el inspirado poeta, nuestro escritor dramático, nuestro hábil improvisador.

Cuellar, el elegante imitador de Lamartine, Ortiz, el sentido cantor de los amores y de la vida; Peredo, el selecto prosista; Payno, el original escritor, el hábil financiero, y tantos cuyos nombres no conocemos aún, pero cuya amistad nos honraríamos de poseer.

Dos composiciones solamente tuvimos el gusto de oír.

“El nuevo continente” de Villalobos, notable por mil sentidos, lleno de fuego y de patriotismo, y el prólogo de un poema, “Dios” de Juan Mateo; lleno de versos dulces y armoniosos como cuantos hace el demócrata poeta.

Pero muy pronto tendremos el gusto de ver impresas las demás que allí se leyeron.

Sólo deseamos ver allí muchos de nuestros poetas y de nuestros escritores que llenan de tanto lustre y gloria a México.

¿Por qué no vimos allí a Prieto, el poeta nacional, a Zarco el rey de los periodistas, el profundo literato, y a Vicente Riva Palacio, tan buen poeta como prosista y tan instruido como patriota?

Esas Veladas literarias serán más tarde, estamos ciertos de ello, una Academia modelo no sólo en la República, sino en las Américas.

**VELADA LITERARIA**<sup>206</sup>.—La que debió verificarse anoche en la casa de nuestro amigo el Sr. Lic. D. Joaquín Alcalde, queda aplazada hasta nuevo aviso, por encontrarse enferma una persona de la familia de dicho señor.

Sentimos la causa que ha motivado el aplazamiento de la velada, y esperamos que desaparezca cuanto antes.

### **Revista de la semana**<sup>207</sup>

Ortiz al dar cuenta a sus lectores de la segunda velada que se hizo en la casita de Agustín Lozano y al hablar del menaje, de los vinos, de los helados y de la orquesta, se quejaba amargamente de aquella competencia en el lujo de los obsequios, (que se prohibió en el acta), y alabando el buen gusto del joven dandy, se mostró severo con él.

Este Agustín Lozano, que no es literato sino amigo de los que cultivan las bellas letras y amante por demás del *comfort* y del refinamiento, por organización, quiso manifestar esa noche su admiración y su cariño hacia sus amigos, no con endechas, sino halagando sus oídos con una música deliciosa y su paladar con vinos exquisitos, convirtiéndose de este modo ya que nosotros éramos muy pequeños, también él en un Lúculo en miniatura.

<sup>206</sup> Sin firma [José Rivera y Río], “Velada literaria”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 27 (7 de enero de 1868), p. 2.

<sup>207</sup> Ignacio M. Altamirano, “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 177 (7 de enero de 1867), pp. 2-3.

Pero como Luis Gonzaga iba a tener en su casa la velada siguiente, cualquiera al leer su Revista habría creído que iba a alojarse en la bohardilla de Camoens o en el granero en que se hallaba también Berenguer a los veinte años.

Pero no fue así y es fuerza vengarnos de la severidad del poeta con el currutaco.

El granero era un salón elegante, con muelle alfombra, sofaes, sillones y sillas carmesí, dos elegantes espejos sobre dos consolas en las que se ostentaban hermosísimos ramilletes de amapolas rojas y blancas en jarrones de alabastro. Estos ramilletes de amapolas nos causaron una agradable impresión, no sólo por su exquisito gusto, sino porque somos apasionados particularmente de esas flores. Una hermosa lámpara sobre la mesa tortuga y candelabros con esferas iluminaban aquel salón, dejando contemplar en todos sus detalles los hermosos grabados que adornaban las paredes. Un piano que el poeta pulsa con la misma destreza que su lira, completaba aquel cuadro encantador. Gonzaga había colocado sobre la mesa con delicado gusto una bellísima colección de *aquarellas* que trajo de Italia y que admiramos como un esfuerzo del arte, porque a decir verdad no habíamos visto nunca nosotros pobres reclusos en este país, miniaturas más bellas y más deliciosas.

A las ocho y media el salón estaba lleno y se comenzaron las lecturas, interrumpiéndose de cuando en cuando para pasar a la pieza inmediata, en la que había una mesa cargada de pasteles, de copas, de botellas y de vasos con sabroso y caliente ponche, de modo que al canto seguía la libación, ni más ni menos que si Anacreonte u Horacio hubieran presidido aquella compañía.

Hablaremos de las lecturas dejando sentado que el cronista de *El Siglo* incidió en las mismas faltas de respeto a la modestia de los vates, que tan duramente censuró en Lozano.

El primero que pulsó la lira fue Zenea el poeta cubano, el idólatra de Heredia y su discípulo por la entonación y las ideas de libertad que campean en sus versos. Nosotros sinceramente somos apasionados de la poesía cubana.

Hay en sus imágenes como el brillante colorido que da el sol de la isla en su vegetación y a su cielo, hay en sus acentos a veces como la ronca armonía de sus mares, otras como la doliente y desgarradora queja de su pueblo esclavizado, la ternura y la pasión de sus ardientes hijos, y alguna vez arranques de sombría cólera, y gritos de sublime esperanza, como salidos de un alma inmensa que aspira a la libertad. Por eso nosotros que admiramos a Heredia y a Plácido, que hemos devorado las obras de la Avellaneda más poeta que poetisa, que nos hemos deleitado con Milanés, que acabamos de conmovernos profundamente con “La vuelta al bosque” con ese canto de profunda tristeza que una desgracia terrible ha arrancado al corazón herido de Luisa Pérez de Zambrano, nosotros que buscamos ansiosos todas las perlas literarias que el Atlántico arroja a nuestras costas desde la tierra de Caballero y de Betancourt, escuchamos con religioso silencio a Zenea.

Su modo de recitar es lento y compasado, do hay en su voz las modulaciones del sentimiento; pero esto no impide seguir el vuelo de su imaginación que acaba por cernirse en las altas esferas del porvenir.

Los versos que nos leyó son una especie de introducción al primer canto de un poema, cuyo modelo, como el del “Peregrino” de José Mármol y como el de “Childe

Harold” de Byron está en *La Odisea* de Homero. Sólo que esta odisea tiene que ser esencialmente moderna y americana como la del poeta argentino.

Si el Sr. Zenea concluye su obra con la misma felicidad con que ha concluido sus primeros cantos, el poema será uno de los monumentos de la literatura hispanoamericana.

Siguió Joaquín Villalobos y recitó una larga composición en octavas reales, titulada “Los dos mundos”. En esta poesía, en que se nota una verdadera inspiración, se percibe el exaltado patriotismo que anima todos los cantos de este poeta. Recorre a grandes rasgos las viejas naciones, las juzga severamente por sus obras y por su influencia en el progreso de la humanidad, y las condena y las hace arrodillarse delante de la pobre y calumniada México, cuyo valor y libertades enaltece.

Juan Mateos recitó la hermosa introducción en octavas reales, de su poema “Jesucristo” que corre ya impreso, y sobre el que la crítica ha hecho un juicio muy favorable. Este poema fue escrito durante el destierro que el poeta sufrió en Yucatán en la época del imperio. Nosotros encontramos en él lozanía y ternura. Tiene versos dignos de Klopstock, y en lo general sus descripciones son animadas y rientes como las de Renan en su famosa “Vida de Jesús”.

José Rivera y Río recitó una composición que nos impresionó vivamente. Es un grito desesperado de agonía que se lanza desde el lecho de la miseria y del dolor, para que penetrando por las ventanas abiertas de un salón en que libertinos y mujeres impúdicas se entregan a la orgía más desenfadada, vaya a herir sus oídos en medio del placer y lleno de estupor aquellas almas, como llevaba la de los romanos del Bajo Imperio la calavera circulada en medio del festín.

Hay en este canto algo de la tremenda indignación del profeta en la orgía de Baltasar, y las maldiciones y los gritos de dolor parecen salir de los labios trémulos y enfermizos de Byron o de Espronceda.

Esta composición, una de las mejores de Rivera y Río, causa pena, porque en el eco de pasados sufrimientos que todos hemos tenido en la vida. ¿Quién no ha contemplado alguna vez con desesperada cólera desde un asiento en que el dolor y el abandono lo clavaban, el delirante goce de otros más felices?

Después Cuellar leyó otro de sus apólogos: “Las palmas”. Ya en la primer velada nos hizo conocer “Los árboles”, y en la segunda “Las flores”.

Este género de composiciones merece un estudio y una atención particulares. Cuellar inicia una escuela nueva en nuestro país, y en cuanto a su forma nueva en el mundo seguramente. Es la poesía revistiendo la ciencia. Es la lira transformándose en cátedra.

Verdad es que la poesía didáctica y especialmente respecto de ciencias naturales, no es nueva, sino al contrario, muy antigua y cultivada por genios sublimes que han dejado de ella monumentos inmortales. Lucrecio a quien envidiaba y con razón Virgilio enseñó las leyes de los mundos en su divino poema *De natura rerum*. Virgilio daba lecciones de agricultura en las *Geórgicas*, Marco Masilio, de astronomía en las *Astronómicas*. En la edad moderna Saint-Lambert y Thompson cantaron las *Estaciones*, Delille los *Tres reinos de la naturaleza*, y además *Los jardines*. Entre los poetas contemporáneos hay muchos que se han consagrado a esta difícil tarea, y para no citar sino a americanos,

mencionaremos a Martin Tupper que es completamente didáctico y que en pequeñas composiciones ha dado un curso de metafísica, de ideología y de humanidades.

Así, pues, Cuellar no ha creído inventar este género, ni menos creemos nosotros que sus obras alcancen la perfección de aquellas grandezas clásicas, pero la manera de tratar la ciencia sí entendemos que es original y aún nos avanzamos a suponer que los resultados que se propone son felices. De manera que establecemos esta diferencia: aquellos poetas inmortales eran sabios; Cuellar es sólo vulgarizador; pero vulgariza tan sencillamente los secretos de la ciencia, reviste de tan bellas formas la aridez de las reglas, desarrolla de un modo tan ingenioso y brillante las teorías, que da a la lección todo el interés de la leyenda, y la joven y el niño que bostezarían ante una página de Jussieu o de Richard, aunque tuviesen estampas iluminadas, devorarán con avidez una lección de botánica dada por Cuellar y aprenderán sin quererlo, cómo se nutren los árboles, cómo viven y mueren las hojas, cómo se propagan las flores, y cómo se aman las palmas.

Un hombre de mucho talento y de mucha instrucción, Manuel Payno, que le oyó leer “Las flores”, en la segunda velada, dijo estas palabras calificando el apólogo:

—*Es Tournefort puesto en verso por Fray Luis de León.*

Es preciso ver y estudiar uno de estos apólogos para juzgar de su mérito y comprender cuánto ingenio y estudio ha empleado el joven poeta para realizar su pensamiento que ha consultado con los patriarcas de la velada, muy competentes en la materia, quienes lo han aplaudido, juzgando muy favorablemente las composiciones mencionadas. Esta publicación, de seguro será bien recibida en el mundo literario y honrará a México.

Después de Cuellar, leyó Sánchez Facio. Este joven comienza a hacerse conocer como poeta. Ya era estimado por sus estudios serios sobre historia nacional, que ha publicado en su folletín *El Correo*, y cuyo estilo ha agradado por su brillo y por su novedad. Leyó un romance asonantado y que tituló “La vida”. El título prometía un estudio filosófico, y el poeta lo desempeñó, aunque en pocos versos, con talento; recorriendo a grandes pasos la vida del hombre, desde su infancia hasta su muerte. Hay en esa composición algo que la hace asemejarse con una de esas melancólicas canciones alemanas, llenas de filosofía y de resignación, que dicen mucho en pocas frases, y que hacen pensar al que las escucha o al que las lee.

Debemos decir que Sánchez Facio tiene brillantes pensamientos, y de ello nos dio pruebas en un magnífico soneto que improvisó en la segunda velada.

Enseguida leímos nosotros nuestra *María*, humilde canto, expresión de la tristeza de nuestra alma, y que fue recibida con extraordinaria indulgencia por nuestros amigos, quienes para alentarnos solamente nos dirigieron, respecto de ella, palabras demasiado benévolas.

Manuel Peredo, ya aplaudido por su oda del fin del año, tan llena de sal ática y de ingenio, como de sabor clásico, nos hizo ver que puede tanto en el género festivo como en el sentimental, y nos leyó una “Silva a la noche” preciosa. Este joven lee mucho a los líricos españoles más puros, porque su estilo es rigurosamente clásico, sin que este apego a las reglas haga perder nada al brillo de sus ideas ni a la flexibilidad de su lenguaje correcto y elegantísimo. Peredo es un poeta de provenir.



Alfredo Chavero, que es tan original cuando quiere, nos leyó entonces una traducción de Homero. Cuántas dificultades tendría que vencer para interpretar al príncipe de los poetas del mundo, lo comprendemos. Necesitó para ello no sólo de la destreza en los idiomas respectivos, sino de una grande familiaridad con los clásicos antiguos y con ese intrincado laberinto de la mitología, muy conocido todavía en el siglo en que florecieron los Parny, los Meléndez y los Moratín; pero que va olvidándose hoy que la poesía toma otro giro, y tiene algo más que evocar que las historias de familia de los dioses paganos, poco edificantes sin duda y más enredados que edificantes. Los versos de Alfredo son fluidos, correctos y sonoros, y por eso desearíamos verlos inspirados más bien por un pensamiento original que por ajeno numen.

Joaquín Téllez es un poeta singular. Su poesía es una mezcla graciosísima del género festivo y del sentimental. Hay algo del oficial calavera en su literatura. No puede dirigir una mirada tierna sin cerrar luego el ojo. No puede dirigir una frase lacrimosa sin reírse enseguida. No puede cantar el amor platónico sin concluir con algo positivo y de sustancia. Hay en su arpa una mezcla de cuerdas de la lira de Anacreonte y de la guitarra de Fígaro. Tiene pequeños romances en el estilo de los cuentos del Boccaccio, y cuando por ejemplo, se digna tributar alabanza *a un labio de rosa* y *a un bozo lindo* y dice que está lleno de *tentación*, es a propósito de la espuma de su *Cerveza* que él adora sobre todas las cosas.

El verso de Téllez tiene el desorden de la libertad, pero es fácil y cadencioso y es bello oírsele recitar, con aquel exterior grave que más bien parece que promete una sentencia y no un epigrama.

Una *Luz* trae perdido a Julián Montiel y su lira por hoy no tiene más cantos que para ella. El amartelado poeta está convertido en mariposa y nosotros deseamos que no encuentre, como este hermoso insecto, una tumba de fuego sólo porque no enmudezca.

Esta *Luz* que él dice como todos los enamorados, que es más pura que la del sol, le inspiró unas octavas llenas de pasión y de ternura que fueron su contingente de la velada y que hicieron desear a sus amigos que nunca se eclipsase para él el astro luminoso.

Por último, el patriarca de aquella familia, Ignacio Ramírez, anunció que iba a leer. Cesaron entonces los brindis y la charla, los vasos se dejaron apresuradamente sobre la mesa y un aplauso unánime acogió tal anuncio, después de lo cual reinó un silencio absoluto. ¿Qué iría a leer Ramírez, este genio que asombra y que infunde respeto?

El Nigromante extendió un papel con su gravedad acostumbrada, y después de una pequeña introducción que hizo en prosa, manifestando que su composición no tenía título, pero que podía ponerse el siguiente: "*Te Deum laudamus*", comenzó a leer una invocación a su musa. Apenas había acabado de recitar el primer terceto, cuando estalló una risa tempestuosa en el auditorio, una risa homérica y que no se extinguió sino para renovarse en el segundo y así sucesivamente hasta que aquel hombre cesó de hablar.

Era una sátira terrible, punzante, pero llena de chiste y de color, preñada de veneno, pero justa, vengadora, mortal, indignada como una sentencia del Dante, implacable y precisa como una de Juvenal, profunda, desenvuelta y atrevida como una expresión de Rabelais. Nosotros reíamos, aplaudíamos; pero en medio de nuestra risa había temor y respeto por aquella terrible justicia que señalaba la frente de los hombres con el estigma

del ridículo, pero no del ridículo vulgar, sino del que castiga el crimen y que infama como el bonete de plumas de las antiguas leyes penales.

¿Qué diríamos de Ramírez? Nosotros no podemos más que admirarlo. Para entrar en el análisis de sus obras, se necesitaría, como dice Rivera y Ríó, estar a su altura; y nosotros ¡ay! no somos más que pigmeos para él.

De este modo concluyó la velada. Joaquín Alcalde invitó para la próxima.

Nosotros salimos de la casa de Luis Gonzaga Ortiz, con el alma llena de gratas emociones y de dulces recuerdos. Naturalmente no hemos podido menos que pensar en él, y ya que esa noche no quiso leer, por un rasgo de exquisita delicadeza, nos pusimos a hacer el estudio de sus versos y de su carácter. Que nos perdone si aquí estampamos nuestro juicio, que él debe creer sincero, lejos como estamos los que nos queremos bien, de la lisonja y de la falsía.

Ortiz, bien conocido hace años en la república por sus bellísimas composiciones, firmadas ya con su nombre propio, ya con el seudónimo *Heberto* que usó algunas veces, es un poeta erótico por excelencia y por carácter, según creemos. Es el cantor de las rosas y de las mujeres bellas, de las dulces entrevistas y de los adioses tristes, de los deseos voluptuosos y de los goces tranquilos. Es el sibarita de la literatura. El amor es su especialidad; pero no el amor tempestuoso, terrible, que va hasta el crimen y hasta la depravación; no es la pasión que tiene gritos destemplados; maldiciones sombrías, carcajadas de incredulidad y miradas de demonio. No: Luis Gonzaga es antes que todo poeta dulce, bueno y melancólico, pero no desesperado; sensual, pero no libertino; ha tenido engaños como todos los hombres de su corazón; pero no lo carcome la duda, y en su alma como en los campos que tanto quiere, el amor florece cada año y no se extingue con el invierno la savia de la vegetación. Él ama, olvida y vuelve a amar, y sus amores, como su poesía, son una cadena de flores a cual más fragantes.

Ortiz ha cantado la ciencia y los combates y con felicidad; pero siempre su musa ha protestado que el amor es su constante inspiración, y ha preferido cantar los combates de las doncellas (*proelia virginum*) como dijera Horacio. En la antigua Grecia, Ortiz habría pulsado de preferencia la lira *jónica* y la *lidia*, cuyas armonías hacían cerrar los ojos de placer a las hermosas. En el género erótico ha cultivado con maestría todos los estilos, menos el violento y arrebatado, que no toca nunca. Así, ya se le ve con la frente ceñida de mirtos hacer idilios dignos de Teócrito, bajo la rústica cabaña festonada de pámpanos y de hiedra; ya cantar sobre el trébol el amor de su zagala, con la ternura de Gessner o de Garcilaso: ya han salido de su lira acentos ardientes, voluptuosos y apasionados como los de Juan Segundo; ya melancólicas elegías como las de Tíbulo, aquel poeta *a quien las lágrimas impedían ver la naturaleza*, como dice Pizarro, el Teófilo Gautier de Cuba. Es con este tierno y ardiente poeta romano con quien nosotros lo comparamos, y en efecto como él puede decir también:

*Sed me, quod facilis tenero sum semper Amori.*

A veces, sin embargo, sus cantos tienen acentos más profundamente tristes y que revelan amargos dolores, que naturalmente procuran exhalarse con quejas más hondas y más punzantes. A veces le creemos impulsado hacia su lira, como en busca de desahogo, y nos parece percibir en sus elegías algo, como un suspiro de alivio, lo cual no es raro.

*Perche cantando il duol si disacerba*, como dijo el Petrarca.

Por lo demás, y poniéndonos a examinar el carácter de las composiciones de los poetas eróticos y sin necesidad de lanzar una mirada indiscreta en sus dolores íntimos, siempre encontramos que son presa de amargas decepciones, de esperanzas frustradas, de alguna pasión desventurada y terrible que ha decidido de la felicidad y desgracia de su existencia, y creemos justo aquel pensamiento de Byron que dice que el amor es

*A faith whose martyrs are the broken heart.*

¡Ojalá que en Gonzaga Ortiz no sea esto cierto, y que sean aprensiones de nuestro afecto hacia él! Nosotros, antes que verle trocar su dulce lira por el arpa ronca de Espronceda, preferiremos verle llegar, como Anacreonte, a una alegre vejez y adornar también su plateada cabellera con una eterna corona de jacintos!—

*Ignacio Manuel Altamirano*

**REVISTA DE LA SEMANA**<sup>208</sup>.—Recomendamos a nuestros lectores la de *El Siglo XIX*, que revela un mundo de conocimientos literarios de parte de su autor el Lic. D. Ignacio M. Altamirano.—Este señor, lo mismo que el apreciable Luis G. Ortiz, están reanimando el casi extinguido fuego de nuestra literatura, y a eso tienden sus mutuos esfuerzos bien demostrados en sus elegantes eclécticas crónicas, que suplen en parte la falta de una publicación especial.

**VELADA LITERARIA**<sup>209</sup>.—El próximo lunes tendrá lugar en la casa del Sr. D. Manuel Payno calle de Santa Clara número 23, comenzando a las siete y media de la noche. Las personas que concurrieron a la velada anterior y que han sido ya invitadas, vuelven a serlo por el presente aviso, sin necesidad de esquelas particulares.

**Revista de la semana**<sup>210</sup>

Reunida en nuestra humilde morada la tercera *Velada literaria*, no era sin duda a nosotros a quienes correspondía escribir sobre ella. Ignacio Altamirano ofreció ocuparse de la *Revista*, y ya habéis visto el brillante artículo en que el elegante prosador, el original poeta y el profundo erudito desempeñó su compromiso.

Hemos leído con positiva delicia el escrito de Altamirano, (haciendo abstracción absoluta de lo que en él trata de nuestra insignificante persona), porque es hermoso y consolador, en medio de las mentiras humanas, el encontrar almas grandes y generosas, superiores a las envidias ruines y miserables de la vida. Altamirano tiende la mano al amigo con la verdad de un niño, y habla como se lo dictan la franqueza y la lealtad de su corazón. Libre absolutamente de ciertas pasiones, de que desgraciadamente suelen

<sup>208</sup> Sin firma [José Rivera y Río], “Revista de la semana”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 28 (9 de enero de 1868), p. 3.

<sup>209</sup> *Idem.*, “Velada literaria”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 29 (11 de enero de 1868), p. 2.

<sup>210</sup> L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 183 (13 de enero de 1868), pp. 2-3.

adolecer los hombres de letras, se complace en alentar a la juventud y en hacer justicia a la inteligencia. Altamirano ve a los literatos o a los aficionados como hermanos, porque el hombre de verdadero talento no teme a sus rivales; porque en ellos afina la inteligencia y el genio. Es envidioso, el que trata de rebajar a los demás, ni tiene el talento ni tiene el alma del poeta, porque siente su nulidad y le irrita la gloria de los que lo ofuscan. El versificador que sin más caudal que su presunción y su petulancia, ignorante en las materias que trata, sin estudio de ningún género, y ostentando una erudición y una ciencia que ignora, se pavonea en la atmósfera de vanidad que él mismo se ha formado para su solaz, es el cómico ridículo que ostenta en las tablas sus diamantes y oropeles, y que visto de cerca nos arranca una carcajada de compasión.

El artículo a que nos referimos es un estudio literario sobre cada una de las composiciones que se leyeron en la última *Velada*, y que revela el talento, la buena fe y el conocimiento profundo en literatura del elegante escritor. Él ha sabido juzgar con justicia e inteligencia a los poetas mexicanos, y sólo ha descuidado el fiel de la balanza al ocuparse de nuestras pobres producciones, porque nos juzgaba con la cabeza exaltada del poeta y el corazón bondadoso del amigo. Pero acierta cuando lanzando una mirada, no indiscreta sino de cariño, a nuestros dolores íntimos, halla algo que decidió la desgracia de nuestra existencia, algo con que siempre luchamos y que pesa eternamente sobre nuestro corazón como la roca de Sísifo.

No sabemos qué mala estrella luce sobre los desgraciados hijos de las Musas. De Homero a nuestros días, los dolores y la miseria han formado el patrimonio de los vates. “La historia del poeta es casi siempre la de la desgracia”, dice un escritor al hablar de las miserias del Tasso, y esta verdad podrá palpase aún sin apelar a mil ejemplos de poetas extraños y antiguos, recordando a Rodríguez Galván, que corriendo en pos del saber y de la gloria, sólo halló descanso en extranjera tierra y a la sombra de una palma plantada también por una mano extraña; a Carlos H. [Seran] muriendo en el aislamiento y la miseria; a Marcos Arroniz, leal amigo, poeta dolorido y severo, y soldado valiente, muerto a puñaladas en medio de un camino; a González Bocanegra, expirando joven, oculto y huyendo de una de las persecuciones de nuestras tormentas políticas; a Pablo Villaseñor, relegado por la fortuna y dejando en triste viudedad a una esposa que adoraba; y por fin, al Chenier de nuestros días, a Juan Díaz Covarrubias, a ese poeta candoroso que se lanzaba al mundo *con pasos de hombre y corazón de niño*, y a quien no podemos recordar sin que la indignación colore nuestra frente y las lágrimas empañen nuestros ojos... Algunos otros nombres podríamos agregar a este negro catálogo. ¡Quién sabe qué fin nos estará guardado por el cielo, a los que ponemos esta rama de ciprés y estas flores del alma sobre las tumbas de aquellos desgraciados amigos!

Nuestra sociedad y nuestros gobiernos han oído gemir a muchos de nuestros poetas, gozando con sus melodías, como se oye el ave que canta en un árbol de nuestro jardín o en el borde de nuestra ventana, sin comprender que aquel canto es un ¡ay! de dolor, un lamento de miseria, un grito de desesperación. El poeta, cuya misión es ennoblecer e inmortalizar todo lo grande y lo sublime; que dulcifica las costumbres, que combate los vicios, que canta y hace eterna la fama de los héroes y las glorias de la patria, cruza como un ave que pasa por el mundo, siendo muchas veces el ludibrio de la multitud. Los gobiernos deberían protegerlos por deber, y sea por conveniencia, porque a los hombres y a la gloria de Mecenas y de César, algo habría faltado sin los inmortales versos del vate de Verona. ¡De cuántos grandes hechos y cuántos grandes hombres se

habría perdido la memoria, si no nos los hiciese conocer, al través de lo siglos y en su canto inmortal, el desgraciado ciego de Esmirna!

Tristes son los ejemplos, es cierto, de la fortuna que acompaña generalmente a los míseros trovadores; pero esto nunca será un obstáculo para su marcha, porque el poeta canta, como el agua corre, como la brisa murmura y como trinan las aves. La misma gloria es muchas veces para él un fuego fatuo y engañoso, y ve con desprecio lo que el mundo llama el fausto y la fortuna.

Nosotros creemos, por la fraternidad que distingue a los amigos que forman la reunión de la *Velada*, poder dar el parabién a nuestro amigo Altamirano, por el artículo de que nos hemos ocupado, agradeciéndole la indulgencia con que mira nuestros trabajos. Nos halaga igualmente la esperanza de que esta reunión que ha causado tan agradable impresión y nos ha hecho pasar horas tan deliciosas, sea la semilla que cuidada cariñosamente por la juventud que cultiva en nuestra patria las bellas letras, llegue a ser un día una planta verdaderamente nacional, y que sus flores frescas, puras y olorosas, sean las que pongamos sobre el ara de la patria y a los pies de la hermosura.

[...]

Enero 12 de 1868.

L. G. O.

**VELADAS LITERARIAS**<sup>211</sup>.—La de antenoche estuvo tan concurrida como la anterior, y sus episodios inesperados, le dieron esa variedad sorprendente que es incompatible con un programa previo.

Leyó Guillermo Prieto, y ya este incidente, que fue la introducción de la *soirée*, era un acontecimiento notable. El doctor Peredo, esa criatura entusiasta, con quien está ligada una gran parte de nuestro pasado literario y a quien queremos como a un antiguo y aprovechado condiscípulo, llenó una gran parte de la velada con la lectura de su comedia *Todo o nada*, en que el estilo dramático está sostenido con verdadera maestría. Joaquín Alcalde, en una composición descriptiva y valiente, se pone a la altura de Heredia, el cantor del Niágara. Vicente Riva Palacio nos entretuvo agradablemente con una preciosa composición de campaña, que el soldado de la independencia todavía no ha arrancado de su libro de memorias. Joaquín Villalobos cantó a Dios en un romance, en el que la originalidad del *grano de arena*, esa grandeza cósmica de la obra de la creación, que para muchos ha pasado desapercibida, ocupa un lugar predilecto en la atención filosófica del poeta. El niño Rodolfo Talavera leyó una composición patriótica, y después se prestó a declamar un trozo de un drama bastante conocido. Los dotes del niño como poeta y como actor, son admirables, y todos lo hemos creído una celebridad para el porvenir.

En la mesa, Ignacio Ramírez, Juan de D. Arias y Joaquín Téllez, han llevado nuestros pensamientos por distintos rumbos, y la jovialidad y el buen humor han reinado allí sin oposición.

---

<sup>211</sup> Sin firma [José Rivera y Río], “Veladas literarias”, en *El Ferrocarril*, t. 1, núm. 31 (16 de enero de 1868), p. 3.

No omitiremos mencionar que el entendido frenólogo Cuevas, a quien hemos tenido el gusto de volver a ver después de muchos años, pronunció horóscopos terribles sobre nuestro cráneo y el de otros amigos, con una exactitud incontrovertible.

**VELADA LITERARIA**<sup>212</sup>.—El próximo lunes tendrá lugar la inmediata velada en la casa del Sr. D. Joaquín Alcalde, calle cerrada de Santa Teresa núm. 4, a las siete y media de la noche.—Este aviso sirve de invitación a todas las personas que han concurrido a las anteriores.

### **Revista de la semana**<sup>213</sup>

La *Velada Literaria* del lunes anterior tuvo lugar en la casa del Sr. D. Manuel Payno. El distinguido literato recibió a sus amigos con la fraternidad y finura que lo distinguen, siendo una de las personas que cualquiera que sea la posición en que lo coloquen su aptitud y su talento, es siempre el amigo cordial y el amador constante de las bellas letras. La *Velada* no pudo ser más numerosa ni más animada, y creemos, sin duda, que estas amenas e interesantes reuniones, son las primeras en su género que se establecen entre nosotros bajo tan favorables auspicios. Extrañas absolutamente a la política y animadas tan sólo por el deseo del estudio y el adelanto de la bella literatura, no dudamos que sus resultados sumamente satisfactorios.

Las lecturas fueron numerosas, pues oímos magníficas y preciosas composiciones de los Sres. Prieto, Talavera, poeta de doce a trece años que escribe ya los versos con un arranque y entonación que sorprenden, Alcalde, Riva Palacio, Villalobos, Ramírez, Frías, Téllez, Peredo, que leyó una preciosa comedia en dos actos titulada *Todo o nada*, y algunas otras personas que no recordamos. Las lecturas se amenizaron con varias piezas de música perfectamente ejecutadas por algunos de los concurrentes. Una exquisita mesa y delicados vinos completaron la brillante función, que terminó cerca de la una de la noche, retirándose todos los invitados satisfechos y entusiasmados con las *Veladas literarias* y con la amabilidad del Sr. Payno.

[...]

Enero 19 de 1868.

L. G. O.

**LA VELADA LITERARIA DEL LUNES ÚLTIMO**<sup>214</sup>.—Para describir las bellezas de esas noches pasadas en familia, consagrando al genio y al talento la mejor parte, y a la cordialidad y al buen humor el resto, se necesita de [...] del *Siglo*, y no creemos que se resignen los editores de este periódico a prescindir de esa sección semanal que tanto agrada. Luis Gonzaga Ortiz está lleno de ocupaciones; pero con él pueden alternar

<sup>212</sup> *Ibid.*, t. I, núm. 32 (18 de enero de 1868), p. 2.

<sup>213</sup> L. G. O., "Revista de la semana", en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 190 (20 de enero de 1868), p. 2.

<sup>214</sup> Sin firma [José Rivera y Río], "Velada literaria", en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 34 (23 de enero de 1868), pp. 2-3.

Cuellar, Peredo, Altamirano y otros; pues si así no lo hiciesen, mañana les tomaría cuenta nuestra literatura de su abandono. Creemos que nuestro amigo Pancho Zarco aceptará nuestras postulaciones, y que los candidatos no se negarán a un trabajo comprendido de tarde en tarde, en honor de las musas mexicanas.

En un artículo de gacetilla apenas podemos decir cuatro palabras que distan mucho del grande objeto a que se dedican.

Diremos, pues, que la velada del lunes último estuvo concurridísima, y que los representantes de las letras, confundidos entre muchos de los representantes del país y de nuestras glorias nacionales, se encontraron en los elegantes salones del magnífico Anfitrión, que se portó como un Mecenas y un Augusto.

Los Sres. Prieto, Ramírez, Peredo, Cuellar, Ortiz, Ríos, Téllez, Alcalde, Montiel, González Paez, Sierra y otros, que en este momento no recordamos, leyeron alternativamente bellísimas composiciones, cuyo análisis ocuparía muchas páginas. Una mesa suculenta y provista de exquisitos vinos, llamaba a los convidados a llenar los intervalos, para consagrar después su atención con más fervor a las lecturas.

Felicitemos a la juventud mexicana y al país, porque a pesar de la pasada tormenta y de los peligros de la situación, hay quienes piensen en las glorias de la paz y en los adelantos intelectuales.

### **Variedades. A propósito de las veladas**<sup>215</sup>

La sociedad literaria más antigua que se conoce es la llamada de los Sesenta, que existió cuatro siglos antes de Jesucristo.

Ateneo nos dice sobre dicha sociedad lo siguiente:

Había en Atenas algunos ciudadanos que tenían el talento de decir chistes. Se reunían en número de sesenta en el templo de Hércules, en Diornias, (pueblo de la Ática), y se les daba el nombre de los Sesenta. Al venir de su asamblea se decía: vengo de los Sesenta. Su reputación era tal, que Filipo de Macedonia, que oyó hablar de ellos, les envió sus talentos a fin de que le escribiesen sus chistes.

Las academias que formaron los poetas de Roma en tiempo de los emperadores, se reunían en un sitio nombrado *Sebelu poetarum*, y dice Justo Lipsio que se leían mutuamente sus obras, que una vez al año se juntaban en un gran banquete, para cimentar los lazos que habían formado.

Los escritores sintieron la necesidad de las recitaciones en público, y Asinio Pollion fue quien las introdujo. Ya hacía tiempo que los autores acostumbraban leer o hacer leer sus obras en público durante las comidas, en sus casas o en las de sus amigos, y a los ricos nunca les faltó auditorio.

Los escritores invitaban a sus lecturas por medio de esquelas llamadas *codicilli*. Los forasteros eran avisados por medio de anuncios llamados *libelli*, o por avisos que se

---

<sup>215</sup> V. U. [Valentín Uhick], "Variedades. A propósito de las veladas", en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 197 (27 de enero de 1868), p. 3.

fijaban en las columnas de los pórticos. Siempre había gran concurrencia para oír las lecturas que hacían los poetas a la moda.

Plinio el Joven decía que una de las virtudes de su mujer era el gusto que le causaban sus triunfos literarios, y que a menudo, cuando él leía algo en público, se escondía tras de una columna o de una cortina para escuchar con avidez las alabanzas que le prodigaban.

A menudo las lecturas públicas se turbaban por algún incidente que divertía al auditorio y ponía en evidencia al pobre escritor, como lo cuenta Plinio en una de sus cartas:

“Un caballero romano de gran influjo y saber hacía versos. Leía en público una composición que comienza por estas palabras: “Prisco, vos lo mandais!” Prisco, que estaba allí presente como íntimo amigo del poeta, exclamó presuroso: ¡Yo! ¡Nada mando! — Ya son de figurarse las risas y burlas del auditorio.

Un francés de gran talento ha trazado un curiosísimo cuadro de esas recitaciones en público:

“Roma, dice, estaba llena de personajes a quienes ningún sacrificio parecía duro con tal de hacerse notables.

Alquilar a gran costo una casa, bancos y sillas, disponer un salón en forma de anfiteatro, repartir convites, hacer circular avisos, causarse en fin toda clase de molestias y hacer cuantiosos gastos, tales eran las condiciones a las cuales se sometían por un triunfo de un instante. Con gran sentimiento de curiosidad e interés se leen en los poetas de la época las pretensiones de los escritores, sus monerías ante el público y las precauciones que tomaban para obtener buen éxito.

No estamos ya en la Roma de Augusto. No parece sino que Marcial y Juvenal han adivinado nuestras vanidades de salón y de bastidores.

Entremos en ese Ateneo romano, vasto anfiteatro cuyas gradas se levantan hasta el techo. Delante de un público numeroso está el recitador, en un sitio elevado. Su peinado es elegante, su traje se compone de una túnica blanca muy nueva, en su mano izquierda brilla una piedra preciosa, su cuello está rodeado por una corbata de lana o de piel, lo cual prueba, según Marcial, que tan difícil es saber hablar, como saber callarse.

Para conservar la pureza de su voz, se enjuaga el gárgamo con un licor emoliente. Saca por fin de su seno un enorme volumen, y comienza a recitar con un aire lánguido, moribundo, meneos de cabeza, afeminada voz y afectada pronunciación.

En muchos círculos, las gentes que más atentas parecían, eran las menos que escuchaban. Sus ojos se fijaban sin cesar, no sobre el que leía, sino sobre un personaje cuyas señas espiaban. Era ese el *mesochoros* o jefe de la *claque*, que por dineros, un traje o una comida, se comprometía de antemano a aplaudir, y repartía a sus adictos en todo el anfiteatro.

Pero he aquí un modo mucho más original de obtener un éxito brillante.

Un financiero ignorante y que se jactaba de literato, tenía gran deleite en leer sus escritos en público y mucho le gustaba causar sensación. Cuando prestaba dinero, primero estipulaba un interés conveniente, y al hacer el préstamo añadía siempre una



condición *sine qua non* a saber: Que el favorecido iría a escuchar sus versos, aplaudiéndolos, y si alguno no lo hacía, lo perseguiría judicialmente por falta de cumplimiento de contrato.

Las reuniones literarias de los romanos, gentes entendidas, eran de preferencia a la hora de las comidas, como lo dice Aulo Gelio en sus *Noches áticas*. La costumbre de esas reuniones se perpetuó hasta la ruina del Imperio.

La admiración de Carlomagno por toda la literatura antigua era grande, y a menudo se reunía con sabios ilustres, que entre sí se nombraban sus apelativos griegos y latinos.

En la Edad Media las reuniones y sociedades de poetas fueron muy numerosas, y para juzgar las cuestiones de amor que entre ellos podía haber, se establecieron en Francia los *tribunales de amor*, que tanta fama tuvieron en toda Europa. En la época del Renacimiento, esas reuniones se multiplicaron, y en una de ellas, durante el carnaval de 1552, en una quinta de París, Ronsard, Beuf du Dailay y otros poetas en número de cincuenta, festejaron a su amigo Esteban Jodelle, uno de los creadores del teatro francés, ofreciéndole un chivo coronado de flores y con la barba pintada. Alrededor del animal bailaron y cantaron himnos de su composición.

Ronsard le explicó a Jodelle que venían a ofrecerle el premio del poema trágico y a sacrificar en honor suyo ese chivo a Baco.

Esa farsa le valió al pobre Ronsard, la acusación de idólatra y de ateo, de la cual tuvo trabajos para vindicarse.

A mediados del siglo XVII, existió en Florencia una asociación llamada de “Los imbéciles” que desmentía por completo a su nombre, pues se componía enteramente de hombres notables en la literatura y en la ciencia.

En esa sociedad se compusieron los mejores sonetos de la literatura italiana en el siglo XVII.

En 1690 se fundó en Roma la Academia de los Arcades, demasiado conocida, y de la cual fue miembro el ilustre Moratín.

En Francia, las reuniones más célebres en el siglo XVII, fueron en el Hotel de Rambouillet. y ayudaron poderosamente al desarrollo intelectual. En ellas brilló mucho Uvitur, y en las que había en casa de Mademoiselle de Lancéry, el gran Corneille fue admirado.

En el siglo pasado se estableció en París la Sociedad del *Caveau*, que duró hasta hace algunos años, y a la cual perteneció Beranger.

En fin, hacia 1765, se formó en los Estados Unidos cerca de Boston una academia, que tenía por objeto formar mujeres sin sexo, según los principios de la presidenta, quien pretendía que la mujer está llamada por la naturaleza a dividir con el hombre todas las funciones elevadas que éste se ha tomado exclusivamente. Que el hombre no tiene más superioridad que la de la fuerza muscular, y que únicamente por la influencia del amor ha venido y llegado el sexo femenino al estado de abyección en que se halla.

Palabras de Mistress Godwin.

Para concluir nombraré al famosísimo Club de Roxburghe, en Inglaterra, compuesto únicamente de bibliófilos ricos y apasionados, los cuales, en una venta de libros, disputaron al *Museo Británico* la famosa edición del Bocaccio de *Valdasfer*, hasta lograr que fuese rematado al club en el enorme precio de doce mil pesos.

Hace dos años se formó en París la *Academia de los Bibliófilos* de la cual es jefe Luis Lacour y cuyo lema es: *Plus de lumière encore*.

Esta sociedad ha hecho numerosas publicaciones. Entre las últimas se cuentan las ediciones de Gresset y de Regnier, impresas por Johanot con tipos de la sociedad, que se consideran como las maravillas del arte y que en la Exposición de París fueron admiradas por todos los conocedores.

Todas las asociaciones arriba mencionadas han sido útiles a la humanidad, y han ayudado mucho a la emancipación del pensamiento y la formación y desarrollo de la literatura.

*Las Veladas literarias*, aunque con el carácter privado, hacen honor a México y tienen un noble objeto.

Habrás visto rara vez un conjunto de talentos tan originales y distinguidos como los que en ellas se reúnen, y que serían apreciados en cualquier país por culto que fuese.

¡Larga vida a las Veladas!—V. U.

## REVISTA TEATRAL<sup>216</sup>

*Las Revistas de Luis G. Ortiz.—Su importancia literaria e histórica [...]*

En la semana que acaba de pasar hemos tenido el sentimiento de ver la última Revista de las que publicaba cada ocho días en *El Siglo* Luis G. Ortiz. Este sentimiento no ha sido atenuado ni por la promesa que el amable escritor ha hecho de continuarlas más tarde. Tal vez será así; pero ya la suspensión causa pena tanto a los lectores de la capital, como de los estados, que leían con sumo interés las crónicas de la semana, tan llenas de gracia y de sentimiento y escritas con un estilo tan fácil, tan flexible, tan elegante, que si nos fuese permitido usar una figura para caracterizarlo diríamos que exhalaba el suavísimo perfume de la violeta de Parma.

Por mil motivos eran agradables y útiles estas revistas semanarias, como lo son en todos los países cultos. En México, el pobre enfermo o la señora a quienes por motivos de salud u otros cuidados les es imposible asistir a los espectáculos y a los paseos, se contentaban al menos en su clausura leyendo esas descripciones animadas y risueñas, en que el narrador da cuenta de lo que ha visto, censurando lo que ha juzgado grotesco o absurdo, aplaudiendo lo que ha merecido su aprobación y pintando en fin con tan vivos colores, que reproducía, por decirlo así, como en un diorama, los encantadores cuadros que se han sucedido durante ocho días en la alegre y bulliciosa capital.

Para el sencillo lugareño o la provincianita, ansiosos de conocer esta ciudad, que con todo y encerrar en su seno tantos dolores y tantas miserias, se les figura un paraíso

<sup>216</sup> Ignacio M. Altamirano, "Revista teatral", en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 201 (31 de enero de 1868), p. 2.

de delicias, esas crónicas eran doblemente interesantes. No parece sino que ellas hacían pasar ante su imaginación apasionada como el reflejo de esta vida de México que los hijos de París, de Londres o de Madrid encuentran monótona y triste, pero que nuestros lugareños, es natural que encuentren brillante y divertida. No parece sino que por medio de la narración se descorría ante sus ojos ávidos el velo de la distancia para que pudiesen contemplar por un momento nuestros teatros deslumbradores con su lujo y sus hermosas, sus magnificencias de arte y sus maravillas de inteligencia; nuestros soberbios paseos con su multitud ruidosa y abigarrada, nuestros saraos con su esplendor y su riqueza, nuestras fiestas, en fin, públicas y privadas.

De este modo llegaba hasta los más lejanos puntos de la República un acento de los cantos de alegría o de tristeza que entona la sirena del Anáhuac, esta México hermosa y versátil, que cual indiferente cortesana olvida en los ruidosos placeres de hoy los terrores de ayer, y que no se cura tampoco de los sinsabores del porvenir.

No es de extrañarse, pues, que en nuestro país se ponga tanta atención en lo que pasa en la capital. México con su aspecto semi-español y semi-azteca, con sus aderezos semi-franceses, con su desaseo proverbial, con todos sus defectos e inconsecuencias que la hacen aborrecer de algunos *políticos* severos, como a una Sybaris, es sin duda alguna para el rostro de la nación, nuestra Atenas, nuestra Roma, nuestro París y sólo en lo político ha perdido su primacía y su carácter soberano, desde que abrigando en su seno a la reacción conservadora o a la monarquía, ha sido ceñida por los brazos de los estados y vencida para siempre.

Las Revistas a demás podían considerarse bajo el punto de vista literario e histórico. Literario porque su estilo fluido y correcto hacía de ellas un modelo apreciable, y bajo el aspecto histórico tenían un mérito singular porque ellas eran el diario de nuestra sociedad, la crónica de su vida íntima, la fotografía de su carácter.

Los pueblos que quieran conocernos a fondo hoy o mañana, tendrán que juzgarnos no sólo por la historia de nuestros sucesos políticos, sino por las crónicas de nuestras costumbres. Juzgar de un pueblo por su vida pública es absolutamente lo mismo que pretender conocer el carácter de un sujeto cualquiera, por su aspecto exterior, por su conducta aparente en la tribuna, en la plaza, en los salones. Es preciso a veces penetrar en su alcoba, examinar los secretos resortes de su vida, indagar su historia anecdótica, lanzar una mirada en lo profundo de su corazón.

Entonces se puede decir: tal hombre es bueno o malo, interesante o nulo, feliz o desgraciado. Sin esto, se lleva el peligro de hacer una calificación injusta.

Con los pueblos es lo mismo y de más trascendencia todavía un juicio ligero, porque la historia es el libro de la posteridad y el honor de un pueblo es más sagrado que el de un individuo.

Así, cuando apasionados o ciegos escritores nos presentan en el extranjero con los colores más sombríos, cuando describen a nuestra sociedad embriagada en medio de una crápula de caníbales, cuando nuestros héroes y nuestros hombres del pueblo son adornados con los horribles paramentos del salvaje o del bandido, cuando se pinta a nuestras masas sumidas en la barbarie y en los vicios más espantosos y repugnando los goces de la civilización; nosotros no tendremos para confundir a los que así nos deturpan, más que responderles con estas crónicas fieles, en que se retratan nuestros

goces tranquilos, nuestras aspiraciones a lo bello y a lo grande, nuestra cultura, los secretos todos de nuestra vida normal.

He aquí lo que importaban esos interesantes artículos semanarios, en que nosotros hallábamos algo más que la distracción, y he aquí por qué sentimos, que el periódico más acreditado de México, que fue también el primero en esta época de restauración republicana en emprender esta interesante tarea, la haya suspendido.

Luis G. Ortiz se despidió de sus lectores modesto, como siempre, y con una tristeza, menor sin embargo de la que su despedida ha producido en ellos. Y lo hizo cuando sus crónicas justamente apreciadas se reproducían con aplauso en las ciudades más ilustradas de la República, mereciendo los elogios de escritores tan elegantes y tan autorizados como Eduardo Ruiz en Morelia y José María Vigil en Guadalajara, dos jóvenes que no descansan en su empeño de procurar el adelanto de la literatura mexicana.

Adiós, pues, el simpático narrador, y que el *geniecillo* que le inspiraba, lejos de ausentarse esquivo, le importune hasta hacerle volver al blando confidente desde el que hacía el encanto de sus amigos y de sus lectores.

[...]

*Ignacio M. Altamirano*

#### **LA QUINTA VELADA LITERARIA**<sup>217</sup>

El lunes 20 tuvo lugar la quinta reunión literaria en casa de Joaquín Alcalde, de la cual no se ha hecho todavía sino una mención pasajera.

Prescindimos de hablar de los vinos y de los pasteles, limitándonos a decir que Joaquín estuvo fastuoso, y que transgredió todas las leyes de modestia que esta sociedad de pobres versistas se propuso observar, a fin de colocar las obligaciones a la altura de los recursos, y para evitar que tan interesantes sesiones no tuviesen el peligro de suspenderse a causa del lujo.

Temblamos de que así haya sucedido ya, pues ha transcurrido una semana entera sin que hayamos sido convocados por nadie, y líbrenos Dios de echar la culpa de esto al buen Joaquín. Pero la verdad es que después de él ningún vate ha querido recibirnos en su modesto hogar, de miedo tal vez de que su humilde té parezca demasiado ridículo a los que recordaran el exquisito vino y la costosa mesa del lunes último.<sup>218</sup>

Sea como fuere, y esperando que la sociedad literaria vuelva a su primitiva humildad, a sus *catacumbas* y a sus pobres *ágapes*, con provecho de la literatura, que sería horrible ver morir ahogada por el vino o atragantada por un pastel, daremos cuenta a nuestros lectores con el acta de esa noche agradabilísima.

<sup>217</sup> *Idem.*, “La quinta velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 207 (6 de febrero de 1868), pp. 2-3.

<sup>218</sup> *Cuando se escribió esta revista no había aparecido aún el anuncio convocando a la sexta velada en casa de nuestro amigo el general Riva Palacio.* (N. del A.)

La reunión fue numerosa, y tuvimos la grata sorpresa de ver entre los concurrentes al general Díaz, llegado a México el día anterior, y que ve con tanto interés las glorias literarias de su patria, como sus glorias militares. También asistía nuestro antiguo amigo Hernández y Hernández, a quien el sufragio popular acaba de elevar a la primera magistratura de Veracruz, y que se mostraba complacidísimo de estar entre gente que no hablaba más que de odas, de elegías y de artículos literarios.

Leyeron composiciones, por el orden en que están mencionados, José Rivera y Río, Guillermo Prieto, Juan Pablo de los Ríos, Joaquín Alcalde, Joaquín Téllez, Manuel Sánchez Facio, Manuel Peredo, José T. de Cuellar, Rafael González Paez, Luis G. Ortiz, Julián Montiel, Justo Sierra, Valentín Uhick e Ignacio Ramírez.

No nos es posible hacer un análisis minucioso de estas brillantes concepciones, pues los originales fueron recogidos para preparar el cuaderno correspondiente; pero apelaremos a nuestros recuerdos.

José Rivera y Río leyó el primero una composición en cuartetos endecasílabos, cuyo título es "Corazones blindados", del mismo género que la que nos hizo conocer en la tercer velada, esto es, satírica, amarga, escéptica, dolorosa de oír, como el sentimiento que la inspiró. Es la autopsia del corazón de algunas mujeres en este siglo del *tanto por ciento*. Es en el estilo indignado de Juvenal, lo que es *El elogio de la riqueza* en el estilo festivo, aunque punzante y profundo de Beranger, que dio a sus temibles *sátiras* la seductora y ligera forma de la canción.

Guillermo Prieto leyó su magnífica, su brillante oda titulada "Fe", capaz por sí sola de levantar nuestra poesía nacional a mayor altura que la poesía lírica griega. En esa oda hay algo más que la inspiración pindárica, hay algo más que las grandezas del circo, hay otra cosa que el elogio al que triunfó en Olimpia o en Corinto, por la velocidad de su carro arrastrado por briosos caballos o por ligeras mulas; hay otra cosa que las mágicas historias de los dioses o que las fabulosas hazañas de los semidioses, que comienzan en la caballería y que acaban en las gradas del Olimpo. No, aquí hay el santo entusiasmo de la patria, el poderoso amor de la libertad, la consoladora fe en el progreso humano, hay los resplandores divinos con que se ilumina el porvenir de los pueblos, hay los majestuosos acentos del profeta de la democracia universal, los gritos de dolor del pueblo subyugado, los acordes melodiosos de la lira religiosa; hay como el eco lejano del himno triunfal que entona la humanidad regenerada y dichosa por la fraternidad y por la civilización.

Esta es la oda de Prieto. No parece sino inspirada por los antiguos númenes que agitaban el alma de las pitonisas.

Hay en ese canto sublime, la convicción de las primeras predicaciones cristianas. La mirada del poeta parece iluminarse repentinamente con aquellos resplandores que enviaba el sol de la fe a los ojos de los antiguos mártires para sostenerlos con alegría en la tortura.

Los sonetos de Prieto parecen salir de los labios trémulos del gran desterrado de Guernsey. Mucho nos acordamos al oírlos del canto a la libertad de Juan Carlos Gómez; pero la imaginación de nuestro poeta es más deslumbradora, más ardiente, su idea poderosa subyuga, su voz, es la voz con que los volcanes arrojan el fuego de su alma, su mirada arrastra en pos de él todas las miradas, las lleva a los espacios del porvenir, traza con ellas en raudo giro, círculos inmensos y se pierde en el azul del infinito.

Repentinamente el poeta concluye y siente uno tocar la tierra; pero fortalecido, lleno de esperanzas y como animado por el aliento de Dios. Esta oda, es en nuestro concepto, superior a la terrible oda, “A la Francia”, que leyó Prieto en la casa de Manuel Payno en la cuarta velada.

Juan Pablo de los Ríos, es un poeta sentido. Se conoce que ha sufrido mucho, que ha apurado la copa de la amargura hasta las heces, que tiene el corazón lacerado por dolores punzantes; pero que a pesar de todo se resigna humilde ante el poder sombrío de la muerte, sin blasfemar, sin luchar, sino sometién dose, callando, esperando. Su voz es de plegaria, y hay en su acento la ternura de la fe religiosa. Juan Pablo de los Ríos será un poeta apreciado porque es sincero y porque es humilde.

Joaquín Alcalde leyó esta vez una elegía tiernísima, con motivo de la muerte de su esposa. Es el padre que abraza a sus hijos huérfanos delante del cadáver de la compañera querida. Es el esposo que está como herido del rayo, delante de tamaña desgracia. Es el hombre que se siente subyugado por la mano de hierro del destino, que no comprende la causa y que interroga en medio del dolor, suplicante, palpitando de angustia y que acaba por inclinar la frente, desesperado ante los misterios de la desgracia.

Creemos también: que esta composición es con mucho, superior a la oda que nos leyó en la cuarta velada, de mérito ciertamente; pero que tiene en contra la circunstancia de recordar inmediatamente el canto inmortal “Al Niágara” de Heredia, por la analogía de su asunto. Todavía más: esta oda palidece al fin y en esta clase de cantos en que la imaginación de los antiguos fingía que un dios se apoderaba del alma del poeta y este cantaba poseído, es preciso mantener la entonación lírica desde el principio hasta el fin. En cuanto a la última elegía de que venimos hablando tiene esta cualidad y conserva su tono doloroso, bien sostenido hasta concluir.

Joaquín Téllez hoy estuvo romanesco y recitó una composición “A la luna”. Probablemente la hizo en una de esas noches melancólicas en que el astro silencioso halla la tierra con su luz blanca y suave, en que se apodera una dulce tristeza del corazón y en que se medita y se llora sin poderlo remediar. Esas pueden llamarse las horas de los trovadores y de las vírgenes enamoradas. Entonces se sueña, no sabemos por qué, en los góticos castillos, en los conventos silenciosos, en las sombrías arboledas por las que penetran las ráfagas de luz, se piensa en el mar, convertido en una inmensa sábana de plata, se cree ver el lago risueño en el que riel el resplandor de la luna, se recuerda la niñez, se piensa en Dios, se piensa en la mujer amada, se siente uno conmovido de una manera singular. Entonces viene el deseo de hacer versos y por fuerza deben ser melancólicos. En tales momentos no pueden ocurrir chistes, porque se siente uno rodeado de una atmósfera de solemnidad y de misterio que llena el alma de sentimiento de ternura y de recogimiento religioso.

Por esa razón, Joaquín Téllez hizo sus versos “A la luna” y le salieron melancólicos, enamorados, graves, lo cual no está en su carácter, ciertamente, y quiero decir que también en el alma siempre alegre de los oficiales jóvenes (porque es una composición de su juventud) suele haber esas nublaciones de tristeza, esas súbitas invasiones del dolor.

El contraste no ha sido malo. Después del lindísimo soneto “A la tuerta” que merece toda una ovación y que tuvo la amabilidad de dedicarnos, vinieron los versos “A la

luna” para helar la risa en nuestros labios. Esta composición no puede caracterizarse, como lo dijimos el otro día, es severa y conserva siempre su fisonomía.

Manuel Sánchez Facio leyó una composición “A Cuba”, magnífica, valiente, patriótica. Parece inspirada por la introducción del señor Zenea, de que hicimos mención en nuestra anterior revista literaria; pero el poeta cubano no habría estado muy contento de algunas increpaciones dirigidas al pueblo de la esclavizada Antilla. Ideas originales, entonación enérgica, son los datos característicos de la poesía de este joven, que va a separarse ya de la capital, con sentimiento nuestro.

Manuel Peredo, recitó otra silva “A la esperanza”, tan correcta, tan fluida, tan tierna, como la silva “A la noche”. Las composiciones serias de este joven tienen el sabor de las de Garcilaso o de los Argensolas. Su forma clásica es intachable y sus pensamientos tienen una filosofía melancólica y dulce. Sin embargo, nosotros lo preferimos en el género festivo. Peredo lo maneja con una naturalidad seductora. Tiene la aptitud y la salática, lo cual es una verdadera fortuna, porque esta clase de talentos son muy raros.

La prueba de ello, es: que nos leyó después un juguete, una oda burlesca, haciendo el elogio del protector de una viuda pensionista, que arrancó al auditorio aplausos y carcajadas.

Nosotros le hemos oído últimamente otra que prepara para la próxima reunión que será superior a todas las que hemos oído, y que baste ella sola para crear una reputación. Graciosa y picaresca, como una sátira de Quevedo; pero más elegante y más clásica, si es posible, porque reúne el brillo y el vigor de la idea, la corrección y lo castizo de la forma que aquel gran poeta descuidó algunas veces, por la preferencia que daba al pensamiento, como dice Vallergas, en su juicio crítico sobre Bretón de los Herreros. Con este último y célebre poeta tiene Peredo más de una analogía por la elegancia del estilo; aunque no tenga su soltura y su fuerza, por decirlo así, circunstancia que atribuimos a que comienza aún a ensayarse en este género de composiciones.

Nosotros le aconsejamos que lo cultive de preferencia, porque en él tendrá pocos rivales y la literatura mexicana se enriquecerá con preciosas joyas de las que tiene aún poquísimas. ¿Por qué no podrían nuestros poetas rivalizar en este género festivo con los poetas españoles? Prieto tiene composiciones ligeras tan ingeniosas y tan llenas de sal, como las mejores de Bretón; Riva Palacio ha hecho también ensayos bellísimos con gran facilidad; Joaquín Téllez ha probado que eso es su cuerda, Juan de Dios Arias tiene un repertorio que firmaría gustoso Vallergas, y por último, Peredo, creemos que dentro de poco, llamará la atención por la felicidad de las concepciones.

José T. de Cuellar leyó, a petición de varios amigos, su magnífico apólogo “Los árboles”, que ya había dado a conocer en la primera velada, pero que no habían escuchado todos los que asistían a la quinta, porque en aquella el círculo de fundadores era aún reducido.

Hemos emitido nuestra humilde opinión sobre este género de composiciones didácticas. Hoy sólo diremos que “Los árboles” nos parece el mejor de los apólogos. Hay en él, además de la novedad y del brillo con que se muestran los secretos de la fisiología vegetal, deducciones morales profundas, una ternura exquisita y conmovedora, como que se hace resaltar el inmenso y desinteresado amor del padre hacia sus hijos y el de éstos hacia el autor de sus días.

Sabemos que Cuellar se dedica al estudio de otros importantes ramos de la ciencia zoológica, para encontrar en sus secretos, nuevos objetos de comparación con los más grandes sentimientos de corazón humano.

Pero con pesar sabemos, que este ilustrado joven, tan entusiasta por los adelantos literarios de su país, y que tan conocido es por sus publicaciones y por sus obras dramáticas, va a ausentarse dentro de tres o cuatro días de esta capital, para dirigirse a una ciudad del interior, en la que fijará su residencia. ¡Oh si el talento estuviese en proporción con los recursos! ¡Si en México la literatura ofreciese medios para atender a las necesidades de la vida! No tendríamos el sentimiento de ver alejarse de nosotros a un joven por mil títulos estimable, y que con sus asiduas tareas podría dar frutos que hiciesen honor a la literatura mexicana.

Pero es verdad, triste verdad por cierto; las odas y las leyendas no dan de comer. Las obras literarias no valen aquí nada, y lejos de ser compradas, aunque sea a precios ínfimos, pero que siquiera serían un recurso, tienen que quedarse en la cartera inéditas para siempre, si no hay dinero para hacerlas imprimir o que costar un sacrificio si se les quiere hacer conocer.

Por eso han sucumbido en la miseria tantos ilustres mexicanos, y por eso se han eclipsado al nacer, tantos talentos que han tenido que consagrarse a otras tareas más lucrativas, para escaparse de correr la misma suerte.

Pero pongamos punto a esta digresión que es inoportuna, aunque a ella nos arrastró la pesadumbre de ver alejarse a Cuellar de este centro de actividad intelectual.

Consuélanos pensar que con ese alejamiento no se apagará su entusiasmo, porque el amor a la literatura es una pasión incorregible y poderosa, y porque Cuellar tiene uno de esos corazones que no desfallecen jamás. Él comprende que la misión de los que amamos las bellas letras en México, es sufrir, esperar y trabajar con fe y constancia, a fin de preparar el porvenir que tendrá menos amarguras para aquellos que nos sucedan.

Damos, pues, el adiós más triste a nuestro amigo querido y esperamos volver a verle tomar su asiento en las *Veladas* de las que fue uno de los fundadores más entusiastas, y que Dios quiera que subsistan.

Rafael González Paez, que ya conocíamos como escritor público y defensor ardiente de las ideas democráticas, se nos reveló hoy como poeta, y como poeta correcto y de buen gusto. Recitó dos sonetos, el uno amoroso y muy sentido, y el otro satírico y gracioso. “Un clérigo a su sotana”. No se crea que hay en él algo parecido a las filosóficas lamentaciones que hacía Lope a propósito de la suya, no es un clerizonte de esos testarudos, del tiempo de la reacción, que lleno de esperanza en la abolición de la leyes de reforma, se permite un soliloquio consolador, diciendo a su sotana, esto es, para su coleteo, todas las lindezas que le inspiran su despecho y su rencorosa fe.

Rafael González Paez tiene mayor fuerza aún que la que reveló entonces, y esperamos que en las próximas *Veladas* nos hará conocer algunas otras producciones de su ingenio.

Luis G. Ortiz leyó “Dos palmas”, una composición del género que él cultiva siempre y del que hablamos largamente en nuestra anterior revista literaria. Amor siempre, ternura infinita, tristeza, lágrimas, palabras que suenan como dulces murmullos, versos



que concluyen como suspiros, en fin, ese sabor que Ortiz da a sus composiciones amorosas y que debe ser para las mujeres una especie de *hipómanes del corazón*.

Julián Montiel, otro poeta erótico de igual ternura que Ortiz, pero de entonación más fuerte, recitó unas quintillas hermosísimas, dirigidas a la mujer de su alma. Armonía, pasión, delicadeza, tales son los caracteres de esta poesía, que tiene toda la acentuación de la poesía meridional.

Diríase que Montiel tiene entre las blandas cuerdas de su lira amorosa, una cuyo sonido fuerte vibra de una manera poderosa y hacer estremecer. Su canto se parece al suave murmurio del arroyo, al que se mezcla de cuando en cuando, el ronco mugido del torrente que se despeña.

Justo Sierra, es un joven estudiante de leyes, hijo del insigne jurisconsulto y literato yucateco del mismo nombre. Parece que el talento del padre no ha degenerado en el hijo, pues que se muestra ya vigoroso, magnífico y brillante en el joven escolar; y esto no es común, lo que ha dado origen a la regla que vemos confirmada a cada paso en esos raquíticos vástagos que son como la moribunda reliquia de una savia gastada.

Justo Sierra, que lleno de entusiasmo vino a buscarnos para entrar bajo nuestros auspicios al seno de nuestra sociedad literaria, es un joven de una instrucción precoz. Estudia los buenos modelos, tiene buen gusto, y no contento con eso, consulta con timidez y escucha dóciles observaciones, desconfiando de sí mismo como son los verdaderos talentos.

Esta noche leyó una lindísima composición en versos alejandrinos, titulada: “El canto de las hadas”. Es una poesía llena de imaginación y de suavidad. Es una de esas visiones que la fantasía forja en el fondo azul del cielo, dando formas al resplandor de la luna, a la tenue luz de las estrellas y a los blancos velos de las nubes. Parece uno de esos delirios que acometen a los ardientes solitarios de las antiguas tebaidas y que les hacían ver ángeles vaporosos que descendían del cielo coronados de luz, con palmas de oro y trayendo vasos de alabastro, donde encerraban el néctar vivificador de la fe y del consuelo.

Es un sueño de poeta enamorado que se transporta a la región del ideal, que se baña en una atmósfera de delicia y que ve desplegarse ante su vista fascinada todos los encantos, todos los misterios del Apocalipsis de la imaginación.

Esto es “El canto de las hadas”. Justo Sierra, que dentro de poco será un poeta notable, loa mucho a Víctor Hugo, porque su estilo parece saturado de ese sabor que tienen las incomparables poesías del grande hombre.

Lo repetimos, Sierra adquirirá en el mundo literario un nombre que honra a su ilustre padre.

Valentín Uhick, otro joven, nuevo en nuestra sociedad, y a quien tuvimos nosotros también el honor de introducir, es un talento notabilísimo. También como Sierra, tiene un ilustre antepasado, el venerable Don Valentín Gómez Farías, su abuelo materno.

Uhick es muy joven aún, y a pesar de eso, posee una vasta instrucción literaria. Se ha consagrado desde su tierna edad a profundos estudios, conoce los clásicos antiguos y modernos, y con un juicio y una circunspección precoces, es capaz de hacer apreciaciones literarias que sorprenden por su originalidad y por su filosofía.

Valentín Uhick es el primero que ha leído algo que no son versos, cumpliendo en esto con un precepto del acta de fundación de las *veladas* que previene: la lectura de composiciones en verso y *prosa*. Con esto nos ha dado un gran placer, ha iniciado otra clase importantísima de estudios, y ha abierto la puerta a nuevos concurrentes, que tal vez se abstendían de pertenecer a nuestra reunión, creyendo equivocadamente, que sólo podían hacerse lecturas de composiciones poéticas, pues nuestra acta no ha tenido publicidad como debía.

Uhick ha escrito un estudio profundo y original. Es un paralelo entre dos hombres igualmente notables y grandes, Lutero y Rabelais. El joven crítico ha comparado a estos dos personajes contemporáneos, en su influencia social y moral, sobre sus respectivos pueblos, y tanto en su época, como en las posteriores. Júzguese ahora por sólo la indicación que hacemos de su pensamiento, del magnífico trabajo que ha podido llevar a cabo el estudioso joven, consultando las mejores fuentes históricas y críticas sobre el gran reformador alemán y el célebre cura de Meudon.

No hemos oído aún más que la introducción, pues se nos reserva la lectura del estudio para las veladas posteriores.

Bástenos por ahora decir: que este trabajo y el artículo que Uhick ha publicado hace poco en este periódico con este título: “A propósito de las veladas” firmado con sus iniciales, revelan una instrucción nada común, que nos hacen esperar que este joven será un escritor muy notable.

El patriarca de la velada, Ramírez, se sentó. Los que le habíamos oído en la tercera su terrible sátira y en la cuarta en casa de Payno su graciosísima composición en castellano antiguo dirigida a Payno a propósito de los *rodeos* y de las *vuches*, con alusiones a los tiempos de la infancia de antes y con la conclusión aquella que hizo desternillarse a todos de risa, guardamos un silencio solemne, no sin sonreír de antemano. Pero con gran sorpresa escuchamos el título “A la patria” y el primer verso.

¿Qué es esto? ¿El maestro viene hoy clásico y serio? En efecto era una oda soberbia, como todo lo que crea Ramírez, una oda digna de Horacio, de Rioja o de Quintana, una de esas composiciones que tienen el manto de la majestad y los esplendores del Olimpo. ¡Qué grandeza en las ideas! ¡Qué valentía y fuego en las imágenes! ¡Qué armonía y poder en los versos! ¡Qué patriotismo y dignidad en los sentimientos! ¡Qué lujo y pureza en el estilo!

Odas como esa sólo las han hecho en América Heredia, Andrés Bello y Quintana Roo.

Nosotros escuchamos extáticos y fascinados por la grandeza de aquel canto sublime que el patriotismo arranca al apóstol de la libertad. Pero era Ramírez el que había escrito esa oda y era fuerza que tuviera alguna sorpresa verdaderamente original. ¿Cómo se piensa que concluyó? Con un solo verso satírico, uno solo; pero tal, que como siempre una salva de aplausos y una risa como una tempestad estalló en el salón.

Este hombre se mantiene a su altura siempre. ¡Oh si tuviéramos posibilidad de publicar todas las bellezas que escuchamos en estas deliciosas sesiones! Gozaríamos doblemente sabiendo que serían conocidas y apreciadas por los amantes todos de las letras que abundan en esta capital y en los estados y no veríamos con tristeza hecha esta

sinopsis raquíta y pálida de esa colección de producciones que merecen más digna pluma que la nuestra.

Concluiremos diciendo: que la sesión que tuvo lugar en la casa de Alcalde fue magnífica tanto por la concurrencia, como por la caballerosidad y exquisita finura de Joaquín que junto a su mexicanismo, un cariño fraternal hacia sus amigos, que lo hace altamente simpático a los que tienen la fortuna de conocerlo.

*Ignacio M. Altamirano*

**VELADA LITERARIA**<sup>219</sup>.—La que tendrá lugar el próximo lunes 10 del corriente, se reunirá en la casa del C. Lic. Rafael Martínez de la Torre, calle de la Palma núm. 5, quien nos encarga supliquemos en su nombre a todas las personas invitadas a las anteriores *veladas*, se sirvan asistir a las ocho de la noche a dicha casa, en el concepto de que al repetir la invitación por este medio, es porque se acordó hacerlo así dándonos por citados todos los concurrentes.

#### **Velada literaria**<sup>220</sup>

La de antes de anoche se dio en casa del Sr. D. Rafael Martínez de la Torre. La descripción de ella no está a nuestro alcance ni cabría en nuestras columnas: se la dejamos por consiguiente al Sr. Altamirano, que la describirá en sus “Revistas” con todas las magnificencias de estilo, correspondientes a las magnificencias de aquella noche. La casa estaba llena de luz y de flores, de perfumes y armonías, de literatos y de poetas; y en medio de los helados, de los vinos y de los manjares, de los caprichos del lujo y de los esplendores de la opulencia. Llovieron durante largas horas raudales de poesía en aquellos salones encantados. No diremos más. El Sr. Martínez de la Torre y otros como él, están renovando en México las fiestas con que los Mecenas y los Lúculos honraban a las letras en los grandes siglos de Roma. No sabemos si esto será un bien o un mal para la poesía; pero los poetas lo agradecen y lo aplauden. Aunque el arte corra el riesgo de pervertirse en esas delicias de Capua.

**VELADA LITERARIA**<sup>221</sup>.—Impotentes nos sentimos no ya para describir la última, que a eso se oponen las dimensiones de nuestro periódico; pero ni siquiera para dar una idea de ella. De tal modo se ha ido refinando el gusto de los anfitriones, que el Sr. Lic. D. Rafael Martínez de la Torre, que lo fue de la del pasado lunes, convirtió su casa en un templo de la inmortalidad, simbolizada con follajes de eterno verde y pabellones de heno. La irradiación de centenares de luces sobre la alfombra blanca y oro era uno de los detalles de aquella magnificencia. La banda nacional de música de viento y el piano diestramente pulsado por distinguidos profesores, era otro rasgo digno de referirse en esta fiesta que parecía preparada por hadas.

<sup>219</sup> Sin firma [Francisco Zarco], “Velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 209 (8 de febrero de 1868), p. 3.

<sup>220</sup> Sin firma [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 277 (12 de febrero de 1868), p. 3.

<sup>221</sup> Sin firma [José Rivera y Río], “Velada literaria”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 43 (13 de febrero de 1868), pp. 2-3.

La concurrencia era numerosa y se componía de hombres de Estado, doctores, juristas, poetas, letrados, artistas, etcétera, etcétera.

Se leyeron muchísimas composiciones de autores ya conocidos y de neófitos; entre los que descuellan algunos tan dignos de aplausos y laureles como los que ya han merecido estas valiosas recompensas.

El Sr. Martínez de la Torre leyó un discurso lleno de ideas elevadas, de apreciaciones del día, digámoslo así; saludaba en él a sus convidados, a los representantes del talento y del genio, y les mostraba a la patria, a ese ángel que sangra todavía y a quien amenaza aún la plaga de Caín.

Extraño parece que, existiendo tan favorables tendencias a la paz y a la reconciliación, sólo veamos iniciados estos pensamientos en hermosos discursos, de los que no quedan más que la memoria. En nosotros han quedado grabadas las palabras del orador, y hacemos los votos más sinceros porque el espíritu de asociación, el amor a la ciencia y el deseo que se siente de que México adelante, resuelva el problema cuya solución buscamos con tanto empeño.

En la mesa, preparada con el mismo refinamiento que la estancia destinada a la recepción de los amigos de las bellas letras, reinó el más dulce bienestar y la expansión más grata.

Se hizo moción, que se aprobó con aplauso, para que concurran a las veladas los profesores de música que asistieron a la que nos ocupa, y todos los demás que se inviten, presentando también sus producciones, que se ejecutarán alternativamente con las literarias.

Aún se ignora quién sea el que acepte la próxima velada, y nos estremecemos a la idea de que el luo vaya a causar, como ya se ha previsto, su defunción.

**LA SEGUNDA ENTREGA DE LAS VELADAS LITERARIAS**<sup>222</sup>.—Se ha publicado el segundo cuaderno de composiciones leídas en las veladas, el cual está tan elegantemente impreso como el primero. Contiene poesías de los Sres. Ramírez, Altamirano, Chavero, Zenea, Montiel, Peredo, Téllez y Ortiz.

La composición del Sr. Altamirano sacó dos erratas, que tenemos encargo de corregir para conocimiento de los suscriptores.

En la página 38 hay un verso cuya equivocación es fácil que se advierta y que debe reemplazarse por éste:

“De la maldad entre la mar inmensa”

En la página 39 dice:

—¿Podemos sin rubor mirarnos ahora?

Y debe decir:

¿Podemos sin rubor mirarnos ora?

---

<sup>222</sup> *Ibid.*, p. 3.

**VELADA LITERARIA**<sup>223</sup>.—La que deberá tener lugar el sábado 7 del actual en la casa número 16 de la calle de la Acequia, se reunirá a las siete y media de la noche. Se suplica la puntual asistencia a los literatos que han sido invitados para las anteriores veladas. Misma gacetilla en *La Iberia* el mismo día.

**VELADA LITERARIA**<sup>224</sup>.—La próxima tendrá lugar el sábado 14 del corriente, a las siete y media de la noche, en la casa del Sr. Altamirano, entresuelo de la calle de Gante número 2. Mismo día *La Iberia* publica la misma gacetilla en “Crónica de México”.

**Velada literaria**<sup>225</sup>.—Hubo una el sábado último en casa del Sr. Altamirano, y excusado es decir que los que asistieron a ella pasaron gratísimas horas oyendo leer hermosas composiciones de todos géneros y en todos los tonos. Graciosa y elegante fue la prosa que para empezar leyó el Sr. Siliceo; magnífica como siempre la del Sr. Altamirano, bellísimos los sonetos del Sr. Villalobos y del Sr. Chavero; armoniosos los versos del Sr. Alfaro; lleno de sal un cuento del Sr. Cuellar; palpitante de interés el pedazo de una novela que está escribiendo el general Riva Palacio... Otros dirán lo que pasó en la velada, porque nosotros no tenemos tiempo ni espacio para referirlo; mas no podemos menos de manifestar que entre todas las producciones que se leyeron aquella noche, la de D. Justo Sierra nos llenó a todos de un verdadero asombro. Era un sueño acerca de Dios, y el poeta se remontó hasta los cielos para embelesarnos con sus pensamientos sublimes, con sus grandiosas armonías y con su entonación poderosa. El Sr. Sierra se llevó la palma, y acabaremos todos por decir que es el primero.

El Sr. Altamirano lo hizo como quien es: obsequió a sus huéspedes con la galantería y franqueza de costumbre, y para hacerlo mejor, disimuló o escondió todos los signos de su carácter un tanto espléndido y fastuoso. Ni tapices, ni mármoles, ni bronces, ni tesoros de arte, ni mesas regaladas; nada de esto hubo allí; pero hubo cordialidad, gusto y contento, y no faltaron copas chispeantes de caliente ponche, ni sendos pedazos de jamón y otros manjares, ni buenas botellas de diferentes licores *para mojar la palabra*. Gracias al Sr. Altamirano a nombre de la modesta poesía.

### **Crónica de teatros**<sup>226</sup>

La pieza que se representó esa noche en el Principal fue nueva, y obra de nuestro amigo Enrique de Olavarría, que la hizo sobre un pensamiento de P. Duport y la tituló: *Los misioneros de amor*.

<sup>223</sup> Sin firma [Francisco Zarco], “Velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 236 (6 de marzo de 1868), p. 3.

<sup>224</sup> *Ibid.*, núm. 243 (13 de marzo de 1868), p. 3.

<sup>225</sup> Sin firma [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 306 (17 de marzo de 1868), p. 3.

<sup>226</sup> Ignacio M. Altamirano, “Crónica de teatros”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 253 (23 de marzo de 1868), p. 2.

Esta es la comedia que oímos leer en la casa de Luis G. Ortiz una noche, en la cual, como dice muy bien el ilustrado director de *La Iberia*, que también asistió, nació el pensamiento de las “Veladas literarias”. Entonces fue calificada favorablemente; pero como de la lectura a la representación hay una gran diferencia, hoy le notamos otros lunares que entonces no pudimos conocer.

El argumento es éste: Dos oficiales españoles, de los cuales uno está enamorado de la hija de un conde, educanda de un convento situado en un pueblo cercano a Madrid, llegan a ese pueblo con una tropa y se alojan en un mesón.

El capellán de este convento, Fray Nicodemus, es tío de uno de los oficiales, precisamente del amante, y allí se encuentra también.

El conde, padre de la muchacha, llega y comunica a Fray Nicodemus que está decidido a hacer tomar el voto a su hija. Óyenle hablar así los oficiales y determinan entrar al claustro y robarse a la chica, y mientras piensan en el medio de llevar a cabo su proyecto, llegan dos frailes carmelitas que vienen a predicar a las monjas, y alójense también en el mesón.

Entonces los oficiales encuentran ese medio que buscaban, y aprovechándose de los hábitos que los reverendos han mandado limpiar del polvo del camino, disfrazanse con ellos, previniendo antes D. Luis a un oficial subalterno, que ponga presos e incomunicados a los frailes, en razón de ser los criminales que pretendieron asesinar al conde-duque y a quienes ellos andan persiguiendo.

Con este disfraz, pues, penetran en el convento. El oficial amante de Dolores, que así se llama la hija del conde, logra hablar con ella. Su compañero D. Luis, más deseoso de comer y de beber, acaba por emborracharse; Fray Nicodemus descubre a los tunantes, los reprende, pero acaba por disimular porque la ley castiga de muerte al que penetra en ese convento. Los oficiales allí permanecen durante dos actos, es decir, un día, diciendo versos colorados; el amante encerrándose con su amante en una celda; D. Luis, enamorando a Sor Ignacia (que es prima de Dolores) hasta que llaman fuertemente, ya muy noche, en el convento... Asústanse todos, creyendo que es el conde-duque, y no: es el conde padre de Dolores y tío de Ignacia que llega con un pliego del rey, en el cual pliego se dice: que habiendo aprehendido a los dos asesinos de su muy querido conde-duque los dos oficiales fulano y zutano (nuestros dos calaveras) les nombra S. M. *grandes duques* de Castilla, y a Fray Nicodemus que les ayudó, le nombra arzobispo de Toledo. Los calaveras piden por conclusión al conde, que les dé a Dolores y a Ignacia en matrimonio, y él se las da en el acto y cae el telón.

La comedia tiene una versificación fluida y llena de lirismo, quizás demasiado lirismo; pero está en cambio salpicada de algunos chistes, que sin ser rígidos censores, ni mojigatos, como no lo somos, desearíamos que se quitasen por excesivamente verdes. Enrique se dejó seducir incautamente por el deseo de agradar a algunos libertinillos, que como la comedia tenga de estos verdores, se enloquecen aplaudiendo; pero creemos que esta consideración debe ser de poco valor ante la más importante de no herir la moral, o al menos la susceptible delicadeza de la sociedad. El estilo puede ser festivo y chispeante como el de Bretón, sin estar cargado de sales corrosivas.

El público rió, nótese bien; pero no pareció aprobar de buen grado la comedia. Hay algunas escenas en el segundo y tercer acto, bastante escabrosas. Algunas presentan en todo su deforme ridículo al clero regular; pero el poeta ataca demasiado vivamente

para no lastimar a esta sociedad, que todavía se resiente de sus antiguas preocupaciones. El autor nos podría citar muchas piezas, del teatro francés sobre todo, más libres que ésta; pero nosotros quisiéramos verlo más bien creando tipos, como el de Tartufo, en los cuales la intención es más profunda, aunque la forma sea menos pronunciada. Esto, si su objeto fue burlarse de las decantadas virtudes de frailes y de monjas, porque si el carácter que les dio fue puramente episódico, el asunto varía de aspecto y aún podríamos hacerle más observaciones que nos reservamos para la intimidad.

Demasiado se sabe, lo repetimos, que no somos beatos; pero creemos que aquel rezo religioso y solemne que hacen las monjas y las niñas arrodilladas, es cosa demasiado respetable siquiera porque es de niñas y está dirigido a Dios; para que se ponga grotescamente al lado de los chistes de a folio de Fray Nicodemus y de las enormidades de D. Luis. El contraste es marcado. Todavía el público se ríe y comenta las libertades del fraile fingido y del fraile verdadero, cuando se le da el espectáculo de esas niñas inocentes arrodillándose delante del Señor para recitar con voz tierna y solemne el *ave gratia plena*. Esto sería de mucho efecto en un drama, y ciertamente en piezas de ese género, los himnos religiosos o los rezos aumentan la emoción. Pero en una comedia y a guisa de chiste, no es posible admitirlo.

Y no es porque sea un rezo católico, que nosotros hacemos esta observación. Lo mismo haríamos, si se quisiese mezclar entre los chistes de una comedia las oraciones musulmanas, un salmo de protestantes. Es que tenemos respeto a todo lo que nos parece una plegaria dirigida al cielo, con la sinceridad de la fe religiosa. Enrique, a quien estimamos en alto grado y que tiene sobrado talento para comprender nuestras razones, las escuchará, como emanadas de la amistad.

Además, creemos que tal espectáculo es inútil completamente y no es exigido por ninguna peripecia de la comedia. Así es que quitarlo sería arrancar una incrustación innecesaria.

En cuanto al plan de la pieza nos parece ingenioso, los caracteres buenos, y sólo tendríamos que hablar del desenlace que no es natural sino casual, pues se funda en una orden del rey, la que también es motivada por una casualidad, sin la cual el autor no hubiera sabido que hacerse.

Estas comedias de enredo y que no tienen por objeto desarrollar un principio de moral, ni de llevarlo triunfante hasta el fin, como sucede en las piezas clásicas, sino que son de mero entretenimiento, no viven mucho. Por tanto recomendamos a nuestro caro Enrique que no malgaste su bello talento en tales piezas; sino que lo emplee en la comedia de carácter o en la de costumbres, que en ese género no sólo conquistará aplausos, sino que inmortalizará su nombre, y sus amigos que hoy ven con placer sus concepciones, serán más felices, viéndolas dirigidas al bien de la sociedad.

*Ignacio M. Altamirano*

**VELADA LITERARIA**<sup>227</sup>.—La que la *Junta Central de la Asociación Gregoriana* debe recibir en la noche de mañana, queda diferida para el sábado 18 del actual, a causa de la solemnidad fúnebre del 11 de abril.—*Joaquín Alcalde*, secretario.

---

<sup>227</sup> Sin firma [Francisco Zarco], “Velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 271 (10 de abril de 1868), p. 3.

**VELADA LITERARIA**<sup>228</sup>.—La *Junta Central de la Asociación Gregoriana* la recibe el sábado 25 del actual, en la casa de su presidente, el general Riva Palacio (Donceles número 11).—*Joaquín Alcalde*, secretario.

Señores redactores de *El Siglo XIX*.

**Velada literaria.**<sup>229</sup>

En la noche de hoy, a las ocho, se reunirá en la casa del Sr. Schiafino, calle del Cinco de Mayo núm. 2. Se invita a ella a todos los literatos y escritores que han concurrido a las pasadas.

**Velada literaria.**<sup>230</sup>

La del sábado último tuvo lugar en casa del Sr. Schiafino, Calle del Cinco de Mayo. La casa *Pompeyana* estaba magnífica: su jardín delantero estaba alumbrado con luces de colores, y soberbios candelabros derramaban torrentes de luz en los vastos salones del primer piso, donde se reunieron los literatos y los poetas. Deliciosa estuvo la tertulia: hubo versos satíricos del Sr. Prieto, versos de amor del Sr. Híjar y Haro (ausente), hermosos sonetos del Sr. Rosas y del Sr. Villalobos, magníficas octavas del Sr. Movellán; el Sr. Sierra encantó a los concurrentes con sus grandes armonías; el Sr. Altamirano con la pureza y la corrección de sus inspiraciones clásicas: en fin, no nos acordamos ahora de más, ni aunque nos acordáramos podríamos decirlo, porque nos faltan tiempo y espacio para ello.

El Sr. Villalobos leyó una composición de un poeta enfermo y pobre, y pidió para él un auxilio: los concurrentes respondieron como quien son, a esta indicación benéfica, y todos dieron algo.

El Sr. Payno, de acuerdo con otros, propuso que se abriera una suscripción para formar una asociación literaria permanente con el nombre de club, de casino o cualquiera otro, y muchos de los presentes se suscribieron.

El Sr. Schiafino obsequió a sus convidados como un príncipe: les dio música, canto, aromas de mil flores, ponches calientes; y a las doce de la noche los llevó a un espacioso triclinio (le llamaremos así al menos por hoy), donde hubo brindis entusiastas y alegres *inter pocula*. No lo habría hecho mejor un opulento romano de los buenos tiempos de Pompeya.

**Velada literaria.**<sup>231</sup>

Habíamos escrito un párrafo hablando de la que dio el sábado último la asociación gregoriana en casa de su presidente el general Riva Palacio. El párrafo se perdió, y a la

<sup>228</sup> *Íbid.*, núm. 284 (23 de marzo de 1868), p. 3.

<sup>229</sup> Sin firma [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 322 (4 de abril de 1868), p. 3.

<sup>230</sup> *Íbid.*, núm. 324 (7 de abril de 1868), p. 3.

<sup>231</sup> *Íbid.*, núm. 339 (30 de abril de 1868), p. 3.



hora en que echamos de ver este percance, no tenemos ya tiempo de hacer otro. Solamente podemos decir por ahora que la velada estuvo magnífica; y otro día diremos algo de un brillantísimo artículo del Sr. Altamirano, de una soberbia oda del Sr. Sierra, de un gracioso romance del Dr. Peredo, de una jocosa epístola del Sr. Zamacois, de unas octavas del Sr. Contreras Elizalde, etcétera, etcétera, etcétera. Por hoy no podemos más.

### **Velada literaria.** <sup>232</sup>

Aunque sea tarde, mal y poco, debemos decir algo de la que se dio hace ocho días por la Asociación Gregoriana en casa del general Riva Palacio, su presidente.

No pudimos ver todo lo que hubo, ni nos acordamos de todo lo que vimos; pero no se nos ha podido olvidar un elegante artículo que leyó el Sr. Altamirano, sobre la necesidad de crear una literatura nacional mexicana, sobre los elementos que para ello existen, y sobre la ocasión que ofrecen las circunstancias actuales de la República para que sus hijos se consagren a esta obra. La producción del Sr. Altamirano, espléndida por la forma y utilísima por el fondo, es digna de su pluma, y con esto no hay más que decir.

Como si hubiera querido responder a este pensamiento, el Sr. Contreras Elizalde (D. Francisco) leyó la introducción de un poema que piensa escribir sobre la raza azteca. Está en octavas reales, todas ellas muy hermosas, y algunas verdaderamente sublimes, especialmente las primeras.

D. Justo Sierra encantó, como siempre, a los que le oyeron, con una oda a Shakespeare, digna de la memoria del gran poeta inglés y del soberbio numen del poeta mexicano.

Leyó el Sr. Zamacois una dedicatoria al Sr. Movellán, de una obra que va a dar a luz con el título de *Nada entre dos platos*; y los concurrentes aplaudieron con justicia los rasgos irónicos y festivos de que está llena.

El Dr. Peredo se burló soberanamente de su propia musa traviesa y juguetona, en un romance saladísimo, que provocó largas explosiones de risas y de aplausos.

Y para acabar con lo que nosotros sabemos y podemos decir, el Sr. Mateos leyó un delicioso juguete intitulado *La abeja, la flor y el viento*.

Excusado es decir que la Velada estuvo magnífica, porque además de los alardes del talento y del genio, se desplegó en ella el lujo acostumbrado de refrescos, licores y manjares, y los concurrentes lo sazonaron todo con sus acostumbradas expansiones de cordialidad y de alegría.

Las Veladas literarias se han logrado, y tendrán al parecer larga vida, *a pesar* de ese lujo que tanto asustó al principio a los pobres poetas, y más aún a los poetas pobres.

---

<sup>232</sup> *Ibid.*, núm. 340 (2 de mayo de 1868), p. 3.

## 8. BIBLIOGRAFÍA

- Actividad humana y procesos cognitivos*, Juan Mayor Sánchez (Coord.), Madrid: Alhambra Universidad, 1985.
- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Obras, rimas, artículos literarios*, México: Imp. de V. Agüeros (Ed.), 1899.
- , *La literatura nacional*, José Luis Martínez (Pról.), México: Porrúa, 1949.
- ANTÚNEZ OLIVERA, Rocío, *Juan Carlos Onetti: Caprichos con ciudades*, México: Universidad Autónoma Metropolitana / Gedisa (Esquinas), 2013.
- BACHELARD, Gaston, *La poética del espacio*, Ernestina de Champourcin (Trad.), México: Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 183), 1965.
- BARTHES, Roland, *La aventura semiológica*, Ramón Alcalde (Trad.), Barcelona: Paidós (Comunicación, 40), 1990.
- , *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, C. Fernández Medrano (Trad.), Barcelona: Paidós (Comunicación, 28), 1987.
- BAUDELAIRE, Charles, *Obras*, Nydia Lamarque (Estudio preliminar, Trad., noticias históricas y notas), México: Aguilar, 1961.
- BENJAMIN, Walter, *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*, Jesús Aguirre (Pról. y Trad.), 2ª ed., Madrid: Taurus, 1980.
- BÉRANGER, Pierre-Jean, *The Songs of Béranger in English with a Sketch of the Author's Life*, R. W. G. ("Life of Béranger"), Philadelphia: Carey and Hart / C. Sherman (Printer), 1844.
- BERMAN, Marshal, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Andrea Morales Vidal (Trad.), México: Siglo XXI, 1994.
- BLANCO, José Joaquín, *Crónica literaria. Un siglo de escritores mexicanos*, México: Cal y Arena, 1996.
- BORGES, Jorge Luis, *Destino y obra de Camoens*, Buenos Aires: Embajada de Portugal en Buenos Aires, 2001.
- BOURDIEU, Pierre, *Cosas dichas*, Margarita Mizraji (Trad.), Barcelona: Gedisa (El Mamífero Parlante. Serie Mayor), 1996.
- , *El sentido práctico*, Ariel Dilon (Trad.), Pablo Tovillas (Rev. de la Trad.), México: Siglo XXI (Sociología y Política), 2009.
- , *Intelectuales, política y poder*, Alicia Gutiérrez (Trad.), Buenos Aires: Eudeba (Antropología Social), 2000.
- , *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, María del Carmen Ruiz de Elvira (Trad.), México: Taurus, 2012.
- , *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Thomas Kauf (Trad.), Barcelona: Anagrama (Argumentos, 167), 2011.

- , *Sociología y cultura*, Martha Pou (Trad.), México: Grijalbo / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Los Noventa), 1990.
- CABRERA QUINTERO, Conrado Gilberto, *La creación del imaginario del indio en la literatura mexicana del siglo XIX*, Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2005.
- CARBALLO, Emmanuel y MARTÍNEZ, José Luis, *Páginas sobre la Ciudad de México 1469-1987*, México: Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, 1988.
- CERTEAU, Michel de, *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Alejandro Pescador (Trad.), Luce Giard (Ed.), México: Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (Cultura Libre), 2000.
- CHEVALLIER, Stéphane y CHAUVIRÉ, Christiane, *Diccionario Bourdieu*, Buenos Aires: Nueva Visión (Claves), 2010.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Historia moderna de México. La República Restaurada. La vida política*, México: Hermes, 1959.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, *Los cafés en México en el siglo XIX*, México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Bibliográficas (Al Siglo XIX. Ida y Regreso), 2013.
- Espacio urbano, comunicación y violencia en América Latina*, Mabel Moraña (Ed.), Pittsburg: Universidad de Pittsburgh / Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2002.
- GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo mexicano del siglo XIX*, Madrid: Iberoamericana (Nexos y Diferencias), 2002.
- GORTARI, Hira de, Rabiela, Hira de, y HERNÁNDEZ Regina, *La Ciudad de México y el Distrito Federal*, México: Departamento del Distrito Federal / Instituto de Investigaciones Históricas José María Luis Mora, 1988.
- GRUZINSKI, Serge, *La ciudad de México. Una historia*, Paula López Caballero (Trad.), México: Fondo de Cultura Económica (Popular, 566), 2004.
- HALE, Charles A., *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, Purificación Jiménez (Trad.), México: Vuelta (La Reflexión), 1991.
- Historia de la vida cotidiana en México. IV. Bienes y vivencias. El siglo XIX*, Pilar Gonzalbo Aizpuru (Dir.), Anne Staples (Coord.), México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 2005.
- La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (Eds.), vol. 1, México: Universidad Nacional Autónoma de México (Al siglo XIX. Ida y regreso), 2005.
- La vida en México (1812-1910)*, Blanca Estela Treviño (Pról. y selección), México: Jus / Universidad Autónoma de Nuevo León / Instituto Nacional de Bellas Artes / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010.
- Las modernidades de México. Espacios, procesos, trayectorias*, Günther Maihold (Comp.), México: Cámara de Diputados (LIX Legislatura) / Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina, 2004.

- Littérature et réalité*, Paris: Seuil (Points Essais, 142), 1982.
- Metrópoli cultural. Ensayos sobre la ciudad de México*, Isabel Tovar de Arechederra y Magdalena Mas (Comp.), México: Departamento del Distrito Federal / Universidad Iberoamericana / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- MORALES MARTÍNEZ, María Dolores, *Ensayos urbanos. La Ciudad de México en el siglo XIX*, México: Universidad Autónoma Metropolitana (Antologías), 2011.
- PASO, Fernando del, *Noticias del Imperio*, México: Planeta / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Narrativa Mexicana Actual), 1999.
- PERALES OJEDA, Alicia, *Las asociaciones literarias mexicanas*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- POE, Edgar Allan, *El hombre de la multitud*, Florida: El Cid Editor (Clásicos de la Literatura Estadounidense), 2003.
- Publicaciones periódicas mexicanas del siglo XIX; 1856-1876 (Parte I)*, Miguel Ángel Castro y Guadalupe Curiel (Coord.), México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Bibliográficas (Al siglo XIX. Ida y regreso), 2003.
- QUIRARTE, Vicente, *Elogio de la calle: biografía literaria de la ciudad de México, 1850-1992*, México: Cal y Arena, 2001.
- RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*, Montevideo: Arca, 1998.
- RAMOS, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México: Fondo de Cultura Económica (Tierra Firme), 1989.
- REVOLLEDO CÁRDENAS, Julio, *La fabulosa historia del circo en México*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004.
- ROWE, William, *Memoria y modernidad: Cultura popular en América Latina*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Grijalbo, 1993.
- RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen y MÁRQUEZ ACEVEDO, Sergio, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias*, México: Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000.
- , *La ciudad de México en el siglo XIX*, México: Departamento del Distrito Federal (Popular), 1974.
- SHUCKING, Levin Ludwig, *El gusto literario*, Sin firma (Nota sobre el libro y el autor), México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- SIMMEL, Georg, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Salvador Mas (Trad. y Pról.), 2ª ed., Barcelona: Península, 1998.
- Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios poscoloniales)*, Nara Araújo y Teresa Delgado (Selección y apuntes introductorios), México: Universidad Autónoma Metropolitana / Universidad de la Habana, 2003.
- Veladas literarias. Colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos*, México: Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1867.

WEINREB, Ben, HIBBERT, Christopher, KEY, Julia and John, *The London Encyclopaedia*, 3<sup>rd</sup> edition, London: Macmillan, 2008.

WILDE, Oscar, *El retrato de Dorian Gray*, Barcelona: Bruguera, 1986.

ZARCO, Francisco, *Odiseo del diario acontecer. Una antología general*, Vicente Quirarte (Ed. y Estudio preliminar), Aurora Cano Andaluz, Clementina Díaz y de Ovando y Miguel Ángel Granados Chapa (Ensayos críticos), Vicente Quirarte, Francisco Mercado Noyola y Guadalupe Sánchez (Cronología), México: Fondo de Cultura Económica / Fundación para las Letras Mexicanas / Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca Americana, Viajes al siglo XIX), 2016.

## 9. HEMEROGRAFÍA

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 177 (7 de enero de 1868), p. 2.
- , “Revista teatral”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 201 (31 de enero de 1868), pp. 2-3.
- , “*Revistas literarias de México (1821-1867)*” (1868), recogido en *Obras completas, XII. Escritos de literatura y arte, 1* (1988), pp. 86-87.
- , “Al barón de Gostkowski”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXXI, t. 54, núm. 9,945 (31 de marzo de 1872), p. 1.
- BOURDIEU, Pierre, “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los estudios poscoloniales)*, Nara Araújo y Teresa Delgado (Selección y apuntes introductorios), México: Universidad Autónoma Metropolitana / Universidad de la Habana, 2003, pp. 241-285.
- , “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, en *Criterios*, Nos. 25-28 (enero 1989 - diciembre 1990), La Habana, pp. 20-42.
- CLARK DE LARA, Belem, “La crónica en el siglo XIX”, en *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (Eds.), vol. I, México: Universidad Nacional Autónoma de México (Al siglo XIX. Ida y regreso), 2005, pp. 325-353.
- CORNEJO POLAR, Antonio, “Literatura peruana: totalidad contradictoria”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, año 9, núm. 18 (1983), pp. 37-50.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, “Julio de 1872”, en *Revista de la Universidad de México*, vol. XXVI, núm. 11 (julio de 1972), pp. 51-64.
- EL PORTERO DEL LICEO HIDALGO, [Hilarión Frías y Soto], “Los que se van... Luis Gonzaga Ortiz”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 9ª época, año 53, t. 105, núm. 16,929 (2 de junio de 1894), p. 1.
- ESCORZA, Juan José, “Del México-Tenochtitlan al México contemporáneo”, en *Metrópolis cultural. Ensayos sobre la ciudad de México*, Isabel Tovar de Arechederra y Magdalena Mas (Comp.), México: Departamento del Distrito Federal / Universidad Iberoamericana / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, pp. 147-182.
- FORTÚN, “Los transeúntes”, en *La Ilustración Mexicana*, t. IV (1854), p. 160.
- GARCÍA CANAL, María Inés, “Foucault, filósofo del espacio”, en *Versión. Estudios de comunicación y política*, Nueva época, núm. 9 (abril de 1999), pp. 43-68.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, “Introducción: La sociología de la cultura de Pierre Bourdieu”, en BOURDIEU, Pierre, *Sociología y cultura*, Martha Pou (Trad.), México: Grijalbo / Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Los Noventa), 1990, pp. 9-50.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel, “Al pie de la escalera”, en *Revista Azul*, t. I, núm. 1 (6 de mayo de 1894), p. 2.

- FOUCAULT, Michel, “Espacios otros”, en *Versión. Estudios de comunicación y política*, Nueva época, núm. 9 (abril de 1999), pp. 15-26.
- HAMON, Philippe, « Un discours contraint », en *Littérature et réalité*, Paris: Seuil (Points Essais, 142), 1982, pp. 119-181.
- HEBERTO, [Luis G. Ortiz], “Lidia. En el baile de \*\*\*”, en *El Renacimiento. Periódico literario*, t. II (1869), p. 245.
- L. G. O., [Luis G. Ortiz], “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 183 (13 de enero de 1868), pp. 2-3.
- , “El Monte Pincio. En Roma”, en *El Renacimiento. Periódico literario*, t. II (1869), p. 110.
- MARTÍNEZ, Ana Teresa, “Una indagación sociológica sobre el campo literario. Las reglas del arte, según Pierre Bourdieu”, en *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el trabajo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, No. 10, Vol. IX (Otoño 2008) Santiago del Estero, Argentina, pp. 1-12.
- MATUTE, Álvaro, “Crónica: historia o literatura”, en *Historia Mexicana*, XLVI: 4, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1996, p. 714.
- MICRÓS, “Kinetoscopio. Por Agustinos”, en *El Universal*, t. XIII, 2ª época, núm. 7 (11 de enero de 1896), p. 1.
- ORTIZ, Luis G., “Variedades. Veladas Literarias”, en *La Iberia*, t. II, núm. 228 (17 de diciembre de 1867), p. 2.
- , Luis Gonzaga, “La danza habanera”, en *El Imparcial*, 1ª época, t. I, núm. 29 (10 de noviembre de 1872), p. 2.
- , “La florera”, en *El Diario del Hogar*, año II, núm. 139 (11 de marzo de 1883), p. 5.
- , “La chiera”, en *El Diario del Hogar*, año II, núm. 140 (18 de marzo de 1883), p. 3.
- PAYNO, M., “Crónica”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año 26, t. 7, núm. 348 (14 de diciembre de 1869), p. 1; recogido en *Manuel Payno, Crónicas de teatro. Crónica nacional. Obras completas* (1997), vol. III, pp. 195-204; *loc. cit.*, p. 195.
- , Manuel, “Gacetilla. El Sr. D. Manuel Payno”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXX, t. 52, núm. 9,520 (31 de enero de 1871), p. 3.
- PHAF-RHEINBERGER, Ineke, “Sobre los orígenes del imaginario de la urbanización en México: José María Velasco (1840-1912)”, en *Las modernidades de México. Espacios, procesos, trayectorias*, Günther Maihold (Comp.), México: Cámara de Diputados (LIX Legislatura) / Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina, 2004, pp. 129-160.
- RIVIÈRE, A., “Sobre la multiplicidad de las representaciones. Un viaje por los vericuetos de los lenguajes del pensamiento”, en *Actividad humana y procesos cognitivos*, Juan Mayor Sánchez (Coord.), Madrid: Alhambra Universidad, 1985, p. 109.
- SIERRA, Justo, “Variedades. La literatura en México y otras cosas”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXX, t. 52, núm. 9,520 (31 de enero de 1871), p. 3.

- , “Gacetilla”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXX, t. 52, núm. 9,525 (5 de febrero de 1871), p. 3.
- SIMMEL, Georg, “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Salvador Mas (Trad. y Pról.), 2ª ed., Barcelona: Península, 1998, pp. 247-261.
- SIMÓN D. GARCÍA, [Luis G. Ortiz], “D. Simón y sus vapuleadores. (Fárrago jocoserio)”, en *El Mensajero*, vol. I, núm. 30 (4 de febrero de 1871), pp. 1-3.
- SIMÓN D. GARCÍA (HIJO), [Luis G. Ortiz], “Protección al teatro”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXX, t. 52, núm. 9,546 (26 de febrero de 1871), p. 3.
- STAPLES, Anne, “Una sociedad superior para una nueva nación”, en *Historia de la vida cotidiana en México. IV. Bienes y vivencias. El siglo XIX*, Pilar Gonzalbo Aizpuru (Dir.), Anne Staples (Coord.), México: El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 307-331.

## **-HEMEROGRAFÍA DEL CORPUS**

### **En *El Siglo Diez y Nueve* (1867)**

- L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 15 (28 de julio de 1867), pp. 1-3.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 29 (11 de agosto de 1867), pp. 1-2.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 36 (18 de agosto de 1867), pp. 1-2.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 49 (1º de septiembre de 1867), pp. 1-2.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 63 (15 de septiembre de 1867), pp. 1-2.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 70 (22 de septiembre de 1867), pp. 1-2.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 78 (30 de septiembre de 1867), pp. 1-2.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 84 (6 de octubre de 1867), pp. 1-4.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 91 (13 de octubre de 1867), pp. 1-3.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 98 (20 de octubre de 1867), pp. 1-2.



- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 105 (27 de octubre de 1867), pp. 1-3.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 112 (3 de noviembre de 1867), pp. 1-3.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 120 (11 de noviembre de 1867), pp. 1-3.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 126 (17 de noviembre de 1867), pp. 1-2.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. V, año 24, 7ª época, núm. 134 (25 de noviembre de 1867), p. 1.

**-Para la reconstrucción de las *Veladas literarias* (noviembre de 1867-mayo de 1868)**

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 177 (7 de enero de 1867), pp. 2-3.
- , “Revista teatral”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 201 (31 de enero de 1868), p. 2.
- , “La quinta velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 207 (6 de febrero de 1868), pp. 2-3.
- , “Crónica de teatros”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 253 (23 de marzo de 1868), p. 2.
- FACUNDO, “Revista”, en *El Correo de México*, t. I, núm. 89 (13 de diciembre de 1867), pp. 2-3.
- L. G. O., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 157 (18 de diciembre de 1867), p. 3.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 183 (13 de enero de 1868), pp. 2-3.
- , “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 190 (20 de enero de 1868), p. 2.
- ORTIZ, Luis G., “Revista de la semana”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 150 (11 de diciembre de 1867), p. 3.
- SIN FIRMA [José T. de Cuéllar], “Gacetilla. Veladas literarias”, en *El Correo de México*, t. I, núm. 68 (19 de noviembre de 1867), p. 3.
- [Hilarión Frías y Soto], “Velada literaria”, en *El Boletín Republicano*, núm. 158 (2 de enero de 1868), p. 3.
- [Anselmo de la Portilla], “Veladas literarias”, en *La Iberia*, t. III, núm. 277 (1º de enero de 1868), p. 3.

- [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 277 (12 de febrero de 1868), p. 3.
- [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 306 (17 de marzo de 1868), p. 3.
- [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 322 (4 de abril de 1868), p. 3.
- [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 324 (7 de abril de 1868), p. 3.
- [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 339 (30 de abril de 1868), p. 3.
- [Anselmo de la Portilla], “Velada literaria”, en *La Iberia*, t. III, núm. 340 (2 de mayo de 1868), p. 3.
- [José Rivera y Río], “Veladas literarias”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 19 (18 de diciembre de 1867), p. 2.
- [José Rivera y Río], “Veladas literarias”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 25 (1º de enero de 1868), pp. 2-3.
- [José Rivera y Río], “Velada literaria”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 27 (7 de enero de 1868), p. 2.
- [José Rivera y Río], “Revista de la semana”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 28 (9 de enero de 1868), p. 3.
- [José Rivera y Río], “Velada literaria”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 29 (11 de enero de 1868), p. 2.
- [José Rivera y Río], “Veladas literarias”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 31 (16 de enero de 1868), p. 3.
- [José Rivera y Río], “Velada literaria”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 32 (18 de enero de 1868), p. 2.
- [José Rivera y Río], “La velada literaria del lunes último”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 34 (23 de enero de 1868), p. 2.
- [José Rivera y Río], “Velada literaria”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 43 (13 de febrero de 1868), pp. 2-3.
- [José Rivera y Río], “Veladas literarias”, en *El Ferrocarril*, t. I, núm. 43 (13 de febrero de 1868), p. 3.
- [Francisco Zarco], “Velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 209 (8 de febrero de 1868), p. 3.
- [Francisco Zarco], “Velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 236 (6 de marzo de 1868), p. 3.

- [Francisco Zarco], “Velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 243 (13 de marzo de 1868), p. 3.
- [Francisco Zarco], “Velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 284 (23 de marzo de 1868), p. 3.
- [Francisco Zarco], “Velada literaria”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 271 (10 de abril de 1868), p. 3.
- V. U. [Valentín Uhick], “Variedades. A propósito de las veladas”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 7ª época, año XXV, t. VI, núm. 197 (27 de enero de 1868), p. 3.

### **En *El Imparcial* (1872)**

- LIS, “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, 1ª época, núm. 2 (8 de septiembre de 1872), pp. 1-2.
- , “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, 1ª época, núm. 2 (15 de septiembre de 1872), p. 3.
- , “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, 1ª época, núm. 8 (22 de septiembre de 1872), pp. 1-2.
- , “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, 1ª época, núm. 11 (29 de septiembre de 1872), pp. 1-2.
- , “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, 1ª época, núm. 14 (6 de octubre de 1872), pp. 1-2.
- , “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, 1ª época, núm. 17 (13 de octubre de 1872), pp. 1-2.
- , “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, 1ª época, núm. 20 (20 de octubre de 1872), pp. 1-2.
- , “Ecos de la semana”, en *El Imparcial*, 1ª época, núm. 29 (10 de noviembre de 1872), p. 1.

### **En *El Nacional* (1891)**

- HEBERTO, “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 223 (29 de marzo de 1891), pp. 1-2.
- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 229 (5 de abril de 1891), p. 1.
- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 235 (12 de abril de 1891), p. 1.
- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 241 (19 de abril de 1891), p. 1.

- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 247 (26 de abril de 1891), p. 1.
- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 253 (3 de mayo de 1891), p. 1.
- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 257 (10 de mayo de 1891), p. 1.
- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 263 (17 de mayo de 1891), p. 1.
- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 269 (24 de mayo de 1891), p. 1.
- , “Paréntesis de la política”, en *El Nacional*, t. XIII, año XIII, núm. 274 (31 de mayo de 1891), p. 1.

## ÍNDICE

1. Introducción.....	3
1.1 Esbozo bibliohemerográfico de la figura de Luis G. Ortiz.....	13
1.2 Luis G. Ortiz y el indianismo decimonónico.....	30
2. La crónica de Ortiz y la modernidad en la Ciudad de México.....	36
3. República de las letras restaurada. Su campo intelectual a la luz de algunos conceptos teóricos de Pierre Bourdieu. Las Veladas literarias (1867-1868).....	49
3.1 La actuación de Luis G. Ortiz en las Veladas literarias.....	56
3.2 Trascendencia de la crónica y de Luis G. Ortiz, como su cultivador, en el campo literario de su tiempo.....	85
4. <i>Ciudad real y ciudad letrada</i> según las crónicas de Luis Gonzaga Ortiz. En el año de la muerte de Juárez.....	90
4.1 Cultura dominante y expresión espontánea del ser popular.....	91
4.2 El palimpsesto republicano sobre el remanente barroco.....	102
4.3 “Una íntima tristeza reaccionaria...” .....	112
5. Catrina que oculta a la servidumbre, la ciudad porfiriana de Ortiz.....	121
5.1 Centralismo y marginación.....	122
5.2 La catrina, de “china” a <i>cocotte</i> . Ciudad y mujer, lujo y <i>avant garde</i> .....	126
5.3 Élite liberal, del chinaco al <i>monsieur fin du siècle</i> .....	136
5.4 Apropiación privada del espacio público.....	144

5.5 Deseccación de la cuenca lacustre, génesis de nuestra ilegibilidad urbana.....	150
6. Conclusiones.....	153
-La ciudad moderna: el urbanita, el <i>flâneur</i> y el cronista.....	153
7. Apéndice. Reconstrucción de las <i>Veladas literarias</i> en la prensa capitalina.....	165
8. Bibliografía.....	202
9. Hemerografía.....	206
-Hemerografía del corpus.....	208



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

# ACTA DE DISERTACIÓN PÚBLICA

No. 00195

Matrícula: 2133802303

ECOS DE LA GRAN CIUDAD.  
CONFIGURACIÓN DEL ESPACIO  
URBANO DEL VALLE DE MÉXICO A  
PARTIR DE LAS CRÓNICAS DE  
LUIS G. ORTIZ (1867-68, 1872  
y 1891)

En la Ciudad de México, se presentaron a las 13:00 horas del día 25 del mes de julio del año 2017 en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, los suscritos miembros del jurado:

DRA. LUZ ELENA ZAMUDIO RODRIGUEZ  
DR. VICENTE QUIRARTE CASTANEDA  
DRA. MARINA MARTINEZ ANDRADE

Bajo la Presidencia de la primera y con carácter de Secretaria la última, se reunieron a la presentación de la Disertación Pública cuya denominación aparece al margen, para la obtención del grado de:

DOCTOR EN HUMANIDADES (LITERATURA)

DE: FRANCISCO RODOLFO MERCADO NOYOLA

y de acuerdo con el artículo 78 fracción IV del Reglamento de Estudios Superiores de la Universidad Autónoma Metropolitana, los miembros del jurado resolvieron:

*aprobar*

Acto continuo, la presidenta del jurado comunicó al interesado el resultado de la evaluación y, en caso aprobatorio, le fue tomada la protesta.



FRANCISCO RODOLFO MERCADO NOYOLA

ALUMNO

REVISÓ

LIC. JULIO CESAR DE LARA ISASSI  
DIRECTOR DE SISTEMAS ESCOLARES

DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE CSH

DRA. JUANA JUÁREZ ROMERO

PRESIDENTA

DRA. LUZ ELENA ZAMUDIO RODRIGUEZ

VOCAL

DR. VICENTE QUIRARTE CASTANEDA

SECRETARIA

DRA. MARINA MARTINEZ ANDRADE